

Juanjo Lamelas



Romance de la Luna Lenta

Romance
de la
Luna Llena

Juanjo Lamelas
juanjolamelas.blogspot.com

*A mis hijos:
Iago y Martín*

*La historia que ahora les cuento
merece conocimiento.
Les juro, vale su tiempo,
todo lo que han de escuchar.*

Un juglar

Notas del autor

La línea argumental sobre la que viaja esta novela se extiende a lo largo de un romance caballeresco. De hecho, su construcción es como un juego que busca la transformación del poema hacia una prosa lírica apoyada en un entorno histórico atractivo que no es otro que la plenitud del siglo XIII en las tierras de la *Corona Alfonsí*. En este juego del que hablo se cruzan amores, celos y grandes equivocaciones que canalizan la existencia de sus dos protagonistas. No esperéis encontrar pues, una novela histórica al uso sino un relato sentido de las andanzas amorosas de un joven caballero de la época que experimenta el paso de guerrero a cortés.

Del contexto he de decir que *Alfonso X, el Sabio*, a sus cuarenta y cinco años, a punto de cumplir los catorce de reinado, se encuentra en el apogeo de un gobierno lleno de aciertos y también de equivocaciones. De las obras^[i] que nos ha legado puede afirmarse que fue un espléndido legislador, historiador, astrólogo y literato; así como un magnánimo mecenas que con su buen hacer permitió un fructífero intercambio entre las tres culturas de la península^[ii]: cristiana, musulmana y judía; a las cuales controló, toleró y en ocasiones sometió. De las investigaciones de los estudiosos se concluye que fue un buen militar, conservando y agrandando los territorios heredados de su padre, *Fernando III*, al que el devenir de la historia haría *Santo* al igual que *Sabio* a su hijo. También que fue mediocre político, demasiado pendiente de un reconocimiento exterior que nunca le llegó. Se pasó la mitad de su reinado empeñado en la pretensión de ser reconocido *Emperador* por el Papa, hecho que nunca se produjo. Fue por último un padre agraviado por la rebelión de su hijo *Sancho*, soliviantado por los errores de su padre en asuntos sucesorios. Este enfrentamiento condujo a *Alfonso* a un final amargo que por su trayectoria vital no había merecido.

Como bien indican Carlos Albar y Jenaro Talens en la introducción de la excelente antología de lírica medieval que lleva por título *Locus Amoenus*^[iii]. “La poesía lírica en la Europa medieval se caracteriza por la coexistencia de tres corrientes literarias perfectamente definidas y, en principio, delimitadas con toda claridad: la lírica tradicional, en lengua vernácula; la lírica culta, escrita en latín; y la lírica cortés, culta, pero escrita en lengua vulgar. [...] En la Península Ibérica hay que contar además con la presencia de los árabes y los judíos; y no se puede olvidar la fragmentación lingüística que dio lugar al mozárabe, al galaico-portugués, al castellano y al catalán como principales lenguas literarias derivadas del latín. Tampoco se puede olvidar el hecho de que el reino de Aragón llegaba más allá de los Pirineos, incorporando otra forma lingüística, el provenzal, que contaba con una riquísima tradición poética”. De esta excelente obra de Carlos Albar y Jenaro Talens: *Locus Amoenus. Antología de la Lírica Medieval de la Península Ibérica*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores S.A. Barcelona, 2009, se han tomado buena parte de los poemas incluidos en la novela. En adelante, cuando recurra a la documentación recogida de este libro utilizaré la referencia [LA nº de pág.].

También ha sido de gran ayuda la Antología de Carlos Albar: *Poesía de Trovadores, Trouvères y Minnesinger*. Alianza Editorial, Madrid, 1981 [PT nº de pág.]. Así como la espléndida y nutrida recopilación de Margit Frenk: *Nuevo Corpus de la Antigua Lírica Popular hispánica*. Fondo de Cultura Económica, México, 2003 [NC nº].

Como ya viene siendo habitual en mis obras de temática histórica, hay una apuesta clara por

ser fiel a los hechos que acontecieron realmente con la intención de que el lector pueda discernir entre la realidad y la ficción. En mi modesto entender una novela histórica que se precie de serlo nunca puede tergiversar la verdad, sino contribuir a mejorar la comprensión de la misma. Por ello todos los personajes, acontecimientos y lugares verídicamente documentados se resaltan en negrita. Para quienes deseen profundizar, recomiendo:

H. Salvador Martínez. *Alfonso X, el Sabio: una Biografía*. Ediciones Polifemo. Madrid, 2003.

H. Salvador Martínez. *La Convivencia en la España del siglo XIII: Perspectivas Alfonsíes*. Ediciones Polifemo. Madrid, 2006.

Christopher Teyrman. *Las Guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas*. Crítica. Barcelona, 2007.

Nikolas Jaspert. *Las Cruzadas*. PUV Univertistat de València, 2010.

Gracias a trovadores, juglares y poetas; a escritores de novelas, dramaturgos y ensayistas; a cronistas, recopiladores y archiveros que me han dado los mimbres. Abrazos a los amigos que me han ayudado a trenzarlos mientras se gestaba esta historia, desde el principio, cuando únicamente era el romance que la concluye. Y... ¿por qué no? Gracias también a la Luna, que algo de culpa tiene.

Parte primera

Capítulo 1

Él, apuesto caballero, su fama noble y entera

Luna sevillana en el cielo, ya no luna mora sino cristiana, luna grande, luna llena. Martín la está contemplando desde el otero, en noche cerrada; posada sobre el *Alcázar* donde espera su rey para recibir al héroe de *Murcia*. Es luna gozosa, luna de las flores, luna de primavera y por eso, luna buena. Así la llaman los sabios y los viejos; y es causa de que el caballero no la tema como a otras lunas que traen miedo en sus historias de lobos, de brujas y de locos, de insomnio y de muerte. No, así no es esa luna.

Poseído por la rareza nítida del círculo agrisado en mil tonos de desconocida causa, piensa el de Valmayor en el camino desandado desde el este de la península, después de largas jornadas de marcha. Un camino por el que se había ido tres meses antes como un muchacho y por el que ahora vuelve como hombre. Se siente honrado por haber vencido al infiel que se había levantado contra su señor *Alfonso*. Dichoso porque sabe que al día siguiente será recibido entre aclamaciones. Se siente así y al mismo tiempo algo confuso se le remueve en los adentros. Es como si su corazón se hubiera declarado en rebeldía y le exigiera aquello que sus ocupaciones guerreras no le han concedido. Le está reclamando el tiempo de amar que a todo joven le llega por imposición de su propia naturaleza de hombre. No sabe por qué, pero presiente llegada la hora en buscar el sosiego en brazos de una mujer que aún no tiene rostro; de esa dama con la que sueñan todos los caballeros. El plenilunio es dueño de ese misterio que se atreve a embrujarlo y lo llama en noches señaladas para susurrarle pensamientos que envuelven promesas de amor. Lo sabe. No lo entiende, pero sabe que la luna lo está observando y probablemente también a la anónima dama que ha de ser para él. Intuye que en algún lugar de la *Corona de Castilla* una joven estará mirando al astro brujo, también encandilada; tal vez soñando con algo semejante. Sin embargo, por el momento es Luna la única afortunada que ahora los ve a los dos y se solaza en los cielos con una historia que solo ella sabe cómo, cuándo y dónde va a comenzar.

Hace frío. El firmamento anuncia rocío sobre los campos y la humedad se prende de su capa de lana. Sentado en un tronco, su magna figura se vuelve humilde en la inmensidad negruzca de la loma. Se cubre la cabeza con el embozo y se acurruca. Siente pasos, se pone en pie, escudriña; la mano en la empuñadura de la espada, esta en su vaina. Escucha una voz que pronuncia su nombre. La reconoce y se relaja pensando que los días de guerra lo han vuelto desconfiado, suspicaz y malicioso. Es Santiago de Campos, su mejor amigo y su maestro de armas que, preocupado, viene en su busca.

—Si llego a saber con seguridad que estabais aquí me hubiera quitado la cota de malla, que pesa como mil demonios —se queja el leonés, carraspea, tose. Se acomoda a su lado.

Ambos miran hacia la *Sevilla* sombría que los espera ansiosa al día siguiente. Ambos miran y callan. Sus siluetas se confunden embudidas en las capas y nadie diría que los separan casi veinte años.

Pasan dos minutos. Martín pregunta:

—¿Está todo dispuesto para mañana?

—Sí, mi señor; las mesnadas han abrigado sus armaduras, los pendones están limpios y relucen las bardas de los caballos.

—Mañana es un día grande, querido maestro.

—Lo es, en efecto; y vamos a disfrutarlo desde que salga el sol hasta que se ponga y aún después —acompaña la frase de una sonrisa picarona que hace aparecer los dientes entre sus barbas. Le vienen a la memoria tiempos pasados—. No vais a creerlo, pero hace veinte años yo me vi en un lugar semejante al que hoy ocupáis vos; pero contemplando *Toledo*. Fue después de la campaña de *Jaén*, en la que recuperamos para la cristiandad todo el *Reino Murciano*.

—¿De veras? —Interpela Martín sorprendido.

—Como os lo cuento. Más de un año estuvimos allí. Vi con mis propios ojos a *IbnHud*, el emir de la *Taifa Murciana*, rendir vasallaje a *Castilla* teniendo que reconocer su soberanía. Lo escuché prometiendo entregar la mitad de las rentas y cediendo a nuestros ejércitos el control de las principales fortalezas. Fue al principio de la campaña.

La pregunta es obvia y no se hace esperar:

— Si hubo rápida rendición y capitulaciones, ¿por qué entonces tanto tiempo?

—La desunión de la *Taifa* había propiciado que muchas villas menores se consideraran independientes y resistieran por su cuenta. Caímos sobre *Lorca*, *Cartagena* y *Mula*; y por último, ya os lo he contado, sobre *Jaén*. Dictadas las bases de la reorganización del territorio, establecidos los fueros, favorecida la llegada de colonos cristianos, repartidas tierras y méritos entre los nobles y ocupadas las villas estratégicas; todo en nombre del rey *Fernando*; hecho todo eso regresamos. ¿Y sabéis quien vino a sentarse a mi lado? —Hace un estudiado silencio—. Nada más y nada menos que nuestro rey don *Alfonso*, que por entonces era joven e infante.

—¿Cuánto honor! —Exclama admirado el de Valmayor, henchido de sana envidia.

—Ambos contemplamos *Toledo* bajo la luna, como ahora vos y yo miramos hacia *Sevilla*. ¡Quién me lo iba a decir a mí que voy ya para viejo!

—Sois un bromista. Si ha poco que habéis cumplido cuarenta.

—Casi el doble que vos. Que voy para viejo os digo. Que he visto mucho, mi señor.

—Los caminos del destino son imprevisibles. Quién os iba a decir, como os gusta exclamar, que volveríais a *Murcia* veinte años después porque los moros de allá se pusieran bravos y se sublevaran.

—Los moros siempre han sido bravos. Además, haced cuenta de que no estaban solos —evoca Santiago en pocas palabras que el *Reino Nazarí de Granada* y los gobernantes del *Norte de África* habían sido los instigadores de la rebelión enviando un nutrido contingente de tropas que les permitieran a los locales recuperar la ciudad.

—Pudimos con ellos otra vez —afirma Martín lleno de orgullo patrio—. Nosotros también tenemos aliados... —deja la frase en suspenso, pues ambos saben que la reina *Violante* había pedido ayuda a su padre don *Jaime I de Aragón*, que por entonces campaba en *Valencia*; y este la había ofrecido de buen grado. Al pronunciar el nombre del aragonés a Martín le viene a la mente

el momento en el que las tropas de uno y otro reino se separaran para retornar cada mesnada a su tierra—. ¿Habría llegado el *Infante don Pedro* con bien a *Zaragoza*?

—Habría llegado con bien y con la mitad del mérito para recibir la mitad de la gloria, que para nosotros es la otra mitad. No os preocupéis —le pone la mano sobre el hombro. Redondea la frase —: donde se pongan dos cristianos que se quiten mil paganos.

Ambos hombres guardan silencio y vuelven a mirar al río *Guadalquivir* que abraza la ciudad, a la *Mezquita* reconvertida en *Catedral de Santa María*, a la *Giralda*, ahora campanario cristiano y al *Alcázar* donde la corte alfonsí los espera.

El joven caballero, inesperadamente, da un vuelco a la conversación mientras levanta la vista para observar de nuevo a la luna.

—¿Nunca habéis estado enamorado?

La pregunta llega por sorpresa a los oídos de Santiago, que reacciona después de reflexionar todo lo que puede encerrar en boca de un joven de veintidós años.

—Bien sabéis, mi señor, que estuve casado y que tuve un hijo —su voz se vuelve trémula. Sigue a duras penas—. Que ella murió en el parto y que al niño me lo mataron las fiebres cuando tenía cinco años.

—Lo sé. Y también sé lo que habéis padecido por su ausencia.

—Pues entonces vuestra pregunta ya está contestada.

Martín percibe que la sequedad de la respuesta encierra la melancolía en la que ha mudado un dolor de años. Sin embargo, los sentimientos que se debaten en su interior son demasiado fuertes para que se calle.

—No he subido aquí porque la ciudad me llame, ni la catedral, ni el castillo. He subido porque me llama la luna. Ya lo hacía en *Murcia* —está ciertamente azorado porque es la primera vez que se lo cuenta a alguien. Teme que se rían de él; o peor, que lo tomen por blando—. Ya lo hacía. Lo viene haciendo ha tiempo. No sé... Me susurra. Me habla con palabras ininteligibles que mi corazón entiende pero mi cerebro no.

—¿Y qué os dice? —Pregunta el maestro entre interesado y burlón.

El joven está lanzado y no repara en esos matices.

—Mi corazón intuye que ha llegado el momento. Que hay alguien que como yo mira la luna y a través de ella resuena el eco de sus deseos, que son los míos. Que hay alguien que me espera sin yo saberlo, sin ella misma saberlo.

—Lo que decís es una evidencia, mi querido Martín. Todos los hombres añoran la parte que los completa.

—Pero... ¿Y si no la encuentran?

—Eso no va a pasaros a vos que sois un héroe de *Castilla*, joven, rico y bien parecido. Además ¿No decís que os ayuda la luna?

—No os burléis, Santiago.

—No es burla, mi señor. Solo sigo el mismo juego al que vos queréis jugar —se arma de paciencia, pues tantas veces le ha tocado hacer de padre como de maestro de armas, porque las ocupaciones del conde y sobre todo su aire distante y altivo nunca le habían permitido acercarse a su hijo—. No me puedo burlar de lo que yo también he padecido. Parecéis olvidaros de que yo también tuve un alma joven, y un cuerpo ardoroso —matiza chocarrero— que me reclamaba placeres... —deja la frase en suspenso porque con su sonrisa se ha hecho entender.

—Creo que no me estáis comprendiendo, Santiago. Esos placeres de los que habláis ya los conozco; que las mozas de *Murcia*, y las castellanas, y las de cualquier parte, también traen esos

ardores entre las piernas —se pone serio—. Yo estoy hablando de amor; de verdadero amor.

—Pues a eso voy, jovencito, que después de andar por los caminos de las carnes prietas, uno llega a ese momento al que estáis llegando vos. Todos terminamos por imaginar esa dama ideal que veis en la luna, en unos ojos, en un semblante y en un cuerpo que guarda el alma gemela que aspiráis alcanzar.

—¿Y qué hacer? —Inquieta el muchacho. Su mirada lánguida transmite que la pregunta es sincera. Está confuso, indeciso porque aunque su aspiración es tan natural no encuentra receta para ella.

El leonés lo tiene bastante claro:

—Pues ni más ni menos que eso que hacéis: mirar a la luna y esperar.

—¡Buena solución me dais! —Se queja Martín.

—Os lo aseguro; cuando veáis a la dama de vuestros sueños, sus ojos van a embrujaros. Lo sé por experiencia y por eso os lo digo. En cuanto se os claven en las pupilas no tendréis la menor duda —otra vez se pone guasón—; que hembras hay muchas; pero muy pocas son las almas que tienen la posibilidad de completar la vuestra.

Ahora es Martín quien bromea.

—No sabía que guardarais en los adentros un poeta; tan rudo y bravo como os vendéis.

Pensando en las historias tristes que lo han convertido en el hombre que es, Santiago responde serio, sentencioso:

—Una cosa es lo que es y otra lo que tiene que ser —y cambia de tercio—. Ahora bajemos al campamento, que esta noche la luna no va a traeros a vuestra dama. Quizás mañana —vuelve a sonreír, pone su pesada mano en el hombro de su pupilo y se levanta.

—Tenéis razón, quizás mañana... —ambos bajan a buscar merecido descanso.

En la mañana de un soleado día de primavera del año del Señor de 1266, Martín de Valmayor, hijo del conde don Álvaro hace entrada triunfal en *Sevilla* con su ejército —no ha sitio mejor para un caballero que la ciudad en la que reside la corte^[iv]— enarbolando su estandarte sobre un caballo alazán arrebatado al infiel. A su lado, su maestro de armas. Detrás, treinta caballeros con sus escuderos al lado y un cuerpo de infantería campesina en el que sobreviven unos cien soldados que dejarán de serlo nada más terminar la jornada. Entran por la puerta principal de la muralla. Suenan las campanas de la *Giralda*. La ciudad está engalanada de fiesta y no falta gentil hombre, ni dama que se precie de serlo, ni paisano, ni muchacha, ni mozalbete en diez leguas^[v] a la redonda que no esté allí para poder dar cuenta con sus propios ojos del singular acontecimiento. El gentío los aclama y les arroja flores. Cada quien busca entre la infantería a sus familiares y los que pueden los abrazan haciendo que a duras penas conserven la formación. Llegan por fin a la explanada, ante la puerta principal del recién estrenado templo^[vi].

La comitiva se detiene. Las armaduras brillan al sol, las enseñas flamean levemente movidas por un vientecillo fino y templado. Un cuerpo de guardia hace sitio impidiendo que la gente invada el patio claustal^[vii]. Los caballeros se apean de sus cabalgaduras ante la arcada de la puerta. Martín lo hace el primero. Se despoja de sus armas dejando espada, puñal, escudo y yelmo al cuidado de su escudero. Los demás lo imitan. Detrás de él y de Santiago comienzan a avanzar. Todos miran hacia el centro del patio porque allí está *Alfonso, el Décimo de Castilla*: su rey; en una tarima amplia, sentado en un trono portátil de madera. A su lado su esposa *Violante*, también sentada en otro idéntico. De pie, dos de sus hijos: *Fernando*, de diez años, el heredero y

primogénito; y *Sancho*, de siete. También se encuentran allí las fuerzas vivas de la ciudad: el arzobispo; su escuálido secretario y, un poco adelantados, el cronista del reino y el asistente real para la ciudad.

Justo antes de cruzar el arco pétreo, de pronto, inesperadamente, Martín se detiene y los demás lo hacen también. Un impulso inexplicable provoca que se gire para mirar a la izquierda, hacia un grupo de gente: varios campesinos de mediana edad, tres o cuatro niños inquietos, una vieja que sonríe desdentada y a su vera una muchacha de rostro dulce; cabellos de un castaño brillante, ojos profundamente oscuros. Sus miradas se buscan, se encuentran y detienen un tiempo que para los otros sigue pasando y los mantiene expectantes sin saber muy bien que ocurre. Por la imaginación del caballero se despeña un torrente de sensaciones que solo Luna conoce. Versos alocados se mezclan con canciones susurradas por trovadores avezados en relatar el amor y sus síntomas. Todo le viene sin control y, aunque su cuerpo y su mirada están paralizados, bulle en su pecho cuanto ha imaginado que ocurriría, cuanto su maestro y mentor le dijera que sobrevendría en el momento más inesperado. El de Valmayor reacciona por fin; se vuelve y retrocede cinco pasos buscando a su escudero. Le susurra al oído. El mozalbete escucha un poco confundido. Levanta la vista, escucha otra vez con conocimiento de causa; deja el yelmo emplumado que sujetaba en las manos y se pierde corriendo entre la gente. Martín vuelve a escudriñar entre el gentío, pero no encuentra lo que está buscando. Regresa a su sitio sin dejar de mirar al lugar que ocupaba la joven. Ya no está. Se topa con los ojos de su maestro de armas que lo inquiere disimuladamente para que cumpla con el protocolo. Se disculpa con la comitiva.

Los treinta caballeros entran en el patio y se abren en abanico para colocarse en semicírculo alrededor de la tarima alfombrada que soporta los tronos. El gentío llena el recinto hasta donde lo permiten los guardias. Martín y su maestro están frente al rey, que se levanta; e inmediatamente lo hace su esposa, situándose un paso por detrás de su marido. Santiago intenta echarse a un lado para dejar que su pupilo reciba todos los méritos; pero el rey *Alfonso* le hace una seña para que se mantenga en su lugar. Llama al cronista y ambos bajan de la tarima. Saluda con efusividad a los dos héroes. Se vuelven hacia la gente. El rey pone sus manos en los hombros de los dos y se dirige al cronista, que repite sus palabras a voz en grito. El pueblo jalea sus frases a cada alabanza. Recuerda a viva voz que el ahora rey anduvo por aquellas tierras de *Murcia*. Ensalza que se las arrebató al infiel y que lo sometió; que los castellanos camparon por la vera; que muchos se quedaron allí para extender la fe; que el aliento de Dios entró en las mezquitas y las transformó en moradas de la verdad. Todas las palabras suenan por segunda vez en los oídos de Martín, que ya las escuchara por boca de su maestro. El pueblo llano también conoce la historia, pero no le importa oírla una y otra vez porque evoca gestas victoriosas. Observa el cronista a su rey. Se temple, se sosiega para glosar brevemente los años de paz, de intercambio de sabiduría, de mestizaje. Y continúa por lo que el joven caballero también conoce: el retorno de las hostilidades, de las revueltas y de la sublevación general amparada en los granadinos y en los africanos. Vuelve a mirar al rey y este asiente. Ha llegado el momento de ensalzar a los héroes que, imitando al sabio *Alfonso*, han repetido las hazañas de este para componer todo en el lugar que él lo dejara. Casi no puede hablar porque la gente aumenta la algarabía. Vocifera el funcionario, grita el nombre de Martín de Valmayor, el de Santiago de Campos y de los demás; uno por uno los treinta. El rey toma la mano del joven y la de su maestro y las levanta en señal de reconocimiento. Es la apoteosis del pueblo que vive de las glorias de sus nobles guerreros que asaltan, torturan y matan en nombre del Dios verdadero. *Alfonso* se vuelve y da por terminada la parte más vulgar de la ceremonia. No le gusta, pero la sabe necesaria porque qué sería de sus caballeros sin los soldados

de a pie que los acompañan; soldados que salen del pueblo y que no se llevan más gloria que alguna migaja del botín y el regresar vivos para poder fachendear de sus hazañas en las tabernas. Entra *Alfonso* por la puerta de la capilla mayor; todos detrás. Los paisanos se quedan fuera satisfechos. Para ellos se ha terminado el acto. Comienzan a dispersarse. Es día de feria en *Sevilla* y quien más y quien menos tiene muchas cosas que hacer.

Nada más cerrarse cansinamente la puerta del templo, el bullicio se queda fuera y dentro se recupera el sosiego. Avanzan por la capilla mayor. En las bancadas hay gente esperando; sus rostros se vislumbran gracias a las irisaciones de luz que se cuelan por las ventanas y a las bujías que penden de las paredes y de las columnas. Se oyen murmullos. Son los de los familiares de los caballeros que, siguiendo el protocolo, los esperan allí adentro. Caras sonrientes de nobles castellanos y andaluces entrados en años van desfilando a medida que *Martín* avanza hacia su sitio en las primeras filas. Todos ostentosamente vestidos, igual que las mujeres que los acompañan; casi todos ellos con buenas panzas agradecidas al vino y a las buenas vituallas; casi todas ellas repeinadas bajo el tocado, con largos vestidos aterciopelados. Se topa por fin el muchacho con los rostros que busca: los de su padre, don *Álvaro*; y su madre, doña *Úrsula*. El conde se mantiene inmóvil, orgulloso. Ella alarga levemente la mano; quisiera abalanzarse sobre su hijo para abrazarlo y llenarlo de besos, pero sabe que ha de esperar aún unos momentos hasta que termine la ceremonia. Mientras, la familia real se coloca en un lugar privilegiado y el arzobispo se emplaza frente al altar, se escucha un coro de voces blancas entonando una canción que se extiende por el templo llenándolo de sagrados ecos.

*Santa Maria,
Strela do dia,
mostra-nos via
pera Deus e nos guia.* [lviii](#)

Busca *Martín* a las dueñas de las voces y las descubre en la penumbra de una de las naves laterales. Se trata de un grupo de monjas. Luego su mirada viaja por las paredes hasta encontrar una imagen pintada de una *Virgen* coronada como reina del cielo. Brilla la pintura porque está flanqueada por dos grandes velas incrustadas en sendos apliques. Los ojos de la Madre de Dios deberían mirar al niño *Jesús* que tiene en brazos; sin embargo *Martín* se siente observado por ellos. Vuelve a escucharse el estribillo la *Cantiga* que ha compuesto su rey en la lengua de las tierras del noroeste que se ha adueñado de la cultura de la corte. Se esfuerza por comprender su significado y lo consigue. Entonces, durante unos instantes, se evade de cuanto lo rodea y su mente viaja fuera del templo al lugar en el que se había parado ante la mirada de todos para girarse a la izquierda. ¿Sería la mujer de los ojos negros la estrella determinada para él? Y si lo fuera... ¿Cuál sería su nombre? ¿Y su procedencia? ¿Y su condición? ¿Habría conseguido *Benito* alguna información? *Martín* se impacienta mientras avanza la ceremonia; una misa breve que el caballero asume con la naturalidad que dan por los años de repetición de un ritual incomprensible: el oficiante de espaldas a los fieles; los rezos y cánticos en latín; los latiguillos repetitivos de los religiosos conscientes de lo que dicen y de los gentilhombres y sus esposas, huecos de significado. En ese ambiente de ecos solemnes, de olor a incienso, de sensación del frío del ladrillo, *Martín* se impacienta porque, a pesar de ser uno de los protagonistas del acto, también piensa en el momento en que se termine para salir a toda prisa en busca de su escudero.

Por fin, los reyes comulgan con exagerada devoción; luego los monjes y las monjas inician un parsimonioso desfile hacia los laterales del templo, donde los sacerdotes auxiliares del oficiante se han colocado con el cuerpo y la sangre de Cristo. Los caballeros se mantienen en las primeras filas porque es el arzobispo el que se viene a ellos para traerles la comunión como si con eso reconociera el servicio que le han prestado a la cristiandad. Entretanto los demás fieles han seguido el camino de los monjes. Martín se gira y se encuentra con la mirada de su madre que sonrío tímidamente. Es una sonrisa de orgullo y de satisfacción que en su padre es rostro serio y altivo. Así son las cosas para los de Valmayor. El joven lo sabe a la perfección: la dulzura es a su madre como el semblante recio es a don Álvaro; esas son las dos caras de cualquier familia castellana de abolengo que se precie de serlo. Mientras el arzobispo termina de redondear el ceremonial con las últimas moniciones, el deseo de abrazar a sus padres va aumentando y haciendo que en su pensamiento se disuelvan los sueños de grandeza que han medrado dentro del templo y los de los sueños de amor que se han quedado fuera.

Rompen filas y cada quien va en busca de los suyos, entre las columnas. Se quiebra el silencio y los caballeros van saliendo al patio rodeados de sus seres queridos entre abrazos, risas y carantoñas. Cada uno de aquellos treinta tiene a alguien que lo acoja en sus brazos, alguien que lo ha extrañado, que ha rezado por él y que ahora se alegra de su vuelta. Todos menos Santiago, que sale también del templo y permanece inmóvil junto a una columna observando cómo se expande la felicidad ante sus ojos por entre los arcos del claustro. También hay quien se queda dentro rezando porque su vástago, o su hermano, o su amigo no ha regresado; pues la suerte y la felicidad nunca se reparten al gusto de todos. Contempla el maestro de armas a unos pasos cómo Martín se reencuentra con sus padres. Doña Úrsula se adelanta al paso de su marido.

—A la Virgen le pedí que te trajera sano y salvo y ha cumplido —envuelve a su hijo entre sus gruesos y blandos brazos. Tiene que estirarse, que alzarse sobre la puntera de sus botines para comérselo a besos. Su tocado rueda por el suelo.

—Ha cumplido, madre, ha cumplido —se deja achuchar mientras contempla cómo su mentor sonrío complacido.

La voz de la mujer tiembla igual que lo hacen sus rollizas carnes. Lloro de alegría. Se sofoca. Martín intenta calmarla con palabras cariñosas que no hacen si no arrancar más lágrimas.

A don Álvaro le parece suficiente aquella intolerable falta de protocolo. Siente que todos los observan, aunque el único que en realidad lo está haciendo es Santiago que ha acudido al quite recogiendo del suelo el casquete blanco y granate. Se interpone el conde entre madre e hijo y mira a su mujer con dureza consiguiendo que ella lo suelte y retroceda un paso para recomponer su estampa colocándose de nuevo el tocado, consciente de que se ha dejado llevar por los sentimientos. Su marido en cambio es todo compostura. Mantiene erguido su cuerpo enjuto y su rostro no manifiesta ninguna debilidad, camufladas sus facciones por una espesa barba blanca. No abraza a su hijo, solamente le tiende los antebrazos para que este los aprisione con fuerza en sus manos.

—Habremos de añadir un río al blasón de nuestro linaje —es su manera de dar las gracias porque el rey, como premio por los servicios del primogénito, ha otorgado al condado de Valmayor señorío sobre las tierras en las que el río *Viar* vierte sus aguas en el *Guadalquivir*; tierras detrás de las que el viejo conde andaba hacía años. Todavía es oficioso y no se hará público hasta la cena de homenaje a los vencedores que tendrá lugar en el *Alcázar*.

Las palabras llegan al corazón del joven para llenarlo de satisfacción. Sus aspiraciones no son ni han sido nunca para sí mismo, sino para engrandecer el nombre de su casa y así ganarse el

reconocimiento de su padre que, al fin, es el premio que ansía y que ha ansiado siempre; quizás porque el viejo nunca ha sabido trasladarle el cariño que lleva dentro y que se estrella siempre tras los muros de su encorsetada existencia. Santiago, que lo ha oído y conoce las ambiciones del conde, se les une por fin.

—Mi señor don Álvaro, esa es una extraordinaria noticia.

—¡Claro que lo es! —Contesta por su padre el joven henchido de orgullo.

—Y vos, nuestro fiel consejero, habréis tenido buena parte de culpa en el éxito de mi hijo —al conde siempre le ha sido más fácil mostrar el afecto a sus súbditos que a su propio hijo.

—Yo solo he cumplido con mi obligación, señor conde.

—No seáis tan humilde, que no es momento de mostrarse modesto.

—Lo que vos digáis, mi señor —hace una discreta reverencia y se retira unos pasos para dejar que don Álvaro vuelva su atención de nuevo sobre Martín.

—Hijo mío, has hecho que el león de nuestro estandarte mantenga la cabeza erguida, satisfecho de haberte visto valiente en la campaña. Eres un digno Valmayor —se ha hecho esperar, pero al fin lo abraza.

Doña Úrsula busca un pañuelo de la bocamanga de su vestido porque ya no es capaz de retener sus emociones. Los tres salen del patio; Santiago detrás.

Por fin consigue Martín ir al encuentro de su escudero que lo espera en la puerta. Benito está contento porque ha cumplido las órdenes de su amo y este no tiene ni que preguntar.

—Se llama Candela, mi señor. La “Bermeja” para más señas; no por su pelo que bien sabéis que es oscuro, sino porque es el apellido de su casa. Es la hija de un molinero de *Cantillana*. También sé que es cristiana nueva^[x], pues ya lo era su madre que murió al parir —sonríe satisfecho mostrando dos grandes incisivos que afean su cara flacucha y pecosa.

Martín acaricia los cabellos lacios del muchacho igual que se hace con un perrillo cualquiera y le da una moneda para que se vaya a disfrutar de la feria. Mientras lo hace echa cuentas que *Cantillana* está en el camino de regreso al castillo de Valmayor y que la localidad —y por lo tanto el molino— está ahora bajo la jurisdicción del condado. ¿Será ese un signo más de que Luna trabaja también de día para urdir sus embrujos? ¿O será la bendita casualidad la que está moviendo las circunstancias a favor del joven? Sea como fuere, la muchacha de sus ensoñaciones tiene nombre, casa y aldea; y el tiempo contado para que el señorito dé con ella. “Molinera...” Susurra pensativo, echando cuenta de algunas cancioncillas picaronas que se oyen por las plazas relatando las andanzas amorosas de los mozos en noches de molienda. “Molinera...” Conocidos son los devaneos de renombradas molineras de la comarca. Ve muy sencillo el asedio y ganada la plaza aún antes de haber llegado a ella; que plazas más duras se han rendido a los encantos del joven Valmayor. El deseo supera el amor dulce que Luna había querido contagiarle en la noche sobre el cerro y en otras noches allá en *Murcia*. Tal vez Martín se haya engañado en sus cálculos amorosos y lo que de verdad necesita es un buen revolcón con una campesina lozana para gozarla en primera persona y luego alardear de la conquista ante los amigos mientras trasiegan un buen vino en alguna taberna. A sus veintidós años no es mal plan para celebrar su regreso a sus tierras. Eso piensa, olvidando ya sus romanticismos para centrarse en la pieza que va a cazar con el mismo entusiasmo con el que se abate un venado después de haber estado al acecho durante horas. En la mente del caballero se ha esfumado la dulzura y ahora solo queda el ansia.

Por la noche, en el *Alcázar*, los acontecimientos discurren según la costumbre. Siguiendo el

protocolo, el rey recibe a los héroes en el salón del trono. Allí, el cronista de campaña glosa las andanzas de los caballeros por tierra de moros, sus gestas —exageradas con palabras rimbombantes— y el resultado final de sus acciones que no es otro que gloria para la corona castellana y por extensión para la cristiandad y humillación para el infiel que aceptaba un sometimiento casi absoluto. Inmediatamente después se hacen oficiales las nuevas prebendas, los premios y los agasajos para los vencedores, ante la algarabía general, contenida en la medida de lo posible por respeto regio. En la cena, los caballeros se acomodan cada uno con sus familias. No faltan música ni bufones para acompañar a los platos de caza mayor que desfilan entre otros más livianos. Terminado el ágape, el rey *Alfonso*, su esposa y el heredero se retiran como suelen hacer en esos casos dejando a los invitados libres para dar rienda suelta a la fiesta. A mitad del baile también se marcha la familia Valmayor al completo; pues al día siguiente, con las primeras luces, su intención es regresar a sus tierras, pocas leguas al noreste de *Sevilla*.

Con el alba salen de la ciudad por el camino real que la une con *Toledo*. Lo hace la familia acompañada de Santiago y de otros caballeros con sus escuderos que se van desperdigando poco a poco a medida que el grupo avanza apartándose de la vía principal. Hacen comida en *Alcalá del Río* para luego enfilarse hacia *Villaverde*, donde llegan hacia la media tarde. Hace tiempo que Martín viene echando sus cábalas para aducir una razón convincente que le permita continuar hacia *Cantillana* en lugar de torcer hacia el norte, donde se encuentra el castillo de los Valmayor. Para eso, a falta de media legua para la encrucijada, busca la ayuda de su maestro de armas.

—Así que al molino —ríe el de Campos; se carcajea por lo bajo para que don Álvaro, que cabalga atrás, no se dé cuenta—. Veo que vuestros amores no son tan etéreos como hace poco me contabais —retrasa su cabalgadura y se pone a la par del conde. Al poco vuelve. —Ya está. Ha sido fácil.

—¿Qué habéis improvisado? —Pregunta Martín entre satisfecho y sorprendido.

—Muy sencillo. Sabéis de la devoción de vuestra madre por la *Virgen de Aguas Santas*. Pues le he dicho a vuestro padre que estando vos y yo seriamente apretados en una emboscada hicimos votos de ir a *Villaverde* a darle gracias en cuanto estuviéramos en casa si nos sacaba del apuro.

—Y *Villaverde* está a un paso de *Cantillana*...

— ...Y del molino, querido Martín; y de la molinera que os llama.

—Sois un crápula, Santiago.

—Digamos mejor que soy el maestro de armas de un crápula —los dos ríen.

Para cuando doña Úrsula es enterada de las intenciones de su hijo, ambos han abandonado la comitiva desviándose hacia el este por el camino paralelo al *Guadalquivir*. Desde una loma, los dos jinetes, acompañados de Benito en su mulo, ven cómo la carroza y las caballerías se pierden en las estribaciones de la serranía que envuelve las tierras de Valmayor.

Capítulo 2

Ella no tiene linaje

ni fama ni conveniencia

El sol se está poniendo y llegarán de noche a la venta del molino de Marcial Bermejo, que es la seña que ha dado el escudero a su destino. Llegan justo para la cena, en noche cerrada, una legua al norte de la villa, río arriba. Las antorchas de la entrada dejan ver la penumbra de una edificación de piedra en tres tramos de diferentes alturas, techados en teja, a dos aguas. El primero se come el agua cantarina del canal que la roba del río: es el molino. El intermedio, de dos plantas, las ventanas con sus contras de madera, se entiende que es la posada. El tercero, en cuyo sobrado abierto al aire se guarda el forraje para el ganado, son las caballerizas. Allí van a guardar los animales que quedan al cargo de Benito. La puerta de la posada cruje y el molinero sale a recibirlos. Enseguida los reconoce y se deshace en atenciones porque ya sabe que está ante el hijo de quien tiene jurisdicción sobre el molino y sobre las tierras que lo rodean. Presto, ordena a la criada de la venta que prepare la mejor mesa para los señores y los informa del menú: potaje de habas con su morcilla y su tocino; mientras les sirve el mejor vino de la casa. Es bastante para dos viajeros hambrientos.

Mientras trasiega sediento la copa achaparrada de arcilla en la que Santiago le ha servido el tinto, Martín escudriña los rincones de la estancia cuadrada. Paredes robustas de piedra sin pulir; gruesas vigas de roble que sujetan el techo de madera del piso alto; varios toneles de vino; la chimenea con su lumbre crepitando; unas cuantas mesas, todas vacías menos una en la que cinco viajeros cenando murmuran sobre los recién llegados mientras les lanzan miradas de reojo, disimulando. La criada, menuda y feúcha, los sirve aguantando la burla de alguno al que se le va la mano con desdén porque seguramente intuye que no va a encontrar carne de nalgas prietas sino hueso. Martín se desconcierta. Ella no está; no está Candela. Esperaba encontrarla en el lugar que ocupa aquella muchacha. Santiago, que intuye lo que le está pasando a su pupilo por la cabeza, también mira a un lado y a otro, pero nada; ni rastro de la belleza que Martín le ha pintado por el camino del río. Descarado por su condición, llama al molinero y sin rubor alguno le pregunta con total naturalidad:

—Marcial, ¿Tú tenías una hija, no es verdad?

—Verdad, señor —contesta el dueño de la venta intentando disimular su preocupación, porque presiente que la conversación no le conviene.

—¿Y dónde está si puede saberse? —Santiago abre las manos como queriendo abarcar el espacio del establecimiento.

—Ella ahora ya no trabaja en el molino ni tampoco en la posada.

—¿Y por qué? —Cuestiona el maestro de armas, dejando bien claro en el acento que tal cosa hubiera de ser lo natural.

Marcial le da cumplidas explicaciones:

—Porque Dios Nuestro Señor parece haber querido llamarla para otros fines.

—Para otros fines... —el leonés mueve el antebrazo en el aire dando una irónica solemnidad a sus palabras mientras lanza un a mirada pícara a Martín, que se mantiene callado—. ¿Y qué fines tan elevados son esos, molinero? —La pregunta tiene un tono insidioso que molesta a Marcial, ya a la defensiva, tenso, nervioso.

—Mi hija Candela va a entrar al servicio del Señor en el *Convento de Santa Clara*; para eso se está preparando.

—¡Ah!, que ya es novicia.

—En eso estamos, mi señor —deja espacio para que la sirvienta ponga en la mesa una cazuela de barro con el potaje. El molinero aprovecha para escabullirse a buscar dos platos. Mientras lo hace, piensa si se le habrá notado que ha mentido, que su hija aún duerme todas las noches en la venta.

Como si lo oliera igual que lo está haciendo con las habas humeantes, Santiago intuye el temor en los ojos de Marcial y echa cuentas rápidas de que aquel hombre trata de proteger a su hija del desatino de algún señorito; y que si tal cosa intenta es porque Candela aún no se halla a salvo en el convento, que está cerca. Se sonríe para sus adentros, seguro de su perspicacia y, aprovechando que los han dejado solos a él y a su pupilo, le susurra al oído sus sospechas. Martín lo mira entre confundido e ilusionado, pues ha visto cómo en unos segundos las ansias que le habían volado de la venta con las palabras del viejo le vuelven corriendo al bajo vientre.

—¡Ay, los mozos! —Se regodea el de Campos, amparado por los años de experiencia—. ¡Qué haríais los mozos sin los viejos! —Posa su mano pesada en el cuello de Martín y le menea cariñosamente la cabeza—. Esto que voy a hacer por vos es un verdadero sacrificio que he de cobrarme con creces.

—¿Es que ya habéis planeado algo? —Pregunta perplejo el joven y, al ver la sonrisa bufona de su maestro, añade—: sois más rápido que vuestra sombra.

—Vos dejadme a mí, que yo ya...

Cenan y, en un momento, maese Santiago llama al molinero para solicitar los servicios especiales de la criada. Marcial, un poco extrañado, pone el precio de tres maravedís más otro por la cena y uno más por una noche para los dos hidalgos. Los cinco pone el de Campos sobre la mesa y él y su acompañante se retiran a sus habitaciones. La moza les va detrás con la encomienda de darles a los clientes de buen grado todo lo que le pidan.

Pasa más de una hora. Casi es medianoche cuando Santiago llama a la puerta de Martín y este abre ansioso para encontrar a su maestro de armas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Templad bribón, que os la he puesto a huevo. La criada va a enredar a vuestra damisela para que mañana a primera hora la acompañe a la fuente de los álamos —la mirada incrédula del joven está suplicando explicaciones más detalladas. El enredador se las da bien cumplidas—. La criadilla ya me tenía pinta de moza casadera y en efecto está en tratos de desposar con un paisano. Al ofrecerle yo unas monedas que a su ajuar vienen de perlas, la he convertido en alcahueta casi al instante y a ella, que no a mí, habréis de agradecerle la idea.

—No entiendo de qué habláis, Santiago; me pierdo en vuestros circunloquios.

—Pues enseguida vais a encontraros. Que el manantial de los álamos del que os hablo tiene la propiedad milagrosa, según la moza, de cumplir los deseos de amores de quien los lance al agua viajando en una moneda.

El canto del gallo despereza a Martín que se viste la camisola y las calzas al vuelo; después el

jubón corto, las botas, el sombrero emplumado y la capa para tornar el frío de la alborada. Sale furtivo de la venta para tomar a pie el camino que se pierde entre los álamos bajo el roquedal que se ve a lo lejos. Sobre ellos, todavía visible, la luna. Allí llega sudoroso, sofocado. Una leve neblina todavía se resiste a abandonar el bosquecillo y está prendida a jirones por entre las ramas más altas. Por una vereda estrecha que las hierbas primaverales se esfuerzan en borrar, se interna entre los árboles. Curiosos árboles de corteza blanquecina y quebrada que están floridos en racimos colgantes rojizos y amarillos antes de que los brotes tiernos revienten con las hojas del nuevo año. Después de reparar en ellos, semidesnudos, esperando revivir el verdor de sus mejores días, escruta en el vientecillo que apenas molesta sus ramas en busca de sonidos: unos pájaros, una piedra que cae de el roquedo porque algún animal la ha empujado, el agua de la fuente que se esconde en algún lugar; y por fin, a medida que avanza, dos voces blancas. Tras rodear una gran roca las ve. Son las dos mujeres que esperaba encontrar: la flaca sirvienta y a su lado, sentada junto al manantial, tirando piedrecillas al agua, aquella a la que Benito pusiera por nombre Candela. Se oculta entre unos arbustos y escucha. La sirvienta está cantando:

*Ven, dueño Ibrahim,
oh dulce nombre;
ven a mí
de noche
si no, si no quieres
iré yo a ti.
Dime dónde
encontrarte.* ^[x]

La damita ríe despreocupada las locuras de su doncella.

—¿Tan prendida estás? Yo te pensaba más asisada. ¿O es que en la posada no has aprendido que los hombres van a lo que van y cuando lo tienen se marchan?

—No se van. El mío, este, no se irá, que lo voy a sujetar bien entre las piernas —replica la desvergonzada sirvienta mientras besa una moneda, una de las que le ha dado Santiago—. No veis señora que esta moneda, la fuente, la canción y mis carnes harán el encantamiento. —Tira la calderilla al manantial y vuelve a canturrear revoloteando delante de su ama.

*...ven a mí
de noche
si no, si no quieres
iré yo a ti.*

—Harías bien en serenarte un poco, Clarita, que luego a lo mejor te arrepientes.

—No me arrepentiré no, que este hombre ha de sacarme de la venta —ahora sí se ruboriza echando cuentas—. Bueno, si vuestro padre lo tiene a bien. Que el hombre que me va a pedir tiene oficio y casa y unas tierras...

—Estás echando a volar muchas campanas...

—Que no son campanas, que son cosas hechas —la mocita se deshace en explicaciones sobre el hombre con el que ha de casar. Que si es bueno, que si es trabajador, que si parece de ley... Candela ríe y le sigue el juego a su sirvienta hasta que termina por decir lo que ella quiere oír.

—¿No será algo mayor para ti?

—Tiene treinta afirma la moza un poco azorada.

—Treinta y tantos —matiza—. ¿Y tú?

—Y yo dieciséis —concluye, como si fueran muchos.

Al verla tan feliz, Candela no quiere estropear el baile que se trae la muchacha.

—No te preocupes que si ese es tu deseo yo algo he de ayudarte —vuelve a reír, pues no conoce el juego que se trae su criada.

—Gracias, gracias, Candela, sabía que ibais a decir eso —la besa en una mano. Ha sacado Clarita doble tajada a su excursión al manantial de los álamos y está alborozada.

Martín, que ha seguido la algarabía de las dos muchachas absorbe aquel nombre como si bebiera del agua.

—“La que ilumina” —es lo que le sugiere de primeras y por eso lo susurra mientras intenta moverse sin hacer ruido. En su nerviosismo se le engancha la bota en una raíz, se trastabilla y cae hacia adelante haciendo que los arbustos crepiten. Así irrumpe en la bucólica escena.

Clarita deja de hacer aspavientos, deja de hablar y mira a lo lejos porque ha deducido que aquel hombre lleva rato espiándolas. Candela se levanta precipitadamente. Se siente azorada, inquieta, incómoda; pues no esperaba cosa semejante. Se abraza a la muchacha que es ahora quien se sonríe por lo bajo. El joven avanza con agilidad y en tres saltos se planta delante de ellas haciendo una reverencia tan exagerada que la pluma del sombrero roza las hojas del suelo.

—A vuestros pies... —se presenta—: Martín de Valmayor.

La damita se rehace al comprender que no corren peligro.

—Ya lo sé —responde tímidamente, que todavía lo lleva en la retina de cuando lo viera en *Sevilla*.

Para la molinera aquel hombre es un héroe, un caballero, un noble; lo cual es equivalente a lo inalcanzable, a algo que se sitúa muy por encima de cuanto ella pueda desear. Paradójicamente a Martín debería ocurrirle todo lo contrario, pues desde su alta estirpe cualquier muchacha le es tan accesible como una flor del campo. De sutilezas no va muy largo, ya que en *Murcia* ha aprendido que el guerrero toma por la fuerza lo que no se le concede de buen grado. Sin embargo, ante aquella belleza rebosante de lozanía, de cuerpo esbelto embutido en un corpiño trenzado, sus ardores se paralizan y todas las bravuconadas que a Santiago le había contado se le estrellan contra la mirada limpia de Candela. La jovencita tiene en su rostro cuantas cosas bellas le ha enseñado la luna en las noches estrelladas. Nota el muchacho que le bulle en los adentros aquello que llevaba tiempo deseando salir, que no es deseo, sino esa otra cosa que se llama amor y que tiene definición imposible.

—Sois el héroe de *Murcia*. En *Sevilla* no se habla de otra cosa —la chica se ruboriza porque acaba de confesar inocentemente que ella también lo hace.

La criada ríe picarona y se retira después discretamente. Ha cumplido y tendrá el resto de las monedas prometidas por el maestro de armas. Se quedan solos. El murmullo del agua del estanque llena el silencio largo que los envuelve a los dos. El de Valmayor quisiera ser un poeta, un trovador, un humilde juglar de los que cantan sus trovas en las plazas de los pueblos. Daría su título y el recién estrenado río de su blasón por ser capaz de pulir unas palabras en forma de romanza, pero no es capaz.

Candela se da cuenta de que todo el valor del guerrero se ha fugado. Sin saber por qué, se siente segura. No se ve asediada ni percibe peligro. Aquel muchacho de mirada brillante está envuelto en un halo de inusitada placidez.

—Venid. Sentaos aquí a mi lado.

Martín obedece. Después de mirarla no queda en el joven ni una brizna de doblada intención, que es candor lo que refulge en sus ojos porque está contemplando a aquella que tantas veces ha imaginado mientras se dejaba hipnotizar por la luna. Es ella, sin duda. Eso se sabe. Su carita ovalada es pálida y también sus manos; lo que indica que no trabaja en el campo. Martín ya conoce el porqué; un porqué doloroso para el amor, pues su destino se halla tras las rejas de un convento. Sin embargo, ese semblante fresco, ese corpiño ajustado, esa falda colorida que deja ver los tobillos cubiertos por medias blancas, aún guardan la ilusión de que el noviciado es todavía un afán y no un hecho. Si cualquiera le pidiese definir a aquella joven del estanque — Santiago, por ejemplo— le diría que es única y asombrosa, tierna y mágica, que encierra en su mirada enorme dulzura, que es lo más parecido a un ángel encarnado en un cuerpo humano. Sentado junto a ella, tal como le ha mandado, contempla de cerca sus ojos negros; sus orejas pequeñas y graciosas; sus labios carnosos que están pálidos, como el rostro, por el frío de la mañana; su nariz recta; sus pómulos marcados. Nada se pierde a la vista de Martín, que quiere atrapar en la memoria para siempre aquella imagen por si no vuelve a repetirse. Repara en que no lleva ningún adorno salvo un largo colgante prendido en el cuello. Es una piedra de un perfecto color turquesa que contrasta con el negro del corpiño y con el rojo oscuro de la falda.

—¿Qué os pasa? —Ríe ella—. ¿Es que os habéis quedado mudo?

—El muchacho duda, tartamudea. Lo mejor será guiar la conversación por los inofensivos caminos del amor ajeno. Por fin consigue hilar una frase con un poco de coherencia.

—Parece que vuestra doncella hierva de amores —bromea.

—¿Habéis estado escuchando? —Replica Candela simulando indignación, pero su tímida sonrisa borra el acento de sus palabras.

—Es solo que me gusta esa cancioncilla que ella canturreaba.

—¿La del dueño Ibrahim?

—La misma.

—Pues tiene sencilla explicación —la molinera se la da con detalle, pues también ella encuentra sendero cómodo en aquella huida por los amores de otra—. Ibrahim es el nombre del pretendiente de Clarita. Es un judío sevillano que le ha robado el sentido y por el bebe los vientos como dice la canción —pierde su mirada entre los troncos cuarteados de los álamos buscando a la moza; pero no la encuentra, aunque a buen seguro que está escuchando como toda sirvienta que se precie.

—Rara mixtura —concluye Martín imaginando a la poco agraciada chica con un hebreo de los de rostro calculador, nariz aquilina y barba apuntada; con ese gorrito ridículo que se ponen casi todos.

A Candela se le escapa esa ironía mal traída, no la alcanza y aduce inocente:

—No os entiendo.

—Pues eso. Una cristiana nueva de sangre mora con un judío... que dará eso...

—¿Y qué se supone que ha de dar? —Retruca ella.

El caballero comprende que se ha ido de la lengua, ya que cae en la cuenta de que Candela es también una mestiza de raza, de religión y seguramente también de pensamiento. Se retrae. La atracción que siente por la muchacha se lo aconseja. Reacciona.

—Pues un niño no muy guapo, mirándola a ella —vuelve a las bromas—, aunque hubiera de conocerse al mozo para ver si la criatura tuviera remedio —repara que es un nuevo desliz. “Mal empiezo”, piensa para sí intentando buscar otro comienzo.

La muchacha hace oídos sordos a aquel desvarío, como si se diera cuenta que Martín está nervioso y aquel desatino le ha salido sin querer. A ella también le conviene otro comienzo porque el joven le ha llenado los ojos desde la misma puerta de la catedral y no quiere estropear aquel encuentro con un impropio a destiempo que lo ponga a la defensiva.

—Me gusta venir aquí —vuelve a acariciar el agua del estanque con los dedos. En el agua flotan algunos nenúfares a punto de florecer que ondean ligeramente—. Lo hago muchas veces.

—Es un lugar bonito —se limita a decir Martín, que sigue sentado a su lado sin poder moverse, como atraído por una extraña fuerza vital que emana del rostro y del cuerpo de la muchacha.

—Algunas noches la luna nada en este estanque, como si viniera a bañarse.

—Será por eso que dicen que es mágico para los amores.

—Por eso será...

—¿No es lo que cree vuestra criada? —Al final tendrá que agradecerle a Clarita más cosas que el haber favorecido aquel encuentro, pues es gracias a ella que el incauto halla palabras para llenar el aire que los separa. Si no fuera por el recurso fácil de evadirse por los amores ajenos, si no fuera por eso, el silencio se volvería tenso y los obligaría a separarse; pero así siguen sentados, mirándose.

Candela replica:

—¿La fea?

—No es tan fea —Martín intenta deshacer el nudo que ha hecho con sus palabras, aunque se le nota la mentira piadosa.

Ella vuelve a reír. Se siente atrevida.

—Y yo... ¿qué os parezco?

—Sois...

—Decid, caballero.

—Sois muy hermosa.

La mujer se ruboriza. Se calla. Martín reflexiona sobre lo que ha dicho. El requiebro le ha salido por la boca, pero le viene directamente del corazón sin haberle pasado por la cabeza. Piensa en lo sencillo que le había sido hasta entonces el trato con las mujeres; de las tres clases: las de la corte, las de los campos y las moras murcianas. Las primeras tan elegantes como presuntuosas, almibaradas, enredadoras y ladinas, de lenguas de serpiente, maneras remilgadas y ardores dispuestos a salirles de las enaguas al menor descuido de sus maridos en pos de cualquier jovencuelo prometedor. Las segundas de especies varias: campesinas mojigatas, doncellas traviesas, mujeronas comehombres, putillas de taberna, otras mejores... Y qué decir de las moras: refinadas, dulces, raras, serviciales y maestras en artes amoratorias desconocidas para un caballero joven que despierta a las andanzas.

Después de un largo silencio, solo roto por el agua cantarina del manantial que cae al estanque, ella reacciona.

—¡Y vos un atrevido! —lo dice con la boca pequeña, como queriendo guardar su decencia sin ofender. Se distancia—. ¿Es que el hijo del nuevo señor del valle del río *Viar*, desde la serranía hasta que entra en *Cantillana*, no ha de tener distancia para con sus súbditos?

—Veo que ya lo sabéis —concluye el joven que esa noticia y otras parecidas se habrían propagado por *Sevilla* casi a la misma hora en que salieran de la boca del monarca.

—Me lo ha dicho mi padre.

—¿Y qué os parece?

—No sé. Yo no entiendo de esas cosas. Solo me vale que vos sois el hijo del señor y yo la hija del molinero.

—¿Eso es lo que os preocupa ahora?

—Pues claro. Me confunde que estéis intentando tratarme como una igual; quiero decir, como lo haríais con una dama de la corte. Y yo solo soy la hija de un siervo de vuestro padre y sierva vuestra pues.

—Si eso tanto os molesta puedo tutearte a partir de este mismo momento.

—Estáis en vuestro derecho.

Martín se rehace cediendo terreno para contemporizar:

—Pero a condición de que me devuelvas el tuteo y te olvides de quien soy. Que no quiero que me veas como el hijo de nadie, ni como el hidalgo o el señorito de nada, sino solo como un muchacho que quiere aspirar a tu amistad.

—¿A mi amistad...? —Lejos de darle confianza, las últimas palabras parecen poner a la joven más a la defensiva. Se levanta y mueve la cabeza a un lado y al otro buscando a la criada. Cuando ya va a gritar su nombre se oye un crepitar de ramas y un grito y una caída y un lamento.

Martín también se levanta. La mano en la empuñadura de la espada como es costumbre en un guerrero cuando presiente el peligro. Avanza hacia el matorral y allí descubre descalabrado a Benito, echando las manos a su trasero huesudo que parece haber absorbido todo el golpe.

—¡Doliome! —Gime mirando con los ojos muy abiertos a su amo. El quinceañero está a punto de llorar. El labio le tiembla como lo hace el belfo de un caballo encabritado.

—Te has llevado lo tuyo por estar donde no debes —se ríe Martín mientras suelta la mano de la empuñadura y se vuelve para mirar a Candela.

Ella también se ríe y no es para menos. El escudero le parece un esperpento de su amo: flaco que no delgado, desgarbado en vez de gallardo, enclenque en lugar de bizarro.

El momento relajado hace que la muchacha, casi inconscientemente le tome la palabra a Martín:

—Harías bien en vigilar a tu criado en lugar de que él te vigile a ti.

El caballero se apercibe que la mujer, inconscientemente, ha bajado la guardia y no quiere que se le escape la oportunidad de continuar por ese camino. Por ello, condescendiente, en lugar de regañarle al chiquillo, bromea.

—Pero vamos a ver... —se le acerca. Lo observa atentamente—. Puedes estar tranquilo. El golpe no ha sido nada que no se te ha caído ninguna de tus pecas —el chico se queda en blanco porque tarda en entender la chanza. Pero pronto reacciona porque ve llegar a Clarita a la carrera, preocupada por su ama.

—Pero vamos a ver..., alma de Dios, ¿qué hacías encaramado en ese árbol?

—Pues lo que ella ha dicho —responde mirando a Candela—; vigilaros... —presiente una mirada inquisidora y, avergonzado, baja la cabeza—. Yo solo he hecho lo que el señor Santiago me ha encomendado.

—¿Y cuál fue la encomienda, si puede saberse?

—Que no os perdiera de vista... por si pasaba algo...; que a avisarlo tendría que ir corriendo si presintiera algún peligro.

—¿Algún peligro? ¿Aquí, en esta fuente? —Este Santiago ha pasado demasiados días guardándome las espaldas. —Anda. Ve con Clarita a darte una vuelta que no seré yo quien impida que cumplas con la orden dada. Anda.

El chico ve el cielo abierto. Tal cosa no contaba, pues realmente se ha caído del árbol por

atender a los movimientos de la criada, a la que había echado el ojo la noche anterior en la posada. Se van los dos; él con el paso cojitranco.

Candela vuelve a sentarse. Intrigada, pregunta:

— ¿Cómo es la guerra?

Martín medita la respuesta y, después de unos instantes, desenvaina su espada y se la muestra.

—¿Ves esta arma? Pues la guerra es como ella; tiene una hoja con dos caras. Por un lado es epopeya, cuna de héroes y leyendas y por otro es sufrimiento, dolor, destrucción. Y el filo es tan delgado, tan fino —pasa el dedo índice con suavidad por él— que caer a un lado o a otro es cuestión de un momento. Una decisión mal tomada manda a muchos hombres a la muerte; una buena trae la gloria, pero esa le llega solo a unos pocos.

—¡Ah! ¡Ya! —Lo dice con desdén como si hubiera presentido esas palabras y le resultaran obvias.

El caballero, que quiere impresionarla, continúa.

— Aunque mi aventura murciana me ha mostrado siempre el lado de la gloria también he sentido el frío del otro lado, que he visto morir amigos y mujeres y niños y otras cosas que contarte no quisiera por no entristecerte, aunque bien sé que te las imaginas —intenta darle un giro a lo que está diciendo—. No todo es sangre, ni batalla. También hay buenos momentos. Se descubren otras tierras y otras gentes, otras costumbres, se hacen camaradas para siempre, se...

Ella interrumpe, encauzando hacia donde le conviene, que no es a otro sitio que a satisfacer la curiosidad femenina con que toda mujer se levanta por la mañana y no hay día lo bastante largo que la llene.

—¿Y las moras?¿Cómo son las moritas que cantan los juglares en las ferias?

—¿Qué?

—Sí, las moras.

—Imagino que habrás oído muchas cosas de ellas. ¿Qué más podría decir yo que no sepas si en la mitad de tu sangre tienes la respuesta: en tus ojos grandes, en el color de tus cabellos y de tu piel, en tus ademanes —piensa otra vez que vuelve a tener una oportunidad de lucirse—. Ahora recuerdo unos versos que bien te merecen a ti y a las moras bonitas que he visto en *Murcia* —se concentra y recita de memoria, con afectación, un poema:

*Tan cándida es su frente
que a la perla supera en candor;
y, aún más, su resplandor
vence al sol.*

*Tal resplandor, a veces,
no da el candor del sol,
mas, como un don de Dios,
su frente brilla por igual.*

*La clara luz de los ángeles
figura el ardiente círculo
de sus ojos, testigo
de que es doncella celestial.*

*Nariz y dientes y labios y vientre
están formados con tanta hermosura
que mueven al amor a los terrestres
y a los dioses celestes.*

*Su muy bella garganta
brilla cual nieve intacta;
¿y no son sus dos pechos
níveos, pequeños, duros?*

*Manos, piernas y pies
concuerdan con su cuerpo
al que ningún vestido
puede servir de adorno.* ^[xii]

—Muy bonito —medita.

No sabe Candela que la tal poesía de mora no tiene nada; que la ha aprendido Martín en alguna fiesta de la corte por boca de algún *goliardo* ^[xii] y la ha traducido al vuelo para usarla a la sazón sabiendo de su eficacia, quizás porque ya la ha utilizado alguna que otra vez.

—Y audaz —continúa ella—. Por lo que entiendo vos habéis visto mucho.

—No tanto —señala el joven, humilde—. Pero no olvides tutearme, que se te olvida.

—No se me olvida, no.

—¿Entonces?

—Es que prefiero desandar ese camino, que no debiera haber tomado nunca ni por descuido. Vos sois vos: un gentilhomme; y yo solo soy Candela, la molinera —pone distancia como le corresponde hacerlo.

—¿Y eso a que viene ahora?

—Pues a que vuestra condición podría permitirnos tomarme al asalto como uno de los alcázares de vuestra guerra.

Martín retruca:

—Y sin embargo, no lo hago. No ha habido intención en ello en ninguna de mis palabras ni en mis pensamientos. Perdón si os he importunado con el poema— interpela; porque aunque la razón le está diciendo que no, el corazón dice que sí; y cuando corazón quiere..., puede.

Ella se enroca:

—No es eso, caballero. No es por eso. Es que yo ya tengo un destino trazado, una ilusión por ser novicia en el convento.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces? —Imita el tono con el que acaba de oír esa misma palabra en boca de Martín.

—El entonces del mañana no es entonces, sino a lo mejor...

—¿Un *ojalá*, como diría una morita, os vale?

—No, eso no me vale.

Candela se levanta dando por terminada la conversación del encuentro que ella cree fortuito. Llama a su sirvienta y esta vuelve con Benito revoloteando a su alrededor como una

abeja en pos del néctar de una flor, zumbándole en la oreja requiebros y piropos de taberna.

—Vámonos ya, Clarita, que se hace tarde y hay trabajo en la venta.

—Sí, señora.

Se encaminan hacia el molino. Martín la llama, Candela se gira.

—¿Volveré a veros?

—Puede... —suenan a un quiero y no puedo.

—¿Dónde?

—Lo decidirá el destino —ahora suenan a un quiero y no debo.

—¿Cuándo?

—Tal vez mañana —al final suenan a un quiero y a un voy a hacer por querer.

Se van con apuro. Martín y Benito se quedan junto a la fuente observándolas cómo desaparecen. La sirvientilla hablando y hablando y Candela entre risas disimulando su nerviosismo porque se sabe deseada, acariciada en carnes propias por las palabras del poema; y eso para una mujer es una sensación irresistible.

Antes de marcharse del lugar, Martín toma un maravedí de la bolsa, lo besa, piensa un deseo y lo tira al manantial. Benito lo ve volar y también lanza un pensamiento al aire, ansioso de que su anhelo alcance aquella moneda antes de que se hunda en el agua.

Capítulo 3

Mas a avisarla fue el viento, por palabras muy secretas

Cinco días han pasado desde la vuelta de Martín al castillo de Valmayor. Por la mañana, en el salón, el conde don Álvaro y Santiago, después de haber despachado los asuntos de la hacienda que el noble delega en su fiel vasallo, ante un par de copas de vino entre las que media una jarra, discuten asuntos de alta política.

—Nuestro rey se ha venido equivocando con insistencia en sus pretensiones; el papa *Clemente* nunca va a nombrarlo emperador^[xiii]. No veis que le ha estado dando largas todos estos años —lo defiende con vehemencia porque está seguro de lo que está diciendo.

—No entiendo lo que insinuáis —responde el conde ciertamente confundido, pues en todo y a toda hora ha sido, es y será fiel a su rey y las vicisitudes de este se vuelven suyas.

—Pues muy sencillo, señor: el rey ha gastado cantidades ingentes de dinero para conseguir los apoyos necesarios para tal empresa y eso le ha traído repercusiones negativas aquí. Las *Cortes* y muchos nobles no lo respaldan. Creo que haría bien en mudar de actitud y ocuparse más de los asuntos del reino; que los de afuera nunca van a darnos nada, sino más bien intentarán quitarnos lo que tenemos.

—Os equivocáis, Santiago —disiente el conde—. La guerra os ha vuelto demasiado precavido y os impulsa a la inmediatez, pero la política es muy distinta. Requiere constancia, diplomacia y buenas bolsas de monedas con las que pagar a los que influyen en las decisiones verdaderamente importantes —con estas palabras el conde pretende introducir la verdadera cuestión por la que ha llamado a su mejor súbdito—. Tomemos otra copa de vino que quiero hablaros de esos asuntos cercanos que parecen interesaros más —hace una seña y una criada, que permanecía atenta a unos pasos junto a un gran cortinón, se acerca a servirlos—. Gracias. Puedes irte. Ya no voy a necesitarte más.

La sirvienta se retira después de una grácil reverencia. El maestro de armas se da cuenta entonces de que lo que don Álvaro quiere comunicarle es de mucha relevancia. El conde se toma su tiempo. Pasea la habitación de punta a punta, desde la gran chimenea en la que arde una generosa lumbre, hasta los ventanucos de la pared de enfrente. Se asoma y deja que su vista se pierda en el valle, adornado de los verdes primaverales. Luego, se vuelve para mirar al techo de madera soportado por tres vetustas vigas de roble. Santiago se mantiene expectante. Conoce a su señor y sabe que es hombre al que le gusta adornar sus explicaciones con circunloquios y arrancarlas de lejos, matizando todos los antecedentes que le llevan a tomar sus decisiones. Por eso se calla.

—Supongo que a estas alturas sabréis lo acontecido con el hermano de nuestro rey. Me refiero al infante don *Enrique*. Sabréis que ha dejado *Túnez* y ahora está en *Italia*.

—Algo he oído sobre eso.

—¿Y qué es lo que sabéis sobre el tema?

—Pues que al infante, después de haber hecho fama y fortuna en tierras africanas al servicio del sultán, parece que las cosas se le torcieron por la envidia de muchos súbditos de este que no veían con buenos ojos que un cristiano los mirara por encima del hombro. Incluso se rumorea que sobrevivió a un atentado, salvándose por los pelos de ser devorado por unos leones que habían sido colocados en un determinado lugar para que dieran cuenta de él.

—En un establo —precisa don Álvaro, que ha dejado de pasear y se ha sentado junto al maestro, que conviene:

—Sí, eso es. Aunque yo a tal cuento no doy mucho crédito, que más que cierto, parece salido de la imaginación de un trovador.

Ambos beben un buen trago de vino y Santiago vuelve a llenar las copas mientras su señor continúa:

—Exageraciones aparte, sí es cierto que fue expulsado del reino africano junto a los caballeros que le son fieles. Ahora está en *Italia*, como ya he dicho; donde se ha puesto al servicio del papa *Clemente* y de *Carlos de Anjou*. Tiene aspiraciones de que lo nombren rey de *Cerdeña*... Y para eso va a necesitar el apoyo de su hermano, después de tantas desavenencias y enfrentamientos como han tenido.

—No entiendo adónde queréis llevarme. Las rencillas entre los hermanos vienen de lejos. Por ellas *Enrique* se vio obligado a marcharse.

—Ahora llego, amigo mío. Que el rey *Alfonso*, conocedor de la situación y sabedor de que yo, en tiempos, estuve a buenas con sus hermano, me ha encomendado a mí, mientras estabais en *Murcia*, que propiciara un acercamiento discreto entre ellos. Bueno, a lo que voy..., que de estos todos he obtenido yo, o mejor diría mi esposa, un beneficio para nuestra casa.

—Pues...

—Pues tal encomienda me ha llevado varias veces a *Sevilla* y conmigo ha venido Úrsula. Mientras yo trataba con el rey ella iba en compañía de la reina. Y en uno de esos paseos por los jardines del *Alcázar*, bromeando sobre unas jovencitas que alborotaban allí entretenidas en algún juego, la reina sugirió que una de ellas podría ser un partido interesante para nuestro hijo.

—Esa es una excelente noticia. ¿Y quién es la escogida?

—Ahí está la causa de nuestro regocijo pues la joven, de nombre Margarita, es una de las hijas del mayordomo mayor del rey. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa?

—Me doy perfecta cuenta. Supone entrar en ese círculo restringido de la nobleza que tiene acceso directo a nuestro soberano. Supone...—prestigio, poder, influencia. Todo ello da por entendido al suspender la frase para exclamar—: ¡no sabéis cuánto me alegro!

Ambos brindan y beben. Don Álvaro llega por fin dónde quería.

—Es por eso que te he mandado llamar. Aunque mi esposa será la encargada de comunicarle a Martín los pormenores del compromiso yo conozco bien a mi hijo; por eso deseo que lo preparéis para la noticia. Bien sabéis que la imaginación de los jóvenes de hoy en día no pasa por asentar y formar familia si no es después de hartarse de correrías; y en eso Martín aún anda a medio camino.

Consecuente con la confianza que se le otorga, maese Santiago asume su papel:

—Podéis contar conmigo.

—Pero sobre todo os pido que seáis discreto. Cualquier desliz puede dar al traste con nuestras pretensiones.

Santiago de Campos sale de la torre del homenaje meditando en cómo habrá de abordar el

encargo del conde cuando ve en el patio del castillo a su pupilo, que habla con el escudero. Supone, después de observarlos unos instantes, que Benito acaba de llegar al castillo de cumplir algún recado, porque cuando ambos terminan de hablar, Martín se lleva la mano al saquito de monedas prendido en el cinto, saca una y se la entrega al chico que se marcha dando brincos hacia las cocinas. Martín, en cambio, sale pensativo por la puerta principal. Saluda de soslayo a los guardias y termina sentándose en unas peñas que hay allí cerca, desde donde la vista del valle es espléndida. Al maestro de armas le parece el lugar y el momento oportunos para actuar. No tiene mucho tiempo, pues sabe que doña Úrsula llamará a su hijo en breve para comunicarle el compromiso. Por eso, cuanto antes lo aborde —piensa para sí—, mejor.

Sale él también de la fortaleza, mira atrás y siente sobre sí la fuerza de aquellos muros inexpugnables. Se gira y se acerca discretamente para pararse a unos pasos de la espalda de Martín, porque le parece que está hablando. No, no habla, está canturreando... Escucha.

*Todas yerbas que bien olien
la fuent cerca sí las tenie.
Y es la salvia, y son las rosas,
y el lirio e las violas;
otras tantas yerbas y había
que sol' nombrar no las sabría,
mas el olor que d'y ixía
a homne muerto resucetaría*

Se ve tentado a intervenir, pero decide seguir escuchando, porque el poema le es familiar. Él mismo lo ha utilizado en alguna ocasión para alegrar los oídos de una dama.

*Pris del agua un bocado
e fui todo esfriado;
en mi mano pris una flor,
sabet non toda la peyor,
e quis cantar de fin amor;
mas vi venir una doncella,
pues nací non vi tan bella.*

Valora el leonés el alcance de aquellos versos. Esa fuente de la que hablan ha de ser sin duda el estanque de los álamos. Y la flor a la que se refiere —la doncella—, no es otra que la hija del molinero. No le hace falta más para darse cuenta de que el muchacho ha confundido los placeres con las devociones; que está perdidamente enamorado —que es expresión que se le viene a Santiago a la mente con todos los inconvenientes que la acompañan—. Es por eso calcula que su misión va a complicarse. La correría amorosa que él mismo había propiciado se está enredando igual que las madre selvas que trepan por la torre oeste del castillo. Mientras el maestro de armas ve crecer los problemas; pues para él, amor joven y problemas son términos inseparables; Martín deja que la poesía dé forma a la mujer de sus pensamientos:

Blanca era e "bermeja",

*cabellos cortos sobre l'oreja.
Fruente blanca e lozana,
cara fresca como manzana,
nariz igual e derecha,
nunca viestes tan bien feita,
ojos negros e ridientes,
boca a razón e blancos dientes,
labros bermejos non muy delgados,
por verdat bien mesurados.* ^[xiv]

Martín se apercibe al fin de la presencia de su maestro. Enmudece, un poco azorado por ser descubierto a través de las trovas de un lírico. Deja de otear al horizonte y baja la cabeza.

—Parece que va a llover —se sirve Santiago del manido tema para entrarle a su pupilo. — Eso le vendrá bien a los campos.

Pero este reacciona como el bribonzuelo que es descubierto en plena trastada.

—No os hagáis el circunspecto.

—¿El circunspecto? Perdonadme, no os entiendo, Martín.

—Que bien debéis saber lo que he hecho y eso os trae a mí ahora para persuadirme. ¿Quién os ha mandado? ¿Quizás mi madre? Puede que lo sepa ya también.

—Os equivocáis en todo. Será que me estoy haciendo viejo; pero el caso es que aún no he llegado a lo que insinuáis, que para mí son todo novedades.

El joven, un poco desconcertado por descubrir a su maestro in albis, al hombre que siempre estaba al cabo de todos los asuntos que concernían a la familia Valmayor, se calla unos instantes. Intuye que le van a pedir explicaciones por su extraño comportamiento y se verá obligado a darlas. Así es, en efecto, que Santiago pregunta:

—¿Y qué es eso tan importante que sería imperdonable que yo no supiera?

Martín se podría callar. Es el hijo del conde y podría hacer valer su posición, pero está delante de su maestro de armas, del que ha sido siempre su mentor; de alguien al que admira, al que ha cubierto las espaldas más de una vez y ha visto las suyas protegidas otras tantas, hermano mayor componedor de las correrías que lo habían hecho un hombre. Si alguien se merece sus confidencias es maese Santiago. Además, necesitaba hablar con alguien para dar salida a los desvelos que le bullían en el pecho. El amor es a los hombres lo que las palabras son a los oídos. ¿Qué importancia tienen las palabras si no hay oídos para escucharlas? ¿Qué vale el amor para un hombre si no puede contarle a otro que ama? Por eso, el muchacho deja perder su mirada en el valle, respira profundamente, gira su cabeza para mirar al maestro y confiesa algo que puede volverse contra él.

—Ayer he vuelto a verla.

—¿A quién? —Interviene Santiago con más tono de admiración que de pregunta, porque sospecha ya la respuesta.

—A la hija del molinero. A Candela, la de la fuente de los álamos. Pensé que vos lo sabríais ya.

—¿Y por qué habría de saberlo?

Martín responde con la sinceridad de un adolescente.

—Pues porque donde vos no llegáis, llega siempre Benito. Le dije que del asunto ni palabra;

pero estaba seguro que habría ido corriendo a buscaros como ha hecho otras veces.

—Y no os ha ido mal —aduce Santiago en defensa del escudero—; que en más de una ocasión sus carreras os han salvado.

—Bien lo sé, bien lo sé. El manteneros informado de mis andanzas es uno de sus cometidos y lo hace con diligencia.

Santiago se muestra cortante porque nota que su pupilo se está escabullendo por las ramas:

—Pues esta vez no lo ha hecho —nota que su tono ha sido un poco ácido y templa. Se sienta junto a Martín. Como tantas otras veces, le pone su pesado brazo en el hombro—. Vamos, hombre, hablad, que me tenéis en ascuas.

Entonces, Martín se decide. No ha dormido —confiesa— ni cinco horas en aquellas dos primeras noches en el hogar. En la primera porque todavía conservaba en la memoria la imagen de aquella mujer recortada en la atmósfera del estanque, el aire perfumado de jazmín, el murmullo del agua, su aterciopelada voz esquivando sus requiebros y abriendo; sin embargo, resquicios para que le lanzaran más, habilidad innata a las hembras. En la segunda porque no bien la hubo soñado, el sueño se volviera pesadilla anunciadora de tragedias porque la voz del duende racional que todo hombre lleva dentro le sugería que esos amores eran errores nada más mentarlos. Que un señorito no pinta nada con una molinera si no es para joderla en un calentón, que si una sierva está de buen ver bien hará en satisfacer a quien le da casa, trabajo y protección.

—Y esas palabras soeces —matiza Martín— que son pan de cada día en boca de los caballeros e incluso yo mismo pronuncié en alguna ocasión alardeando de conquistas de pajar o de granero, ahora se vuelven contra mí porque es amor lo que siento.

—Veo que el asunto se os está yendo de las manos. Pero, ¿cómo estáis tan seguro de que es amor y no ardor de bajo vientre, que es como las viejas llaman a veces a los síntomas que vos presentáis?

—Pues que no son ardores; que nada me quema bajo el calzón; que no es eso. Lo que se me inflama es el corazón, que a cada latido parece que pronuncia su nombre.

—Rara enfermedad la de un corazón que habla —se burla Santiago porque ve que el rostro de Martín se crispa al no poder el joven controlar sus sentimientos.

Cuenta entonces cómo mandó a Benito, en la mañana del tercer día, a la venta para que hablara con Candela y le pidiera lugar y hora para otra cita; y cómo el escudero había vuelto de vacío porque la muchacha le había dado evasivas. No se había rendido a la primera, acuciado por la necesidad de volver a verla y por eso le había pedido a su asistente que estuviera atento a los movimientos de la muchacha para poder hallar momento y lugar para verla. Así son los amores que igualan las condiciones y hacen a los nobles bajar a la tierra.

—Benito la siguió a primera hora de la tarde a *Sevilla* y por la noche vino a rendirme cuentas de sus indagaciones.

Así supo Martín que Candela, con su inseparable criada, fue a confesarse a la iglesia y luego pasó la tarde en compañía de las monjas, parece ser que bordando; y que más tarde se fue a dormir a casa de una prima que vive en la ciudad para volver al convento por la mañana, a los rezos.

—Y hete ahí que ayer me personé en la ciudad, ante la puerta de la casa, antes de que los ángeles de Nuestro Señor Jesucristo hubieran puesto las calles.

Bajo un soportal esperó —cuenta Martín con detalle— hasta que el alba llenó de luz la plaza a la que daba la fachada. Poco después apareció un sacerdote con su monaguillo al lado para llamar a la puerta. Ella bajó y los tres se encaminaron al convento.

—No tardé en saber que se llama don Cosme, que es su confesor y también el de las monjas.

Y siguiendo después al cura, el caballero entró detrás de él en la iglesia; estimando que aquel hombre bien le podría hacer de alcahueta, que muchos curas tienen reputada fama de ello, se personó ante él y le puso un saquito de monedas delante con la condición de que le propiciara un encuentro con la muchacha.

—Acerté con la encomienda y con el encomendado.

El cura, después de la lógica extrañeza por lo que se le pedía, le dijo que regresara al mediodía y aguardara en el patio de atrás de la iglesia, que allí vendría él con Candela.

—Estaba seguro de su palabra porque no hay clérigo que se conforme con la mitad del pago si queda la otra mitad por cobrar.

—Me tenéis anonadado —suspiró Santiago, corroborando que el mandado del conde don Álvaro se iba a complicar; y bastante—. ¿Y qué pasó? —Ya en el camino sería bueno saber del cuento el final para obrar en consecuencia.

—Ya os lo he dicho, que volvimos a encontrarnos.

—Sí, eso sí, hombre; pero qué resultó de ese encuentro.

—Para decirlo muy simple: que yo la quiero y ella quisiera no quererme.

—¡Uf, qué galimatías! —Aclaraos.

—Vamos, que es mujer y siente; pero que tiene la cabeza bien puesta.

En el patio, después de la sorpresa, ella mantuvo las distancias, turbada por encontrarse en una situación comprometida, propiciada por su propio confesor. Pues bien sabía que el secreto de un cura lo es hasta que la conveniencia le dicte que deje de serlo.

—Después de escuchar mis requiebros me dijo que me estaba equivocando, que el quererla iba a perjudicarme, que pusiera mis ojos en otra de mi condición.

—Sabios consejos. Eso mismo os dije yo hace poco —convino el maestro—. Tenéis razón que la molinera piensa las cosas. Y también doy por seguro que su razonamiento tiene segundas partes, aunque ella no os lo dijera.

—¿Y cuáles son, que no las alcanzo?

—Pues ella sí, estoy seguro. Que vuestro amor por ella será su ruina y la de su casa. ¿Os habéis preguntado por un aquel qué haría vuestro padre si supiera que bebéis los vientos por una molinera?

Martín se calla.

—Pues que entraría en cólera y pondría fin al cuento desde su raíz. Les quitaría la concesión del molino y los echaría de estas tierras en menos que el sol corre su camino de un día por el cielo.

—¿Tal cosa haría?

—Eso o algo peor. Dadlo por seguro.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Olvidadla —Santiago sopesa el momento y acuerda que es tiempo de dejarse de romanticismos y conminarlo a que haga lo que se espera de él. —Vuestra madre va a llamaros esta misma tarde. Y lo hará para comunicaros una noticia que la ilusiona a ella y también a vuestro padre.

Por un momento Martín deja de pensar en Candela, intrigado por lo que acaba de oír. Extrae una rápida deducción.

—Por lo que veo se trata de algo importante, pues os han mandado a vos para prepararme.

—Acertáis. Eso me ha pedido vuestro padre.

— Dejémonos pues de circunloquios. Os ruego que seáis directo conmigo.

—Puesto que así lo deseáis me ahorraré detalles. Parece ser que os han encontrado esposa entre las damas de la corte; una joven muy cercana a la reina. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa?

Martín responde con un dubitativo monosílabo. Santiago alcanza a comprender en el eco del escueto sí, lo que de verdad en él se esconde y no duda en sentenciar.

—Para ser feliz no basta con empeñarse uno mismo. Es necesario que los demás acepten nuestra felicidad, porque si no todo acaba en fracaso.

El de Valmayor procesa esas palabras que, amontonadas junto a las otras, le producen honda congoja.

—Y quién es ella? ¿Cómo se llama? —Intenta reponerse de su confusión.

—Eso se lo dejo a vuestra madre, que es cosa de su competencia. —Y dicho esto, Santiago se da media vuelta y se marcha meditando.

Martín mira al horizonte y no puede verlo. El sol se ha librado de las nubes y desparrama destellos que obligan al condesito a contornear los ojos hasta casi cerrarlos, disolviendo el paisaje en una neblina luminosa. De una niebla semejante, pero que está en su interior, surge Candela en la imaginación; embriagadora, rebotante de vitalidad, de pureza. Recuerda cómo el cura había conducido a la muchacha al lugar señalado y cómo él, ansioso, la estaba esperando. Ella se había sorprendido mucho y había mirado al sacerdote, pero don Cosme ya se había dado la vuelta para entrar en la sacristía por una portezuela. Azorada, diera unos pasos intentado evitar aquel encuentro, pero Martín se le había puesto delante cortándole el único camino de retirada. Lejos de mostrarse altivo, se había disculpado por aquella encerrona y lo hiciera basándose en su buen nombre; ya que no deseaba dar pábulo a chismorreos en los mentideros sevillanos, habiendo conseguido con eso que ella lo escuchara. Un enorme ciprés les había dado sombra. En su tronco apoyara Martín su espalda y también sus sentimientos. Un árbol cualquiera —y en especial el ciprés— simboliza la unión entre el Cielo y la Tierra y pudiera decirse que por el árbol bajarán de las nubes las ensoñaciones de un joven sin el atavío de su linaje para convertirse en palabras dichas por un simple muchacho. “Esta noche te he soñado”. Le había dicho en un acento sincero, sin recovecos ni connotaciones. Las palabras debieron cascabelear en sus oídos y la escueta frase reverberara por todas las esquinas del entendimiento de Candela, porque esta se había parado quedándose muda ante aquella lindeza; mirándolo cariacontecida de tal modo que el joven la presintiera primero precavida y luego encandilada. Él había aprovechado aquel silencio para completar que la soñara despierto, mirando a la vega, al valle entero desde un peñasco —el mismo en el que se confesara después a Santiago—. Que la imaginara subiendo el sendero del castillo, ataviada con un hermoso vestido de brocados blancos, con un tocado de gasa que ondeaba al viento. Que, llegando a la fortaleza, los guardias que guardaban la puerta separaran sus lanzas y les franquearan el paso; y que dentro esperaba el mayordomo y criados y sirvientas, que inclinaban la cabeza. Que pasado el corredor que formaban esperaban muchas damas y caballeros con ganas de fiesta. Reaccionara por fin Candela después de tanta lisonja; y lo hiciera para llamarlo juglar enredador, que viene siendo lo mismo que ladrón de corazones, o dicho de manera más ruin, embaucador y embustero. No había acertado a decir otra cosa para mostrar sus temores; pues mil historias de muchachas que perdieran su honra en mugrientos pajares seducidas por caballeros con lisonjas de grandeza se cuentan en *Sevilla* y también en otras tierras. Martín, haciéndose cargo de que tales sospechas la volvían esquiva y distante, había hincado en tierra su rodilla para hacer voto, tomándole la mano derecha, de que si hubiere doblez en sus palabras o

maldad o mala intención, hendirle un rayo del cielo habría en aquel mismo instante. Volviera el silencio. Tal cosa no pasó —pues esas cosas no pasan—. Viendo que su promesa no encontraba en la joven la reacción esperada, Martín había saltado por fin al vacío: “Te quiero” —le confesara mientras se levantaba para mirarla de cerca a los ojos para fortalecer esa verdad. Luego suplicara —: “déjate amar, que solo haciendo eso podrás entender que cuanto te digo es sincero y tan limpio como tu mirada.” Pero ella había respondido con un “quiero irme” que arrojara al caballero haciéndolo retroceder un paso. En ese momento regresara el cura al patio. Don Cosme, calculador como todo clérigo que se precie, había tasado en diez minutos el tiempo que valían las monedas y también que interrumpiendo la escena podría propiciar otras que la continuaran a cuenta de engordar su bolsa. Ella, aún más avergonzada de lo que ya estaba, se había apartado definitivamente. Confesor y doncella se fueran adentro, a las cosas de Dios, a sus cosas.

La imaginación del enamorado se pusiera a trabajar a toda prisa, dictándole que habría de escribirle una carta sentida para estirar de algún modo la esperanza. Lo había hecho casi al momento, buscando tinta, pluma y pliego en un local cercano. La inspiración animara los versos; porque las musas vienen prestas siempre que atisban amores deseados. Benito se las compusiera para hacerle llegar la misiva a Candela, a través, como no, de Clarita.

La luz vuelve a cegarlo y recupera el instante en el que está, el lugar en el que está, frente al valle, sobre el valle, soñando despierto; las palabras de la nota bien marcadas en su cerebro como la tinta en el pergamino, de su puño y letra:

“Sabiendo como sabía
que mis palabras no os llegan.
Sospechando que el corazón
os dicta que sí
donde la razón que no, os aconseja;
me atrevo a deciros que mañana,
cuando anochezca,
esperaré en la fuente de los álamos,
donde canta el agua fresca.
Si viniereis os diría
que os amo;
he aquí la muestra.
[la muestra es un pequeño diamante engarzado en una gargantilla dorada]
Si no lo hicieréis así,
arda esta nota y con ella
mi dicha y también la vuestra.”

Asombrado está el condesito evocando su poema; que es suyo y solo suyo, pues no hizo falta trovador ni juglar ni poeta que lo hubiera compuesto para él. Porque fue el mismísimo amor quien se lo trajo a la cabeza. “¿La habrá leído?” “¿Vendrá?”—Piensa—. Llega Benito con el recado de que doña Úrsula lo está esperando en sus aposentos. Martín se mantiene callado unos momentos y luego reacciona para encomendarle preparar las caballerías para el atardecer. Después de escuchar a su amo sabe que es para ir al manantial y se va muy contento. “Donde va el perro va el hueso” se marcha pensando en su lenguaje llano. Después de eso, Martín se levanta, dispuesto a encarar la entrevista con su madre. Entra en la torre, cruza el salón y sube al dormitorio principal.

Allí la encuentra, sentada ante un tocador dejando que una criada le cepille el pelo. Doña Úrsula se apercibe de la presencia de su hijo sin necesidad de mirar a la puerta. Con un gesto, despide a la peluquera y se dirige a él:

—Parece que nunca te hubieras ido de esta casa —se vuelve y se levanta, acercándose al condesito. —Tus pasos han resonado en mi cabeza todo este tiempo. He pasado tanto miedo...

—Pero he vuelto, madre —la abraza cariñosamente—, sano y salvo.

—Y con honra, según me ha contado tu padre al que Santiago ha informado cumplidamente.

—Eso también; aunque no hagáis demasiado caso del maestro, que en su humildad hace más muchas de sus hazañas. Pero sospecho que no me habéis hecho llamar para hablar de batallas. ¿Verdad, madre?

La mujer se deja de rodeos y entra en harinas. Después de escuchar por su boca noticias que ya sabe, pero para las que se hace de nuevas, Martín conoce el nombre de la que ha de ser su esposa.

—Se llama Margarita y es ahijada de la reina —doña Úrsula se emociona. Su felicidad la delata—. Es una muchacha muy hermosa y de una de las mejores familias —Estudia las reacciones de su hijo.

El muchacho se sonroja y se muestra nervioso, pero no se entusiasma. Su rostro está atenazado por una mueca dolorosa.

—Pero madre... —intenta buscar palabras; pero no las encuentra.

Doña Úrsula sigue:

—Tu padre está encantado. Ya sabes que a él nada le vale; pero esto ha superado todas sus expectativas y las mías también.

Martín se calla. En su silencio su madre presiente una pena que no entiende. Confundida, lo busca con la mirada para leer en sus ojos que hay algo que no va bien.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no te complace lo que te estoy diciendo?

—No es eso, madre, no es eso. Es que acabo de llegar, aún no he vuelto a ser el que era y todo esto, tan de repente, me está sobrepasando.

—¿Sobrepasando? Si no te explicas mejor, hijo mío, me temo que no voy a entenderte.

El joven intenta medir sus palabras para no desilusionarla.

—Es que no me gusta que piensen por mí, que elijan por mí...

Doña Úrsula se justifica.

—Pero hijo mío. Las cosas son como son. Siempre han sido así.

Entonces decide contarle que ella también fue joven y que soñaba nubes. Que con quince años su madre le comunicó, como ahora estaba haciendo ella, que su padre la había comprometido en casamiento con el caballero don Álvaro, de familia toledana de rancio abolengo algo venida a menos. Le intenta transmitir a su hijo los miedos de una niña que conociera a su prometido en un jardín, quince días antes de la boda; donde descubriera a un desconocido que no le había causado grata impresión, primero porque era algo impuesto y luego porque el tal hidalgo era un joven altivo y desgarbado que la había tratado con displicencia; ya que la alcurnia de la muchacha no daba la talla, pero sí la daban sus buenos dineros.

—Con el tiempo la amarás. Lo descubrirás un día al despertarte a su lado. Tal vez será su hermosa presencia, o sus modales finos, o los hijos que ha de darte. El caso es que un día descubrirás que estaba hecha para ti igual que tú para ella. Como me pasó a mí con tu padre.

—Sí madre, pero...

—Otra vez con los “peros”, hijo. Ya te lo he explicado, ya te lo habrá dicho también Santiago:

es lo mejor para todos.

—Lo mejor para todos... —Martín piensa en Candela y se siente excluido de ese “todos” que abarca a la familia Valmayor. Se ve tentado a contarle lo que en su pecho está medrando: un amor verdadero; y no un proyecto de amor a largo plazo, que es lo que su madre parece querer venderle. Está a punto de decirlo al asimilar el camino recorrido por aquella joven Úrsula cuyas ilusiones se habían marchitado en aquel jardín lejano; quizás porque su corazón ya tuviera un habitante que hubo de esfumarse para dejar sitio al desgarrado Alvaro. Pero al final guarda silencio, porque la decisión final que tomara su madre en otro tiempo había sido la responsable de que él estuviera en este mundo y el discutirla sería lo mismo que poner en duda el acierto de su existencia.

—Sí. Es lo mejor para todos —el condesito intenta parecer convincente; la abraza.

Doña Úrsula sonrío; pero para sus adentros el eco de aquella frase deja un poso de amargura que evoca sentimientos antiguos que intentan revivir desde sus olvidadas renunciadas. Se separan. El joven se va y ella vuelve al tocador. La peluquera regresa para continuar su trabajo; pero la condesa la despide pronto. Se ha quedado intranquila y su instinto de mujer le dice que algo está pasando; algo que no conviene.

El día anterior, nada más dejar a Martín clavado a la entrada del cementerio de la iglesia de don Cosme, Candela se confesó; pero nada dijo de sus alas en los pies, sus mariposas en el estómago y sus pájaros en la cabeza. Su sirvienta la esperaba en la puerta principal del templo después de acudir a unos recados, ignorante de lo que sucediera; aunque viendo salir al hijo del conde por un lateral se las compuso para enterarse de todo antes de que un empleado del molino las recogiera en un carromato para llevarlas a la venta. Aunque no dijo nada en todo el camino, en la cabeza de Clara había también un perro llevando un hueso.

Aquella noche Candela salió a la puerta de la venta; tal vez llamada por la luna a la que contemplaba, para decirle. “Debo estar loca”. En tres palabras se había resuelto la encrucijada a la que ella había puesto también tres caminos. El primero, ante el altar de la iglesia: el de la devoción. Desde muy dentro le habló a la Santísima Madre para preguntarle por su desatino; pero no consiguió arrancarle ni una sola respuesta. La tocó. La piedra de la estatua era fría, áspera y seca. Luego le habló a su Hijo crucificado, pero con el rostro rígido y solemne; que también la ignoró. Rebajó la categoría de sus súplicas para dirigir las a los santos y a los ángeles, pero ninguna respuesta encontró tampoco. Que ella se convirtiera en monja era lo mejor para su familia y por ende para ella, que de devota tenía lo justo que puede tener una mestiza. Si su madre viviera lo habría impedido; porque aunque había sido cristiana nueva había muerto musulmana vieja. Lo que se mama siempre vuelve antes de que se vaya la vida. Pero su padre había insistido, insistía e insistiría siempre que en el convento estaba la solución de su existencia, amparándose en que la vida de la hija de un ventero no reúne condiciones de ser decorosa; pues tarde o temprano entra en la posada un señorito, se encapricha y roba la honra del pobre; esa que para un hidalgo no vale nada. Que se convirtiera en monja era bueno sí, pero falso y mezquino. Le supuró el rencor porque en el fondo ella no quería tal destino y se había resignado a él por obediencia. Por eso, cuando había salido de la iglesia dejara dentro su obligado y supuesto fervor entreteniéndolo a sus fantasmales habitantes. Por la tarde, cuando iban hacia la venta, después de haber leído y releído la carta que la criada le diera; la garantilla en su mano antes de envolverla cuidadosamente en un pañuelo, anduvo por el segundo sendero: el de la razón. Ella era una cristiana nueva, una rareza híbrida de difícil clasificación que había bebido de las dos culturas y no tenía la estrechez de

miras de los cristianos. Su propia familia había sido ejemplo de la difícil adaptación entre mundos tan dispares. Su padre había amado a su madre y por ello había tenido que renunciar a muchas cosas; entre ellas a gran parte de su propia familia, que nunca había visto con buenos ojos aquella unión. Y es que cristianos viejos y nuevos, judíos y musulmanes eran capaces de vivir en paz con la premisa de dejarse en paz. En una misma ciudad y en un mismo reino había tres sociedades que se soportaban, parapetadas en fueros y leyes distintas; cada una en su micromundo, intentando ignorar muchas veces lo que las rodeaba. Tolerancia no era sinónimo de libertad en la *Corona de Castilla*; sino de aguante, paciencia, espera o resignación. Si su padre, un molinero, había hecho renunciadas y se había visto en mil bocas ¿Qué no habría de pasarle a un caballero hidalgo, un hijo único y único heredero de la casa de Valmayor? Pregunta de respuestas aciagas que cegaban ese camino con zarzas que lo hacían intransitable. Verdad era lo que decían los viejos, siempre los viejos: que el entendimiento al amor nunca le da la razón. Los ancianos estaban en lo cierto; pero el problema es que para llegar a serlo, primero hay que ser joven. ¿Qué camino le quedaba pues a la muchacha si la fe no la asilaba y la razón no conseguía persuadirla? Como no, el tercero, que es el de la juventud ¿Ha de ser una niña de diecisiete años robada del mundo por un Dios egoísta? ¿Pueden a esa edad los sesudos juicios imponerse sobre los sentimientos que nacen del deseo, del gozo y de la esperanza? Las dos respuestas se encuentran en sinónimos de juventud: lozanía, verdor, ansia y... estupidez. Esa, la juventud, fue la causa de que ya de noche, en el patio de la venta, bajo la luz lunar que se posaba en un fresno, cometiera Candela la insensatez más absoluta cuando se acercara al arbusto para cortar una rama al tiempo que se encomendaba a los sueños. Volvió a leer la nota de Martín. Ya los ojos no necesitaban transitar por las líneas porque la sabía de memoria. “Debo estar loca”, murmuraba mientras lo hacía, para después recitar una especie de encantamiento con el que jugaba de niña:

Liso fresno, liso fresno,
te arranco
para ver en la noche
a mi verdadero amor.

Pensaba en verlo en sus sueños, ya que la nota que ya guardaba tatuada en la memoria aplazaba la realidad hasta la noche siguiente. “Debo estar loca”. Guardó la ramita en su mandil y entró en la casa, embrujada por la misma luna que a Martín también embelesaba. Se fue a la cama después de las tareas. Tardó en dormirse; dándole vueltas y más vueltas a la madre selva que le medraba en el interior. Tal vez esa fuera la causa de que soñara con él. Eso o quizás la magia de la ramita de fresno que sujetaba en la mano. Y el sueño fue duda, temor, celos e incertidumbre.

*"... ¡Ay, meu amigo,
sí me veré ya más contigo!
Amé sempre e amaré
cuanto que viva seré.
Porque eres escolar
quisquiere te debería más amar.
Nunca odí de homne decir
que tanta bona manera hobo en sí;
más amaría contigo estar*

*que toda España mandar;
mas d'una cosa so cuitada:
he miedo de seder engañada,
que dicen que otra dona
cortesa e bella e bona
te quiere tan gran ben,
por ti pierde su sen,
e por eso he pavor
que a ésa quieras mejor;
mas si yo te vies' una vegada,
a plan me queriés por amada".*

Todas esas cosas siente Candela nada más despertarse de buena mañana, cuando Clarita entra en su habitación a descorrer las cortinas para que el sol de primavera lo envuelva todo. Suspira.

—¿Qué te pasa ama? —Pregunta la criada con cierto retintín sabiendo que la molinera no alcanza a comprender.

—No, nada, un sofoco.

La criada se sonríe porque sin saber leer ni una sola de las letras de la carta que la ha convertido en alcahueta se huele todas y cada una de las frases que en él van escritas.

—¿Qué enredos te traes, Clarita? —Sospecha Candela que alguien haya podido leerle la misiva y pregunta—. ¿Quién más sabe de esta carta? —La saca de la bocamanga del camisón.

—Solo nosotras —responde sin la menor duda—. Bueno, nosotras y Benito, el criado del condesito Martín.

—¿Estás segura?

—Segura del todo.

—¿Y ese Benito sabe lo que en ella pone?

La criada retruca fingiendo inocencia:

—¿Cómo, señora?

—Que si sabe leer, Clarita, que si sabe leer. Que lerda te pones cuando quieres.

—De eso sabe tanto como yo, que es más bien nada —responde la criada con la solvencia que para el caso da la ignorancia.

—Entonces nada sabéis ninguno de su contenido.

Clarita intuye que el ama está deseando contarle a alguien la emoción que la invade y que no ha encontrado a nadie mejor que ella porque no lo hay; pero es que ella también tiene ganas de hablar y se anticipa.

—Yo no he dicho eso. Es verdad que ninguno de los dos tenemos más escuela que la de nuestra corta vida, pero sabemos leer en las miradas y en las sonrisas y en los gestos. Por eso sé que el corazón del condesito palpita por ti. Lo he visto en el estanque aquella noche; para eso no hay que ser muy lista —se percata de que Candela se ha ruborizado y, como se mantiene callada, ella se exalta—. Y Benito. ¡Ay, ese Benito! Leer ni una letra sabe; pero su boca escupe requiebros mejor que los juglares que cantan en las plazas. Sabe de halagos y los envuelve con florituras que aceleran el corazón de una mujer. La antología de los piropos tiene en su memoria; es galante, simpático, embaucador...

Candela se da cuenta del efecto que el escudero ha causado en su criada y le da el alto con una pregunta traidora.

—¿Pero tú no habías hecho intención de casar con el judío sevillano?

Clarita reacciona como lo haría una niña caprichosa a la que no le dan la razón.

—Es feo.

—Benito tampoco es un portento —subraya el ama con ironía, como queriendo vengarse de la sabihonda criada.

—Está más flaco que la mojama —reitera ufana.

—También en eso coinciden.

—Es viejo.

—Eso sí que no tiene arreglo —parece que ahí se le cortan a Candela los sarcasmos, mas busca otro camino—. Pero tiene sus buenos maravedís.

—Eso sí lo tiene... Pero, ¿y lo tuyo...? —Da un descarado quiebro que descoloca a Candela—. ¿Lo tuyo y lo de Martín qué arreglo tiene? —Mira a su ama y descubre un rostro desencajado que no sabe si derivará en furia, risa o en llanto. Y como ni una ni otra cosa se produce, Clarita materializa en palabras sus sospechas—. La nota te pide una cita, ¿verdad? —Su voz suena esperanzada, pues si el ama acepta ella también se encontrará con Benito.

—Verdad —confiesa Candela.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Aceptarás? ¿Volverás a verlo? —No da tiempo a respuestas—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—En el estanque de los álamos..., esta noche... —se le escapan las palabras porque las está soñando despierta, como repitiendo el poema que tiene aprendido.

—¿Irás, ama? ¿Iremos? —La atosiga Clarita.

—No sé. Calla, calla, que me mareas.

—¿Iremos hoy al convento? —Replica la sirvienta un poco desencantada.

—Sí, iremos, que hay unos bordados que terminar. Y ahora por favor márchate, que necesito pensar.

Se va la criada y cierra la puerta de la habitación. Se la oye canturrear alegremente por el pasillo. Candela intenta ordenar sus pensamientos mientras se viste, pero los sentimientos no son razones y se resisten siempre a ser ordenados. Se pregunta por qué sueña cosas que la aturden y la sobresaltan; y también por que tiene temores a perder lo que aún no tiene. Recuerda que el día anterior, en la sala de bordado del convento, la comidilla de las monjas había girado en torno al compromiso de un noble del reino con una de las damas de palacio. De los nombres nada se sabía porque la fuente, que no había sido otra que don Cosme, no había querido contarle. ¿Por qué entonces Candela, mientras bordaba, le pusiera rostro a aquel rumor? Solo ella lo sabía, puesto que aún no le había confesado a nadie que las flores del estanque estaban abriéndose en su corazón. Por eso había soñado en verso sus afectos y sus miedos. Abre la ventana de su cuarto en el piso alto de la venta: entra el fresco, el murmullo del agua y el sonido de la muela machacando el grano sobre la solera. Siente la necesidad de hacer algo hasta que llegue la hora de ir a *Sevilla* y sale para ayudar a su padre. Le espera un día largo, le espera una decisión que aún no ha tomado y que aparcará en el girar de la muela y en obrador de bordado.

Noche de luna en el estanque, otra vez Luna alcahueta. Son las diez y esperando está el astro sobre los álamos. Ve llegar al caballero Martín y se sonríe rielando en el agua. Viene acompañado de Benito que, sobre su mulo, balancea un farolillo. El escudero trae la cabeza también llena de amores, que ha desplegado ante su amo por el camino de la misma manera que Clarita lo hiciera con la molinera. Se detienen a una distancia prudente y estudian la penumbra entre los árboles que

arropan la fuente. No hay nadie.

—No os importunéis, que vendrán. —Alega Benito; pues a él también le interesa estirar una esperanza que en su caso es más difícil de mantener aún que la de su amo; porque su dicha le viene de rebote.

Martín nada dice. Azuza su montura para el último trote, descabalga y le tiende las riendas al escudero para que ate las caballerías a unos arbustos. Mientras, él se atusa la capa y se compone el sombrero. “Vendrá”. “Tiene que venir”. La afirmación le inunda de inquietudes la mente porque no es tal, sino duda insidiosa que lo ha carcomido desde el mismo momento en que le entregara la carta a su lacayo para que le diera destino.

—Entonces... ¿ella no dijo nada?

—Ni siquiera la vi, mi amo, que fue Clarita la que la recogió.

—Y cómo hiciste que la entregaste a una criada y no a quien yo te ordené.

El reproche ya no le viene de primeras a Benito, que reacciona con paciencia.

—Ya os conté que Candela estaba dentro de la iglesia. No quise ser indiscreto.

El caballero se conforma. No le queda otro remedio que eso y esperar. Sus sentidos se alertan ante los ruidos del bosque: un búho que aparece desde la nada desplegando un vuelo corto para caer seguramente sobre un ratoncillo hambriento que ha pagado su imprudencia; algunas ramas crepitan agitadas por el viento; el murmullo del agua bajando desde el roquedo del manantial al estanque; y por fin...

—Me parece escuchar pasos —Martín señala hacia el camino de la venta—. Corre, Benito, levanta el farol y muévelo de un lado otro.

El escudero obedece.

—Es verdad, mi amo, mirad allí. Hay una luz también.

Una tenue luminaria danza de un lado a otro por el sendero.

—Son ellas, que vienen —se ilusiona el criado y avanza unos pasos entusiasmado.

—Sí que son ellas. Sí que vienen —lo imita Martín. Entre ambos por un momento no parece haber distinción, pues unen sus antebrazos para compartir felicidad.

Damita y criada aparecen por fin tras la luz del farolillo. Candela se detiene en el mismo sitio en el que lo hiciera el caballero, también para escudriñar en el punto luminoso que se mueve hacia ellas; Clarita sigue andando aunque más despacio, precavida. Es Benito quien les va al encuentro y unos pasos detrás Martín. Las dos lucecillas confluyen y bailotean unos instantes. Es porque los dos sirvientes se han cogido de las manos y han girado un par de veces alborozados por la alegría de encontrarse. Lo mismo hacen sus amos.

—¡Has venido! —Suspira Martín mientras la contempla encandilado tomando sus dos manos para besarlas.

Ella deja.

—He venido —conviene mientras lo mira con ojos de gacela y los nervios le dictan una obviedad—: y tú también —que para el condesito no lo es tanto pues le da pie.

—Y me tuteas.

—Lo hago —su rostro sereno transmite una pasmosa entereza.

Las dos palabras repican en los oídos del joven y derivan en una sonrisa por la que se huye el miedo que traía a ser rechazado de primeras.

—¡Benito, el farol! —Este obedece.

Se dan la mano y se van al estanque. El siervo hace lo propio con Clara hacia detrás del peñascal.

En pocos segundos han caído más murallas que en días de asedio a una ciudad fortificada. A Martín los miedos fundados que le habían sobrevenido por el camino le han huido todos del rostro, pues ella ha venido... y más que eso...; ha permitido que se le acerque, que le tome las manos. No está distante ni esquiva. Eso es más, mucho más de lo que ha soñado. A Candela se le ha escondido el rubor detrás de una seguridad fingida fabricada en todo un día de divagaciones que han desembocado en una única certeza: lo quiere porque quiere quererlo y quiere quererlo porque si no penaría toda su vida por esconder lo que siente.

Se sientan en el mismo lugar donde habían estado días antes; entre ellos la luna traviesa flotando satisfecha de ver que su hechizo ha hecho efecto. Martín repara en la presencia de la imagen del astro en el agua y levanta la vista sobre los álamos para buscarlo en el cielo. Evoca aquellas otras noches en las que al contemplarla anhelaba la idealizada visión de una mujer que ahora existe en carne y hueso.

—Te he soñado tantas veces —es sincero—, pero nunca le había puesto rostro a mi felicidad hasta hace poco. Hasta que te vi en *Sevilla*. Allí mismo supe, cuando me miraron tus ojos...

—¿Que era yo quien te enviaba la luna? —Bromea Candela.

—Sí.

Por entre las ramas se cuele el viento con un silbido que parece imitar el monosílabo, estirándolo en la atmósfera envolvente del lugar.

—Escucha. Hasta el viento viene a darme la razón —engarza el muchacho para darle más énfasis a su afirmación.

—La luna, el viento...; pero, ¿y el sol? —Como casi todas las mujeres, la pasión retuerce en cordura. ¿Acaso no te das cuenta de lo que hacemos? ¿De lo que estamos empezando aquí?

—No te entiendo, Candela —no le ha soltado las manos desde que se han sentado. Ahora lo hace para acariciarle una mejilla. Ella acepta el roce y lo atrapa, gozosa del temperado contacto.

—Sí lo entiendes, sí. Lo que pasa es que no te conviene —nota un acento cortante en su voz y añade para corregir— ni me conviene a mí escuchar razones en estos momentos. ¿Verdad? —Martín enmudece. Ella matiza—. Pero el no oír las voces de nuestras conciencias no nos permite a ninguno evitar la realidad; porque para eso no se necesitan palabras.

El caballero peca de incauto.

—En mi interior yo solo te veo a ti.

Ella es mordaz.

—Y a mi alrededor... ¿qué ves alrededor de esa imagen que se construye dentro? Dime. ¿Acaso puedes ver los pensamientos de tus padres? ¿Acaso los de la joven de tu alcurnia que quizás te espere ya en algún lugar? —Le rezuman los celos de que pueda existir y también la esperanza de que así no sea—. Mi amor puede ser la vergüenza de tu casa y también la ruina de la mía y la de mi familia entera —¿Es que no lo ves?

—¿Qué estás diciendo? —Se revuelve el muchacho—. Es el destino escrito en el cielo quien dicta nuestro futuro —señala a la luna que los observa.

—Que estemos juntos no tiene futuro.

—Eso habrá de decidirlo el que escribe los destinos: el Altísimo. A veces no sabemos leerlo porque Dios lo dicta con palabras incompresibles. Dime ¿Acaso tú no te confundías cuando ibas a entregarte en cuerpo y alma al convento?

—Ese es mi futuro...

—Yo no lo creo. Esto que nos pasa no es una prueba de tu fe, sino de nuestro amor. —La abraza cariñosamente. Nota su respiración entrecortada.

La lucha interior que la ofusca está desencadenando la última batalla y ella, desde la razón, arremete contra sí misma. No era su fe ni su devoción la que la conducían a los hábitos, sino la voluntad de su padre que viéndola monja pretendía su seguridad ante un mundo tan peligroso para una mujer que lo mejor para su virtud y para su honra era encerrarlos tras las rejas de la clausura. De esa lucha silenciosa renace Candela acurrucada en los brazos del hombre al que ama. Y como el amor, cuando se manifiesta desde la impotencia de quien no puede hacer nada sino amar, no entiende de rubores; lo mira a los ojos y con total sinceridad se desprende de una verdad arrasadora:

—Yo ya no soy sierva de Dios, sino tu esclava. Lo soy desde el primer momento que te vi, pero no lo he comprendido hasta ahora mismo. Atrapada estoy en tu laberinto y no encuentro la salida.

—Piérdete en mis ojos —reclama Martín acaparando aquella languidez que a ella le tiembla en la mirada. Los cierra.

—¿Qué haces? ¿Es que ya no quieres mirarme? —Tiene miedo de haber sido demasiado directa.

—Tu imagen está atrapada dentro de mis párpados. Aunque vivas fuera de mí yo ya te llevo dentro... para siempre —vuelve a abrazarla. Busca un beso suave, en la mejilla. Ella consiente. Vuelve a por otro y esta vez se tropieza con la comisura de unos labios tímidos.

—Sobrepasada me tienes, caídas mis murallas después de un asedio tan breve. —Siente que no puede resistir más y eso la sobresalta; porque quisiera hallar fuerzas que evitaran el deseo que la recorre de parte a parte erizándole el bello de todo el cuerpo. El escalofrío termina convertido en lumbre que aflora en sus mejillas y encuentra una única salida en sus labios, ávidos del beso de amor que tantas noches, con luna o sin ella, idealiza una doncella en la boca del caballero del romance que duerme a una niña.

—Dios ha de esperarme porque primero he de ser tuya —le tiembla la voz al decirlo porque la emoción es tan intensa que no puede contenerla ya por más tiempo.

Ella le quita el sombrero y lo deposita en el suelo. Después lo mira y espera, los ojos cerrados, intuyendo el momento en que su boca contacte de lleno con los labios del amado. Es su primer beso de amor y está totalmente preparada. Para el caballero no es el primero. No; pero sabe que no habrá otro como ese porque va a borrar el recuerdo de todos los demás desprovoyéndolos del amor que enmascararon alguna vez. Pasan unos segundos densos en los que ella se mantiene expectante y en los que Martín quiere congelar el pequeño espacio que los separa para moverse en él como si lo hiciera por el infinito cielo buscando besar a la luna distante. Con sus dos manos acapara el rostro de Candela, que abre los ojos para tropezarse con dos botones negros y brillantes, dilatados por la penumbra que da el farol a un par de pies de distancia. Con el índice de la mano derecha el joven dibuja unos labios perfectos en el semblante de la joven y que, debajo de la yema de sus dedos, se construyen carnosos, frescos, tibios y se afilan en una leve sonrisa al sentirse acariciados. Dibujados los labios, ya reales, las manos del caballero se vuelven cóncavas para abarcar el cuello y los hombros redondos y azucarados por el lino blanco. El balanceo se propaga por el cuerpo de la muchacha y se dispersa en mil cosquillas que se cuelan por el escote del blusón aprisionado por un corpiño negro anudado por delante. Expande por fin las palmas en su espalda y recibe el tímido reflejo de lo mismo bajo su capa. Se acerca y la acerca por fin y a la vez; y ella viene en volandas a descansar a su regazo prendiendo sus brazos desnudos del cuello del caballero para trenzar con sus dedos hebras de pelo negro, sedoso. No pueden más. Ninguno de los dos puede más. Se respiran los alientos, rozan sus narices

apuntadas. Las bocas se entreabren y los labios se amoldan, se mullen entrambos y se estiran y encogen. Se enlazan y, no pudiendo acaparar ni ser acaparados, se dividen y ablandan. Martín ofrece su labio inferior y ella lo muerde embelesada. El placer se le expresa al muchacho más abajo. Tal vez a ella también; pero es pronto para abandonarse a otros goces cuando el beso que termina puede ser refrescado por otro menos sutil, más húmedo, en el que las lenguas de ambos se asoman al borde de sus bocas para perfilarse por primera vez. El sabor es salado y cálido; y sin embargo, les produce escalofríos. Como si el mar hubiera depositado unas gotas de agua en sus pieles después de haber estrellado en espuma una ola contra las rocas. Ella se rehace unos instantes y, sin dejar de acariciar los cabellos de Martín, se mira a sí misma en aquellas pupilas negras y repite algo que ya ha dicho antes, cuando abriera el camino de su rendición.

—¡Debo estar loca!

El búho del lugar ulula y su silueta se descubre en la atalaya que ocupa siempre. El sonido hace que Candela se sobresalte y vuelva a la realidad.

—Es tarde... Tengo que irme... Mi padre va a echarme de menos... —Se separa de Martín y se levanta. Está inquieta, muy nerviosa y su semblante parece irradiar la noticia de que se está volviendo atrás, de que se arrepiente de lo que ha hecho y se ha dado cuenta de que aún no es tarde para volver al sendero por el que se supone que debe transitar sus existencia. El caballero así lo percibe y reacciona levantándose también.

—¡Espera! No te vayas todavía —le toma las manos. Suplica.

Ella duda. Llena su pecho con el aire limpio del bosque. Se está intentado desprender del momento más dichoso de su vida y aún así quisiera volver a repetirlo inmediatamente. Su cerebro le dicta que si lo hiciera, la desdicha sería al final la triunfadora, arrojada en la aplastante verdad de que aquel es un amor imposible. Afortunadamente Clarita y Benito vuelven. El escudero la trae asida por la cintura. Ella ríe despreocupada. Por primera vez, Candela siente envidia de su criada. Ha cambiado al judío rancio por un muchacho y no tiene que rendir cuentas a nadie de sus actos. Que eso le pase a una sirvienta y no a su ama la desconcierta.

—¡Ya era hora! —Simula estar molesta porque no quiere reconocer que se va de allí en contra de su voluntad.

—Perdón señora —Clarita deja de reír, se suelta de su acompañante y baja la cabeza. Percibe que el ama se ha dado cuenta de que le ha regalado a Benito algo más que unos besos adolescentes.

Las dos mujeres se van. Ellos hacen intención de acompañarlas; pero Candela los deja plantados en su sitio al darse la vuelta y despedirse con un adiós que el pañuelo en su mano dibuja en el aire.

—¿Volveré a verte? —Implora el caballero.

No hay respuesta. Ellas se alejan con su farolillo y se pierden en la oscuridad. Los dos hombres se miran. Benito se encoge de hombros y suspira. Es el único capaz de aceptar que su futuro vendrá por donde quiera venir porque no está en sus manos. Esperan un tiempo prudente y también se marchan. Luna ya no duerme en el agua. Se ha ido al cielo guardando el secreto de que ha visto a alguien más que ha espiado todo cuanto aconteciera en el estanque. Quién sino maese Santiago. El búho, que vuelve a ulular fastidioso, lo sabe también.

Por la mañana, poco después de la salida del sol, don Álvaro manda orden por un criado para que Martín se persone en el cuarto del castillo donde el conde despacha los asuntos oficiales. La misión que le encomienda a su hijo es clara y no admite demora: ha de acudir a Jerez, donde se encuentra el rey *Alfonso*, para entregarle una carta cuyo contenido el joven desconoce. Lo

acompañará una escolta de confianza, pero ni Santiago ni Benito irán con él. Ninguna de las preguntas de Martín encuentra más respuesta que el énfasis que su padre pone en que cumpla las órdenes dadas con prontitud y diligencia. Antes de partir va a despedirse de su madre, pero no la encuentra en sus aposentos. Pregunta también por su maestro y por el escudero; ninguno de los dos aparece tampoco. Se ve en la obligación de irse por obediencia a su padre, aunque lo hace preocupado. No sospecha lo que está ocurriendo. Desde la torre de poniente unos ojos lo observan alejarse; es su madre que lo ha esquivado para no verlo.

Hacia el mediodía, el conde recibe a Santiago. Con él está encerrado más de una hora y luego llama a Benito, que poco después sale del cuarto del amo con miedo en los ojos y el corazón destartado porque los infortunios de Martín se continúan en los suyos. Luego, cuando todo está prácticamente dicho, entra doña Úrsula intentando ser la voz de la conciencia de su marido, como tantas veces. Lo conmina a que reflexione para no hacer nada irreparable, a no poner más distancia con Martín, a que llame a su hijo y hable con él para que se avenga a razones. Se presta a ser intermediaria y con ello recibir los reproches del muchacho y beberse la impotencia que ha de sentir al ver escrito su destino por voluntad de otros. Pero el de Valmayor ha tomado una decisión drástica, apremiado por las circunstancias. Cuando la condesa sale de la estancia, cabizbaja y cariacontecida, lleva escrita en el cerebro la sentencia con la que su esposo puso fin a su mediación. “Por el pie ha de arrancarse la mala hierba...”. Tiene muy presente que aquella frase incompleta es una declaración de intenciones e igualmente que ella reparará con la mano izquierda lo que su marido arrase con la derecha. Despacha ella también, en secreto, con Santiago y con él llega a un acuerdo después de muchas deliberaciones: el molino arderá, como quiere el conde; pero en lugar de morir abrasados el molinero y su hija, serán dos mendigos de los caminos los que ocupen su lugar. Benito, el infortunado escudero, es el encargado de avisar en el molino que las cosas van a torcerse. Tiene que convencer a Candela que ella y su padre han de desaparecer de *Cantillana* y de *Sevilla* para siempre.

Aquella misma noche Santiago, acompañado de cuatro hombres de confianza, llega al molino. No hay nadie. Entran en la taberna y el maestro deja que se atiborren de vino, de pan y de vituallas. Ya de madrugada, la venta arde en llamas y la alarma llega al castillo. Son los mismos que le han plantado lumbre los que traen convertida en noticia la orden que les fuera dada.

Capítulo 4

Sangre de la propia sangre, que a un alma noble envenena

Al día siguiente, Martín regresa de Jerez con la encomienda cumplida. Santiago le sale al encuentro a la entrada de *Sevilla*; el conde así lo ha querido. Benito está con él. La misión del maestro de armas es muy clara: comunicarle al muchacho el desgraciado suceso de la venta del molino. Si todo sale como está planeado, el caballero creerá que han sido unos salteadores los que han arrasado la venta después de robar, encargándose bien de no dejar testigos. Todos cumplen su papel en el día más aciago de la vida del condesito. Su maestro está convincente y se muestra consternado ante el infortunio del joven. Se esfuerza por ser cercano y comprensivo; paternal como debiera serlo don Álvaro, cosa que no ocurrirá nunca. Benito está compungido y no pronuncia una palabra. Martín, desolado, insiste una y otra vez en ir a la venta antes de volver al castillo. Quiere comprobar con sus propios ojos lo sucedido para poder creerlo. Por el camino su congoja va mudando en ira. Maldice:

*Quien me mirare
y mal me desea
de los ojos ciegue,
que nunca más vea.*^[xvi]

Le duele la mano, agarrotada atenazando la empuñadura de la espada, deseando blandirla contra los desaprensivos que le han arrebatado lo que más quería en el mundo. Llegan por fin al molino, a media tarde, tras una tensa y silenciosa marcha. Una lluvia fina comienza a caer y hace humear intensamente los rescoldos calcinados de la venta. El olor a madera quemada impregna la atmósfera. El deseo de venganza le medra por dentro al muchacho hasta hacerlo blasfemar, hincado de rodillas ante las ruinas. En un arrebato pregunta cuántos han muerto y Santiago le responde que el molinero y su hija ya están enterrados en el cementerio de *Cantillana*.

—Clarita... Entonces..., al menos falta la criada —la chiquilla se convierte en único, y por eso valioso, testigo.

—Se la habrán llevado los bandidos para divertirse con ella —sentencia resuelto el maestro de armas.

Martín mira a su escudero y este baja la cabeza con el rostro crispado. Dejan el lugar y en media hora alcanzan el castillo. Allí espera la segunda parte de la dramática pantomima. La madre se presta a ser paño de lágrimas y el conde, que sabe de la misa la media, simula una indignación tremenda y está resuelto a mandar otra patrulla que refuerce a la que ha salido ya a dar caza a los supuestos criminales que se han atrevido a atentar contra las posesiones del condado. Martín se apunta el primero; pero lo paran con el sencillo razonamiento de que se está haciendo de noche y

es mejor esperar noticias para no andar por los caminos dando tumbos sin sentido. Cuando haya alguna pista, padre e hijo se pondrán en marcha.

Noche de luto en el valle, valle sin luna plateada. El caballero se enfrenta a la noche más infausta. Su madre ha estado con él en su aposento hasta horas altas de la madrugada escuchando sus amarguras y, pensando que está dormido, se marcha. Pero Martín ha disimulado el sueño, porque siente tanta lástima de ella como de sí mismo. El condesito le ha revelado el descalabro que trae en el corazón y doña Úrsula se ha hecho de nuevas en todo. La ha visto pasar de sorprendida a comprensiva y después a consecuenta. Quien la vida le ha dado, ha pronunciado palabras punzantes que le están clavando los pies en la tierra. Esas frases, ahora que se ha quedado solo, le bullen en la cabeza. “Los muchachos descubren primero los amores de entropierna y muchos no se dan cuenta que no son amores, sino ardores que una vez ardidos ya no queman.” Resuénale la sentencia como martillo que le machaquea los sesos. ¿Tan confundido estaba que no ha distinguido una cosa de otra? Definitivamente no. Candela solo le ha dado unos besos y de ella su cuerpo quería para llegar a su alma, donde se hubiera quedado el resto de la existencia. En un momento delira como si hablara con ella:

*¡Hai, Dios! ¿Qué haré,
que por ti muero,
por ti moriré.* [lxvi](#)

Es amor lo que sentía; puro amor y no deseo carnal ni otra cosa que se le parezca. Su entropierna ha satisfecho en más de una ocasión con buenas hembras: y su madre razón tenía al decir que el ansia se aplaca y que si no hay amor nada queda. ¿Cómo es que entonces aún todo lleva dentro del pecho; que no ha perdido ni una brizna de sentimiento hacia Candela? Eso solo se responde porque la ha querido, la quiere y la querrá siempre, hasta el punto de jurar que no ha de haber otra como ella.

Vuelve a lamentarse:

*Perdime por conoceros,
ojos morenos,
perdime por conoceros.* [lxvii](#)

Otra frase de su madre viene hiriente, como un latigazo: “que una molinera es carne de revolcón para un noble.” Es esta, verdad muy verdadera que le retuerce el corazón; porque pone a su amada en el lugar que parece dictar la cordura y que resulta tan humillante para el que ama como para el ser amado. Ella no era una simple molinera, sino una princesa encantada. En sus besos llevaba el oro y la plata; el linaje le afloraba en sus palabras. Condensaba todo lo que de bueno debiera tener una mujer: era pura y limpia de alma; y esa hermosura toda, se le venía hacia afuera por sus ojos, por su sonrisa y por cuanto su cuerpo derramaba en las pupilas de quien la miraba extasiado por su angelical estampa. En esa sentencia, como en la primera, doña Úrsula, teniendo razón, también se equivocaba. Aún más se le encendía el dolor al muchacho cuando había escuchado una evidencia: “ella está muerta y ya no siente; pero si lo hiciera y te hubiera amado de veras desearía que no penaras en vida su desgracia, sino que buscaras la felicidad.” En eso acertaba; pero lo que no sabía la condesa era que la felicidad de su hijo era sinónimo de

venganza.

*Aunque me maten, vida,
por amor a ti,
aunque me maten,
no he de sentir.* [\[xviii\]](#)

Martín desea morir y ya se hubiera tomado un veneno sino fuera por la esperanza de ver primero en el infierno a los culpables. Va a torturarlos. Les cortará las manos que cometieron el crimen, los pies que los llevaron allí, la lengua para que no lo cuenten. Les arrancará la piel y dejará que mueran lo más lentamente que pueda. Primero a ellos y luego a sus mujeres, a sus hijos y a cuantos se le pongan por delante. Tiene que hacerlo y sabe que esa será su perdición; porque él se irá con ellos a las tinieblas para allí volver a matarlos una y otra vez por toda la eternidad. Su castigo será tan grande que no podrá volver a verla ni en la otra vida; pues ella estará en el reino de los inocentes. Después de esa frase que el joven ha retorcido hasta apenas reconocerla evoca otra con la que su madre pretendía proyectarlo al futuro que se estaba construyendo para él, que en nada se ha modificado todavía. “Se ha de merecer lo que se tiene y una vez merecido ha de saber conservarse”. ¿Eso qué significa? Sencillo y claro se le viene todo a la cabeza: es el heredero y debe comportarse como tal; lo cual equivale a aceptar el destino que los demás están escribiendo por él. Margarita espera por voluntad de sus padres y de los mismos reyes de *Castilla*. Se debate en una tempestad que lo sacude. ¿Cómo va él a amar a otra mujer? ¿Y cómo va a hacerlo desde el infierno? Imposible. Candela ha muerto y él ha empezado a morir también.

El alba descubre a Martín en el patio del castillo; vestido, armado y encabalgado; con Benito corriendo a toda prisa de un lado a otro. Casi fuera de sí grita para llamar a su padre, a Santiago y a los demás que han de salir a batir los montes en busca de alimañas. Minutos después, el patio se llena de un enjambre de guerreros que se preparan. En menos de media hora el puente levadizo baja y salen todos al trote, en fila de dos, excepto el condesito, que los adelanta.

—Azucémosle la rabia —le sugiere el conde en voz baja a quien se empareja con él, que no es otro que Santiago— que es mejor vivir rabioso que morir de pena. Además por la una se le irá la otra; vos lo sabéis bien, amigo mío.

—Bien lo sé, mi señor conde.

—¿Está todo preparado?

—Lo está. En la Venta del Sordo, la que está a la entrada de *Carmona*, he hecho llevar los caballos que tomamos en el molino, con la marca del molinero. Estoy seguro que Martín los reconocerá. Allí me las he compuesto para reunir también a cuatro facinerosos que esperan con la promesa de un asunto fácil que piensan que les llenará las bolsas.

—Pues los pasamos por el hierro y a otra cosa —el conde ríe jocosamente, satisfecho; porque su perverso plan está saliendo como se espera.

Llegan al mediodía al lugar señalado y la truculenta representación ideada por el conde y puesta en escena por maese Santiago se desarrolla según el guion establecido. Nada más entrar en las caballerizas, el de Campos empuja al condesito a toparse con la enorme mentira. Al maestro de armas le es sencillo iniciar la gresca soliviantando a los soldados que los acompañan. Martín cae en el engaño y los encabeza a todos para entrar precipitadamente en la posada donde únicamente están los cuatro incautos; ya que el ventero, avisado, se ha escabullido. No hay

preguntas. Todo está tan claro que suenan los hierros de inmediato y en menos que se dice un Padrenuestro los supuestos culpables yacen en el suelo ensangrentados.

—Llevémoslos a la plaza de *Carmona* y colguémoslos del cuello para que los coman los cuervos. Así servirán de escarmiento —propone Martín mientras escupe sobre uno de los muertos.

Pero Santiago, siempre al quite, lo disuade:

—Conviene que seamos discretos. Han pagado con su vida la afrenta y no nos conviene estar en boca de las gentes por circunstancias tan siniestras.

El conde, que lo ha oído todo, está de acuerdo.

—Enterradlos en una fosa común, en el monte; y quédese aquí dentro cuanto ha pasado; que si alguien se va de la lengua irá a parar al mismo hoyo.

El caballero resuella, gruñe, se retuerce angustiado; porque aunque ha hundido su espada en el vientre de dos de ellos no ha encontrado el alivio que esperaba. Únicamente ha estrellado su rabia contra aquellos malditos y la ha convertido en mil gotas de sangre; pero nada de eso va a servirle para recuperar lo que ha perdido. Aquel lugar de sus entrañas que el odio ocupara ahora está vacío y en esa oquedad interior escucha el eco lastimero de la impotencia. Ya no puede hacer nada más y nada ha hecho que no fuera arrancar de la tierra cuatro malas hierbas; pero su flor, su Candela, se ha marchitado y ya no volverá nunca.

Se van. Algunos guardias se encargan del trabajo sucio mientras los demás retornan al castillo, donde llegan al atardecer. El caballero no ha dicho una palabra en todo el camino y viene cerrando la comitiva. No entra. Se apea del caballo y este, por inercia, se va intramuros en pos de los otros. Él busca las rocas a las que va siempre. Tiene mucho que pensar y necesita estar solo. Tanto el conde como Santiago entienden que va a vomitar su dolor. Esperan que sea capaz y que con eso sea suficiente.

Se sienta frente al valle que se oscurece. Las lágrimas le inundan los ojos. Los cierra y estas se desprenden. Lo primero que le viene a la cabeza no es la imagen de su amada; sino la expresión de mayúsculo desconcierto cuando había arrinconado a uno de los malhechores contra la pared de la taberna. “¡Hijo de la gran puta mora!” Le había dicho después de desarmarlo con un golpe de muñeca arrancándole la espada de la mano. Después, mientras lo asía por el cuello con el guante de cota de malla, le recriminara: “¿Por qué tuvisteis que hacerlo? ¿Qué mal os hicieron?”. Como aquel hombre, entre el terror que lo atenazaba y la presión que lo estaba ahogando, no había atinado a decir nada, Martín le hundiera el hierro en las tripas retorciendo el filo en incontrolable arrebato. “¿Qué habéis hecho con Clara?” Le increpara mientras aflojaba la presa. Cuando aquel despreciable exhalaba el último aliento por su boca salieran dos preguntas en cuatro palabras: “¿Clara...? ¿Quién es Clara...? Sus desorbitados ojos agonizaran impregnados de estupor.

En las peñas, el condesito se debate por arrancar de su retina aquella mueca que se ha quedado tatuada y no es capaz de conseguirlo. Se levanta. Busca una luna que no está en el cielo porque se esconde entre nubes.

—¡Maldita! —Murmura entre dientes, culpando al astro ausente de sus desdichas.

En mala hora cuervos negros amenazan su cordura; pues piensa en quitarse la vida de la manera que sea: saltando a un barranco, colgándose de una higuera o tomando un veneno. En mala hora sobrevuelan al anochecer su cabeza; mas la mirada última de aquel despreciable lo retiene aún en esta vida. En verdad parecía que aquel rufián estaba tan sorprendido por la causa que le traía la muerte que podría jurarse que no tenía ni la menor idea de por qué había venido el de la guadaña a buscarlo a la venta de *Carmona*. Algo tan oscuro como los cuervos retrasa la decisión de Martín de borrarse de entre los vivos. Las dudas lo asaltan. “Algo raro ha pasado”. Le susurra

el diablo desde los adentros, porque aún no lo quiere en el infierno. En un momento de clarividencia, la agudeza del muchacho alumbra ideas que lo sacuden. Todo ha sido demasiado rápido, demasiado fácil y lineal. Aquellos bandidos parecían condensar la estupidez de todo el reino sevillano... Tan cerca del lugar del delito; con los caballos robados; tomando vinos en una taberna, despreocupados. Ni el aficionado más torpe dispuesto a ingresar en el gremio de los bandoleros hubiera cometido tantos errores de bulto. “Algo raro pasa”. Su pensamiento se desplaza vertiginosamente por la partida de hombres que les dieran caza. Se evoca a sí mismo encabezando la marcha sin saber a dónde iba. Varias veces su padre y Santiago le corrigieran el rumbo: cuando había querido tomar el camino de *Cantillana*; y luego el de *Lora del Río*. Ninguno de los dos le había parecido bueno ni al conde ni al maestro de armas, que habían guiado al grupo directo hacia *Carmona* y allí, a la Venta del Sordo. Y sin haber encontrado indicios, se toparan de bruces con dos de las caballerías del molino y dentro de la posada con todos los malhechores. La cosa era para ser contada y no ser creída. En ese momento de lucidez, el condesito cree insultada su inteligencia. En su enajenación no se había percatado que había sido arrastrado a aquel lugar. Más imágenes recuperadas del subconsciente vienen a reforzar la sensación de haber sido embaucado: su padre y Santiago murmurando todo el camino, los hombres relajados como si fueran a la caza de un venado, la venta sin ventero ni criados. “Algo raro está pasando”. Se agita incómodo sobre la roca, se retuerce en la angustia de verse acuciado por las dudas hasta el punto de sentir que el dolor que lo martiriza se le manifiesta en las carnes cuando aprieta los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. ¿A quién va a preguntarle? ¿A quién contarle las perplejidades que lo torturan? Piensa primero en su madre; pero enseguida se retracta al reparar en Benito. Él no ha ido con ellos. Se levanta sobre el roquedo y da la espalda al valle, encarando el camino del castillo. A esa hora el mozo estará en las cocinas dando cuenta de los restos de la cena. En efecto, allí lo encuentra; en la mano el hueso de una zanca de cabrito aún bien llena de carne; en la cara una expresión bobalicona que se torna en susto al ver a su amo.

—¿Qué te pasa, Benito? Parece que estás viendo un fantasma.

El muchacho no esperaba toparse tan pronto con su señor. Nota como el hueso que está royendo le tiembla en las manos y lo suelta sobre la mesa. Está mudo, paralizado. Reacciona al poco con tibieza.

—¿Qué me va a pasar?, señor, es que estoy muy cansado —se levanta e hace ademán de marcharse a las caballerizas, al rincón donde duerme.

Martín no hace nada. Deja que se vaya; porque en las cocinas están varios criados limpiando y no quiere levantar murmuraciones. Espera. Pide una copa de vino para disimular que ha ido allí a eso y después se le va detrás para interrogarlo.

—¿Qué es lo que sabes? —Lo arrincona entre la pared y el cuerpo de un caballo, que se agita sobresaltado.

—Nada. Yo no sé nada —responde estremecido mientras pasa por debajo del vientre del rocín para ponerse al otro lado.

El caballero toma una de las varas de azucar a los animales y se va contra él apartando al cuadrúpedo con una fuerte palmada en los cuartos traseros. El alazán se retira y deja a Benito otra vez indefenso ante su amo.

—Por segunda vez te lo pregunto: ¿qué sabes?; y te aseguro que no va a haber una tercera. — lo amenaza alzando la vara en le aire.

Martín escucha silbar el mimbre y se cubre el rostro con las manos, aterrorizado. El latigazo va a caerle en las piernas. Grita. Se agarra los muslos que le arden de dolor. Vuelve a mirar a su

amo y se percata que ya tiene otra vez el brazo en alto. Se agacha. Esta vez la vara le golpea en las nalgas. Grita otra vez, se retuerce y gime.

Martín vuelve a amenazarlo:

—¡Te juro por Dios que como no hables pronto te saco la piel a jirones aquí mismo!

El escudero se ve perdido y suplica:

—¿Así es como vais a pagarme?

—¿Qué estás diciendo, insensato?

—¡Azotándome! ¿Así me pagáis? Despellejadme si es vuestro deseo; pero no diré una palabra.

—¡Rufián maleducado! ¡Voy a arrancarte esa lengua! —Vuelve a silbar otra vez la vara en el aire estallando en la espalda de Benito.

Este se arrodilla, suplica, llora.

—¡Por Dios os lo pido! ¡No me peguéis más!

—¡Habla!

El infeliz se ve perdido, incapaz de soportar otro latigazo.

—¡Prefiero que me matéis vos, mi señor, a que lo haga vuestro padre!

—¿Mi padre? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué tiene que ver mi padre?

El escudero no contesta. Solo se retuerce entre las pajas, arrepentido de haber abierto la boca.

Martín se detiene un instante. Ata cabos vertiginosamente y se estrella contra la flema con la que don Álvaro ha actuado durante todo el tiempo. La última frase del escudero le ha abierto los ojos y le punza el razonamiento acelerándolo hasta que escapa a su control. Necesita explicaciones y considera que su padre es quien ha de dárselas; porque tiene claro que el conde está a la vuelta de todo. Las piernas le flaquean mientras deja las caballerizas para dirigirse a la torre del homenaje. Le teme. Siempre le ha tenido un miedo enmascarado en respeto que se quebraba en cuanto le levantaba la voz, siendo niño. Pero ahora, un pensamiento corrompido por el hálito del fantasma de la mujer que amó y aún ama hace que su furia empañe cualquier otro sentimiento; incluso el miedo. Animado por un viento siniestro irrumpe en el salón y, de dos en dos, sube los escalones de piedra que conducen al aposento principal. Empuja la puerta de roble tachonada con clavos de gruesas cabezas. Esta cruje al abrirse emitiendo un quejido que se prolonga en el grito de sorpresa de su madre, a punto de meterse en la cama, donde ya está el conde arropado bajo una gruesa manta púrpura. El viejo se incorpora indignado por aquella irrupción estentórea de su hijo.

—¿Qué estás haciendo, Martín? ¿Acaso te has vuelto loco?

La habitación está en penumbra, iluminada por una lumbre que agoniza en la chimenea. Doña Úrsula se precipita a encender las bujías de un candelabro en tanto que su marido se planta, encamisonado en un tosco lino amarillento, con un gorrito ridículo que para nada suaviza la severidad de su semblante.

—¿Te has vuelto loco? —Repite mientras lo empuja con ambas manos sobre le pecho.

Martín retrocede dos pasos. Le saca a su padre una cabeza y a pesar de eso se amilana ante su presencia. Durante unos segundos, que se hacen eternos en la atmósfera tensa de la habitación, el joven duda; se debate entre la sumisión que debe el buen hijo y el ímpetu del amante al que le han arrebatado al ser amado. Son unos instantes de lucha interior provocada por la impotencia; unos instantes tras los cuales el amor vence a la obediencia y por tanto la furia se impone al acato.

—¡Loco me he vuelto, padre! —Se rehace avanzando un paso—. ¡Doblemente loco! Al sufrimiento de haber perdido a mi amada sumo ahora la angustia de la sospecha.

La madre interviene asiendo a su marido del brazo porque lo conoce y sabe que está a punto de alzarlo para amenazar a su hijo si no cesa el desplante; pero don Álvaro se sacude y la empuja. El candelabro cae entonces al suelo y las cuatro velas se esparcen fuera de sus copas apagándose y devolviendo la estancia a la penumbra original. Las sombras borran las expresiones de los rostros de sus tres habitantes: la del conde crispada y firme; la del caballero, convulsa; y la de la dama llena de preocupación y de alarma. Martín persiste, empeinado ya en encontrar lo que ha ido a buscar allí:

—Medio loco me volví cuando fui enterado de la muerte de la mujer a la que amaba; más la otra mitad de la locura sospecho que se debe a vos —señala a su padre con el índice de su mano derecha.

—¡Detente, Martín! —Interviene doña Úrsula— ¡No puedes hablarle así a tu padre!

Pero el muchacho ya está bajo la influencia del mismísimo diablo:

—Si por padre mío se tiene ha de responder a mis dudas; que ha eso he venido: a aclararlas.

El conde replica altivo:

—Busca respuestas... —se dirige a su mujer y se ríe burlón—. ¿Has oído, Úrsula? ¡El chico busca respuestas!

En los oídos del condesito la exclamación suena cínica y mordaz. La encuentra revestida de doblez y de malicia y eso le confirma las sospechas que lo han llevado hasta allí. Un destello entra por los dos ventanucos de la habitación iluminándola con un fognazo que hace fulgurar los ojos del conde. En ellos aprecia Martín dureza y frialdad. Casi inmediatamente se despeña un trueno y, al momento, el cielo se rompe para descargar sobre el castillo un granizo que golpea estrepitosamente las piedras. Una de las contraventanas cede y el viento irrumpe agitando los cortinones que adornan la pared de manera que su sombra se agita entre las tres figuras hieráticas.

—¿Qué has hecho, padre? Dime que no has tenido nada que ver en lo que pasó en el molino de *Cantillana* —el repiqueteo del granizo ahoga sus preguntas; por eso las grita de nuevo.

Al verse increpado en tan malos modos; el padre pierde la poca paciencia que tiene.

—¿Qué dices, majadero? ¿Qué es lo que has hecho tú?

—¡Calla, por Dios, Álvaro. Que te pierdes! —Interviene de nuevo doña Úrsula interponiéndose; pero el conde la empuja de nuevo y, trastabillada, va a caer sobre la cama.

—No he de callar más, no. ¿No ves que tu hijo está perdiendo el oremus?, que viene traído por el demonio. ¡Desagradecido! ¡Deshonra de mi casa! Tan encoñado estás que la sangre ya no te riega el cerebro. Pero tu padre ya ha pensado por los dos...

Esa sentencia lacónica, encadenada después de la retahíla de insultos presupone una verdad inquietante: su padre está detrás de todo, como siempre.

—¡Lo sabía, padre, lo sabía! El alma me lo estaba gritando, pero yo no quería oírla.

—¡Loco majadero! —Replica el conde; y el insulto le chirría a Martín en los oídos. Detesta esa palabra que su padre vierte por la boca con mucha ligereza en cuanto le contravienen.

Otro relámpago y otro trueno. El viento silba y el cortinón se agita violentamente. La condesa se apresta a cerrar la contraventana distanciándose unos pasos de la tensa escena de la que está siendo convidada de piedra; pues ninguno de los dos ha hecho caso alguno a sus requerimientos de sosiego. Súbitamente el conde se abalanza sobre su hijo y lo agarra por la pechera retorciendo los puños sobre el tejido y poniendo, con el impulso, a Martín de puntillas sobre el suelo. Mira hacia arriba porque los ojos del muchacho están sobre los suyos más de una cuarta por encima.

—¡Niñato! ¡Necio descerebrado! Yo te he de meter en vereda, aunque sea a latigazos, como se hace con un siervo rebelde.

Doña Úrsula se da la vuelta acongojada por lo que acaba de oír y muy angustiada porque está viendo que su esposo ha perdido el control y está fuera de sí. Se apresta a interponerse en el momento en que Martín se sacude para liberarse de la presa. Tal es la precipitación de la mujer que, habiendo pisado los bajos del camisón, se tropieza con tan mala suerte que va a impactar con su hombro sobre la pantorrilla de la pierna derecha de don Álvaro y este termina por perder el equilibrio cayendo de espaldas sin soltar a su hijo, que se le va encima arrastrado por la inercia. El infortunio quiere que, con mala caída, el conde vaya a golpear de lleno con la cabeza en la gran losa que sobresale del suelo haciendo de plataforma que sostiene la chimenea. Durante un instante se quedan los tres en el suelo inmóviles. La condesa, dolorida de la espalda, se agarra con fuerza a una banqueta para incorporarse mientras ve a padre e hijo yacentes en el suelo. Bajo la tenue luz de las brasas, el semblante del conde está totalmente desencajado y el de su hijo crece en inquietud al ver a su padre con los ojos desorbitados, la boca exageradamente abierta y una respiración entrecortada en la que se prende un gemido gutural que le arranca del pecho para ahogarse en saliva. El muchacho se echa rápidamente a un lado y ase a su padre con su mano por detrás del cuello con la intención de incorporarlo levemente para que respire mejor. Nada más hacerlo nota en el cuenco de su mano una sensación húmeda, viscosa y temperada. Sobresaltado, retira la mano y se apercibe que está teñida de negro. Un relámpago viene a enseñar su color verdadero: un rojo intenso que a Martín hace estremecer de los pies a la cabeza. De la mano, su mirada viaja al rostro de su padre que se ha quedado petrificado con aquella mueca: ha muerto. El condesito mira a su madre que ha llegado para arrodillarse junto a ellos. Está asustado y vierte por su mirada el mismo terror que emanan los ojos de un cordero cuando ve actuar al matarife. Doña Úrsula recibe en la retina un devastador impacto y comprende en un instante cuanto ha ocurrido. Se lleva las manos a la cabeza y lanza un grito desgarrado que le rompe las entrañas igual que un relámpago los cielos.

Parte segunda

Capítulo 5

Ya no tiene la esperanza

de ser querido queriendo

Los lamentos de la condesa alertan al guardia que hace la ronda por la torre y este va a avisar a Santiago. Ambos llegan a la carrera; el maestro de armas a medio vestir: descalzo, en calzones y cubierto con una amplia camisola blanca; con la espada enfundada en la mano. Al abrir la puerta se encuentran de bruces con la apocalíptica escena. Es ahora doña Úrsula la que sujeta el cuerpo inerte de su esposo en los brazos y levanta sus ojos al cielo de madera de la habitación implorándole al Altísimo respuesta para aquella inesperada desgracia. Martín está en el suelo, de rodillas, paralizado e incapaz de encontrar una sola palabra que dé consuelo a su madre. Esta, al ver entrar a los dos hombres, vuelve la cabeza hacia ellos y, consternada, pronuncia una sentencia lapidaria:

—¡Me lo ha matado, Santiago, Me lo ha matado! —No es consciente de lo que está diciendo; y mucho menos de las repercusiones inmediatas de sus palabras.

Las miradas de los recién llegados se clavan en el condesito, que en ese instante se mira la mano ensangrentada. Santiago, sacudiendo el brazo hace saltar por el aire la vaina de la espada y se va a por él sin mediar palabra. El guardia baja su lanza y la coloca en posición de ataque. Movidio por el instinto de autoprotección, Martín se levanta accionado por el resorte automático que mueve a un soldado que siente el peligro en la batalla y retrocede hasta verse acorralado contra la pared en la que está la chimenea. Todo está siendo confuso y atropellado.

—¿Qué has hecho, maldito? —Pregunta el maestro, con la tensión de quien está a punto de lanzar un embestida. Pero la frase es más bien una conclusión construida desde la incredulidad de quien ha de admitir algo inimaginable.

Así lo entiende la mujer, que intenta desde el suelo hacer alguna señal que detenga al más fiel de sus súbditos; pero la congoja solo le permite levantar un brazo; pues no es capaz de emitir el más mínimo sonido al tener el corazón atravesado en la garganta. No repara en que la intención de Santiago no es herir a su pupilo, sino únicamente detenerlo. Tampoco es consciente de eso el guardia, que es el primero en arremeter contra él. En un gesto frenético se impulsa hacia adelante con violencia; la lanza asida fuertemente en la mano derecha y dirigida por su antebrazo. Martín, al presentir que el hierro le va directo al vientre, sortea el envite y aprovecha la inercia que lleva el hombre para que vaya a golpear con la cabeza contra la repisa que sostiene la campana pétreo de la chimenea. El impacto es tan fuerte que el guardia pierde el sentido y cae a un lado como un fardo. La adrenalina inunda las venas del caballero, que presiente que la arremetida de su maestro

de armas no va a ser tan sencilla de esquivar. Rueda por el suelo en busca del lugar en el que está colgada la espada del conde y se hace con ella quedando entonces en igualdad de condiciones.

—¡Detente, Martín! —Consigue gritar por fin su madre.

—¡Detente, por Dios! —Solicita nerviosamente Santiago, que le cierra el camino de la puerta.

Pero el muchacho está superado por las circunstancias. Incapaz de construir el más mínimo pensamiento. Ahora es él quien ataca devorado por un frenesí incontrolable. Las espadas silban en el aire y se entrechocan por primera vez. El maestro, mientras encaja un segundo golpe, intenta decir algo que aplaque a aquel joven enardecido; también su madre, desde el suelo, entre gritos y lamentos; pero la atmósfera de la habitación se vuelve a llenar de sonidos desbordados: el granizo arrecia, un nuevo trueno retumba estrepitosamente. Martín, enajenado, poseído por el mismísimo Satanás, percibe en su interior las resonancias de esos sonidos como las del fragor de la batalla. Es un animal acorralado únicamente guiado por el instinto de supervivencia. Embiste de nuevo. Esta vez son varios los golpes encadenados por los hierros. Saltan chispas en la penumbra. Los dos hombres se agitan en tensión evolucionando sus movimientos por toda la estancia; los pasos cortos, las manos libres alzadas para contrapesar las oscilaciones de las espadas. Santiago se limita a esquivar las acometidas de su pupilo buscando el momento de reducirlo causándole el menor daño; pero ha sido tan buen maestro de armas que Martín conoce todos sus trucos y sobre ellos tiene una ventaja: es más joven y por lo tanto más ágil y más impredecible que el leonés. En una de sus arreatadas maniobras simula encajar un golpe y en lugar de pararlo con la espada deja que la de su oponente se pierda en el aire y vaya a golpear al suelo. Santiago no tiene tiempo de recuperar la posición y al ver venir el acero solo puede girar bruscamente la cadera para que este le pase rozando a la altura del vientre. El filo de la hoja le rasga el camisón y le produce un corte en el costado. Martín es consciente de que ha tocado carne. Santiago se lleva la mano al lugar, acuciado por el dolor y en ese momento Martín escucha un grito:

—¡Huye, hijo! ¡La puerta! —Es doña Úrsula que está desplegando también su instinto; su instinto de madre.

Las palabras desactivan su ímpetu agresivo y despiertan en él la imperiosa necesidad de huir para evitar ser dañado y al mismo tiempo hacer daño a quien ha sido su guía desde la niñez. Ve la puerta libre y se lanza en pos de ella en una carrera desenfundada. Santiago reacciona, herido en su cuerpo y también en su orgullo; pero doña Úrsula se levanta y se impone:

—¡Déjalo, por Dios, que se vaya! —Se lleva la mano al pecho. Siente un dolor muy fuerte que la rasga por dentro. Cae desmayada sobre el cuerpo inerte de su marido.

El maestro, sobresaltado, va a socorrerla; se arrodilla y comprueba que, en efecto, ha perdido el sentido y que las preguntas que se le atropellan en la imaginación no van a tener respuesta, al menos de momento. El ajeteo que se ha producido en la habitación principal del castillo ha puesto en alerta a una de las damas de compañía de la condesa y esta ha llamado a dos guardias. Los tres irrumpen precipitadamente en la dramática escena.

—¡Ocupaos! Ordena el leonés secamente mirando a la dama para luego levantarse con rapidez y salir de la estancia porque le hierva la sangre.

Se dirige a las caballerizas. Por el camino intenta comprender lo que ha pasado y no es capaz más que de construir una conclusión lineal sustentada en la farsa en la que se ha visto envuelto en los últimos días. Martín no es idiota y lo han querido hacer pasar por tal. A buen seguro —piensa, no sin razón— que el muchacho se ha olido algo y ha ido a reclamarle la verdad a su padre. Si Santiago conoce bien al condesito, qué no ha de saber de su padre, con el que ha compartido más de media vida de andanzas. Y porque lo conoce, lo sabe altanero, orgulloso y poco dado a

explicaciones. Los caracteres del padre y del hijo han tropezado desde siempre. El viejo —supone— se habría querido imponer por las bravas, como en otras ocasiones; pero esta vez Martín no se habría arredrado y habrían llegado a las manos. Para su pesar, el maestro de armas no estaba por el medio y se ve que doña Úrsula, buena mujer y templada, no ha podido evitar la desgracia.

Llega a los establos y allí se encuentra a Benito que está dándole de comer a un asno. Interroga al escudero para averiguar enseguida que el amo acaba de entrar allí corriendo; que le ordenó ensillar al corcel blanco y que luego se fue al galope. Aunque el chico, según se explica, le preguntó adónde iba; no recibió respuesta alguna más que un “Dios te guarde, Benito” que lo dejó in albis. Santiago, ignorando al escudero, se dirige al jumento ante la mirada perpleja del muchacho para decirle:

*Por Dios, que si no fuera porque dicen,
neciamente que siento inclinaciones juveniles
y que es blanco mi pelo,
pondría la mano en la verga de este asno,
para que viese que tiene venas que palpitan.* [\[xix\]](#)

Es su manera de expresar que todos y cada uno de los seres que habitan en este mundo tienen ardores que apagar en algún momento. Que no hay miembro que no se levante enhiesto como un soldado en formación ante una hembra que tenga lo que hay que tener. Qué fácil es dejarse llevar por los placeres y olvidar con ello las obligaciones. Cuán etérea es la satisfacción del deber cumplido y cuán carnal es la dicha de cobrarse un placer inmediato. En estas divagaciones hace el camino de la torre del oeste y desde ella escruta en la noche para ver si consigue atisbar hacia dónde se ha marchado el condesito; pero su vista se extingue en la oscuridad antes de alcanzar la encrucijada en la que el camino del castillo se parte en tres: hacia el sureste, a *Sevilla*; hacia el suroeste, a *Cantillana*; y hacia el norte, a la sierra. Intuye que es por este último por el que ha huido; porque si se diera el caso él haría lo mismo. Mientras está entretenido en esas elucubraciones, el guardia al que Martín había privado del sentido en la habitación principal se ha recuperado y explica su visión de las cosas. Luego sale de la torre del homenaje dando la voz de alarma. En pocos segundos la noticia de la muerte del conde corre por el castillo. Cuando Santiago baja al patio se encuentra con un nutrido grupo de hombres inquietos que le reclaman información. Intenta calmarlos; pero la situación se precipita cuando la dama de compañía aparece vociferando que a la condesa se le ha parado el corazón. Para el maestro de armas esa es una noticia desoladora. Eso implica que doña Úrsula se llevará con ella a la tumba la explicación de lo acontecido en la habitación, lo que provocará la condena inmediata de Martín por parricidio. Habiendo un móvil que no será difícil sacar a la luz y con el agravante de ser un móvil pasional, el muchacho no tendrá la menor posibilidad de defenderse. Con su mentalidad militar, Santiago toma dos decisiones rápidas. Ordena al jefe de la guardia que organice una patrulla para perseguir al fugitivo. Es tajante en las instrucciones: lo quiere vivo, sano y salvo; porque es el único que puede relatar lo que ha pasado. Y lo quiere pronto, antes de que nadie se les adelante. Después, él mismo elige a tres hombres y los cuatro parten de inmediato hacia *Jerez* para informar de inmediato al rey *Alfonso*; la cuestión es muy delicada y no ha de obrarse a la ligera. Máxime cuando el conde era el intermediario en la relación entre el rey y su hermano díscolo; máxime

cuando la casa de Valmayor iba a emparentar con una de las familias más influyentes de la corte con el beneplácito de la reina.

La noche que ha engullido a Martín lo transporta sin rumbo a través de la neblina de los montes. Su huida es el fruto de su desesperación y no tiene más rumbo que el que el caballo encabritado por el dolor del látigo ha querido. Tras un largo trecho de desenfrenado galope han abandonado los caminos principales y se han perdido en el bosque, vagando errabundos. Los relámpagos y los truenos han cesado y hace rato que llueve con fuerza. Reventada, la bestia se sacude violentamente para liberarse del jinete que la ha llevado al borde de la extenuación. Probablemente lo hace porque ha sentido a los lobos. El caballero vuela por los aires y va a dar con sus huesos contra el grueso tronco de un alcornoque. El batacazo hace que pierda el conocimiento. La lluvia amaina. Un lobo viejo aparece gruñendo sobre una roca. Se sacude el agua que inunda su pellejo salpicando mil gotas a su alrededor. Pronto se le unen otros tres. La cabalgadura huye despavorida dejando a su amo a merced de las alimañas. Durante unos instantes los cuatro animales parecen sopesar la situación, dudando si irse detrás del caballo o dar cuenta del cuerpo inerte del condesito. El líder de la manada resopla y decide por los demás que se arriesgarán a quedarse. Avanza con prudencia, escudriñando en el aire el olor de la sangre que brota de la herida que Martín tiene en la cabeza. El instinto del animal es más fuerte que su recelo hacia los hombres y, girándose, incita a los otros a que lo flanqueen porque va a saltar sobre su víctima. Súbitamente, cuando parece que todo está perdido para el caballero, un silbido se propaga por el aire húmedo del monte e inmediatamente después se escucha el gemido dolorido del lobo que ha recibido el impacto de una piedra en la cabeza. Con el rabo entre las piernas, retrocede y se gira para mirar hacia la misma roca en la que había estado antes. Una luz fantasmal tintinea quebrando la oscuridad. Procede de un farol de aceite enganchado en un grueso cayado que se sostiene clavado en un hueco entre las piedras. A su lado, un hombre encapuchado prepara una nueva descarga de la onda que gira con fuerza. Suelta una nueva pedrada que acierta a dar en el costado de otro de los lobos. Los cuatro animales se ven obligados a renunciar a su comida. Se miran unos a otros mientras oyen de nuevo el zumbido premonitorio de un nuevo proyectil. El lobo viejo gruñe contrariado y, recordando el camino que ha seguido el caballo, decide seguirlo monte abajo. Los demás le van detrás, sintiendo como el último de los lanzamientos va a impactar en el suelo, justo detrás de ellos. En menos de un segundo desaparecen en la oscuridad y el bosque vuelve a la calma.

El sol de la mañana irrumpe en la cueva de un roquedal de la sierra. Martín se despierta aturdido. Miles de imágenes inundan su confundido cerebro. Poco a poco se van haciendo más nítidas: un punto que se inunda de luz a lo lejos, las sombras de unas llamas de una hoguera en la pared, los pellejos de piel de cabra que lo cubren sobre un suelo de piedra. Lo último que recuerda es el relincho encabritado de Bufón.

—Por fin te has despertado muchacho. Creí que ibas a dormir el sueño de los muertos —se oye, entre las palabras silbantes, una risa entrecortada.

La voz proviene de su espalda. Se vuelve sobresaltado y, al hacerlo, siente la mella que el golpe le ha dejado en la cabeza y en un hombro. Se percata de que tiene un vendaje y que quién se lo ha puesto debe ser el estrafalario personaje al que descubre frotando unas manos largas y huesudas junto a la lumbre. Es un anciano menudo, de barbas y cabellos que platean bajo el chisporroteo cambiante de las llamas.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qué es lo que hago aquí? —Alcanza a preguntar el caballero mientras

intenta enfocar la imagen que está viendo; pero está difusa porque su cerebro no es capaz de precisarla con nitidez. Se lleva las manos a la cabeza porque le duele mucho y cierra los ojos intuyendo que al volver a abrirlos lo verá todo con más claridad.

El viejo, mientras, le intenta dar cumplidas explicaciones:

—Tu caballo se asustó con los lobos y te diste un testarazo —vuelve a reír y, al hacerlo, muestra la causa del siseo de su voz: le faltan unos cuantos dientes—. Suerte que andaba yo por el monte, que si no ahora estarían tus carnes en la barriga de las alimañas. Y has de dar las gracias también a mi burro. Si no es por él no te hallarías aquí, que pesas más de dos fanegas.

Martín no dice nada y aún no ha abierto los ojos porque imágenes mucho más certeras lo asaltan desde el interior estrellándose contra su consciencia; y lo hacen en cuatro fognazos lacerantes: cuando elucubraba sobre las rocas del castillo; cuando irrumpiera en la habitación de sus padres, cuando la cabeza de este impactara, después del forcejeo, contra la plataforma de la chimenea y por último cuando descubriera su mano cubierta de sangre mientras escuchaba cómo su madre gritaba de desesperación. Todo lo demás se resume en una carrera frenética y desesperada hacia ninguna parte. Abre los ojos de nuevo para cerciorarse que ese lugar impreciso se ha materializado en una cueva lúgubre habitada por un ermitaño. Observa, aún sin llegar a definirlo del todo, cómo el viejo se levanta y ase su bastón para apoyarse. Para el caballero semeja ser la imagen de la muerte con su guadaña. El condesito se asusta porque siente que lo que le está pasando no es real. En su alucinación, se siente a la entrada del infierno, con el juicio hecho y dictada la sentencia; esperando que las puertas del inframundo se abran para tragarlo por toda la eternidad.

—¿Candela..., dónde estás...? —Murmura estirando sus brazos en pos de la luz de la entrada de la cueva, presintiendo que por ese hueco se entra al abismo; tal vez soñando que los brazos de su amada irrumpirán desde el destello para rescatarlo. —¡Dame veneno, viejo, dámelo ya! —Implora delirando. Se desmaya de nuevo.

Hacia la media tarde Santiago de Campos regresa al castillo de Valmayor después de haber informado al rey *Alfonso*. Ha cabalgado toda la noche camino de *Jerez* y casi todo el día de vuelta. No ha dormido, apenas ha probado bocado y llega desfallecido. Trae noticias que se resumen en la orden clara de un pliego que lee en público ante la expectación general. Allí se encuentran los caballeros que rinden vasallaje al conde don Álvaro, los soldados de la guardia, familiares y amigos que han venido a confirmar las murmuraciones que corren ya por toda la comarca. Ante todos ellos, por encargo del rey, ejecuta las instrucciones que le han sido dadas por el monarca.

—El rey ordena y manda que se persiga y se capture al causante de la muerte del conde don Álvaro de Valmayor —respira profundamente, obligándose a continuar con la aseveración que más le duele—. Todas las pruebas apuntan a que este no es otro que Martín de Valmayor: su propio hijo —a él mismo le cuesta aceptarlo, pero las evidencias son aplastantes—. Que en todo el reino se le niegue cobijo y ayuda al fugitivo, bajo pena de prisión para quien lo haga; dictando una recompensa de veinte maravedíes a quien proporcione información sobre su paradero.

Recoge el rollo de pergamino en el que está escrita la orden y entra en las dependencias del cuerpo de guardia haciéndose acompañar de tres soldados entre los que está el jefe de la patrulla que acaba de entrar en el castillo.

—¿Qué tenemos? —Dirige su pregunta hacia un hombre grueso, de unos cuarenta años, que se mantiene firme ante él.

—Maestre —responde—. Lo seguimos por los caminos de la sierra. Abandonó el sendero y se internó en el monte. La lluvia borró las huellas y perdimos el rastro.

Otro de los presentes completa:

—Hace tres horas que han encontrado su caballo a una legua de aquí. Iba sin su jinete; reventado por el esfuerzo, asustado y herido por el ataque de unos lobos.

Después de escuchar y valorar la escueta información que poseen, Santiago de Campos dicta las órdenes pertinentes:

—El rey en persona me ha hecho responsable. Salimos en dos horas. No quiero que nadie se nos adelante.

Sabe muy bien lo que dice y por qué lo dice. Quiere volver a la última pista cuanto antes, anticipándose a los cazadores de hombres. Ha de capturar vivo a su pupilo para que este tenga una ocasión para explicarse y para defenderse. Todavía no le ha dicho a nadie que el rey ha establecido una recompensa de quinientos maravedíes para quien lo atrape; vivo o muerto. Santiago ha participado alguna vez en una de esas cacerías de fugitivos, allá en *Murcia*, y sabe que lo que cuenta es entregar la cabeza del proscrito clavada en una lanza o metida en un saco; que el mantenerlo vivo no le reporta al cazador ninguna ventaja y le supone correr con riesgos innecesarios. Entra en su cuarto con la intención de asearse y comer algo y a la puerta se encuentra con Benito, esperándolo con una jofaina de agua que le ha quitado a la sirvienta que la traía. Piensa así el mozo que ha de enterarse de algo y quiere hacerse ver para que el maestro de armas le permita que los acompañe.

—Yo conozco los caminos del monte, mi señor don Santiago. Antes de entrar al servicio de mi amo vivía con mis padres en los prados altos. Mi padre era pastor. Conozco los caminos del monte —vuelve a repetir y se mantiene expectante estudiando las reacciones del maestro mientras le ayuda a despojarse de la cota de mallá.

—Tráeme algo de comer.

El muchacho se marcha a toda prisa y, mientras Santiago se sacude el polvo de los caminos y se quita la ropa, hace recuento de lo que le ha pasado en Jerez en su entrevista con el monarca. Lo hace sacudido por sentimientos contradictorios que lo empujan a dudar. Él, en su encuentro con el rey, había intentado respaldar a su pupilo resaltando su valor en la batalla, su lealtad a la corona y el infinito respeto que sentía hacia su padre. Pero el rey le había hecho preguntas que Santiago no había podido contestar, pues el único testigo que podría relatar con fidelidad lo acontecido era doña Úrsula y también había muerto. Además, había sido desafortunada la presencia de la reina. Con ese sexto sentido que las mujeres tienen para las cosas, enseguida encontró el hilo que comprometía al muchacho al mencionar que se le esperaba en el palacio desde hacía días y que no había comparecido a sabiendas que una dama de la corte lo esperaba para estrechar un compromiso de matrimonio. Cualquiera noble del reino al que se le mencionase la posibilidad de emparentar con la corona mediante un casamiento con una ahijada de los monarcas perdería los pies por aparecer por los patios reales; primero para agradecer a los reyes tanta distinción y luego para conocer a quien habría de ser la esposa. Y Martín ninguna de las dos cosas había hecho. Además, doña *Berenguela* se había molestado en investigar los movimientos de condesito y sabía de sus andanzas con una molinera de *Cantillana*. El cura don Cosme había sido la fuente y la reina no tuvo rubor en revelarla. Eso obligó al maestro de armas a dar cumplidas explicaciones sobre el porqué la venta había ardido en llamas y cómo el conde don Álvaro había urdido una trama para hacer volver a su hijo a la sensatez. Esa verdad suponía para los reyes un móvil sólido que colocaba a Martín en el centro de todas las sospechas. Además, en su perjuicio, había huido,

demostrando con ello su culpabilidad. Las palabras de don *Alfonso* desfilaban nítidas por la memoria de Santiago: “no ha de haber clemencia con este parricidio, que ha de ser escarmiento para todos”. Con ellas condenaba a muerte al caballero. Inmediatamente después había dictado a su secretario la nota que el maestro de armas había tenido que leer en el castillo por la que se daba orden de busca y captura y se ponía precio a la cabeza de Martín de Valmayor. “A ti te hago responsable de lo que suceda”. Le había dicho el rey echando una losa sobre la conciencia del maestro. Mas peor aún había sido la sentencia de la reina: “que tu amor a tu pupilo no nuble tu lealtad a la corona”. Eso equivalía a decir “que no te tiemble la mano”, cosa que Santiago había entendido a la perfección.

Viene Benito con la comida y, aún a riesgo de recibir un coscorrón, vuelve a repetir:

—Yo conozco los caminos del monte. Por Dios os lo pido, llevadme con vos.

A lo que Santiago responde mientras inca el diente a un trozo de carne:

—No. Tú te quedas —resuelve cortante, seguro de que el chico no va a serle de ninguna ayuda—. Y ahora busca al oficial que se encarga de preparar la partida de búsqueda y dile que en media hora los quiero a todos preparados para salir.

—Pero maestro, habréis de dormir algo —sugiere el escudero, que con ello pretende buscar una segunda oportunidad para suplicar que se cuente con él.

—Hoy dormiremos en el monte.

Hacia la misma hora de la tarde en la que el maestro de armas daba esa orden al escudero, Martín volvía a recuperar el conocimiento en la cueva del ermitaño. El viejo no está. Temeroso, se dirige hacia la luz con la que ha delirado antes y recibe en la cara una bocanada de aire fresco que lo espabila por fin. Mira hacia las montañas del poniente, coronadas por un sol rojizo y recuerda un viejo cantar lleno de melancolía.

*“Si amaneçe el alba,
porque sale el sol,
amaneçe a todos,
y anochezco yo.”*^[xx]

Es curioso que el atardecer le haya evocado el recuerdo del alba; pero es porque sabe que detrás de la muerte de un día siempre se produce un renacer. Eso vale para el sol, eso vale para la mayoría de los mortales; pero no para él. Su anochecer será el postrero y definitivo. Se presiente en el ocaso de su existencia porque no quiere vivir más.

¿Cómo morir? Se pregunta mientras siente una punzada de su herida en la cabeza. No quiere entregarse; eso lo descarta enseguida puesto que supondría un gran dolor para su madre el tener que vivir el proceso amargo de su condena —el pobre no sabe que ella ya está en el cielo—. Piensa entonces en sacar su daga de la funda y hundirla en las entrañas; pero morir destripado es indigno para un caballero; y además aquella arma ha cercenado la vida de muchos hombres valientes, aunque fueran infieles; y sería innoble utilizarla para el suicidio. Piensa entonces en subirse al peñasco que hay sobre la cueva y en lanzarse al vacío para estrellarse contra el suelo. Mira hacia arriba; hacia el cielo sobre los riscos, y ve las figuras premonitorias de unos buitres que parecen haberle leído el pensamiento. Se lamenta, quizás por última vez:

*El ciego que nunca vio,
como no sabe qué's ver,
no bive tan sin placer
como el que después cegó.* [Lxxi](#)

Se dispone a subir al roquedo cuando algo lo frena en el último momento. Es el ermitaño, que lo ha estado observando el tiempo suficiente para deducir que es el amor el que ha llevado al muchacho a aquella situación límite.

—Eres valiente, como quiera que te llames, caballero —su vocecita suena afónica y entrecortada; como si sus pulmones no tuvieran fuerzas para empujar el aire.

Sobresaltado, Martín se vuelve hacia la voz y recibe los destellos del sol en la cara. El viejo aparece enfundado en su manto raído, ceñido a la cintura con una cuerda deshilachada.

*Mucho pica el sol:
más pica el amor.*

*Mucho pica el sol
con flechas de fuego:
Más pica el amor,
que hiere más rezio.*

*Mucho pica el sol:
más pica el amor.* [Lxxii](#)

—¿Te burlas de mi desesperación después de haberme salvado la vida?

—La vida es una burla en sí misma porque tiene la muerte como premio; pero tú pareces querer recibirlo antes de tiempo y, por lo que veo, por tu propia mano —se sienta a su lado—. Sabes bien que si te quitas la vida te espera el infierno.

Martín percibe el olor del sudor añejo que rezuma de la capa y de la piel del anciano y se aparta un poco.

—El infierno es mi destino por mi mano o por la de otro. Estoy condenado.

—Por eso digo que eres valiente; pues aún conociendo que Satanás vendrá a recoger tu alma nada más cierras los ojos, te empeñas en que eso suceda cuanto antes.

—Tú qué sabrás, viejo, que estás enterrado en vida en esta cueva desde sabe Dios cuándo —sin poner intención, su acento se ha vuelto agrio; quizás contagiado por el tufo que el viejo tiene por áurea.

Pero el ermitaño no se inmuta.

—Mi nombre es Tomás; y llevo aquí más de veinte años.

—Una larga condena —sentencia Martín mientras vuelve a mirar a las rocas y a los buitres que las sobrevuelan.

—La que merezco.

—¿Y por qué la mereces, si puede saberse?

Tomás nota que ha despertado la curiosidad del joven y justifica los versos que antes pronunciara en tono jocosos.

—Me picó también a mí el amor y cuando estaba contagiado por esa bendita enfermedad los

malditos musulmanes me lo arrebataron todo.

—Esa historia no es nueva en estas tierras —replica el condesito—. Conozco a más de uno que ha pasado por lo mismo —piensa el caballero en la familia del maestro Santiago.

El ermitaño, filosófico, responde:

—Cada historia tiene su propia historia dentro.

—No te entiendo.

—Vivíamos en paz en una aldea cerca de *Lorca*. Yo había abrazado la fe de *Alá* para estar con ella. Mira si estaba loco de amor que por ella renegué del Dios de los cristianos porque mi único Dios era ella. Se llamaba Fátima —languidece el recuerdo en sus ojos hundidos que parece estar viéndola al mismo tiempo que el paisaje se está disipando en la noche.

—¿Qué os pasó?

—Llegaron nuestros vecinos y me la mataron. Me la mataron por estar conmigo —aprieta los puños—. Yo no estaba porque había ido a trabajar a la huerta que teníamos junto al río. Llegué tarde, alarmado por el humo de mi propia casa.

La última frase acerca aún más a Martín a sus propias vivencias. Se acerca al viejo. Ya no le importa el olor. Su nariz se ha saturado y no lo percibe tan intenso.

—Si supieras cuánto se asemeja tu historia a la mía. Ni siquiera sabes quién soy y parece que hayas vivido mi sufrimiento.

—Es verdad que no se tu nombre: pero sí que ella se llamaba Candela —el viejo se sonríe y muestra su rala dentadura entre las barbas—. Te he escuchado esta noche mientras delirabas. Decías que estaba en el cielo y que no podrías alcanzarla.

—Nunca podré. Ya te lo he dicho. El infierno será mi casa. Soy un condenado.

—Tú no eres tu propio juez ni tampoco yo he de juzgarte. Sea tu alma para el Dios de los cristianos, para el de los judíos o para el de los musulmanes; cada uno de ellos tiene sus propios tribunales.

—Me da igual lo que digas —Martín se desespera y, llevándose las manos a la cabeza, pone en palabras el crimen que va a arrastrarlo a la condena eterna—. He matado a mi padre. No hay delito más grande. No tengo perdón de Dios.

El ermitaño, después de escuchar tal confesión, se levanta y al cabo de unos segundos replica con un tono entre mordaz e irónico; sin creerse completamente lo que acaba de escuchar.

—Hay cosas que uno hace en la vida que no tienen remedio. Puedes hacer lo que quieras. Salta ahora mismo desde los riscos que yo enterraré tu cuerpo para que esos buitres que nos sobrevuelan no den cuenta de él —alza su brazo hacia el cielo que ya está en sombras.

Martín parece haber entendido el mensaje subliminal que traen las palabras del viejo y replica:

—¡Déjame en paz!

—Lo haré; pero antes dime quien eres para que pueda poner un nombre a tu tumba.

—Mi nombre es Martín, hijo del conde don Álvaro de Valmayor —al muchacho le parece que si el ermitaño va a hacerle ese último favor, es de recibo que sepa a quién entierra y por qué. Se levanta también para acercarse de nuevo al anciano y explica su infortunio de la manera más escueta que puede—. Mi padre, bueno, mi madre, me prometió en matrimonio con una ahijada de la reina doña *Berenguela* sin saber que yo bebía los vientos por una molinera. Mi padre se encargó de quitarla del medio por las bravas cuando ordenó quemar el molino. Yo también, como tú, llegué tarde. Candela y su padre murieron y yo, fuera de mí, me revolví contra mi padre. Forcejamos, caímos al suelo y se golpeó en la testuz.

—¡Cuánta desdicha en tan pocas palabras!

—¡Soy la desgracia de mi casa! —Se golpea la cabeza con las manos y siente el dolor de la herida que tiene vendada—. ¿Merezco o no merezco la muerte?

—Ya te he dicho, muchacho, que yo no soy ningún juez. Y también que me vi en el lugar en el que ahora estás tú; pero el saltar de unos riscos no es digno de tu nobleza.

—Yo ya no soy un noble, sino una inmundicia que se arrastra por la tierra.

—Sea como fuere; si morir es lo que quieres, habremos de hallar un medio más digno. Espera —Tomás entra en la cueva y al cabo de un minuto regresa con un minúsculo recipiente en la mano ante el desconcierto de Martín—. Si has de hacer el viaje, esto va a ayudarte.

—¿Qué es?

—Un veneno muy potente.

Martín siente que se le presenta delante el remedio para todos sus males.

—¡Trae! ¡Acabemos! —Se adelanta un paso y alarga su mano; pero Tomás esconde la suya dentro del manto.

—Alto ahí, muchacho, que no va a ser tan sencillo. La muerte te va a poner condiciones.

—¿Condiciones? Ya estás otra vez con tus enredos. ¡Te digo que traigas! —Avanza otro paso, amenazante. Tomás retrocede y amenaza también con un gesto enérgico de su brazo.

—Ahora mismo lo estrello contra el suelo si no me escuchas.

El caballero se retiene; porque sabe que por la fuerza no va a obtener el veneno.

—Sea. Empiezas a ser molesto de verdad. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Dónde fue la última vez que viste a Candela?

Martín no comprende a qué viene esa pregunta; pero la contesta porque quiere acabar cuanto antes.

—Cerca de su casa, en el manantial de los álamos de un molino de *Cantillana*.

Entonces es cuando el ermitaño desvela la condición que va a imponerle.

—Pues allí has de ir a dar cuenta del bebedizo; justo en el lugar en el que estuviste con ella.

—¿Y cuál es la razón, si es que hay razón para ese despropósito? —Pregunta Martín en un tono áspero que irrita al viejo.

—Calla, descreído, y escucha. Has de saber que el alma de los muertos no se marcha de un día para otro al más allá; sino que muchas vagan por este mundo cuando algo las retiene.

—¿Y que es lo que va a retener a Candela si es un alma pura? —Defiende Martín.

Tomás se explica:

—Esas almas nos rodean por todas partes, nos escuchan, nos vigilan. Puede incluso que el ánima de tu amada esté aquí mismo, entre nosotros; lo que pasa es que desde el otro lado no consiguen contactar con nosotros ni manifestarse; pero puedes estar seguro de que Candela sabe cuáles son tus propósitos.

—¿Y si así fuera, qué importancia tiene? Ella se irá al cielo y yo al infierno.

—Eso es lo que tú piensas. Pero las cosas no son tan fáciles.

—Mira; escucha bien a este viejo. Si Candela te amaba de verdad entonces su alma está incompleta. La tuya es la parte que le falta; porque en el más allá las almas gemelas se funden para ser una sola del otro lado.

—Eso es muy poco probable.

—Si deseas que te dé el veneno tendrás que hacer lo que yo te diga.

—Está bien, está bien.

—Si el espíritu de tu amada está allí; ella se encargará de rescatarte para que el tuyo no se

pierda en la oscuridad. Así de fuerte es el amor. Candela te estará esperando al otro lado del túnel y evitará que los demonios se apoderen de tu alma. Por eso te digo que vayas allí. Hasta un condenado, como crees ser tú, debe tener una pequeña esperanza ante la muerte para que su espíritu no se pierda en el vacío —el viejo nota que las palabras que ha pronunciado han hecho mella y se le acerca poniéndole su mano huesuda sobre el hombro para confortarlo—. Hazme caso. Yo te estoy dando esa esperanza.

—Confieso que no encuentro doblez en tus palabras; con ellas no ganas ni pierdes nada. Lo que no entiendo es por qué, sabiendo esas cosas, estás aquí enterrado en vida.

—Hay misterios que uno únicamente comprende cuando llega a viejo. El alma de Fátima se marchó sin que yo pudiera hacer nada. Mi promesa fue vivir en este retiro para así pagar mi error de haber llegado tarde. Cada criatura tiene un modo de penar sus culpas y esta es la mía. Detrás de mi sufrimiento también hay una esperanza: la de encontrarme con ella cuando muera. Si no lo pensara así; yo también saltaría desde los riscos.

—Ya no puedo buscar el amor en este mundo. Eso lo sé; pero he de admitir que esa idea tuya de ir a terminar al estanque que escuchó mis promesas de amor me augura una muerte dulce. Si ese es el precio que me ha de costar tu veneno sea ya.

—¿Lo juras?

—Jurado está.

—Ten pues y cumple tu palabra —pone el bebedizo en la mano del muchacho, se da la vuelta y se va.

Martín se lo queda mirando y luego contempla el diminuto recipiente que contiene el remedio mortal. Atrapado por su promesa se dispone a cumplirla; pero antes de partir retrocede unos pasos y llama al ermitaño, que se vuelve.

*¿Quién dirá a sus amigos que su hermano
un espantoso golpe, sin igual, ha recibido?
Llegue a vosotros el saludo de un amigo
que ha mordido la muerte, mas no olvida
los ojos que sus flechas le clavaron
y que os habla
mientras la mano de la muerte
va arrancándole el alma.
¡Ah!, dentro de ella hay un amor
que hace más llevadero verse privado de la vida.* [\[xxiii\]](#)

—¿Has entendido, Tomás?

—Sí, he entendido; yo lo haré. Se lo diré a todos.

Capítulo 6

Una voz blanca y suave

Fue traída por el viento

El caballero abandona la cueva y deja convencido al ermitaño de que cumplirá el extraño pacto que han hecho. Tomás le ha prestado su asno para que pueda llegar con el alba a las ruinas del molino de *Cantillana* y al estanque que ha de ser el final del camino de su existencia. La luna lo está mirando desde lo alto. Es cuarto menguante y el astro parece esforzarse reflejando a la tierra una luz tenue que se une a un firmamento estrellado para que Martín no se pierda en el monte. El joven, a lomos del animal, va cortando la noche ayudado por un farolillo que ilumina el angosto camino de la sierra casi borrado por la maleza. Se siente observado desde el cielo y mira a la luna, como otras veces; pero en ella no encuentra el rastro de los amores que leía cuando estaba plena. Es otra cosa lo que siente. Sabe que muy pronto será luna vieja y después luna negra; negra como su alma, negra como la muerte que lo espera. En su cabeza, la idea de terminar de una vez es una fijación que lo impulsa hacia las aguas claras de un estanque en el que cree haber perdido lo que nunca tuvo. Azuza a la bestia para que apure, pero esta no le hace el menor caso y sigue a su ritmo porque no sabe de las angustias del que lleva sobre su lomo.

Tarda casi toda la noche en llegar a la encrucijada de caminos donde confluye el que lleva a *Cantillana*. Su mente va hueca de pensamientos, empujado hacia delante por la enfermiza idea que le guía los pasos; que no es otra que la de quitarse la vida. De pronto, tras una curva del camino, detiene su montura y se apea porque oye murmullos de voces y ladridos de perros que vienen de un claro en el que arde una hoguera. Ata el asno a unos brezos y se acerca con sigilo para comprobar que allí está acampada la partida de hombres que lo están buscando. Le parece distinguir entre ellos a Santiago, que está dando órdenes para que se pongan en marcha en cuanto amanezca. Embargado por el aprecio que le tiene a aquel hombre, le gustaría acercarse a él para explicarle lo que ha sucedido, para aclararle que las enseñanzas que le ha dado durante tantos años no han sido en vano. Se queda unos instantes completamente quieto, observándolos. Se pregunta si su maestro de armas le daría la oportunidad de hablar, de explicarse, de defenderse; y no le cabe la menor duda que lo haría, pues es un hombre justo y cabal; pero los demás caballeros que allí están, no le merecen la menor confianza, pues como casi todos los soldados son mercenarios que por la espada sueñan con llegar a la riqueza, que para el caso no es otra que la suculenta recompensa que se ofrece. Si no hubiera conocido a Tomás; si este no le hubiera proporcionado una manera honrosa de morir y la quimera de encontrar del otro lado a Candela, no dudaría en entrar allí al asalto para permitir que cualquiera de aquellos le hundiera la espada en el pecho; pero ahora esa no es una opción. No puede hacer tal cosa porque lo apartaría de su verdadero fin, que es llegar al cementerio de aguas claras que lo espera. El poco sentido que le queda desbarata el impulso y la desesperación lo confunde con preguntas que no tienen respuesta.. ¿Y si el ermitaño tuviera razón? ¿Y si el alma de Candela viniera a rescatarlo al final del túnel?

¡Que esperanza más fútil! Verdad es que la esperanza se inventa a sí misma cuando ya nada queda.

Retrocede para recoger el asno y se desvía por el monte para evitar la encrucijada. Está amaneciendo y la bruma que rellena una vaguada lo mantiene oculto durante un buen trecho hasta que, cuando alcanza una pequeña loma bajo la que discurre el camino que busca, descubre en él una figura humana que camina enfundada en un manto marrón, con un farol en la mano. Parece un hombre; es un hombre que se detiene y, para limpiarse el sudor de la prisa que lleva, se aparta el embozo: es Benito, el escudero. Martín apaga su minúscula luz.

“¿A dónde irá ese truhan?” —se pregunta el caballero, que lo creía con la partida de búsqueda; pero parece claro que no lo han querido con ellos—. En ese momento, el ángel de la guardia que acompaña a todo mortal le susurra al oído que lo siga; pues parece llevar su mismo camino.

A Martín, en su atalaya, le hierva la imaginación. ¿Irá al molino? Y si es así... a qué? Un nombre se asoma a la mueca de sus labios sin llegar a sonar: el de Clara, la criada. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Estará viva? Aturdido, elabora un pensamiento más construido con el corazón que con la cabeza: puede que consiguiera huir del asalto, que no la raptaran los bandidos, que hubiera podido esconderse y que Benito lo sepa. ¿Y si así fuera? Si todo cuanto está enredando en su imaginación atisbos de verdad tuviera, entonces la criada es la única que conoce lo que ha pasado; la única que ha visto morir a Candela y a su padre. El joven no puede más; deja el jumento y echa a andar, a correr, para seguir a su lacayo a una distancia prudencial a fin de que no se percate, se asuste tal vez y huya. Resulta sencillo; pues Benito se siente a salvo, sabedor de que las patrullas están batiendo la sierra. Toma un atajo hacia el río *Viar*. Más de media hora caminan así, el uno tras el otro, ambos en pos de un misterio. Llega por fin el escudero a las ruinas de la venta. Allí se perciben más luces a las que se les une la del mozo. Martín, muy prudente, se va acercando y consigue ampararse a poca distancia tras un muro. Asoma la cabeza y de inmediato la baja asaltado por una visión inesperada que le pone el corazón en la boca y la espalda le adosa a las piedras. Respira aceleradamente, suda; no puede creer lo que han visto sus ojos. Tras unos segundos, vuelve a asomarse para tener la certeza de que no está soñando. Entre los rescoldos de las traves de ardido tejado hay cuatro figuras humanas: una, la más gruesa, la del molinero, que está arrancando una losa con una palanca de hierro; a su lado Benito, que se apresta a echarle una mano. Sosteniendo un farol está Clarita y asida a su brazo Candela, que llora por ver quemada la vida de su familia entera y la suya propia. El caballero, atónito, corrobora que no son fantasmas porque los escucha hablar claramente.

—¡Dios te guarde por siempre Benito, que nos has salvado a todos —sentencia el molinero agradecido mientras toma del agujero abierto una caja donde ha ido guardando los ahorros de toda una vida.

Benito, quitándose méritos porque, pícaro, sabe que así ganará más ante los ojos de Clara, contesta.

—Que guardar habrá a la condesa que fue quien me mandó a avisaros con urgencia. La pobre también ha muerto. Se le paró el corazón con la pena —aclara afligido.

Esas palabras sacuden el corazón de Martín, que siente un rayo que lo atraviesa de parte a parte. Las lágrimas le inundan los ojos y se derraman por sus mejillas. Casi no puede respirar, se retuerce tragándose los gemidos que quisiera transformar en gritos desgarrados que hagan que le salga de las entrañas el demonio que lleva dentro. Aprieta otra vez su espalda contra las piedras y siente el dolor de las aristas que se le clavan en las carnes.

—¡Madre, la mi madre...la mi madre ha muerto! —Llora para fuera y traga para adentro todos

sus quejidos. Se desparrama toda la virtud, toda la bondad que de una madre un hijo lleva dentro, se desparrama en lágrimas de luto e impotencia. Está paralizado, carcomido y devorado por la culpa y la responsabilidad que tiene sobre todo lo que ha pasado. Respira, primero agitado y después profundamente, como de niño ella le enseñara cuando sentía miedo en las noches de tormenta. Consigue por fin controlarse. Tiene que seguir escuchando.

—Pues que guarde a la buena de doña Úrsula en el cielo; pero que el ruin de su marido arda en el infierno —maldice. Su sonrisa al comprobar que los dineros están en su sitio contrasta con su mordaz comentario, al que añade— y con él, arda también su hijo —escupe al suelo.

Candela reacciona a la ofensa.

—¡No, su hijo no, padre! No diga eso que él nada tiene que ver. Si ha de acusar a alguien yo soy la culpable —así se siente en verdad, porque de la responsabilidad de lo que ha pasado intuye que tiene la media parte.

El molinero suspira con la paciencia de quien ha vivido mucho.

—¡Ay, Candela! Infeliz... ¿Tú qué sabes?

—¡Lo sé, padre; y basta! —Ella se revuelve, los ojos llenos de agua.

Entonces Martín, desolado por ver que su amada está sufriendo tanto como él, en un arrebato, sale de su escondrijo, salta sobre el murete y aparece de entre las sombras como un espectro. Las mujeres gritan. Benito retrocede dos pasos. El molinero levanta en el aire la herramienta que le ha servido para remover la losa.

—Tu hija tiene razón; yo nada sabía de lo que iba a pasáros. Nada supe en ningún momento. ¡Lo juro por todos mis muertos! —Salta del muro, se acerca; la mano en la empuñadura de su puñal, aún en el cinto.

El molinero avanza amenazante. Vuelven a gritar las mujeres. Benito se abalanza sobre él sujetándole el brazo.

—¡Tente, molinero! ¡Es el amo! ¡Es mi amo!

El hombre se frena bajando su manaza, lo cual hace que el escudero dé con sus huesos en la tierra donde se revuelve como gato que ha caído de un alero.

—¡Tente, por Dios, molinero! —Es ahora Martín quien ordena, quien suplica.

Se corta el aire entre ellos hasta que Candela se interpone. Está destrozada, rota.

—¡Quietos los dos! —Chilla.

El molinero contiene su ira, suelta el hierro tosco que blande y se echa a un lado quejumbroso, murmurando una maldición.

Candela se rehace:

—¡Esto es solo culpa mía, padre! —Inmediatamente se vuelve hacia Martín para increparlo—. ¿Es que tú y los de tu casa no habéis tenido bastante? —Se lanza hacia él y lo golpea en el pecho con los puños. Lo hace dos veces, tres; la última ya sin afán; porque sabe que está golpeando a un inocente.

El caballero reacciona por fin ante tantos agravios y la sujeta por las muñecas.

—¡Te juro por todos los muertos de mi familia que yo no sabía nada de todo esto! —Vuelve a repetir en tono afectado. La mira a los ojos y luego busca los del molinero—. ¡Os lo juro! A mi escudero pongo por testigo de que si no es por él ahora mismo estaría llevándote flores al camposanto.

Benito interviene:

—¡Es cierto! ¡Es verdad todo lo que está diciendo! Quien ordenó vuestra ruina fue el conde y el maestro Santiago fue la mano que ejecutó sus órdenes.

—¿Santiago? —Pregunta Martín sorprendido—. ¿También Santiago está metido en esto? —El tono suena lastimero. La decepción arrasa las entrañas del caballero al descubrir que aquel que fuera su guía y la imagen en la que mirarse tiene también las manos manchadas.

Benito se da cuenta.

—No lo juzguéis antes de tiempo, mi señor, que el maestro de armas cumplió las órdenes de don Álvaro solo a medias arrasando esta hacienda, que la otra parte de su encomienda fue cumplir la voluntad de doña Úrsula, Dios la tenga en su gloria, evitando así la muerte de Candela y de su padre. Yo mismo vine a avisarlos. Fue Santiago el que me dio la orden horas antes del asalto.

El condesito se zarandea, azuzado por tantas revelaciones. Está confundido. Candela se apercibe de la conmoción que está sufriendo e intenta calmarlo.

—Tranquilo, Martín. Tú no has hecho nada malo. Yo lo sé y ahora lo sabe también mi padre.

—¿Qué no he hecho nada, dices? ¿Es que no lo ves? Os he arruinado la vida. Nada os queda —señala la destrucción que los rodea.

—Tranquilo —ella lo abraza y el joven termina rompiendo a llorar amargamente. Se vuelve hacia su padre que acaba de recuperar bajo las losas un saquito de monedas—. Padre, ahora mismo regreso —luego se gira hacia Martín—. Ven, vamos al estanque —lo toma de la mano y ambos se marchan en pos del lugar en el que sus amores comenzaron.

Llora el agua, que no borbotea ni es cantarina; sino plañidera del dolor que ambos llevan. Así lo interpreta y lo manifiesta Candela cuando se vuelve hacia su amado, ya llegados al manantial; anegado su espíritu por las lágrimas que vierte la fuente.

*¡Tanto amarte, amarte tanto,
amigo, tanto amarte!
Enfermaron mis ojos
e me hacen daño.* [/xxiv/](#)

El joven intenta consolarla:

—No has de llorar ya más, mi niña, porque estoy aquí y por ti, sin que tú lo sepas, he vuelto a la vida. Pero ella insiste en desplegar que es portadora de la mala suerte.

*Quando yo, triste, nascí,
luego nascí desdichada,
luego los hados mostraron
mi suerte desventurada.*

*El sol escondió sus rayos,
la luna quedó eclipsada,
murió mi madre pariendo,
moça hermosa y mal lograda.*

*El ama que me dio leche
jamás tuvo dicha en nada,
ni menos la tuve yo...* [/xxv/](#)

—Cállate por Dios, no digas más; que veo que tu tristeza viene de lejos y yo no he hecho más que agravarla con este amor que te tortura.

—Mi tortura amarte ha de ser, en eso has acertado; pero mis lágrimas de ahora no son de tristeza, sino de alegría de verte, de saberte vivo...

El joven le explica que el destino lo ha traído allí por medio de la promesa que le ha hecho a un ermitaño.

—Huí al monte, arrastrado por la idea de esconderme de mí mismo; pero no pude. —con su mano abarca la mejilla de Candela y la acaricia. Ella reposa su cara en la palma y siente un dulce calor que amansa su agitación—. Me atacaron los lobos, el caballo me tiró al suelo y perdí el sentido. Desperté mucho después en la cueva del viejo que me salvó. Es un hombre tan loco como sabio; y sospecho que también adivino porque me leyó el pensamiento para averiguar que me iba a tirar por un barranco y me convenció de que no lo hiciera; obligándome prometer que si venía a morir este estanque él me daría la muerte en forma de veneno —le muestra el pequeño recipiente que lo contiene y Candela tiembla al pensar que si no hubiera ido ella al molino, su amado ya estaría muerto.

—Dios le pague con su gloria a ese anciano que te salvó aún sin quererlo —lo besa apresuradamente: en el cuello, en el rostro, en las manos; como si hubiera recuperado su bien máspreciado. Luego, toma el frasco en las manos y lo estrella contra el suelo.

—Hay gente singular que transforma su desgracia en bondades para el prójimo. Tomás, que así se llama, perdió su amor de manera muy trágica; como yo estuve a punto de perderte a ti. Tal vez en su locura ve cosas que se nos escapan a los cuerdos y por eso estoy aquí.

—Yo no entiendo de fantasmas, ni de hechizos y tampoco de magia; pero no me importa el camino que te ha traído a mis brazos; lo que me importa es el fin. —Vuelve a enlazar sus manos alrededor del cuello del caballero. Su voz es cálida y le regala una canción susurrada en su oído, tan cerca que nota la humedad de su respiración y se estremece.

*Lágrimas del agua
ya se despeñan
de las altas rocas
de mi firmeza.* [lxxvii](#)

*Son mis ojos fuentes
que bierten agua,
por matar el fuego
qu'el alma abrasa.* [lxxviii](#)

Guarda silencio Candela un instante; pero el susurro se mantiene en la imaginación del muchacho. Ella se separa unos momentos porque las palabras que va a decirle también viajan en su mirada, para después confesarle:

—Te quiero, Martín. Más que a nada en este mundo y sobre todas las cosas. —Cierra los ojos y duerme sus labios en la boca del amado, apaciguando su sed de días. Al principio es un beso calmado y dulce; pero al poco se transforma en húmedo y tenso. La damita jadea, se agita; transformada en hembra ardida en deseos. Nunca ha sentido algo así.

El caballero se ve asaltado por la visión maravillosa de la perfección. Los besos lo

transportan al país de los sueños. El tacto de la piel de Candela y el de los finos velos de inmaculada blancura que envuelven su cuerpo hace que se sienta dueño de la pureza más absoluta. Sin embargo, esa embriaguez dura solo un instante; porque la cruda de la realidad lo invade. Se aparta. Respira profundamente. La pesadumbre de sentir que nada puede aportar ya a su dama que no sea desgracia hace que se detenga en su asalto a las derrumbadas murallas de la castidad de la muchacha.

—Soy un proscrito Candela. He matado a mi padre y con él a mi madre también. No puede haber pecado más grande en esta tierra.

Pero ella interpreta que su amado también es víctima del infortunio, cuyo hado gusta escoger a sus mártires entre los inocentes.

—Tú no has matado a nadie, mi bien. Te torturas como yo porque tu ángel de la guarda es un incauto o un inconsciente; como lo es el mío. Ambos han dejado que la mala suerte nos abordara mientras ellos dormían.

—¡Malditos ángeles nuestros!

—¡Malditos sean! —Conviene Candela y añade con resolución mientras lo abraza y lo besa —: ven con nosotros. Nos vamos lejos de aquí. Olvidaremos esta tierra que tan ingrata se ha vuelto con sus hijos.

Pero Martín ve más allá de las palabras:

—No puedo. ¿No ves que si lo hiciera os condenaría? He matado a un noble, a un protegido del rey; y me perseguirán día y noche hasta encontrarme. Si tú y tu familia estáis conmigo seréis acusados de ocultar a un asesino y acabaréis condenados también.

Ella tiembla por culpa de esa lapidaria verdad que parece estar poniendo epitafio a su historia de amor.

—Mí bienquerido, ¿qué va a ser de nosotros?

Martín intenta eludir la respuesta. Levanta la vista al cielo, donde ya no hay buitres premonitorios ni oscuridad, sino que luce el sol sobre los álamos, aunque la menguada luna se mantiene tenuemente visible.

—¿Recuerdas la luna que alumbró nuestros sueños? Aquella que nos miraba antes aún de que nos conociéramos. Mira, está ahí —señala—. Agoniza en lo alto porque sabe que desaparecerá en unos días.

—No entiendo lo que quieres decir.

El caballero se arma de valor...

*¿Qué haré?
Que si vivo, soy cautivo,
y si muero no s' veré.* [\[xxviii\]](#)

...y pronuncia una nueva sentencia para su condena:

—Solo me queda una salida. Mi destino es el destierro. No tengo otro: o ese o la muerte. Tengo que desaparecer.

Ella suspira porque quisiera encontrar soluciones donde no existen. y solo alcanza a hacer una pregunta que supone también una aceptación:

—¿Como la luna?

—Como la luna negra —responde Martín mientras le toma una mano para confortar con el

tacto lo que no puede con las palabras.

La joven se da cuenta de las circunstancias y comprende que sería ahora una carga para el caballero. No teme lo que pueda pasarle a ella; pero sabe que Martín, como la luna, ha de abandonar el reino de *Sevilla* cuanto antes si no quiere perder la vida. Acopiando fuerzas de donde no las encuentra, contesta:

—Olvidame, Martín. Es lo mejor para todos.

El caballero se revuelve contra la impotencia que lo atenaza:

—¿Qué he de olvidar? —Reclama señalando a los álamos—. ¿Qué aquí te di mis amores? ¿Qué no me dolieron prendas? ¿Qué tú me correspondías? ¿Qué soñamos con querernos, aún a sabiendas...? —Eleva el volumen de su voz cuando juramenta—. Pues a la luna que aquí nos ve quiero poner por testigo de que he de de cumplir un destierro al que me veo forzado por tu bien y por el mío; que lo haré en tierra extranjera donde no existe la fe del Dios que nos está oyendo; por él he de pagar mis pecados. Pero en el mismo día de mayo en el que estamos, en el plazo de un año entero, regresaré a este estanque para buscarte. Si el amor que me tienes es tan grande que el tiempo no puede borrarlo, habrás de venir a mi encuentro y comenzaremos la vida que hoy no podemos.

Candela guarda todas las palabras dentro de un cofre de oro; pero calla. Los avatares del destino son caprichosos y tiene miedo a poner la esperanza en lo que acaba de escuchar. Los temores la asaltan. ¿Y si Martín es quien la olvida a ella? ¿Y si encuentra a otra dama que llene el espacio que ahora ella deja? ¿Y si el viento que agita los álamos se está llevando ya la promesa? El viento también es caprichoso trasladando las hojas secas muy lejos del árbol para no devolverlas. Palabras que ahora son firmes también pueden secarse, caer y ser arrastradas por el viento del olvido para perderse. Tiene miedo. Se estremece. Intenta decir lo que piensa; pero la razón le dicta que ha de mantener el silencio para no condicionar a su amado y que este deje de hacer lo que es la única salvación posible para su vida. Si fuera por ella se irían al monte, vivirían ocultos como el ermitaño Tomás, lejos del mundo cruel que los castiga injustamente: pero... ¿Qué existencia sería esa? Con el paso del tiempo crecerían tristeza y amargura donde alegría y dulzura debieran. No, eso no lo quiere; por ello se calla y reza para sus adentros rogando que lo que su amado ha jurado se cumpla en hora y fecha. Algo la libra de la debilidad de retroceder en su decisión:

—¿Qué es ese ruido? —Pregunta Martín al escuchar un crepitar de hojas secas.

Son Clarita y Benito que vienen.

—Candela, tu padre te llama. Tenemos que irnos.

La molinera se levanta y detrás lo hace Martín. Ella se vuelve. No necesita pronunciar palabra porque el viento sabe el mensaje que lanza su mirada y lo transporta al caballero. Es el momento de la despedida. No puede ni debe retrasarse más; porque en cualquier momento pueden aparecer los soldados y matarlos a todos.

—Pero, ¿qué vais a hacer ahora? ¿Qué será de vosotros?

El padre de Candela aparece con el borrico cargado de fardos y contesta:

—Nos vamos, nos vamos muy lejos.

—¿A dónde? —Insiste el muchacho; desamparado porque va a desprenderse, por la fuerza de las circunstancias, de lo que más quiere en el mundo.

—Mejor que no lo sepas —sentencia el molinero. Padre e hija hacen ademán de marcharse.

También Clarita se separa de Benito con la convicción de que no volverá a verlo. El escudero se vuelve hacia su amo con impotencia en la mirada y se encoge de hombros como hace siempre

que se ve apretado por la adversidad. En su sencillo mundo está viviendo un dolor parecido al de su amo.

—¿A dónde iréis? —Implora. ¡Tengo que saberlo!

A unos cuarenta pasos, Candela se detiene y se vuela.

—Andad, padre; andad, que ahora os alcanzo —regresa corriendo junto a Martín, ambos se abrazan.

Alguien habrá en el *Convento de Santa Clara* que sepa de mí —le susurra al oído. Es todo lo que puede darle, no tiene más.

—Con lo que dices llenas de esperanza el corazón de este proscrito. Mas he de pedirte algo a lo que abrazarme para que en las noches largas que me esperan no agonice en mis penas —Martín le reclama un recuerdo tangible.

Ella, después de pensarlo un momento, le confiesa:

*A la partida me pedís una prenda:
el cuerpo va, el corazón os queda,
vuestro será hasta que muera.* [\[xxix\]](#)

Y mientras eso le dice, busca un pañuelo en el que lleva bordada la imagen de la virgen y se lo da.

—Toma, mi amor; para que la Madre de Dios te proteja.

—¿Y a ti, quién va a protegerte? —Replica el caballero mientras recoge la prenda.

—Las rejas de un convento serán mi cárcel y mi castillo; allí los demonios no entran —se da la vuelta y se va; esta vez no se vuelve, quizás porque sabe que si lo hiciera ya no reuniría fuerzas para marcharse.

Parte tercera

Capítulo 7

Marchose pues a la guerra

para cumplir su destino

—¿Adónde vamos, señor? —Pregunta inquieto Benito mientras se alejan del estanque, del molino y de los senderos para internarse en el monte. Apura el paso, pues le va detrás al amo desde hace rato. Lo ha hecho después de haber sufrido en su corazón adolescente una debacle semejante a la de su señor. La suya está construida con palabras sencillas, con sentimientos llanos e imágenes bucólicas de pastorcillas tiernas; la del condesito con metáforas y alegorías, con evocaciones caballerescas de damas y de princesas. Sin embargo, el sufrimiento de la separación es el mismo para ambos. Las punzadas del dolor son iguales para todas las carnes.

Martín, ensimismado en su acelerado paso, parece no escucharlo porque solo se oye por dentro a sí mismo, debatiéndose en un mar de dudas. El escudero insiste en su pregunta y por fin el de Valmayor se detiene, lo mira y la responde.

—Vamos a la sierra, a un lugar donde ya estuve escondido. Allí hay alguien al que tengo que agradecerle el estar vivo y a buscar además su consejo para tomar una decisión sobre adónde hemos de ir.

—Tal como habláis parece que en la sierra esa que decís se escondiera el sabio más sabio de toda *Sevilla*.

Tan escueto como preciso, el caballero completa lo que ha empezado.

—Se llama Tomás y es un ermitaño. Es un sabio, sí, en efecto. Y aunque no me creas, también es un mago o un visionario o cosa que se le parezca. Sospecho que leyó el futuro en mis ojos y aún más, que lo cambió para que no fuera el que estaba escrito. ¿No te he dicho que le debo la vida? ¿No te he dicho que he vuelto a nacer en los álamos, donde él me mandó con el enredo de tomarme allí un brebaje mortal hecho por él mismo?

—Lo habéis dicho, desde luego que sí —conviene condescendiente Benito mientras se rasca la cabeza como si con ello la esforzara a reflexionar sobre lo que ha oído; y después de unos segundos de silencio, continúa—; pero es que en vuestros razonamientos me pierdo y no puedo comprender...

El caballero se esfuerza por hacerse entender:

—Yo tampoco vi más que el camino recto que entonces me marcaron las palabras del anciano; pero ahora que las revivo veo en ellas dobleces que en aquel momento me pasaron por alto. Estoy convencido de que no me envió a buscar la muerte que me prometía, sino que fui al estanque que hemos dejado atrás hace poco para buscar la vida. ¿No ves que Candela y también Clarita estaban

vivas? Y también el molinero...

—Casualidad por la mano de vuestra finada madre; Dios la tenga en su gloria —se santigua—; y por la fidelidad que el maestro Santiago a ella le tenía.

—No es casualidad —replica Martín—. Tomás nada sabe de las cosas del mundo nuestro, que vive encerrado para sus adentros. Nada sabía de la muerte de mis padres; nada sabía que yo no quisiera contarle. Y sin embargo, se las compuso para evitar mi muerte. ¿No ves que con su engaño me mandó al encuentro de mi amada y así me devolvió una esperanza que no tenía?

Benito se ve sobrepasado por tan enrevesados argumentos. Aprieta los labios y levanta los ojos hacia arriba, buscando en su frente las ideas que no puede ver.

—Por más que me esfuerzo no puedo entenderos que mi mente no llega a esos vericuetos por los que andáis metido. Pero os digo una cosa: que no me importa; porque si vos tenéis esperanza, con la vuestra me viene la mía.

Aprecia el caballero en las palabras de su siervo una total sinceridad; y la fidelidad que el muchacho le dispensa hace que se sienta confortado por saber sus penas y sus anhelos repartidos entre dos hombres; aunque de tan distinta condición. Y viendo que la felicidad de su escudero hubiera sido mucha y más sencilla de alcanzar que la suya propia; ya que solo habría tenido que marcharse con Clarita, habiéndola tenido al alcance de un paso, pregunta:

—¿Por qué te has quedado conmigo?

Este se apresta a contestar:

*Amor es un no sé qué
y nasce no sé de dónde
y mata no sé por dónde
y hiere no sé con qué.* ^[xxx]

La extraña respuesta de Benito desconcierta al caballero, que lo mira con extrañeza; pero el escudero, se apresura a explicarse:

—Yo no entiendo de amores. No sé de dónde vienen ni adónde van, si es que viajan de quien los da a quien los quiere. No sé por qué se quedan o huyen de dentro de uno ni tampoco por qué duelen Yo no entiendo eso; bueno, ni eso ni casi nada...

—El amor no se entiende, se siente —obvia información que nada aclara.

—Ni de casi nada...; pero hay cosas que sí sé.

—¿El qué?

—Que vos lleváis la mitad de la desgracia y yo la otra mitad. Que soy vuestro escudero e iré adónde vayáis; y que si en un año vais a volver yo volveré también... y si no...

—¿Y si no qué, Benito? —Detiene el paso y se gira para mirarlo porque aquellas palabras lo han impresionado.

Benito se para también, un poco desconcertado por el efecto que ha causado su reflexión en el amo; pero al poco vuelve a echarse a andar, completando su pensamiento con los sentimientos que le salen del corazón:

—Que si habéis de ir al infierno, contad que allí también tendréis un escudero.

Martín sonríe ante la limpieza de las ideas de su siervo. Desde la simplicidad de su mundo le ha demostrado en un momento más lealtad que el más noble de los caballeros. Se acerca hacia él, acompasando el paso, y rodea con su brazo el cuello del chaval apretándolo con fuerza.

Después de varias horas de marcha a través del bosque llegan al roquedal en el que vive

Tomás, el cual los está esperando a la puerta de su gruta con una liebre en la lumbre, como si supiera que iba a tener invitados a comer. En lugar de saludar a los recién llegados se limita a levantar la vista y, con un gesto de su brazo, los invita a sentarse en el suelo, sabedor de que vienen hambrientos. Mientras los observa dar buena cuenta de los zancos del asado pone en voz una vieja canción que aprendió cuando era niño:

*De los álamos vengo, madre,
de ver cómo los menea el ayre.*

*Se los álamos de Sevilla,
de ver a mi linda amiga,
de ver cómo los menea el ayre.*

*De los álamos vengo, madre,
de ver cómo los menea el ayre.* [Lxxxii](#)

— ¿Eres clarividente? ¿En que estrella viste el nuevo camino que me espera? —Pregunta Martín después de escuchar en verso el sucinto relato de lo que le ha acontecido en el estanque.

—Mi asno regresó hace unas horas —se limita a responder el ermitaño, para después añadir —: ¿quién es ese que viene contigo?

—Es mi escudero —aclara el de Valmayor mirando a su siervo.

—Benito me llamo —completa el muchacho con la boca llena y con cara de susto, pues la imagen del viejo dista mucho de transmitir tranquilidad.

Martín insiste:

—¿Dónde has leído el futuro que ha cambiado lo que estaba sentenciado para mí?

—Yo solo miro la luna, como tú —responde enigmático el ermitaño sin esclarecer gran cosa —. La providencia es quien reparte —y cambia el rumbo de la conversación—. ¿Por qué has vuelto?

—A pagar una deuda de gratitud.

—Si es que crees que me debes algo; con tu presencia, pagada queda.

—A eso y a algo más...

Benito mueve la cabeza de un lado a otro persiguiendo las palabras de su amo y las de Tomás mientras intenta comprender lo que pasa.

—¿Algo más? —Interpela el anciano fingiendo sorpresa. —¿Qué habré de darte yo si no tengo nada?

—Si, como atisbo en tus palabras herméticas, es la providencia quien en la luna refleja sus planes he de saber cuál es el nuevo futuro que ha determinado para mí.

Tomás se incorpora para alimentar la lumbre mientras pregunta:

—¿Cuál es el que has determinado tú?

—Martín calla, un poco confundido por presentir que el anciano le está leyendo el pensamiento; y es Benito quien se explica por su amo.

—Nos vamos del reino —sentencia mientras se incorpora también para ayudar al viejo a retirar lo que queda del asado de las brasas y a avivar el fuego.

—Me voy a redimir mis culpas — completa Martín.

—Y yo con él —afirma Benito con el orgullo de saberse haciendo lo que debe.

El caballero fundamenta su decisión de manera muy clara:

—Con Dios son dos deudas las que he de saldar: una es de pecado y otra de gratitud. La primera es por el daño que he causado a mi casa. La muerte de mi padre y la de mi madre también, me han puesto a las puertas del infierno y al infierno he de ir en vida para de él volver. A Lucifer he de pagarle con las almas de mil infieles para que no me reclame y deje libre mi espíritu cuando me llegue la hora.

El ermitaño vuelve a sentarse en su sitio mientras le replica con ironía:

—¿Es que acaso esos infieles que dices no tienen su propio infierno para que tu quieras llevarlos al tuyo?

—Martín no contesta y sigue con su alegato:

—La segunda es porque a través de ti he entendido lo que he de hacer para que mi existencia no sea un fracaso. Estoy convencido de que tu magia es blanca y procura el bien; y por eso viene de arriba —señala el cielo convencido que es Dios el que ha inspirado al ermitaño las recomendaciones que hiciera.

—Si tan determinado estás, no entiendo para qué me necesitas.

—He venido a dar gracias y ya lo he hecho. Aunque mil veces lo hiciera y con ello no saldaría la deuda que tengo contigo. Y también a que leas en esa luna que te inspira hacia dónde he de encaminar mis pasos.

—¿Quieres que yo te guíe?; yo que llevo aquí veinte años apartado de todo —demuestra con esta frase su franqueza; pero Martín le paga con la misma sinceridad que está recibiendo.

—Los ojos de un ciego ven mejor a veces que ciento de los que pueden ver.

—Si eso te conforta miraré a la luna por ver si en ella encuentro los recuerdos que se me han ido perdiendo en la memoria; porque yo también hice un viaje a un lugar lejano, como este que tú quieres emprender.

Entonces Martín mira a Benito que está muy atento a todo lo que ocurre y este mueve la cabeza asintiendo porque presiente que ha de aprender de las palabras del amo, y también de las de aquel anciano, que hay más mundo que el que él ha visto desde los lomos de su borrico.

Se acomoda Tomás junto a la lumbre, respira profundamente y comienza el relato que ha de inspirar al caballero.

—Yo había sido escudero de un noble en los tiempos del rey *Fernando* —comienza por comenzar por algún lugar de las desordenadas piezas de su memoria.

Y continúa explicando que después de dejar el ejército se había quedado a vivir en *Lorca*, que allí se había casado con una mora y que tras unos años felices su mujer había muerto en una refriega entre cristianos y musulmanes; cosa que ya le había adelantado a Martín en su primer encuentro.

—Con el hierro en la mano son todos iguales: crueles, sanguinarios, saqueadores mercenarios que no respetan ni a su propio Dios —escupe en forma de palabras las sombras de antiguos rencores—. Después vinieron a por mí. Me descalabraron a palos y me dieron por muerto tirándome al borde de un camino —se lleva la mano al hombro porque aún guarda en él los dolores de los huesos quebrados.

Un carretero lo encontrara moribundo —continúa— y lo había socorrido curando sus heridas, llevándolo con él hasta *Sevilla*. Allí se enterara que un barco había recalado en el puerto de *Cádiz* para unas reparaciones. Se trataba de uno de los transportes del ejército de *Raimundo de Tolosa* que se dirigían al puerto italiano de *Aigues Mortes* para unirse al grueso de la armada francesa

que, comandada del rey *Luis IX* tenía intención de atacar *Egipto*. Viera el ermitaño en esa *Cruzada*^[xxxii] lo mismo que ahora parecía desear Martín; así que se enrolara con el francés.

—No llegamos a tiempo y hubimos de esperar en *Aigues Mortes* aquel invierno^[xxxiii] —a medida que avanza en su relato su voz suena más y más emocionada—. Cuando llegamos a *Chipre* nos esperaba un ejército de más de quince mil soldados. Durante todo aquel año se ultimaron los preparativos de la invasión de *Egipto*, almacenando provisiones, construyendo barcazas y esperando a los caballeros rezagados.

Martín interrumpe la narración:

—Es desde luego una historia arriesgada la tuya; pero no entiendo qué tiene que ver conmigo ni lo que en ella he de leer.

—No seas impaciente, caballero. Todo a su tiempo. Lo que sí puedo adelantarte es que tuve mucho tiempo para pensar, para pensar en mi propia muerte. A buen seguro que has de conocer aquella cancioncilla que dice:

*Despedísteme, señora;
vida mía, ¿dó me iré?
No viviré sola una hora,
cierto es que moriré.
Irme he a tierras estrañas,
allí tal vida haré,
vida con las alimañas
tal consuelo me daré.
¿Dó está la de mi señora?
Con altas voces diré.
No viviré sola una hora,
cierto es que moriré.*^[xxxiv]

—¡Cuántas veces le recité al mar ese deseo que me hacía tan larga la espera! ¡Con cuánta impaciencia esperaba la hora de morir en el combate!

Ese invierno —continúa explicando, agitado por la visión de su pasado— atacaran *Damieta*, ciudad estratégica en la desembocadura de uno de los brazos principales del delta del *Nilo*, al norte de *El Cairo*. La plaza fuera tomada con mucha facilidad; circunstancia que había dado una enorme moral al ejército.

—En ella encontramos medio centenar de cautivos de la *Quinta Cruzada*; además supuso una humillación para los enemigos y sembró el pánico en la capital.

El paso siguiente había sido atacar *El Cairo*, máxime cuando las noticias que llegaban de los espías eran que el sultán estaba muy enfermo a causa de la tuberculosis —moriría pocos días después— y que su hijo se encontraba lejos. Desgraciadamente, la crecida del *Nilo* había obligado a posponer la operación el tiempo suficiente para que los egipcios reorganizaran sus defensas en *Al-Mansurah*, un enclave elevado protegido por canales secundarios del río que bloqueaba la entrada en la capital.

—El 20 de noviembre de 1249 salimos de *Damieta*; el rey *Luis* al frente dejando atrás a su esposa embarazada de cinco meses y una guarnición para defender la ciudad, apoyada por genoveses y pisanos.

El avance hacia el sur había sido lento; acompañado el ejército de tierra por una gran flota de apoyo con grandes naves y barcazas que remontaban el *Nilo*. Después de treinta y dos días llegaron al fin frente *Al-Mansurah*.

—Al mismo lugar al que la *Quinta Cruzada* había llegado en solo una semana —Tomás quería abundar con ello en la idea del inmenso ejército que el rey llevaba consigo; para después añadir —: yo había segado ya varias vidas en *Damieta* y había empezado por entonces a sudar mi odio.

—El odio no se suda —interrumpe Benito muy convencido de ello, incapaz de comprender la metáfora; pero el anciano no le hace caso y prosigue después de observar en la expresión de Martín que está tejiendo para sí del hilo que se desprende de la historia.

Después de las primeras escaramuzas entre *Caballeros Templarios* y el ejército musulmán, el grueso del ejército se había asentado en la margen derecha del río y durante seis semanas, bajo un fuego cruzado de flechas, los zapadores habían intentado construir un puente entre las dos orillas del brazo del *Nilo* para facilitar el paso de las máquinas de guerra. Pero las continuas incursiones musulmanas impidieron el trabajo atacando los campamentos e intentando romper continuamente la formación de la flota lanzando contra ella barcos incendiados. La enorme maquinaria de guerra desplegada por los cristianos comenzaba a ser un obstáculo para la victoria.

—En todo aquel tiempo, en las noches frías del desierto, no hacía más que recordar mi desventura. El amanecer armaba mi mano para que tomara la espada y rodaran cabezas. No sé si te das cuenta de lo que quiero decir.

—Que revivías enviando al infierno muchas almas para aplacar tu odio.

—Eso mismo —conviene el escudero, que está construyendo en imágenes todo cuanto escucha.

—La muerte parecía olvidarse de mí, permitiéndome Satanás un día más de vida a cambio de las almas que yo le mandaba. Tanto es así que mi meta ya no era morir, sino matar. Pero dejadme, que ya llego al punto al que quiero llegar.

En aquellos días, cuando todo parecía haber entrado en un punto muerto que perjudicaba los intereses cristianos, unos desertores musulmanes habían informado de la existencia de un vado en el río que permitiría cruzar a las tropas y atacar por un flanco al ejército del sultán. El lugar había resultado ser más profundo de lo deseable y únicamente una parte de la caballería francesa, reforzada por los *Templarios* y *Hospitalarios* y un escuadrón inglés lo habían conseguido. Pero, desobedeciendo órdenes, en lugar de permanecer en la cabeza de puente esperando al rey y a los demás caballeros, los adelantados decidieron asaltar inmediatamente el campamento egipcio situado a las afueras de *Al-Mansurah*. El ataque había sido un éxito, sorprendiendo a los egipcios, que habían huido presas del pánico a refugiarse en la ciudad fortificada. Enardecidos por la victoria la avanzadilla se había internado en las laberínticas callejuelas de la ciudad y fueran exterminados.

—Mientras, nosotros, con el rey, ya habíamos cruzado también el vado quedando atrapados de espaldas al *Nilo* ante el contraataque de los egipcios que se habían visto reforzados sus ánimos con la llegada del nuevo sultán —respira profundamente porque siente ya que su narración está desembocando en el mensaje que intenta transmitir a Martín—. Allí comprendí, amigos míos, que la muerte no se busca, sino que es ella la que decide cuándo salirte al encuentro.

La batalla había durado todo el día, sembrando de combates todo el frente. La táctica del rey había consistido en proteger un camino para tomar posición frente al campamento cristiano a fin de que pudiera cruzar la infantería y los ballesteros.

—Al terminar la jornada habíamos resistido y desde la orilla opuesta llegaban por fin

refuerzos proporcionando fuego de cobertura y provisiones. Los egipcios se retiraron a la ciudad, pero su ejército no estaba destruido.

Las semanas transcurrieron entonces entre escaramuzas, sin vencedores ni vencidos hasta que las desgracias comenzaron a caer del lado de los cristianos cuando los infieles, en un golpe maestro, consiguieron cortar los suministros desde *Damieta*. El hambre, las fiebres, el escorbuto y la disentería se ensañaron con los soldados más que las propias armas del enemigo. Eso había obligado al ejército cristiano a volver a cruzar el río hacia el oeste, al lugar al que habían llegado meses antes. La flota estaba bloqueada en el río y no tenía capacidad de maniobra. Las intenciones del rey se habían convertido en un verdadero fiasco.

—El 5 de abril, *Luis IX* ordenó la retirada. El devastado ejército de tierra, diezmado por el hambre y la enfermedad acabó desintegrándose. El propio rey padecía una disentería tan fuerte que tuvieron que cortarle los pantalones.

Pero aún así se había negado a huir a pesar de que el agravamiento de su estado de salud lo había puesto al borde de la muerte. Las escaramuzas, matanzas y saqueos de los mamelucos se multiplicaron. El 6 de abril el rey *Luis* se rendía y era hecho preso, siendo llevado a *Al-Mansurah*.

—Rotas nuestras líneas nos dispersamos por el desierto. Yo fui a dar con mis huesos a una aldea que habíamos arrasado —observa al caballero y pone énfasis en sus palabras—. Ya llego al lugar que quiero que veas —matiza con énfasis y hace después un silencio que intensifica la atención de Martín y a Benito le obliga a suspirar ansioso—. Entré en una casa y en ella me topé con un musulmán que envolvía en un sudario el cuerpo de su esposa muerta. Alcé mi espada con determinación y él me miró y agachó la cabeza para que se la cercenara. Lo hizo voluntariamente, como suplicándomelo —en ese momento el ermitaño alarga su mano para apretar el antebrazo de Martín con intención de transmitirle la turbación que lo invade—. Te lo juro por lo más sagrado que me vi a mi mismo en aquel suelo de barro y que los ojos vidriosos de aquel infiel eran los míos que se clavaban en mi propia retina. Cuando pasaban los segundos y el hombre presintió que nada iba a suceder, volvió a mirarme y me dijo: “*el hombre no puede saltar fuera de su sombra*”^[xxxv]. Mi brazo cayó flácido, incapaz de levantar un arma que pesaba más que todo el dolor que ambos acumulábamos en aquella habitación. ¿Me estás entendiendo Martín?

El caballero responde intentando disimular la congoja que siente por ver que la injusticia se refleja en las aguas de todos los ojos:

—Creo que sí y al instante creo que no.

—En aquel momento me di cuenta que segando aquella vida me transformaba de víctima en verdugo. Me di cuenta que yo estaba más cerca de ser aquel hombre que lloraba de impotencia que la del monstruo que me había dominado todo aquel tiempo. Y decidí; decidí dar vida y no muerte. Lo he pensado muchas veces; créeme, Martín: la sombra de la que aquel hombre hablaba es lo que la providencia dicta para nosotros y se nos adosa de tal modo que es imposible de arrancar. Nos aboca a la desgracia o a la felicidad. Pero hay una cosa que no puede manipular y esa es la propia conciencia; si es noble, si destila sentimientos bondadosos y viene guiada por la justicia, será la que tenga la última palabra. Te juro que fue tal como te lo cuento. Allí, dentro de aquella casa medio derruida, delante del hombre al que iba a matar, mi conciencia me habló con toda claridad para decirme que habría de encontrar mi camino alejándome del mundo y de la gente que vive en él para no contagiarles el rencor que llevaba dentro; que mis penas no habrían de pagarlas inocentes. Aquel mismo día abandoné la costa africana y regresé a *Sevilla* a encerrar mi

odio entre las paredes de esta cueva. Lo he sudado aquí dentro, como se sudan las fiebres y después de los años me he desprendido de él y he recuperado la paz. Dios sabe que espero ansioso la hora en la que el Altísimo decida llevarme, que estoy limpio de todo mal como tú has de estarlo, caballero, cuando termines tu viaje de redención.

Martín lo ha comprendido todo, viendo su sino en los avatares del viejo, pero aún le faltan respuestas.

—Me iré... como tú...; pero, ¿adónde?

La respuesta es enigmática.

—A veces la verdad duerme en los sueños.

El ermitaño se acuesta sobre un montón de paja y Martín también lo hace después de arropar a Benito con una manta, pues hace unos minutos que el muchacho se ha dormido de puro cansancio.

Por la mañana, cuando caballero y escudero se despiertan, Tomás ya ha ordeñado las dos cabras que guarda en un pequeño cercado y les ha preparado el almuerzo. Mientras bebe la leche templada, Martín pone respuesta a la pregunta que por la noche quedara en el aire.

—¡A Acre!

—¿A Acre? ¿Por qué allí? —Retruca el anciano.

—Acre es hoy la capital del *Reino Latino de Jerusalén*. Todo cuanto acontece en esas tierras pasa hoy por allí —y después de haber hallado el comienzo de la senda que ha de recorrer, el de Valmayor se muestra agradecido—. Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí.

—Sí lo harás —afirma Tomás con total convencimiento.

Martín, por el contrario, pregunta con la ingenuidad del joven que desea saldar sus deudas al instante.

—¿Cómo?

—En su momento lo sabrás. Dios proveerá...

—¿Volveremos a vernos? ¿Estarás aquí dentro de un año?

—Un viejo no puede hacerle promesas al tiempo.

Se despiden. El anciano los ve alejarse del roquedal y perderse en el bosque. Presiente que no volverá a verlos y que no ha de conocer nunca el desenlace de la historia que él ha trastocado.

—Márchate con tu sombra, caballero; y que esta no te destruya —murmura antes de desaparecer en la negrura de la gruta.

En el medio del monte, después de media hora de marcha, Benito se atreve a preguntar.

—¿Ese sitio al que vamos está muy lejos, mi señor?

—Muy lejos. Tanto que si a *Cádiz* hemos de tardar en llegar una jornada entera; a *Acre*, el barco que ha de llevarnos invertirá con suerte casi un mes.

La fortuna, o la providencia, o quien quiera que sea la que abre los caminos del futuro propicia que en el puerto de *Cádiz* un barco mercante estuviera a punto de zarpar hacia *Génova*, uno de los puertos de enlace más importantes con *Oriente*. Martín abona unos pasajes para él y su escudero, que le cuestan más de la mitad de la bolsa que lleva amarrada en el cinto. Mientras la nave se aleja de la costa, desde la cubierta, el caballero lanza un lamento que la brisa devuelve a la tierra en la que su amada queda:

*Si muero en tierras ajenas,
lexos de donde nascí,*

¿quién habrá dolor de mí?[xxxvi](#)

Y tras hacerlo, besa el pañuelo que ella le ha dado como prenda.

Capítulo 8

Tiñó de negro su alma, la llenó de desvaríos

Tras veinte días de viaje, desde *Génova* a *Malta*, luego a *Creta*, de allí a *Chipre*; están llegando a *Acre*. Fueron jornadas duras de adaptación al mar para dos hombres de seco; especialmente para Benito, que sufrió en su estómago los zarandeos del barco mercante que hace la ruta del *Mediterráneo Oriental*. Asomado a las amuras de la nave, vomitando al mar el rancho que le daban a la marinería, conoció en la singladura hacia *Malta* a Faustino; un muchacho de edad y hechuras semejantes a las suyas, de una aldea de *Cerdeña*, que estaba al servicio de un tal Gael de la *Provenza*. Resultó ser este un trovador de elegante porte, delgado, de rostro afinado y nariz larga, excéntrico de ideas; hombre de familia noble venida a menos. Formaban los cuatro una pequeña torre de Babel, pues el francés dominaba el castellano con solvencia por haber pasado algún tiempo en la corte de *Castilla* y el de Valmayor se defendía en un gabacho básico; Benito intuía el italiano de Faustino y donde no llegaba lo completaba con señas.

El caballero, contrariamente a la mayoría de hidalgos, es joven versado en letras pues, gracias a la insistencia de su finada madre, había aprendido a leer y a escribir a edad temprana, resultando por ello ser una grata compañía para Gael; hombre hablador, dicharachero e irónico; de unos treinta años muy vividos, eso sí; y con una extensa cultura nacida de su afición a los libros y de los muchos lugares por los que ha pasado.

En cierta ocasión, en *Creta*, Martín le preguntó al trovador por la causa de su viaje y el provenzal había satisfecho cumplidamente su curiosidad al decirle que estaba harto de trovar las aventuras de otros por las cortes europeas y que deseaba vivir una epopeya en primera persona para así conseguir la aspiración de todo poeta: escribir un romance perfecto pleno de lírica caballeresca, rebotante de pasión y de sangre, de amor cortés y de sentimiento envuelto en palabras frescas. A Martín la contestación lo había fascinado y sorprendido a la vez. Más cuando se dio cuenta que aquel hombre, cuando hablaba con entusiasmo, lo hacía como si declamara improvisando, rimando las palabras al concluir las ideas que en saliendo de su boca querían ser poesía sin llegar a conseguirlo por el chirriante tono de su voz. Resultaba poco menos que extraño oírlo hablar

Después de despacharse con sus propósitos; queriendo saber la causa del viaje del caballero, Gael había lanzado al aire un par de preguntas que no hallaron respuesta concreta, por lo que hizo cuenta que la causa que alejaba al caballero de su patria no era cosa de bagatela. Más tarde, a través de su sirviente, que había congeniado a las mil maravillas con Benito, había recibido cumplida cuenta de las andanzas y las desgracias del sevillano.

Por fin, el último día de la primavera, atisban por fin la costa de *San Juan de Acre*. Son las siete de la tarde y pronto anochece. Los cuatro, en la cubierta, siguen las maniobras de entrada en el puerto mientras contemplan la magnífica ciudad que se despliega ante sus ojos.

—Escucha, Martín, y dime lo que piensas —se dispone el trovador a recitar unos versos que encetarán la composición que ha de ser la mejor de las que nunca haya hecho.

Por fin vienen a mis ojos
las murallas que te guardan.
Ansioso estoy de saber
si hay en ti las mil palabras
que archivarán la memoria
de quien en tinta las labra.
Vieja *Akko* que me esperas
en la *Bahía de Haifa*.
Vieja *Akko* y nueva *Acre*
por los cristianos ganada.
Fascinación ancestral,
antigua donde las haya.
Seductora para muchos
pueblos que la conquistaran.
Aura de ciudad-estado,
de faraones amenaza.
Por *Egipto e Israel*
muchas veces deseada
por ser camino de mundos,
de mundos encrucijada.
Valeroso rey *David*
y *Salomón* la tomaran.
Siria, persa, seleucita;
griega y también romana.
Dulce viento levantino;
para los omeyas, *Akka*.
Hasta que por fin *Balduino*;
en la *Primera Cruzada*,
siglo y medio hace de eso,
hizo que fuera cristiana.
Como *San Juan de Acre*
fue entonces bautizada.
Y la quiso *Saladino*;
por el moro fue asaltada
y devuelta a nuestra fe
por la fuerza de las armas
para capital latina
de *Jerusalén* sagrada.
Puerta del sol naciente
del *Mare Nostrum*, ventana;
y puerta también de *Oriente*,
pues por ella se alcanzaba.

Ciudad de cien monasterios,
orgullosa urbe cruzada
de órdenes de caballeros,
teutona y hospitalaria.
Florecente del comercio
que desde su puerto emana
mil mercancías al mundo
genovesas y pisanas.
Plagada de mil iglesias,
lugar de fe renombrada....

El semblante se le enrojece porque el recitado lo sofoca; ya que entre tanta palabra encadenada lugar donde respirar no encuentra. Pone tanta pasión, tanto empeño, que desafina la trova haciendo que Benito y Faustino se carcajeen por lo bajo. Este último le susurra al oído al escudero:

—Scusa il mio signore. Parla bene l'idea della sua testa, ma quando nella lingua dà corpo, desafina come corvino che canta.

—¿Qué? —Pregunta Benito, que se ha quedado a medias.

—Come corvino, uomo, ¿Come dire...?; come corvino nero —y grajea cual cuervo.

Entiende por fin y ambos se ríen más alto.

El de la *Provenza* resopla un poco contrariado y, fingiendo darlos por ignorantes, mira fijamente a Martín y se interesa por su parecer poniendo al caballero en un compromiso. Después de pensarlo unos instantes contesta:

—Un poema muy bien traído; que no habrá en quien lo lea falta de referencias al lugar que describes —y añade en tono irónico para dar una de cal y una de arena—: declamado de forma particular, también digo —y, viendo que se le ha escapado un impropio que puede ofender a Gael, enfoca la conversación hacia el texto. —Pero creo que te has olvidado de los venecianos. Me refiero a que dices que el puerto de *Acre* es de *Pisa* y de *Génova*. Puede que los de *Venecia* se enfaden.

El trovador reflexiona sobre lo que acaba de oír y advierte que el caballero atina en su crítica.

—A fe que tienes razón. No había caído en la cuenta. Habré de hacerles a ellos un hueco en los versos; pues mi obra ha de ser universal y en ella han de verse todos los que verse quieran.

Con tan buena intención, desembarcan y descubren en el día de su llegada una ciudad tan compleja como los versos de Gael anunciaban. Urbe portuaria mercantil en manos de comerciantes de las dos ciudades traídas a colación por el poeta más la tercera aportada por el caballero. Enriqueciéndose los armadores y los mercaderes, religiones aparte, del intercambio de mercancías entre *Europa* y *Oriente*. Enriqueciéndose, sí, hasta tal punto de poder intervenir en la política y el gobierno no solo del *Reino Latino de Jerusalén*, sino también de los otros estados cruzados: *el Principado de Antioquia* y *el Condado de Trípoli*. Sin embargo, de puertas para adentro, la ciudad cambia para convertirse en un fortín circunscrito por una vetusta muralla defendida al norte por los *Caballeros Teutónicos*, al noreste por los *Hermanos de la Orden de San Juan* y al este por los *Caballeros de San Lázaro*.

El de la *Provenza*, contrariamente a lo que le ocurre a Martín, trae un nombre y una dirección en la cabeza, lo cual ha sido un golpe de suerte para el joven que le ha evitado andar dando

tumbos por una ciudad desconocida. El lugar es la fortaleza de los *Hospitalarios*^{lxxxvii} y el nombre el de Alessio de *Ventimiglia*; un veterano *Caballero de San Juan* con el que Gael está emparentado.

—Es mi tío —remarca el trovador mientras esperan en el refectorio del hospital. Vino en la *Sexta Cruzada*, hace más de veinticinco años y aquí se quedó.

—¿Entonces no lo conoces?

—No —contesta Gael. —Se marchó de la *Provenza* cuando yo tenía cinco años. Ni siquiera recuerdo cómo es; pero eso no importa. Mi padre mantuvo con su hermano una correspondencia periódica y luego, cuando murió, yo continué escribiéndole. En mi última carta le comuniqué mi intención de venir a *Acre*. Estoy seguro de que me estará esperando.

La imagen que el condesito se había hecho del hospitalario se transformó de aguerrido guerrero en anciano venerable; y lo que apareció por la puerta de aquella sala de paredes pétreas toscamente labradas fue una mezcla de ambas elucubraciones: un hombre ya entrado en años, pero de fornido aspecto; de cabellos y barbas blancas que apuntaban a la cruz perfectamente simétrica de los caballeros de la orden, que lucía en la ajada pechera.

—Bienvenido a *Acre*, querido sobrino —acompaña al saludo con una sonrisa apenas perceptible bajo las espesas barbas. Da órdenes a un criado que lo acompaña y este se va—. Te imaginaba más alto, más delgado, pero veo que has salido a tu madre.

Martín aprecia cierta acidez en la frase; sensación que también comparten Benito y Faustino, que cruzan miradas cómplices.

—¿Quiénes son ellos? —Pregunta Alessio señalando a los acompañantes de Gael, que hace las presentaciones.

—Él es Martín de Valmayor, caballero sevillano. Ese de ahí es su escudero y el que está a su lado mi asistente.

—Benito me llamo, señor y este es Faustino.

El hermano Alessio apenas les presta atención y vuelve a mirar a su sobrino.

—Así que tú has venido a *Acre* a componer trovas gloriosas.

—Eso es —responde el de la *Provenza* muy decidido. —Tal como os expliqué en mis cartas.

—¿Y por qué crees que aquí encontrarás lo que buscas?

—Porque no hay lugar en la tierra más venerado que *Jerusalén*, ni héroes más loados que los caballeros que salvaguardan esta tierra.

—Ya —exclama el hospitalario con desdén, como despreciando las palabras que acaba de oír para luego dirigirse al caballero. ¿Y tú? También vienes buscando trovas insólitas.

—No, señor —contesta Martín con suficiencia.

Inmediatamente es interrumpido por Gael, que esboza precipitadamente una explicación.

—Él ha venido a *Acre* bajo promesa de matar todos los infieles que pueda —aclara el trovador con una ironía similar a la de su pariente.

—Justo a eso —afirma Martín con orgullo sin percatarse del sarcasmo.

—¿Y a quién le has hecho esa promesa, muchacho? —Pregunta Alessio con aire paternalista.

Martín responde con total convicción:

—A Dios Nuestro Señor... y a mí mismo.

—Y veo que consideras especial ese juramento —calla un momento esperando la contestación del joven, pero esta no llega—. Pues no es tan especial como tú piensas. Muchos como tú han venido buscando el perdón de sus pecados, el sosiego de su espíritu u otras cosas semejantes.

Matar es un acto extraño de contrición, ¿No crees? —De nuevo se encuentra con el silencio por respuesta y entonces se dirige a su sobrino—. Y tú, por lo que deduzco de tus cartas, vienes a narrar las hazañas de hombres como este para alimentar las orejas de los ignorantes con héroes de artificio, con batallas inverosímiles y con la mismísima victoria del Altísimo sobre los infieles.

Gael asiente con la cabeza mientras mira al caballero y a los dos criados, un tanto contrariado por las palabras de su tío.

—Pues ambos habéis acertado con el lugar —añade Alessio mientras se sienta con ellos en un banco y apoya sus pesadas manos en la mesa de madera sobre la que su sirviente está poniendo una hogaza de pan, queso, dátiles y una jarra de vino. Se apercibe de que a Benito y a Faustino se les está haciendo la boca agua y ordena al siervo que los lleve a la zona de los criados. Los tres se marchan y, en cuanto lo han hecho, Alessio retoma la frase que dejara a medias y al hacerlo cambia por completo el tono—. Habéis acertado de pleno con el lugar en el que materializar vuestros equivocados sueños.

Los dos vuelven a mirarse y ambos presienten que lo que va a decirles el hermano de *San Juan* es algo que no le gustaría que nadie escuchara; por eso ha despachado a los criados.

—Mira, joven caballero: te digo que has acertado el lugar porque las fronteras de la muerte están muy cerca. Los tiempos en los que los cristianos vinimos aquí a proteger los sagrados lugares y a sembrar nuestra fe se están perdiendo ya en la memoria porque los grandes dirigentes de la *Europa* cristiana están demasiado envueltos en sus trifulcas particulares para fijarse en este desierto en el que solo nos mantenemos por los intereses terrenales de los mercaderes. ¿Recordáis el pasaje del *Nuevo Testamento* en el que *Jesucristo* se enfada con los comerciales judíos que se instalaron en la puerta del templo de *Jerusalén*? —Pregunta condescendiente—. ¿Recordáis lo que les dijo a los vendedores de bueyes, ovejas o palomas y a los cambistas cuando los echó de allí?

—*Quitad esto de aquí: No hagáis de la casa de mi Padre un mercado.* —Cita Martín de memoria.

—¿Y qué recomendación les dio?

—*Destruid este templo y en tres días lo levantaré* —completa Gael.

—Él se refería al templo de su cuerpo, a la resurrección, pero los judíos no lo entendieron. Nuestro Señor murió, resucitó y se fue al cielo; mas a las puertas de los templos sigue habiendo mercaderes. En el fondo nada ha cambiado. Lo que os quiero decir es que algo parecido les ha pasado a cuantos guerreros han venido aquí a luchar por sus ideales. Ellos regaron con su sangre las puertas de los templos y sobre los charcos se colocaron los puestos de los comerciantes. Fijaos bien adónde este viejo quiere llegar: hay una gran diferencia entre nuestra fe y la de los musulmanes; la nuestra está debajo de las monedas y la suya por encima. Me duele reconocerlo y juro que lo negaré fuera de estas paredes; pero es que me ha costado media vida convencerme de que nunca los venceremos.

Martín puede notar en aquella confesión tan explícita el sabor de la derrota. Las palabras que acaba de oír de labios de aquel hombre le muestran que ha viajado desde las añoradas glorias de los egregios guerreros a la humillación y la vergüenza de los que sostienen estandartes en los que han dejado de creer. Sin pensarlo dos veces, el de *Sevilla* pregunta:

—Si eso es lo que pensáis, ¿por qué no os habéis ido?

—¿Es que Gael no te lo ha contado? —Mira fijamente a su sobrino y este baja la cabeza, avergonzado—. No hay nada que nos quede en la *Provenza*. Mi hermano murió hace años y mi cuñada lo ha hecho hace poco, en la más absoluta ruina. Nuestra familia apoyó a la facción

equivocada tomando partido por *Manfredo de Hohenstaufen* y al ser derrotado este por *Carlos de Anjou* y por el *Papa Clemente*, quedó abocada al desamparo. ¿Adónde va a ir ya este viejo que no sea bajo una losa? Mis hermanos están aquí, entre estos muros. Ellos son ahora mi familia. Con ellos viviré los postreros días de mi voluntario destierro.

—¡Cuánto lo siento! —Añade sentidamente Martín, agradecido por la franqueza de su anfitrión.

El hospitalario reacciona:

—Pero no he de ser yo quien desbarate tus sueños de héroe ni las fantasías épicas de mi sobrino. Los dos sois jóvenes para mirar todavía con los ojos de la ilusión y son las imágenes que entren por ellos las que tendrán que descubrir que las epopeyas se forjan con la sangre de muchos inocentes y que los romances más bellos son una sarta de mentiras rimadas con acierto. No, no he de ser yo quien confunda vuestros caminos, sino que más bien me ofreceré a llevaros por ellos para que encontréis lo que estáis buscando. —Y no pierde el tiempo para ofrecerles una vía inmediata por la que alcanzar sus quimeras —Mañana salgo para el norte, a la fortaleza de *Krak de los Caballeros*, porque he de llevarle unos informes al gran maestro de la orden, que se encuentra allí dirigiendo las operaciones de los hermanos frente a las incursiones del sultán *Baibars*^[xxxviii] —dicho esto, sin esperar respuesta, remata—: ahora es muy tarde. Terminad la cena que voy a ocuparme de vuestro alojamiento. Mañana saldremos muy temprano —se marcha en busca de su criado y los deja a los dos mirándose desconcertados.

Al amanecer, diez hermanos salen de *Acre* por la *Puerta de Maupas*. Van acompañados de Martín, de Gael y de sus dos sirvientes montados en sendos mulos. Los cinco días que tardarán en llegar a su destino; pasando por *Tiro*, *Sidón*, *Beirut*, *Jubayl*, *Botrón*, *Trípoli* y *Agra* les permiten a los recién llegados tener una visión más completa del nuevo mundo al que han llegado. No es la mezcla de gentes ni de credos lo que más les llama la atención, ya que el *Occidente* también es tierra heterogénea, híbrida y mestiza. Es el paisaje el que los sumerge en inmensas llanuras rojizas y amarillas salpicadas de un verde descolorido y ralo; es el calor que los hace sudar bajo un sol de justicia en un cielo totalmente azul; es el silencio de los espacios abiertos desbaratado a veces por el bramido del viento arenoso que borra el horizonte; son las lagunas verdes que guardan la vida tierra adentro y el azul profundo del mar que se estrella contra una costa en la que las ciudades se intercalan con acantilados agrestes y playas mansas. Esa asimilación de los horizontes por descubrir, de las nuevas formas, de los aromas, se amalgama con las informaciones que el hermano Alessio y sus acompañantes van añadiendo a las curvas del camino.

Entre aquellos diez *Caballeros de San Juan*, mezcla extraña de rudeza y templanza, se encuentra Gaspere de *Campania*, un hermano de presencia gallarda, mano derecha de su mentor, que no es otro que Alessio. Con una edad intermedia entre la de Gael y Martín, enseguida conecta con ellos y les da una visión más fresca de *Palestina* y de *Siria* de la que les ha presentado el curtido cruzado. Sabe transmitirles en un italiano sencillo y sosegado, el origen altruista, caritativo y magnánimo de la orden a la que pertenece; origen que se remonta casi dos centurias, a los tiempos del *Califato Abásida de Husyafar* en los que la tolerancia religiosa era una enseña y el peregrinaje a la *Ciudad Santa* de las tres religiones estaba permitido. Había sido un paisano antepasado de Gaspere el que había solicitado permiso al califa para emprender la construcción de un hospital para atender a los peregrinos que llegaban de las lejanas tierras de *Occiente* y este había permitido levantarlo junto a la *Iglesia del Santo Sepulcro*; siendo el templo consagrado a *San Juan Bautista*. Entonces habían llegado los fatimíes^[xxxix] y los turcos; y con ellos la

intolerancia, las leyes arbitrarias y la persecución de lo diferente que tuvo como contrapartida la *Primera Cruzada*. En aquellos tiempos truculentos la orden derivó a la fuerza hacia una estructura de organización militar, aunque al principio siguió siendo hospitalaria, desplazando su sede central según las vicisitudes de los tiempos, primero a *Trípoli*, luego al *Krak de los Caballeros* y por último a *Acre*; produciéndose la metamorfosis de hermanos hospitalarios a caballeros guerreros organizados en *Prioratos*, *Bailiajes*^[xli] y *Encomiendas*. Las palabras de Gaspare son respaldadas por su propia estampa: altiva, orgullosa. Se intuye de su tono y del fervor con el que habla que se considera elegido para la misión de defender la verdadera fe frente a los que la amenazan. Esa sensación es la que invade a Martín y lo contagia, o mejor, aviva la enfermedad que trae en las entrañas. Desde el primer momento, el sevillano, considera recomendable la compañía del de la *Campania* y en todo el viaje se mantiene a su lado bebiendo de sus ideas y de sus recomendaciones.

Para el de Valmayor, los primeros días se hacen duros; pero en ellos sus pensamientos se diluyen en las charlas con los demás viajeros intentando comprender el universo exótico en el que ha desembarcado. Si los días son largos, las noches son eternas: insomnio que no se cura con la fatiga del viaje, remordimientos de un pasado que no tiene reparación posible y pesadumbre por un futuro improbable. En una de esas noches, habiendo subido a una de las murallas de la fortaleza en la que pernoctan, se encuentra otra vez con la luna y se pregunta si es ella la que lo ha llamado y si su amada, tan lejos como se halla, también la estará contemplando. Y como no tiene solución a aquellas dudas que no son sino lágrimas de añoranza, se encara con el astro nocturno:

—¡Maldita seas!, Luna que has venido creciendo en mi viaje y vuelves a ser redonda y lastimera.

—No te fíes de la luna, caballero, que es musulmana un cuarto de cada mes —recomienda Gael, que llega acompañando en el paseo a Gaspare. Y en tono jocoso entona unos versos seguramente muy sentidos por el poeta que los creó; pero que ahora se vuelven burlescos cuando el trovador los dirige con teatralidad hacia quien le sigue la chanza:

*En el recuerdo
tengo el rostro y la sonrisa dulce,
vuestra valía*

Se inclina ante Gaspare y él responde con un ampuloso saludo exagerado en elegancia.

*y el bello cuerpo terso y blanco;
si en mi fe
fuese tan fiel a Dios,
entraría sin duda
vivo en el paraíso;
pues que sin vacilar
me he rendido a vos de corazón.*^[xlii]

Se contonea como remarcando las curvas de la cintura de una mujer mientras rompe a carcajadas descomponiendo su fingida estampa de grácil damisela asaltada a requeiebros.

Martín se enfada:

—¿Venís a burlaros de la tristeza de un caballero desamparado? ¿Qué os hace pensar que esas bromas no se volverán contra vosotros despertando las penas que duermen en vuestros corazones?

—Contra mí no pueden —sentencia Gael. —Mis padres han muerto, ya lo sabes; y mi pasado es pretérito perfecto; pues en él no dejo a nadie que me espere ni he de desear nunca el retorno a un lugar tan hermoso como vacío de afectos.

—Io sonno nato a *Acre* —completa Gaspere, esforzándose inmediatamente en explicar que no conoce otros lugares ni tampoco los añora—. Della *Campagnia* era il mio padre.

Gael se pone serio e intenta hacerle comprender las causas que han llevado al sevillano a aquellas tierras y el ansia que lo mantiene con vida; que ya sabe parte de la historia del de Valmayor a través de Faustino, que a su vez la ha obtenido de Benito.

Viendo el condesito que ambos hombres conocen las causas de su expiación y entendiendo que con la broma desean rebajar la ansiedad que lleva dentro, muda su semblante y reconoce la validez de la descripción del de la *Campagnia*.

—Ella es así, tal como la has descrito —se asoma desde las almenas para volverse luego hacia ellos, sentándose entre dos dientes del parapeto. —Ella es dulce de rostro y de gesto, tersa y blanca de carnes, diosa de mi religión, flor del paraíso que he dejado atrás. Es eso y más cosas:

Es terciopelo que besa.
Es nube que amansa la fuerza del sol.
Es estrella.
Es Luna como esa,
mezcla de mora y cristiana.
Es frío de nieve blanca.
Y ardor de llama.
Es viento que va y que viene
y me trae y me lleva.
Es estandarte que queda
hincado en mi tierra sevillana...

—Miscela strana —interrumpe el de la *Campania* perdido en las metáforas que envuelven los significados de las palabras.

—Bueno, bueno, basta ya...—intercede Gael —que hemos venido a dar consuelo y no a engordar nuestra envidia. La mirada del hermano rubrica que ha entendido.

—¿Envidia dices? ¿Qué envidia he de daros yo?

—¿Te parece poco el hecho de que no necesites poeta del que tomar las palabras porque te salen de los adentros y las pares como tuyas, que no hay otras iguales?

—El amor es el causante, que no yo. Si eso piensas habrás de envidiar al amor mismo y no a mí.

—¿Y qué es el amor si no hay enamorado que lo acoja?

—No sería nada.

—He aquí el caso en el que el recipiente es tan importante como lo que contiene.

Todos convienen y continúan la charla por derroteros menos comprometidos, conscientes de que cada hombre es reo de su pasado y arrastra por el presente su particular condena.

En el cuarto día de viaje abandonan *Agra* girando para dar la espalda al mar, adentrándose en un paisaje de lomas sinuosas en las que alternan los campos de cultivo roturados en rectilíneos

surcos de tierra rojiza con franjas verdosas sedientas de agua que van escaseando cada vez más a medida que se alejan del *Mediterráneo* hasta que la llanura queda transformada en un páramo salpicado de pequeñas aldeas. Al atardecer, llegando a una de ellas, a un par de leguas de la frontera, al este, y a unas diez de la fortaleza del *Krak*, al norte, los viajeros se encuentran con la sorpresa de que está siendo atacada por una partida de musulmanes que se han internado en el territorio cristiano. Las casas, los graneros y cobertizos están ardiendo, se oyen gritos y se ve desde la loma cercana a mujeres y a niños corriendo despavoridos para ocultarse en un palmeral. Gaspare y los hermanos más jóvenes se soliviantan y hacen, con sus comentarios enardecidos, intención de lanzarse de frente contra los asaltantes para darles un escarmiento por su osadía; pero Alessio los frena con un grito y un gesto seco de su brazo. Ordena descabalgarse y ocultar los caballos mientras valora la situación. El sol se está poniendo, pero la luminosidad de las llamas le permite intuir que se trata de unos veinte sarracenos mandados por algún señor del desierto. La cuenta es de dos a uno, pero a su favor juega la sorpresa y la nocturnidad. Avezado en mil combates, traza enseguida un plan que esboza en el suelo terroso con una rama seca. Se desplegarán en dos grupos para entrar en la aldea por los flancos, forzando a los asaltantes a replegarse hacia un muro de adobe que circunvala lo que parece una herrería. Para fortuna de Gael, él se quedará con los criados al cuidado de las caballerías.

Se separan, con el crepúsculo rojizo alumbrándoles el camino. Para cuando están en los lugares estratégicos indicados por Alessio ya es noche cerrada que los hace invisibles. Un grupo de cinco, el de Martín y Gaspare, se parapeta tras el muro de un horno mientras el otro, el de Alessio se ampara en un establo. Una niña de unos once años pasa junto al horno corriendo despavorida porque un infiel la persigue. El de la *Campania* reacciona como un rayo y con un movimiento certero de su espada, a ras de suelo, le siega una pierna a la altura del tobillo. El infiel cae al suelo retorcido de dolor. Movido por un resorte, el hospitalario se le abalanza encima y le hunde una daga en el cuello sujetando con fuerza la empuñadura hasta que aquel hombre de ojos desorbitados muere ahogado en su propia sangre. Inmediatamente hace una seña a Martín y entre los dos lo arrastran por las piernas bajo un cobertizo en el que la niña, asustada como un conejo que ha visto al zorro, tirita de miedo.

—¡Quédate ahí! —Ordena el de Valmayor sin ser consciente de que no lo entiende. Con cuidado, coloca unas tablas por delante de la muchachita para proporcionarle un escondrijo.

Salen de nuevo los dos hombres para reunirse con el grupo. El efecto sorpresa todavía se mantiene y ya han eliminado a uno. Un par de segundos más tarde cinco aldeanos se dirigen hacia ellos huyendo de dos jinetes. Uno de ellos maneja con soltura una maza de cadena. De un golpe certero, incrusta los pinchos en el cráneo del último de los perseguidos. El otro porta un alfanje y con él siega la cabeza de otro aldeano; esta rueda por el suelo en la dirección en la que están los cruzados. En ese momento se apercibe de su presencia y avisa a su compañero. Ambos refrenan sus cabalgaduras, sorprendidos por el inesperado encuentro para reaccionar con rapidez azuzando a los caballos. Dos saetas silban y van a clavarse, la primera en la frente de uno de ellos que cae hacia atrás fulminado, la segunda en el hombro del otro sarraceno que al sacudirse desequilibra a su corcel y ambos ruedan por el suelo. Los dos ballesteros han dado en el blanco. Otro de los caballeros remata al herido. Se escuchan gritos al otro lado de la aldea. El grupo de Alessio ha sido descubierto y han comenzado el combate cuerpo a cuerpo. Gaspare grita enardecido. Los de su grupo lo siguen, lanzándose al encuentro de los enemigos. Llegan al centro de la aldea, a un claro abierto que hace las veces de era y ven aparecer del otro lado a sus compañeros. Entre los soldados hay ancianos, mujeres y niños que huyen anárquicamente mientras unos cuantos

campesinos intentan hacer frente a los sarracenos con lo que tienen a mano: horquillas y hachas que no sirven de mucho. Hay guerreros a caballo, unos cinco o seis; y otros a pie que hacen el trabajo sucio de entrar en las casas a pasar por el cuchillo a los que se esconden en ellas a pesar que la mayoría están en llamas. A un grito del que manda se reorganizan en torno al pozo, conscientes de que la irrupción de los cristianos va a causarles serios problemas. Tres de ellos tienen tiempo de cargar sus arcos y disparan con resultados dispares: una flecha se incrusta en la frente del hermano que está a la derecha de Alessio que lo ve caer hacia atrás con la expresión de la vida borrada de su semblante; otra se pierde en la noche sin encontrar víctima y la tercera borra de los vivos a un niño que pasa. No hay tiempo para otra carga. Los hospitalarios se abalanzan blandiendo las pesadas espadas que entrechocan contra mandobles y alfanjes. Saltan chispas en la noche. Se oyen bufidos y blasfemias. En un primer momento, los sarracenos, siguiendo las órdenes que da el más corpulento de ellos, logran mantener una formación defensiva en la que, por parejas, se guardan las espaldas; pero poco a poco el combate se va haciendo caótico, con los contendientes desperdigados por la era, cada uno de ellos únicamente responsable de sí mismo. Es el cuerpo a cuerpo más genuino, el que les gusta a los verdaderos soldados y el que esquivan los cobardes. Gaspare se enfrenta a un adversario ágil que lo embiste enérgicamente. Soporta los golpes en la espada y en el escudo esperando que su oponente se canse. A su lado, Martín, juega con un infiel que ha encajado de mala manera un par de envites del sevillano e intenta poner de por medio un poste de madera que sostiene un galpón. Se le acaba la suerte y opta por salir por el mismo lado por el que arremete el de Valmayor terminando ensartado en su espada. Martín la retrae ensangrentada de las tripas del infiel y se vuelve para ver cómo el oponente de Gaspare, fatigado ya y consciente de su inferioridad, huye corriendo para refugiarse en una de las casas de adobe que aún no han sido pasto de la lumbre. El de la *Campania* arremete con su escudo contra la puerta; la hunde y, con el ímpetu, cae hacia adentro. Consciente de que el hermano corre peligro, Martín va detrás e irrumpe también en la casa cuadrada de una única estancia sin ventanas. La noche se vuelve más noche allí dentro. No se ve prácticamente nada porque la luz de la luna apenas entra por el desvencijado techo de paja. Se escucha un sonido gutural y al momento un choque de espadas. Inmediatamente se oye silbar un mandoble, una, dos veces, un quejido agónico y un nuevo choque de aceros del que saltan chispas que alumbran los ojos de los que están allí dentro. Del sarraceno, de Gaspare, de Martín, de más gente, aldeanos que se han refugiado allí. Uno de ellos yace en el suelo pues se ha comido uno de los silbidos del mandoble. El destello muere en un instante y enseguida se engendra otro después de un sonido metálico. El sevillano grita a su compañero:

—¡Aquí, Gaspare!

Recibe contestación:

—¡Qui, Martín!

Ambos giran bruscamente y consiguen encontrarse espalda contra espalda, cimbreado a ciegas sus espadas. El infiel ataca desplazándose caóticamente por la habitación. Se oyen más gritos de pavor, de dolor, más cuerpos caen. Los dos cristianos, acoplados para no dejar resquicios entre ellos, arremeten contra el aire negro que los envuelve, balanceando enérgicamente las espadas, en semicírculos, a la altura de sus vientres. Evolucionan hacia un lado arrastrando sus pies por el suelo terroso en un intento de alcanzar una pared que los ampare. Lo consiguen, pero antes vuelven los gritos y los llantos porque en su camino se topan con algunos cuerpos que, ante sus envites ciegos, caen. Martín pincha el adobe y se gira; ahora los dos están de cara, con las espaldas pegadas al muro. Una nueva chispa salta de la espada de Gaspare, que ha

encajado un golpe que le viene desde la oscuridad más absoluta y el destello es suficiente para que Martín localice al sarraceno y lo ensarte por el costado. El golpe es certero y el enemigo cae. En ese momento, Alessio entra en la casa con una antorcha en la mano y la luz muestra a todos los que quedan vivos lo que ha pasado. Varios campesinos salen corriendo; hay muchos cuerpos en el suelo, al lado del infiel: seis..., siete...; algunos yacen muertos y otros se retuercen de dolor por las graves heridas provocadas en la reyerta. Martín analiza la escena y descubre dos niños: uno es un chico de unos diez años que se está desangrando por un corte en el abdomen; el otro una niña; la niña que él mismo había ocultado en el horno al comienzo de la refriega. Tiene los ojos desmesuradamente abiertos, opacos. Suelta la espada en el suelo y se lleva las manos a la cabeza. ¿Qué ha hecho? ¿Qué han hecho allí dentro? Siente que una arcada le viene a la boca. Vomita.

Alessio se da cuenta de la convulsión que le está sobreviniendo al joven.

—¿No has venido a pagar por tus pecados? —Pregunta mientras lo sacude para que reaccione —. Igual da ocho que ochenta. Estos infelices hubieran muerto de todas formas.

Fuera, todos los sarracenos están muertos excepto uno: el jefe, que está herido en un brazo, de rodillas, cerca del pozo, rodeado de los cinco hermanos que siguen con vida. Alessio llega con Gaspere y Martín, que aún nota el sabor amargo de la bilis en la boca.

—Es un mameluco de *Baibars*. No hablará. —Informa uno de los *Caballeros de San Juan*.

—Pues acabemos. —De un golpe limpio, Alessio le separa la cabeza del cuerpo. Después ordena: —dad tierra a los compañeros muertos. Haremos noche donde hemos dejado las caballerías y mañana saldremos para el *Krak*.

Ya en el campamento, después de asearse, de limpiar de sangre las armas y de cenar; Alessio se da cuenta de que Martín sigue muy nervioso y no encuentra descanso. Quizás recordando que él también fue un joven que un día arribó a aquellas tierras buscando honores para terminar descubriendo que tras de ellos se escondía la barbarie más absoluta, se acerca para animarlo y lo que encuentra, tras un buen rato de charla paseando entre el palmeral, es la confesión de un muchacho desvalido por la añoranza de un amor imposible. Después de ver y entender las llagas que en el alma lleva el sevillano, el hospitalario intenta animarlo:

*Si, como viene, el mal durasse,
no habría mármol que no quebrasse:
¡qué hará el corazón, siendo de carne!*^[xliii]

Al poco llega Benito buscando a su señor para interesarse por su estado. Viene acompañado de Gael. Martín, al ver a su escudero compungido y cabizbajo, se refiere a él mientras lo agarra cariñosamente por los hombros:

—Este también padece en sus carnes mi desgracia; pues teniendo buena moza que por él bebía los vientos, lo dejó todo para venirse conmigo, aún con mi aprobación para quedarse.

—Criado de un noble, noble criado —remarca condescendiente el hermano de *San Juan*. —Y para rebajar la tensión de las revelaciones de Martín, añade.

—¿Así que tú también estás enamorado?

—Sí, señor; —responde Benito con determinación —hasta las trancas.

—¿Y cómo se llama la afortunada?

—Se llama Clara y clara es como la luna redonda y blanca es como la nieve. La suavidad de ella tiene, aunque no es nieve fría sino milagro de templada dulzura. Tiene en sus ojos la palabra

amor escrita y yo la entiendo, aún sin saber leer palabra alguna. Y ese sentimiento me da achaques de enfermedad que me mata un poco cada día que paso sin ella.

—Admirable descripción —ríe Alessio—. Está visto que el amor vuelve juglares a los humildes —y tirándole de la lengua al escudero le pregunta—: ¿puedes decirnos entonces qué es esa enfermedad tan rara de la que hablas?

Benito enlaza:

*Yo me muero, no sé cómo,
y si acaso de amor es,
mejoraré, no sé cuándo,
pues mi achaque es no sé qué.* [\[xliv\]](#)

Todos ríen.

—Tenemos ante nosotros el despertar de un juglar que lo comienza a ser sin él mismo saberlo —señala Alessio. Mira a Gael y le recomienda—: tienes ante ti a quien puede poner mejor voz que la tuya a tus excelentes versos. Eso será si lo enseñas y, créeme, te conviene. Bueno..., nos conviene a todos.

Vuelven a reír animadamente. Todos menos Gael, consciente de que voz aflautada es una limitación insalvable; y Benito se encoge de hombros aceptando una vez más lo que le viene.

Capítulo 9

Sus gestas de guerra y sangre

cruzarán la mar en grito

Es la del *Krak* fortaleza,
la más for...nida en murallas
do fortalezas hubiera,
guerrera y hospitalaria.
De in...inex...inexpug...nable belleza;
Er...guida en cien ata...atalayas.
Var..varada cual barco está,
en la llanura soleada.

—¡Uf! —Suspira Benito después de que Gael le hubiera hecho memorizar unos versos llenos de palabras incomprensibles.

Acaban de comer y se encuentran a dos leguas del castillo. Desde el pozo de agua en el que han hecho parada en la llanura, puede verse el promontorio en toda su magnificencia, dominando el paraje. El trovador y su recién estrenado pupilo se encuentran sentados a la sombra y el de la *Provenza* lo está sometiendo a una prueba de declamación que le está crispando los nervios, justo en el momento en el que Martín se les une.

—¡Porca miseria la mía! —Se queja Gael mientras mira al caballero.

—¿Qué es lo que te pasa? —Pregunta el sevillano con cierta sorna, ya que no necesita muchas explicaciones.

—¿Que qué me pasa dices? Pues que este muchacho que me habéis recomendado está más verde que los dátiles de esta palmera —señala al paraguas que los cubre y en el que tiene apoyada la espalda.

—¿Acaso es torpe de entendederas?

—Es que este hombre es de palabras raras que si no me las explica igual me da que sean castellanas, francesas o italianas —se intenta justificar el escudero; pero ninguno de los dos parece hacerle caso.

—Que no digo eso. Que es avisado ya se le ve en la mirada. Que su voz es timbrada e incluso diría que melodiosa; más el trabajo que me queda es el de pulir pedernal. Le falta vocabulario, encabalga las palabras, titubea, es rudo de formas y parco de gestos en el recitado; y para más inri, se pone nervioso cuando declama. Le queda mucho que trabajar si quiere dar cuerpo a mis versos.

—Muchos defectos le pones a tu aprendiz.

—Yo no se los pongo, que es él el que los tiene; pero yo no renuncio porque le veo condiciones.

—Pues no sé dónde, con tanta queja.

—Es listo y las pilla a la primera. Es capaz de concentrarse y tiene buena memoria. Esas son cualidades innatas que ha de tener todo buen juglar; de las otras yo daré cuenta.

—Tienes tiempo por delante —sonríe Martín mientras ve acercarse a Alessio, que después de mandar mensajero al castillo para avisar de que llegan, viene también buscando la sombra.

—Decidme, ¿qué os parece? —Solicita señalando con orgullo a una fortaleza que siente como suya.

Es Martín el primero que pone palabras a su asombro.

—Si hubiera de definir con una palabra lo que estoy viendo diría que es grandioso.

Gael añade:

—Y robusto, imponente, majestuoso, infranqueable, faro terrestre de la cristiandad, emblema de los *Hermanos de San Juan*... —crece su inspiración y la voz se le aflauta como siempre que quiere poner más empeño que el que la garganta le permite.

—Ya estamos... —reacciona Benito. Los dos caballeros ríen porque la intervención del muchacho va con segundas intenciones poniendo de manifiesto, después del chaparrón de improperios que ha soportado, que defectos los tienen todos los mortales.

Alessio habla del *Krak* con orgullo y admiración.

—Vuestras palabras se quedarán en nada cuando estemos al pie del altozano. Lo que os parece enorme se volverá gigantesco. Doce torres; una, aquella que destaca por su extrañeza, soporta un molino de viento. Cuando crucéis sus murallas, la vista no podrá abarcarlas y os daréis cuenta de que los muros son impresionantes, más gruesos y altos de lo que os hayáis imaginado. Luego, cuando crucemos las puertas, os sentiréis dentro de una ciudad completa que ha resistido con éxito todos los asaltos; incluido el del mismísimo *Saladino*, va para ochenta años. Y hasta ha soportado las iras del propio Dios de los infieles o incluso que puede que las del Todopoderoso, que hizo temblar la tierra y no tuvo la fuerza suficiente para hacerlo caer.

Cuando el sol de la tarde ha perdido su fuerza retoman el camino y poco más de una hora están ascendiendo al cerro plano en el que se asienta el castillo.

—Justo como en tu trova —se dirige Martín a Gael que cabalga a su lado. —Un barco varado en la inmensa planicie.

—Tan inmenso que diríase que va a llevarnos a otro mundo distinto del de aquí afuera—añade el trovador que da por buenas una por una las palabras del hermano Alessio. —Lugares como este nos hacen más pequeños a los hombres.

—¡Uf!

—¿Otra vez resoplando, Benito? ¿Qué es lo que pasa ahora?

Benito se acerca y le habla a su amo en voz baja, justo en el momento en el que atraviesan la puerta principal, bajo un cielo de piedra.

—¿Vos creéis, mi señor, que estos muros serán lo bastante gruesos para que nuestros pensamientos no huyan allende los mares?

—¡Qué sé yo Benito! —Martín suspira. Aunque ha contestado con una evasiva sabe perfectamente que el pensamiento es libre de atravesar cualquier cosa que se le ponga por delante —. Una parte de nosotros se ha quedado allá para siempre y si no volvemos a recuperarla porque la muerte trunca nuestra promesa, no vendrá con nosotros al otro mundo —añade con pesadumbre, aceptando que morir es una posibilidad muy real.

—Y de la parte que aquí tenemos, llevamos entre los dos la carga. —El escudero se siente extraño al escuchar sus propias palabras. Ha igualado los amores de un señor a los de un siervo y

siente vergüenza. Rectifica—: perdón amo si os he molestado.

—¿Molestarme, Benito? Estás muy lejos de molestarme. Es más, me halagas al equiparar mis sentimientos a los tuyos; porque el amor no entiende de títulos ni de privilegios. Lo que cada hombre siente en sus adentros es suyo y solo suyo y puede ser tan grande como él quiera.

—Gracias, señor.

Con las gracias, descabalgan. Los encargados de las caballerizas se hacen cargo de las monturas, ayudados por Benito y Faustino, que se van con ellos. Los caballeros suben por la rampa abovedada y las galerías que conducen al corazón de la fortaleza. Pasan cerca de una enorme piscina que llama la atención de Martín. Pronto comprende su doble utilidad: como obstáculo defensivo y como depósito de agua alimentado por un acueducto que integra cuatro de sus arcos en la construcción y por la escorrentía del agua de lluvia de las terrazas.

—Además hay nueve pozos y cisternas —explica Alessio, consciente del asombro del joven. —Vamos. Ya habrá tiempo para que te sorprendas con las maravillas que encierra este lugar. No hagamos esperar al Gran Maestro.

—¿Quién es ese hombre al que os referís siempre con tanta lealtad?

—Se llama *Hugo de Revel*^[xliv] —lo informa el cruzado mientras atraviesan más corredores alumbrados por antorchas que penden de los muros—. Es nuestro guía y una de las mentes privilegiadas que Dios ha regalado a la Cristiandad. Gracias a su habilidad diplomática hemos convivido durante décadas con los musulmanes; pero hace un par de años las cosas han cambiado. *Baibars* se ha vuelto hostil y agresivo, consciente de su superioridad. Mucho me temo que esta convocatoria tiene que ver con eso.

Martín escucha con atención mientras sus pasos resuenan en las galerías, produciéndole la sensación de que los está engullendo una montaña de piedra. Llegan a la explanada del segundo recinto bajo la luz rojiza del atardecer. Se percibe por el desorden que ha habido mucha actividad en las últimas horas. Puede escucharse la algarabía en el comedor y en las cocinas, repletos de hermanos que, como ellos acaban de llegar para el gran encuentro al que han sido convocados.

—El maestro está en la capilla —informa el hospitalario encargado de dar acogimiento al grupo—. Ya ha sido avisado y me ha pedido que os lleve a la sala grande después de que hayáis cenado algo.

Tras sacudirse el polvo del camino, de lavarse en un pilón y de un pasar por el refectorio, entran por fin en la sala en la que les espera el gran maestro. Se lo encuentran de espaldas, con la vista perdida en la nervadura de la bóveda de la estancia. Cuando se da la vuelta, descubren a un hombre maduro que por su aspecto bien pudiera ser el hermano mayor de Alessio; La misma corpulencia; la misma barba, aunque más larga y más blanca; la misma vestimenta híbrida entre el hábito de un monje y el atuendo de un guerrero; la misma cruz blanca.

—Bienvenido, mi querido Alessio —enlazan sus antebrazos con afecto—, ya me han dicho que has tenido un final de viaje un poco accidentado —se expresa en un italiano claro y sencillo que probablemente ha aprendido en *Acre*.

—Así es, hermano *Hugo*. Nos hemos topado con un grupo de mamelucos en una aldea cercana. Les hemos dado lo suyo, pero nosotros hemos perdido cinco hombres.

—Cinco almas menos para la Cristiandad. Dios Nuestro Señor tendrá a bien acogerlos a su lado. Acabo de rezar por ellos en la capilla —se gira levemente y observa con extrañeza a Martín y a Gael.

—Es Martín de Valmayor, caballero sevillano que ha venido en acto de penitencia por sus

pecados. Y este otro es mi sobrino, del que ya os he hablado en alguna ocasión: Gael de la *Provenza*.

—¿El de los sueños de trovador?

—El mismo —Gael percibe la ironía y, dando un paso al frente, responde con decisión, dispuesto a defender lo que a otros podría parecer una frivolidad en tiempos de guerra—. Igual que se necesitan guerreros que ganen batallas se necesitan trovadores que sepan contarlas.

—Y juglares que sepan cantarlas —completa su tío, mirando a Martín mientras estira la chanza.

El hermano *Hugo* es hombre de palabras claras:

—Ambos habéis venido al lugar adecuado: aunque supongo que el hermano Alessio ya os lo habrá dicho. Aquí podréis encontrar lo que ambos buscáis. Tú, caballero —se acerca directamente hacia Martín—, el perdón de esos pecados que te carcomen por dentro; aunque imagino que no han de ser ni la mitad de grandes que los míos ni que los de los hermanos que hay aquí dentro...

—Ni la mitad —conviene Alessio.

—...Ni la mitad... —repite para girarse después hacia Gael—. Y tú encontrarás las imágenes épicas que convertirás en palabras hermosas.

—Todo lo hermosas que sepa y que pueda —se rehace el trovador en su orgullo.

—Pero esa es solo la mitad de la verdad que ambos encontraréis —sentencia el cruzado volviendo a mirar a su compañero que asiente con la cabeza.

Martín interrumpe:

—No os entiendo, señor.

—Igual que muchos, llegué aquí con mis mortificaciones y mis sueños. Llevo media vida en estas tierras y he de deciros que todo lo que guardo en mi memoria son lugares hermosos teñidos de sangre. De sangre teñirás tu espada, sé que ya lo has hecho, y con sangre crearás lavar tus pecados hasta descubrir que la sangre no lava sino que casi siempre agrega más suciedad a las almas.

Martín intenta rebatir lo que acaba de escuchar, pero no encuentra las palabras adecuadas ni el tiempo para ordenarlas, porque el gran maestro continúa repartiendo su filosofía de las cosas a Gael.

—Y a ti te deseo que tengas bellas palabras para el sufrimiento y para la muerte; pues has de ver rodar cabezas de infieles, con sus mujeres y niños; y también muchas de las nuestras. ¿Puede encontrarse belleza en esas cosas?

El trovador no responde; puesto que todavía trae anudada en el estómago la náusea de lo acontecido en la aldea.

—Pero dejémonos de silogismos inverosímiles y vayamos al grano. ¿Has traído los informes? —Se dirige a Alessio. Ambos se sientan en un banco junto a una mesa.

—En efecto, gran maestro, aquí los tengo —le tiende unos documentos que *Hugo* evalúa con cierta ansiedad. Después de un par de minutos de silencio, levanta la vista y mira a su compañero con la convicción de haber confirmado sus sospechas—. Lo que se deduce de los informes de nuestros espías es demoledor. Ese perro de *Baibars* se está preparando a marchas forzadas para el asalto de *Antioquia*. Las incursiones de estos meses, como esa con la que vosotros os topasteis, no son más que maniobras de distracción para mantenernos ocupados.

—Por eso habéis convocado aquí a tantos hermanos.

—Y más que vendrán. El conde *Bohemundo*^[xlvi] ha de ser informado cuanto antes para acelerar la alianza del condado con los persas. Los necesitamos para vencer tanto como nos necesitamos unos hermanos a otros. Debe saber que hemos renovado el compromiso de tregua que nos ha permitido la paz con nuestros enemigos seculares, que ya dura ocho años. Ha de saber que hospitalarios, templarios y teutones aunaremos nuestras fuerzas olvidando nuestra viejas rencillas.

—¿Enemigos seculares? —Pregunta Martín confundido.

Alessio se lo aclara:

—Para nosotros un templario es peor que un sarraceno. Son una secta del maligno. No obedecen más que a sí mismos y a su codicia. Son un peligro para la Cristiandad.

—Pero...

El hermano *Hugo* interrumpe al sevillano:

—Pero si no queremos perderlo todo. Si no queremos perder lo poco que nos queda ya, habremos de entendernos con el mismísimo diablo... Aunque el diablo se llame *Thomas de Bérard*^[xlvii].

—Hoy el demonio se llama *Baibars* —continúa Alessio—. Si los informes son correctos su ejército está creciendo como las malas hierbas. Y al demonio ha de combatirle con sus mismas armas. Ya habéis comprobado el juego sucio de los sarracenos atacando aldeas de campesinos indefensos para sembrar el terror mientras esperan el momento de lanzar un golpe maestro. Nosotros haremos lo propio mientras el conde negocia con los persas. Por eso he convocado aquí a tantos hermanos. A partir de mañana copiaremos la táctica de nuestro enemigo duplicando su saña. Queremos que sean ellos los que se desconcierten al advertir que en lugar de defendernos los atacamos con fiereza. Eso nos permitirá enmascarar nuestra debilidad mientras buscamos aliados que nos ayudarán a equilibrar fuerzas. El sultán se sabe superior, pero aún desconoce hasta qué punto nos sobrepasa. Si fuera consciente de ello caería sobre nosotros y nos exterminaría. Tenemos que ganar tiempo. Ahora marchaos. Os necesito descansados porque mañana formaréis parte de un grupo que hará una incursión en territorio enemigo.

Uno de los hermanos los conduce a los dormitorios comunitarios. Están repletos de hermanos que se hacinan camastro contra camastro. Huele a sudor, se oyen murmullos de algunos que charlan en voz baja bajo la tenue luz de lámparas de aceite; otros duermen, roncan un sueño pesado después de haber cargado sus estómagos más de la cuenta. Martín no aguanta un ambiente tan cargado y sube a respirar aire puro a una de las torres. Allí se encuentra con Gael, con Benito y Faustino. Les está declamando un poema con su voz quebradiza. Cuando nota la presencia del sevillano pone más énfasis en sus palabras:

*Mazas y espadas, yelmos de colores,
escudos que se rompen y despedazan,
todo lo veremos al entrar en combate
y a muchos vasallos golpear juntos,
por lo que vagabundearán
los caballos de los muertos y de los heridos.
Y cuando haya entrado en la batalla,
cada noble
no pensará sino en cortar cabezas y brazos,
pues más vale muerto que vivo vencido.*

*Os digo que no me agrada tanto
comer, beber o dormir
como cuando oigo gritar: “¡A por ellos!”
Por ambas partes y oigo rechinar
caballos vacíos en la sombra
y oigo gritar: “¡Socorro! ¡Socorro!”
y veo caer por los fosos
en la hierba, a grandes y pequeños
y veo a los muertos que por los costados
tienen las astas y los cendales.* [\[xlvii\]](#)

—Muy dramáticos los versos —lo anima Martín valorando la calidad de los mismos a pesar de estar mal traídos por falta de recursos sonoros.

—Lástima que no sean míos —se lamenta el trovador no solo de eso sino de su propia incapacidad de adornarlos con la afectación que les corresponde—. Hemos subido aquí para continuar con nuestras lecciones —explica el de la *Provenza*—, y además para que Benito me escuche tañer la vihuela —sentado en una piedra, da un último toque a la afinación—, que no hay buen juglar que no la sepa tocar —se burla jocosamente en la rima y luego añade—: voy con la del cruzado que añora a su dama. Escúchala con atención que viene muy al caso.

Suenan unas notas cadenciosas y comienza la canción:

*Me he hecho cruzado por Dios
y voy allá por mi pecado.
Que él me cuide, para que vuelva,
pues una dama tiene gran pena por mí,
y que yo la encuentre con honor:
tal es mi petición;
pero si ella cambia de amor,
que Dios me permita morir.* [\[xlviil\]](#)

Interrumpe la trova después de haber hecho un bis y se explica orgulloso:

—En la traducción se pierden parte de la lírica y del ritmo; pero se engrandece el mensaje que en la lengua alemana, en la que están escritos los versos originales os sería ininteligible. Dime, caballero enamorado, ¿qué opinas? ¿Acaso no te ves retratado en esta estrofa melancólica?

Martín se despide y se retira meditando, sin contestar la pregunta; asumiendo los versos de Gael como propios. Benito le ha encontrado un acomodo tranquilo en un pequeño cuarto junto a las caballerizas. Sabe que su amo necesita estar a solas con sus pensamientos de la misma forma que él se enfrasca en los suyos, acurrucado en una esquina. El caballero está muy cansado, agotado; sin embargo el sueño reparador no viene. El insomnio se apodera de su imaginación invadiendo su cuerpo y su mente. Le pesan los ojos, le pican, le duelen; pero no puede cerrarlos más que unos minutos porque las imágenes que le llueven dentro de los párpados son más tenebrosas que la oscuridad que lo envuelve. Los razonamientos se vuelven confusos, espesos y plomizos. No puede controlarlos y se construyen arbitrarios a partir de retazos de memoria. Los reproches cristalizan en palabras, en frases inconexas. “Hijo caprichoso”. “Hijo díscolo”.

“Vergüenza de mi casa”. “Desgracia de mi casa”. Reconoce claramente que es la voz de su padre que suena torturada y distante, encerrada en su propio vacío. En los intervalos que se intercalan entre las frases, una vocecilla aterciopelada emite una señal casi imperceptible que intenta transmitir templanza para afrontar el abatimiento que le sobreviene al joven. Es la voz de su madre, que lo exime de toda culpa y señala a la fatalidad como responsable de todo lo que ha pasado. Acompasada a ella, una cancioncilla errante:

*Decidme, ay hermanitas,
¿cómo contener mi mal?
Sin el amado no viviré:
¿adónde iré a buscarlo?*

*Mi corazón se me va de mí.
Oh Dios, ¿acaso se me tornará?
¡Tan fuerte mi dolor por el amado!
Enfermo está, ¿cuándo sanará?*^[xlix]

Es Candela. La presiente ya entre los muros de un convento; luchando también contra sus propias sombras. Siente lástima por ella porque su pequeño mundo se ha derrumbado por causa de un amor inverosímil. ¿A quién le contara ella sus penas? ¿Habrá encontrado en Clarita una confidente con la que poder desahogarse a la vez que ella escucha las cuitas de amor de su criada? No lo sabe, pero lo imagina, porque a él le está pasando eso con Benito. Enredado en estas disquisiciones anda cuando el sueño lo vence por fin. Su escudero, muy cerca de él, también ha estado cavilando y también cae rendido no sin antes murmurar unos versos más sencillos, que desearía que cruzaran el mar en un vuelo para llegar a los oídos de Clara.

*Ojos morenos,
¡quándo nos veremos!*

*Ojos morenos
De bonica color,
Soys tan graciosos,
Que matáis de amor.
D'amor, morenos,
¡quándo nos veremos!*

*Ojos morenos,
¡quándo nos veremos!*^[l]

A media mañana cincuenta hombres salieron del *Krak* con dirección este. Su objetivo una próspera aldea repleta de infieles, ignorantes de que aquel va a ser el último día de sus vidas.

Si como dicen los viejos, los colores de la existencia se maquillan y se transforman a través del tamiz de los ojos de cada mortal; aquel día quedaría tatuado en grises en la retina de Martín para siempre. Él ya había visto de cerca la muerte viajando por el filo de su propia espada y los

colores que se asociaban en su recuerdo eran el rojo de la sangre, siempre acompañado de gritos de dolor; y el de la cerúlea tez de los cuerpos abandonados por el espíritu asociado al silencio de su huida al más allá. Pero en aquella jornada en la que atacaron una aldea de campesinos indefensos para hacer buena la ley tácita del ojo por ojo descubrió que hay hombres que, aún estando vivos, no transportan en sus corazones alma alguna, sino que en ellos viaja el mismísimo diablo disfrazado de hermano piadoso de la cruz blanca. Sus ojos cristianos vieron cómo uno de los mercenarios que los acompañaba cercenaba los brazos de una mujer que corría protegiendo a su bebé contra el pecho y cómo la cabeza de este caía al suelo junto a los miembros. La madre, antes de desplomarse muerta sobre su hijo había lanzado un resoplido profundo y una mirada vidriosa de perplejidad que había recogió la retina de Martín adosada a las carcajadas del guerrero. Luego, en una casa, había presenciado junto a Gaspare, cómo uno de los llamados hermanos hospitalarios sudaba ante el esfuerzo de desflorar sobre una mesa a una niña mientras con una daga le rebanaba desde atrás su larga cabellera simplemente porque le gustaba para hacer un adorno para su caballo. Había visto a su compañero aceptar aquella visión apocalíptica sin pestañear ni hacer la menor mueca de asco y también había sentido su brazo alrededor de la muñeca para impedirle lanzarse contra aquel hijo del demonio disfrazado de hijo del Dios de los justos. Había visto apostar a varios soldados sobre cual de los muchachos a los que habían llevado junto al abrevadero tardaría más en sacar la cabeza del agua, porque al que lo hacía se la rebanaban al momento de un espadazo mientras los otros chicos se desesperaban por aguantar sumergidos, bajo la promesa de que al último le perdonarían la vida. Había oído los gritos de dolor de los prisioneros, la mayoría ancianos, mujeres y niños, cuya mano derecha, por orden de Alessio, fue cortada; todas metidas en un saco, subido el saco a lomos de un mulo y azuzado el animal para que corriera a tierras enemigas con el claro mensaje de que quien alza la mano contra el Todopoderoso la pierde; pero el Dios de los cristianos es magnánimo y le perdona la vida.

Por el camino de vuelta al *Krak*, ya al atardecer, Martín censura al hermano Alessio por las atrocidades que dejan atrás. La respuesta de este aún introduce más zozobra en su corazón.

— La bondad y la maldad nacen con el hombre. La maldad se esconde si el hombre así lo escoge. Eso pasa casi siempre cuando uno está en su tierra, entre los suyos; pero en este lugar del mundo la bondad, la compasión y la justicia no existen. Es el infierno en la tierra. El odio y la venganza rezuman por los poros de la piel de cristianos y de infieles.

—Gael, que los está escuchando, añade:

Matar y seguir matando,
matar para no morir.
Traga tu arcada, soldado,
deja tu bilis salir
y a tu espada dale venia
para el dolor infringir
en carnes del enemigo;
disfruta en verlo sufrir,
Matar y seguir matando,
matar para no morir.
El infiel guarda tu gloria
en Jerusalén o aquí.

Paga pronto tus pecados,
mi caballero Martín;
los mares que te han traído
tu grito han de sentir.
Matar y seguir matando,
matar para no morir.
Mata en el nombre de Dios
que te lo ha de revertir.

—Bien traído, sobrino —anima Alessio sonriente, pues ya ha olvidado el horror que ha vivido y que ha causado.

—Ha de cruzar esos mares que digo para que sepan allá que sus hombres aquí son héroes y que sus cruces aquí son espadas —promete Gael.

Martín, cabizbajo, no dice nada.

Capítulo 10

Dejó su escudo en el suelo, el yelmo en el cabestrillo

—¿Quién escribe con sangre? —Martín se dirige a Gael cuando entra en el aposento del *Krak* que se ha convertido en su estudio de escritura. Lo hace después de haber curioseado entre los utensilios desparramados sobre la mesa.

—Original, ¿verdad? —Pregunta el trovador llevando la respuesta implícita en el propio tono de la cuestión. He conseguido un frasco de sangre de infiel. Uno de los soldados me lo ha llenado con la sangre de los prisioneros de las mazmorras. La he mezclado con minio y ha salido este color escarlata. ¿Qué os parece la idea?

—¿Que qué me parece? Si dijera que es nauseabunda me parecería poco —refiere Martín mientras observa cómo el semblante de su amigo muda el gesto y se vuelve agrio—. No solo has intentado buscar belleza en el sufrimiento de los inocentes; pues así habríamos de llamar a las escaramuzas sucias que llevamos haciendo durante semanas en aldeas de campesinos indefensos, sino que has buscado un abyecto medio de perpetuarlas en el pergamino. Con ello envileces los versos y los haces malignos, porque en ellos intentas encerrar el mal que hemos causado. ¿Qué hay de bello en sacrificar a mujeres y niños? ¿Acaso la cruz que defendemos nos respalda en tan miserables crímenes hasta el punto de que merezcan ser transformados en epopeyas? Mal vamos, amigo, y si por ese camino pretendes seguir no quiero que manches con esa sangre mi nombre en tus escritos, que ya bastante manchado está por mis propios méritos.

Gael comprende que ha cometido un gran error al haberse dejado llevar en brazos de la violencia en lugar de haberlo hecho en los de la compasión. Aún así, se queja:

—Eres muy duro conmigo.

—¿Y qué querías? ¿Sabes lo que solía decir mi antiguo maestro?

—¿Ese maestro de armas del que me has hablado?

—Sí, Santiago.

—¿Qué es lo que decía?

—Solía decir que cuando la limosna es magna hasta el santo desconfía.

—No entiendo.

Pues es muy sencillo, Gael. Si te pago con adulación, si te digo lo que quieres oír, has de desconfiar de que no te hable con franqueza. ¿Acaso es lo que deseas?

—Pues claro que no. Yo lo que quiero es que me hables con sinceridad. Ya sabes lo que he venido a buscar tan lejos de mi casa: escribir una obra que me consagre como el gran trovador de esta época.

—Eso es. Y si quieres que así sea has de huir de excentricidades como esta que has inventado y ceñirte a la verdad de las cosas.

—Me confundes. Si eso hago tampoco encontraré lo que busco.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en los meses que llevamos aquí no he visto más que terror en los ojos de los niños, angustia en los gritos de las mujeres, desesperanza en las súplicas de los viejos. ¿Es que no hay hombres en estas tierras? ¿Dónde están los sanguinarios mamelucos de los que he oído en mil leyendas?

—Nos estamos volviendo todos locos. Tú y tus versos son la prueba de ello.

Martín se va, dejando a Gael pensativo.

Aquella noche las pesadillas invadieron los sueños del caballero. En su delirio el muchacho se veía inmerso en el fragor de la batalla. Con su hueste de hospitalarios, endemoniados por el mismísimo Dios, en su sueño, entraba en una aldea. Desde su caballo ensartaba con la lanza a un hombre que corría despavorido. Después, ya echado el pie a tierra, blandiendo la espada en la mano derecha y la daga que fuera de su padre en la izquierda, avanzaba a paso ligero hacia sus enemigos. Tres hombres le hicieron frente y en tres gestos ensayados mil veces con su querido maestro los anuló. Una risa medró entonces de entre los cuerpos inertes que lo rodeaban. La reconoció al instante: era la risa y la voz Santiago de Campos que se burlaba de él porque veía humillada la dignidad de las artes guerreras enfrentadas a los azadones y a las horquillas de campesinos inocentes. ¿Qué le estaba pasando? ¿En qué se estaba convirtiendo? ¿Es que acaso la violencia era una enfermedad contagiosa igual que la gripe o las fiebres? La pesadilla se manifestó en su cuerpo rígido tendido en el camastro. Sacudió la cabeza con fuerza, de la misma manera que lo hacía en el sueño mientras veía cómo sus compañeros daban cuenta de toda aquella gente pero, al no conseguir despertarse, continuaba adelante, ejecutando una danza guerrera que imitaba a los que la estaban bailando a su alrededor. Una mujer pasaba a su lado corriendo alocadamente presa del pánico. No lo dudó. Cimbreado su espada en el aire y le separó la cabeza del cuerpo como quien arranca una fruta madura de la rama de un árbol. La sensación limpia del corte se transmitió por el acero a través de la empuñadura hasta su brazo, en una vibración que le causó un cosquilleo placentero. Levantó el arma y la sangre tiñó su mano de un rojo intenso. Los gritos desgarradores nacidos del miedo y del desamparo lo rodeaban por todas partes. El olor a carne quemada le embotaba la nariz. El humo de las cabañas ardiendo le hacía picar los ojos. Se quitó el yelmo y los frotó para ver, en la tiniebla, que una forma humana indeterminada se le acercaba. Caminaba despacio, abriéndose paso entre la humareda, conformándose a cada paso hasta definirse por completo. Era Candela que venía a pasearse por los sueños de Martín. Avanzaba hacia él mirándolo fijamente sin pronunciar palabra. En un gesto decidido, la mujer tomó la daga de la mano del joven y se hizo con ella un corte en la palma. Luego cerró el puño y gotas de sangre espesa fueron recogidas por el cuenco de la otra. Cuando estuvo lleno extendió su brazo hacia Martín. “Mira mi sangre, caballero. ¿Ves su color? Es roja como la tuya, como la que tiñe tu espada, como la que brota de todos esos cuerpos que yacen en el suelo? Cuando sangra una vida el cielo sangra. ¿Es esto lo que quiere nuestro Dios? ¿Comprobar que es igual la sangre de todos los mortales?” El eco de la última pregunta retumbó en los oídos de Martín, que en su alucinación cerró los ojos de puro dolor. Cuando los abrió salió del sueño para tropezarse con el techo de piedra de su cuarto. Recuperada la consciencia, analizó las imágenes oníricas que habían asaltado su memoria. Ella no estaba, no podía saber nada de lo que estaba pasando, no podía sentir el sufrimiento que se propagaba por aquellas tierras; y sin embargo había venido a advertirlo de la locura en la que se estaba sumiendo. ¿Cómo era posible? ¿Era tal vez un ángel enviado por el Todopoderoso para traerle un mensaje que no era capaz de comprender? Volvió a

sacudir la cabeza. Se daba cuenta de que, por primera vez, caminaba por la fina línea que separa a los hombres de la locura; la misma línea por la que transitaban muchos de los hombres que había conocido.

Benito entra en el cuarto con una noticia que termina de despertar a su amo y lo aparta de sus sombríos pensamientos.

—El hermano Alessio me ha dicho que os personéis de inmediato en el gran salón porque el gran maestre ha convocado una reunión urgente.

—¿Qué es lo que pasa? —Pregunta Martín un tanto confuso mientras se viste.

—No tengo ni idea, mi señor, pero debe ser algo muy importante porque todos los hermanos están yendo hacia allí.

El caballero sale con presteza detrás de su sirviente y se encuentra en el corredor a Gaspare, que ha recibido el mismo mensaje. Llegan a la gran sala. *Hugo de Revel*, flanqueado por los hermanos más influyentes, entre ellos Alessio, se dispone a dirigirse a la multitud que se ha congregado, expectante por conocer las novedades.

—Hermanos, mis queridísimos hermanos en la fe del Altísimo —comienza con grandilocuencia abriendo las manos como si fuera a pronunciar una homilía—. Todos conocéis el nombre del demonio que camina por estas tierras, que las codicia, que anhela regarlas con nuestra sangre.

—¡*Baibars*, el sanguinario! —Grita alguien y muchos intentan localizarlo.

—¡*Baibars, Baibars!* —Crecen los gritos como una ola.

El maestre continúa:

—Todos sabéis también que lleva tiempo empleando una guerra sucia que le hemos sabido imitar. Por cada aldea que ataca nosotros le quemamos tres. Por cada niño que muere mueren varios de los suyos y por cada mujer que fuerza le devolvemos el daño por duplicado. Y parece que nuestra estrategia del ojo por ojo está dando resultados después de cuatro meses, porque hace unos días llegó al castillo de *Bohemundo* un emisario mandado con dos cartas. Este mensaje —levanta la mano, en ella un pliego enrollado— es del mismísimo *Baibars* —*Hugo de Revel* estira el documento y lo tiende a Alessio para que lo traduzca al francés:

“Yo, *al-Malik al-Zahir Rukn al-Din Baibars al-Bunduqdari, sultán de Siria y Egipto*, dueño y señor de *Jerusalén*, por la magnanimidad que me ha concedido Allāh del que soy emisario en la tierra, deseo un encuentro con vos, *Bohemundo, Príncipe de Antioquia y Conde de Trípoli*; a fin de llegar a un acuerdo que pacifique la frontera a lo largo de la cual libramos hace meses luchas estériles. Así lo solicito por la vía diplomática; y lo hago poniendo fecha para la reunión en la próxima luna llena y en el lugar que acordéis con mi emisario, el cual es fideicomiso de mi persona.”

El gran maestre interviene de nuevo:

—Nuestro príncipe ha enviado este correo aquí antes de redactar el mensaje de vuelta porque quiere contar con nuestro apoyo, puesto que somos nosotros su baza principal. Por eso ha pedido en otra carta que seleccionemos un comité que nos represente para acompañarlo a la entrevista con el infiel.

Se oyen murmullos en la audiencia.

—¡Que le corten la cabeza a ese demonio! —Vocifera un exaltado.

Algunos apoyan la exacerbada sugerencia; pero otros, cansados de días y días de escaramuzas, se mantienen atentos al maestre, que retoma la palabra para adelantar su decisión.

—Habremos de escuchar al diablo antes de derrotarlo.

—¡Escuchemos al diablo! ¡Escuchemos al diablo! —Se unen cada vez más voces.

—¡Antes de que arda en sus propias llamas! —Añade uno que había permanecido en silencio.

Viendo que ha conseguido el respaldo que deseaba, *Hugo de Revel* dicta su resolución final:

—Puesto que estáis de acuerdo, hermanos míos, encomiendo a Alessio de *Ventimiglia* la tarea de nombrar una delegación de cinco hospitalarios que él mismo encabezará a fin de cumplir la voluntad del príncipe.

Dicho esto, el gran maestro se retira y Alessio solicita de la asamblea que se queden los voluntarios interesados en formar parte del grupo de elegidos. La mayoría de los hermanos se dispersa para ir cada uno a sus quehaceres. Se quedan unos quince, entre ellos Gaspare y Martín, que ha recibido de su amigo cumplida traducción al italiano de todo lo acontecido. Después de un intenso debate, Alessio decide salomónicamente un sorteo que dé a todos igualdad de oportunidades, introduciendo en una bolsa cinco bolas blancas y el resto negras hasta completar el número de aspirantes. Gaspare es agraciado por la suerte y, conociendo los deseos de Martín, que no ha podido participar en el sorteo por no ser un hermano, solicita que el sevillano los acompañe en la comitiva, aunque no participe directamente en las negociaciones. Alessio accede y Gaspare recibe la mirada agradecida del joven.

Para la luna llena de primeros de noviembre faltan cuatro días, dos de los cuales se invertirán en el viaje del *Krak* a *Tripoli*; por lo que los expedicionarios partirán al alba.

Por la noche, Gael se presenta ante Martín con la intención de que interceda por él ante su tío para que le permita acompañarlos. Viéndolo ansioso, el caballero decide burlarse de él poniendo como precio un poema que el de la *Provenza* declama enseguida con su desafinada voz:

*Con deseos elevados
he mezclado mi alegría;
mas no sé si es necesidad
o atrevimiento o temor
o sentido mesurado
o si es un astro de amor;
porque desde que nací
nunca me sentí tan mal
ni me oprimió tanto amar.*

*De tal modo su bondad,
su beldad, su gallardía
me torturan, que prefiero
penas, daños y dolor
sufrir en paz que con otra
tener gozo, y bien, y alivio:
si le place seré siempre
ante todos su vasallo,
con compromiso jurado.*

*Cuando recuerdo el adiós
a que me he visto forzado,
me pongo triste y alegre,*

*pues suspirando entre lágrimas
me dijo: “volved, amigo,
volved por piedad a mí”.
Por eso volveré pronto
a ella: no hay embajada
con más deleite y sabor.*[lii](#)

El trovador remata musicalmente su poema haciendo un bis lento con los últimos tres versos y después se queda expectante ante la reacción de Martín, que no termina de llegar. Entonces, nervioso, pregunta:

—¿Qué te parece? ¿Te ha gustado? Es un poema provenzal.

—Tus versos me han traído la imagen del amor que dejé en mi tierra, de la mujer que cada noche me reclama, de la causa que me mantiene con vida, de la promesa que le hice al partir...

—¿Qué promesa? —Pregunta Gael lleno de curiosidad.

—La de volver después de un año de pagar por mis pecados.

La curiosidad aumenta:

—¡Tus pecados!

—Lo sabes bien, querido amigo. Tal vez un día alguien componga las tinieblas que envuelven mi espíritu. Puede que tú o yo mismo; pero ese día no va a ser hoy porque no quiero que tus poemas teñidos de hermosa melancolía se vuelvan funestos. Y ahora vete a dormir que mañana saldremos temprano.

—Ánimo, que ya vas por mitad de la condena —Gael sonríe y se marcha satisfecho de poder contar como testigo presencial los singulares acontecimientos que sin duda los esperan en las siguientes jornadas.

Martín se queda paladeando el eco del poema: “*Por eso volveré pronto...*” Y después de recitar este verso siente la irrefrenable necesidad de escribirle a Candela una carta para hacerle saber todo lo que le hierva dentro. En ello se ocupa hasta altas horas de la madrugada. Se la entrega por la mañana, antes de partir, al hermano que se encarga del correo. Sobre el lacre lleva el nombre de la única persona en el mundo capaz de encontrar a su destinataria: Santiago de Campos.

Los dos días de viaje sirvieron para estrechar los lazos de amistad entre Martín, Gaspare y Gael; y algo semejante ocurrió entre Benito y Faustino. Del mismo modo en que el caballero buscaba en el trovador el consuelo para sus amores lejanos, el escudero encontraba en Faustino el confidente al que confesarle sus sentimientos. Así, la noche, acampados en un bosque, los dos sirvientes juegan a los acertijos:

Faustino propone:

*¿Qué es quisicosa
que todos lo venden
y muchos lo gastan
y nadie lo entiende?*[liii](#)

Benito se rasca la cabeza intentando averiguar de qué se trata.

—Me rindo.
—Muy pronto —se queja Faustino, sentado en una piedra con la espalda apoyada en un árbol—.
—Piensa un poco,
Benito pasea de un lado a otro haciéndose el interesante. De pronto se vuelve y responde:
—¡El dinero!
—¿Y por qué?
—Porque con él se compra y se vende y se gasta si se tiene; pero nadie sabe de dónde viene
—contesta satisfecho del pareado que le ha salido sin querer.
—Pudiera ser Benito, pudiera ser; pero no es.
—¿Y qué es entonces, pregunta el chico con curiosidad?
—Es el ingenio —levanta la vista y contesta, dejando a medias el dibujo de un pez que con una ramita está haciendo en el suelo—. El ingenio que también se llama chispa y que solo tiene la gente aguda, pero todos presumen de él haciendo ver que lo tienen y que lo gastan ¿Quién entiende de dónde viene? Eso sí que no lo sabe nadie.
—Muy retorcido el acertijo —se queja Benito consciente de que no lo hubiera averiguado nunca. Enseguida se repone, se sienta al lado de su amigo y propone el suyo:

*¿Qué's cosi-cosa:
que anda en el alma y nunca reposa?*^[liii]

—El miedo —discurre Faustino con rapidez.
—No, eso no es —termina el dibujo con otra ramita mientras espera.
—La esperanza.
—Tampoco.
—Los recuerdos.
—No, no.
—Pues... me rindo.
—Vaya con el ingenioso —se burla Benito—. Es el amor. Lo llevamos dentro del pecho, hace latir nuestro corazón, nos da vida y también la esperanza que acabas de nombrar.
—Bueno, Bueno, vale. Tienes razón. Ahora me toca —Faustino piensa.

*¿Qué es aquel que anda y anda
y jamás nunca traspone?*^[liiv]

—Retruacas con una más difícil que antes. Veo que no te gusta perder.
—Deja de quejarte y adivina.
—No sé. Esta vez si que no tengo ni idea.
—A ver... Anda y anda y da vueltas y nunca va a ninguna parte...
—Un burro moliendo.
Faustino se carcajea.
—Aunque no has acertado ni de lejos te diré que la cosa va de molienda.
Por la sonrisa de oreja a oreja que ve pintada en la cara de su amigo, Benito intuye que la pista ha sido grande. Piensa...
—¡Un molino! ¡Un molino de viento! —Agita sus mano alocadamente pero al poco para,

pensativo y cabizbajo. Después, malhumorado, borra el dibujo que ambos habían hecho en la arena.

—Bueno...; y que te pasa ahora, Benito.

—Nada.

—Uno no se entristece por nada.

—Es que lo del molino me ha traído recuerdos de Clara, que es como mi novia se llama. Trabajaba en un molino...; en uno de agua.

—¡Vaya! —Le pone la mano en el hombro para intentar confortarlo.

Benito lo mira y decide hablar de lo que le lleva meses quemando en el pecho.

—Tú me dijiste un día que eras de un pueblo de *Aragón*.

—Sí, de un pueblo pequeño.

—¿Y no dejaste en aquel pueblo ninguna moza bebiendo los vientos por ti?

—Me marché muy pequeño. Éramos pobres. Mi padre conoció a Gael en una posada en la que trabajaba en las caballerizas y me ofreció como sirviente viendo que habría de tener mejor porvenir con él que el de morir de hambre en mi casa.

—¿Es que tú nunca has estado enamorado?

—No, nunca.

—Pues es lo que pierdes y también lo que ganas.

—Supongo que ya me tocará el día, como a todo el mundo —Faustino vuelve al tema—. Y dices que tu novia se llama Clara... Supongo que será muy bonita.

—Más que bonita —responde orgulloso Benito.

—¿Y no tienes en esa cabeza ingeniosa unos versos que dedicarle ahora que eres aspirante a juglar? —Le da con los nudillos dos coscorrónes cariñosos.

El muchacho se exprime los meollos y se levanta para declamar nerviosamente, haciendo de sus penas versos:

*Como vivo ausente
del bien que adoro,
aunque todo me sobra,
me falta todo.* [\[vi\]](#)

Y como le parece poco, engancha al vuelo otro poema.

*¡Ay!, luna, que reluzes,
toda la noche me alumbres.
¡Ay!, luna, que reluzes,
blanca y plateada,
toda la noche me alumbres
a mi linda amada.
Amada, que reluzes,
toda la noche me alumbres.* [\[vii\]](#)

Como Faustino no dice nada, pregunta de nuevo:

—¿Y cómo es que Gael no te ha enseñado a ti para juglar y se ha empeñado conmigo?

El muchacho se levanta y se pone a bailar torpemente, haciendo burla de sí mismo.

—Soy buen sirviente, sí señor; pero mi madre me parió negado para la música. No tengo ritmo —hace una reverencia exagerada; tanto se agacha que se trastabilla y cae.

Ahora es Benito quien ríe a gusto sin darse cuenta de que Faustino lo ha hecho adrede para conseguir apartarlo de la melancolía que se le estaba asomando a los ojos.

Al mediodía de la tercera jornada cruzan la puerta principal de las murallas de *Tripoli*. No se cumplieron las expectativas de Martín de conocer al príncipe. No hubo recibimiento, ni recepción oficial. *Bohemundo* se reunió con los *Hermanos Hospitalarios*; también con representantes de la *Orden del Temple* y con emisarios de los aliados persas con los que estaba en tratos. Eso, Martín lo supo por los rumores que circulaban de un lado para otro por toda la ciudad. En esos mentideros averiguó también que el autoproclamado rey de *Jerusalén* hacía tiempo que daba por perdida la ciudad. *Baibars* contaba con un ejército diez veces superior al suyo en el que no había divisiones ni fisuras. *Bohemundo*, un hombre de treinta y un años al que apodaban *el Hermoso*, estaba demasiado solo. No era del agrado ni de los genoveses ni de los pisanos; y era consciente de que no podía erigirse en defensor de una causa perdida. Por eso, la inesperada propuesta de una tregua parecía ser la única vía de salvación para el principado, aunque fuera a muy alto precio.

A la mañana siguiente, la comitiva, formada por unos cincuenta hombres con el príncipe a la cabeza, parte hacia el lugar señalado para las negociaciones: una llanura cercana a la ciudad fronteriza de *Akkar*. Después de un caluroso día de viaje llegan al lugar en el que se ha acordado el encuentro. En ella se encuentra desplegado un inmenso campamento sarraceno. La guardia de la colina da el aviso y, cuando llegan a la entrada, los cristianos son recibidos por un destacamento que, sin mediar palabra, les franquea el paso y los escolta hasta unas jaimas anexas a la del sultán, donde encuentran vituallas y abundante agua. Después de reponer fuerzas, un oficial se persona ante *Bohemundo*. Se presenta como el traductor y lo insta para que reúna al grupo que va a presenciar las negociaciones. Al poco, Martín y los demás presencian cómo diez hombres entran bajo el inmenso toldo de la tienda de *Baibars*. Cae la noche en el desierto. Se duerme la luz en las cosas. Refresca y ya casi nadie, salvo los guardias, está a la intemperie. Las horas pasan lentas, plomizas, sin que haya noticias de lo que está ocurriendo. A eso de la media noche hay movimiento en la puerta de la tienda de Martín. Es Gael, que viene muy bien acompañado.

—Mira, amigo, lo que nos han mandado por cortesía del infiel —a su lado van dos jovencitas con el rostro tapado por un velo. Rien por lo bajo—. Esta se llama Zareen —señala a la que está a su derecha—, y esta otra Nuha —al otro lado—, o eso creo; porque yo ni una palabra sé de su lengua y ellas menos de la mía. Pero, venga, dejémonos de presentaciones. Escoge la tuya; aunque si no te importa te diré que yo tengo predilección por las mujeres un poco rellenitas —mira a su izquierda y abraza a la mujer por la cintura, palpando bien sobre las voluptuosas gasas de su vestido—. Ya sabes lo que se dice: donde haya buena carne que se quiten los huesos. —Se carcajea y ellas, con risitas nerviosas, lo imitan.

El pasmado Martín consigue por fin salir de su asombro.

—Pero, ¿qué estás diciendo, majadero? ¿Acaso te has vuelto loco? Llévate a estas mujeres de aquí si no quieres que nos veamos envueltos en un problema; que tal como están las cosas era lo que nos faltaba.

—Te equivocas de medio a medio —replica Gael muy resuelto—. Estas hembras nos vienen por cortesía del mismísimo sultán, cuya hospitalidad es legendaria.

El caballero no lo escucha.

—Que te vayas te digo —le ordena enfadado.

—Veo que no lo entiendes; pero yo te lo explicaré encantado, si es que te calmas un poco.

Martín resopla, pero calla al fin.

—Que son cortesía de *Baibars* y hemos de honrarle aceptando el presente que nos ofrece. De no hacerlo así puede sentirse ofendido y entonces sí que tendremos un problema. Además, estas muchachas vienen a lo que vienen. ¿Te imaginas lo que les harían si no consiguen complacernos? No quiero ni pensarlo —sentencia con un gesto teatral que hace que las dos chicas dejen de sonreír y pongan cara de preocupación, como si hubieran entendido algo.

Martín reflexiona y al cabo de un momento les franquea la puerta de la jaima en la que lo han alojado. Gael se escurre discretamente con Nuha detrás de un grueso cortinón. El caballero se queda frente a frente con la otra mujer, que baja la vista avergonzada. Pronto la levanta y hace una pregunta en la que el joven no conoce ni una palabra y sin embargo, por la expresión, comprende plenamente su significado. Quiere saber qué es lo que no lo complace. Confundido, balbucea una disculpa y la invita a acomodarse en unos cojines. Los otros dos ya retozan y se oyen murmullos, jadeos y risitas. La mirada de Zareen es concluyente: ellos deberían estar haciendo lo mismo. Lo comprende por fin el muchacho, evocando viejas historias murcianas y con la mujer termina entrando también tras unos cortinajes.

Antes del alba se forma un gran revuelo en la zona de jaimas donde se han recogido los miembros de la comitiva cristiana. Martín y Gael, como los demás, salen corriendo alarmados por la algarabía. Alessio está junto a un *Bohemundo* terriblemente crispado. Enseguida, el hospitalario, da cumplidas explicaciones:

—¡No ha habido acuerdo! —sentencia sensiblemente abatido. Las cuatro palabras se propagan entre murmullos—. Nuestro príncipe no ha aceptado las descabelladas exigencias del sultán —mira a su señor, que asiente para que siga hablando en su nombre—. *Baibars* nos garantizaba una paz duradera a cambio de que le cedieramos el gobierno de todas las tierras de *Antioquia*.

Los murmullos crecen. Se oyen insultos hacia el sultán y también alguna blasfemia. *Bohemundo* interviene:

—He dicho que no. Por supuesto que he dicho que no. Los cristianos no vamos a ceder en un día lo que hemos ganado en años de lucha. ¡Habrà guerra!

—Los cuchicheos tornan en parabienes para el príncipe.

—Tranquilos, tranquilos todos —ruega Alessio—. Nos han dado tres horas para traspasar la frontera. Hemos de partir inmediatamente.

En las semanas siguientes se repitieron las escaramuzas y los asaltos de aldeas tanto de uno como de otro bando. Parecía como si la reunión de la llanura de *Akkar* no se hubiera celebrado. Sin embargo, los espías que regresaban de territorio enemigo y los correos que llegaban al *Krak* desde *Tripoli* coincidían en que el grueso del ejército de los mamelucos se estaba desplazando hacia el norte, aunque lo hacía dividido en varias facciones que se movían independientemente por lo que era muy difícil precisar su localización. Antes de terminar el año se produjo un ataque brutal de los musulmanes sobre *Cilicia*, derrotando a los armenios, principales aliados de *Bohemundo*. El ataque fue una auténtica carnicería: *Baibars* arrasó ciudades y aldeas, esclavizó a la población y se mostró extremadamente cruel con los prisioneros sembrando de sangre los caminos. El paso siguiente del sultán estaba claro; reforzada la moral de sus huestes por fáciles victorias se atrevería a atacar *Antioquia*. Desde *Tripoli*, *Bohemundo* mueve sus fichas; y una de ellas son los hermanos del *Krak* que se movilizan hacia el norte en pequeños grupos para unirse al grueso del ejército cristiano.

El quince de febrero, la partida en la que van Martín, Gaspare y Gael, formada por unos cuarenta hombres, es acorralada en un paso entre montañas. Los hermanos son masacrados y los pocos que sobreviven huyen al desierto. Decenas de saetas silban en el aire. Gaspare es abatido por la espalda durante la huida y Faustino es capturado porque su mulo se encabrita herido por una flecha y lo lanza al suelo, donde se queda paralizado, con la cara desencajada por el miedo. Benito echa la vista atrás y ve con impotencia cómo los infieles se abalanzan sobre su amigo, que grita aterrorizado. Una vez más la vida no le deja al muchacho más posibilidad que la huida hacia delante. Por suerte, su señor está con él y su improvisado maestro de trovas también. Los tres, junto a un pequeño grupo de hombres, consiguen después de un desesperado viaje por tierras enemigas, atravesando lugares agrestes, viajando de noche para evitar encontronazos, cruzar la frontera y llegar a *Antioquia*, donde se reencuentran con *Alessio*.

A principios de abril, de vuelta en el *Krak* en busca de refuerzos, el mazo de la desgracia golpea a los hospitalarios de la manera más terrible: Alessio es asesinado mientras duerme. Un traidor pagado por el enemigo le asestó una puñalada en el pecho, sin darle la menor oportunidad de defenderse. La desolación y el abatimiento se propagaron entre los de *Hermanos de San Juan*. La sensación de impotencia ante la muerte el hombre de confianza del gran maestro era un presagio de derrota que se paseaba de boca en boca por todos los rincones de la fortaleza. Martín, cada vez más solo, cada vez más convencido de la inutilidad de la lucha ante las sucias artimañas de *Baibars*, vivió en aquellos días los momentos más amargos de su estancia en *Oriente*. Los poemas de Gael de la *Provenza*, puestos en boca de Benito, reflejaron de manera fiel sus sentimientos.

*De todo cuanto, supe nada sé,
de acuerdo a como veo que va el mundo;
lo que yo pienso tengo que volverlo a pensar
igual que si nunca yo lo hubiese pensado:
pues ahora veo lo que nunca vi
y oigo cosas que nunca oí.
[...]
Yo no daría nada por vivir
en este mundo más de lo que ya viví. [\[lvii\]](#)*

—Tus versos son desoladores.

—El muchacho lo ha hecho bien —sentencia el trovador, satisfecho de la afectada entonación con que su aprendiz ha declamado. Están los tres en la muralla, cerca del gran foso de agua, a la luz de una antorcha, contemplando el lienzo negro de la noche que se extiende ante ellos; noche sin luna y sin estrellas, porque hay nubarrones de una tormenta que empieza a centellear a lo lejos.

El chico suspira aliviado al ver que se le reconoce el mérito. Lo agradece y se va. Martín sigue ensimismado en la sensación que le ha producido la poesía.

—Son desgarrados, pesimistas y llenos de aflicción. ¿Acaso tú no viniste a estas tierras a buscar epopeyas de heroicas gestas guerreras?

Gael por fin hace caso.

—Aquí no hay héroes, sino gente que da su vida por confundidas causas. No flamean los

estandardes enarbolados por la mano de un guerrero singular, sino que los sostienen hermanos a los que Dios manda a una muerte segura para que sean mártires inútiles cuyos nombres se perderán en la historia. Aquí... aquí no hay nada que hacer —abatido, el poeta se apoya en las piedras frías de la muralla, cierra los ojos y repite con total convencimiento—. ¡No hay nada que hacer! La derrota está llegando antes que la propia batalla.

—¿Quieres decir con eso que Dios nos ha abandonado? ¿Que ya no hay un porqué que sostenga lo que se ha construido con tanta sangre?

Gael responde totalmente convencido.

—Si encuentras un porqué para vivir, siempre encontrarás el cómo; pero si no hay causa, tampoco hay efecto. Mi porqué se ha esfumado; el de los hermanos agoniza... —duda en preguntar, se decide—. ¿Y el tuyo?

Martín reflexiona sobre lo que acaba de oír. Pasea meditabundo porque las palabras de su amigo le están haciendo mella. Mientras, este lo contempla escudriñando en sus pasos lo que puede estar pasándole por la cabeza. Tras unos largos minutos en silencio, súbitamente, el caballero se vuelve, camina resolutivo a su encuentro y recita:

*Solía ser bienquerido
que ahora no,
que no soy yo:
soy sombra del que murió,
soy ánima que anda en pena
fuera de sepultura,
soy una voz que no suena
en la noche más oscura,
aquel que hubo ventura,
otro que en dicha se vio:
que no soy yo,
que no, no,
soy sombra del que murió.* [\[lviii\]](#)

Luego pregunta, ante el asombro de quien lo escucha:

—¿Qué día es hoy, Gael?

—Cuatro de abril.

—Cuatro de abril... —murmura pensativo el joven.

De pronto, echa mano a la empuñadura de su espada y la saca de su vaina para susto del trovador, que se estremece. La blande en el aire, la agita y tras un giro violento la suelta. El acero vuela en la noche y va a caer al agua del foso para irse al fondo.

—Pero, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Esa espada me la regaló Alessio... Debe quedarse en el lugar al que pertenece.

—¿Y...? —Pregunta tímidamente el poeta, incapaz de comprender.

—Mi tiempo en esta tierra se ha cumplido. Mis pecados han sido pagados con sangre y dolor. Y si no es así, los pagaré en el infierno —le pone el brazo sobre el hombro y lo aprieta con fuerza para revelarles lo que ha decidido—. Vuelvo a *Sevilla*, amigo mío. Regresaré a buscar mi porqué. Y tú, mi querido trovador, harías muy bien en venir conmigo —en su mano toma el pañuelo

bordado que le regalara su amada mientras Gael lo mira boquiabierto y responde;

—A *Sevilla* no, que sí a *Chipre*. Tampoco aquí me queda nada por ver.

—¡Que dios te guarde!

—¡Que nos guarde a los dos!

Parte cuarta

Capítulo 11

Se marchitaron sus ojos

En pálida y fría niebla

Es abril también en *Sevilla*: primavera calurosa que ha hecho florecer los campos y las plantas de las macetas que adornan las casas. Las lluvias de marzo han permitido que sea especialmente bondadosa y que la promesa de abundantes frutos tiña de colores los árboles. Por todos los lugares ha irrumpido la estación, agasajando las vidas de los sevillanos. Por todas partes derrocha hermosura, excepto en uno en el que no ha conseguido entrar: un convento de *Carmona* donde Candela ha encerrado su tristeza. Tras las rejas, en los patios y en el claustro, las flores blancas de las margaritas, de las milhojas, de los crisantemos, son copos de nieve en sus ojos. Allí —recuerda mientras las mira— la habían enviado con mucho secreto las hermanas del *Convento de Santa Clara* cuando buscara refugio después de separarse de su padre. No había querido marcharse con él quién sabe adónde, alejándose de *Sevilla* para siempre. Protegida por la fingida continuación de su noviciado, había encerrado en el corazón todos sus desvelos, esforzándose por adaptarse al ritmo de la institución que la había acogido. Con Candela está, como no, Clarita, de sirvienta de las monjas. De las veinte que allí viven, fueron sor Inés y sor Ángela las que se hicieron cargo de su formación, junto con la de otra novicia llamada Aurora. Entre las tres habían construido el pequeño mundo de Candela. La primera era la monja encargada del cuidado del huerto y con ella había encontrado la manera de calmar los nervios que la devoraban a través del cansancio que da el trabajo del campo. Paseando su vista por las lechugas, las cebollas y los puerros, la muchacha evoca la cancioncilla que la vieja y rechoncha jardinera suele canturrear mientras labra la tierra:

*Las quatro fuentes claras que del prado manavan,
los quatro evangelios, esso significavan,
ca los evangelistas quatro que los dictavan,
quando los escrivién, con ella se fablavan.*

*La sombra de los árboles, buena, dulz e sanía,
en qui ave repaire toda la romería,
sí son las oraciones que faz Santa María
que por los pecadores ruega noche e día.* [\[lix\]](#)

El poema la transporta muchas veces junto a la fuente de los álamos con su agua clara y

fría como la del invierno permanente en el que ella vive, casi el año cumplido.

Vuelve a su celda y en la mesa contempla unos manuscritos de su propia letra; pues la otra monja, la responsable del cuidado de los libros, ha dedicado mucho tiempo a enseñarle el arte de leer y de escribir. Y la muchacha ha resultado ser una alumna aventajada que, teniendo su cabeza ocupada en abecedarios, ha distraído así el sufrimiento de la espera.

Abre Candela el legajo con la intención de leer cuando entra Aurora y, viéndola encandilada, no la interrumpe. Se sienta en un taburete y escucha:

*¡Ay, olas que vine a ver!
¿No me sabría decir
porque tarda mi amigo
sin mí?
¡Ay, olas que vine a mirar!
¿No me sabría contar
porque tarda mi amigo
sin mí?*^[Lx]

Candela descubre el rubor en las mejillas de su amiga que, nerviosamente, la aconseja.

—No debieras alimentar esperanzas con esas olas del mar que parece ver desde esta celda. ¿De dónde has sacado esos versos?

—De unos libros que sor Ángela guarda a buen recaudo. Dice que son de un poeta de su tierra.

En ese momento llega Clara para avisarlas de que es hora de comer y las están esperando en el refectorio. Ella también se ha quedado en el convento y trabaja en las cocinas. No ha querido separarse de su ama porque presiente que sea cual sea el futuro que las aguarda habrá de venir para las dos y a las dos habrá de encontrar juntas.

Por la tarde, después de los rezos, las dos novicias vuelven a encontrarse en el huerto, donde sor Inés las ha mandado a limpiar las malas hierbas.

—¿No consigues olvidarlo? —Pregunta Aurora desde la inocencia de su cara redonda enmarcada por el hábito. Hace calor y están al sol. La muchachita, con la azada en la mano, ha comenzado a sudar y se descubre la cabeza, dejando ver una cabellera negra que aún no se ha dejado cortar.

—¿Acaso tú has olvidado lo que te trajo aquí? —Responde resultona Candela, que se sabe también confidente de su amiga.

En efecto, ambas ocultan bajo los hábitos blancos historias grises. Si Candela ha traído con ella un amor devastado por las circunstancias, Aurora huye de un matrimonio de conveniencia que su familia había pactado con un hidalgo viejo y baboso. Solo el hecho de imaginar sus manos cerca de su piel la había espantado tanto que huyera con su honra íntegra; pero con la de su familia destrozada.

—Nuestro Señor Jesucristo nos esconde a las dos de nuestros miedos y a Él nos hemos de entregar para agradecerle su protección —dice desde su mentalidad de niña que aún no ha padecido los despechos del amor.

Candela calla y sepulta sus preocupaciones en la tierra que está removiendo alrededor de las cebollas. Sin embargo, en su imaginación, una frase que oyó en alguna parte la martiriza: “la felicidad consiste en llegar a ser lo que se ha querido ser”. Las dos están allí precisamente por

haber soñado con hacer realidad esa frase. Comprende entonces que el corazón de su amiga está tan arrasado como el suyo. El hecho de que no se haya cortado la trenza manifiesta que las palabras que ha pronunciado no tienen la solidez que la novicia desearía. Aurora parece haberse dado cuenta.

—Los males de amor no tienen cura, pero es peor cuando no se ama —es como si con esta frase quisiera disculparse ante el mismísimo Dios, porque es consciente de que Él ha de saber que aún no está preparada.

Por la noche, cuando Candela se queda sola, los pensamientos vienen a pasearse burlones por la atmósfera muda de su cuarto. Una bujía de aceite estrella las sombras que el viento mueve contra las piedras del muro en el que pende su único habitante: un crucifijo de madera y hueso en el que la cabeza del Cristo mira al suelo. Ella le habla, pero el Dios-hombre no se ha dignado nunca a mirarla.

—Tu corona de espinas se me clava en la frente. Uno por uno, los pinchos me hacen llagas por las que supuran presentimientos que me acortan la vida.

Entonces se pregunta si hizo bien aquel día en el que se paró en el camino de Portugal para decirle a su padre que no se iba; el día en que se volvió a *Sevilla* sin hacer caso a sus advertencias primero y luego a sus súplicas.

Repite la primavera sus señales de modo idéntico a aquella en la que vio marchar a Martín y, aunque está por todas partes, su llegada es signo de duda incipiente y asoladora. ¿Vendrá? ¿Estará en camino? ¿La habrá olvidado ya? ¿Estará enfermo o malherido? ¿Cumplirá su promesa? ¿Habrá muerto por cumplirla? ¿Habrá muerto y ya no estará entre los vivos?

Vuelve a tomar el manuscrito en el que guarda algunos versos que ha ido descubriendo y lee en silencio:

*Decidme, ay hermanitas,
¿cómo contener mi mal?
Sin el amado no viviré:
¿adónde iré a buscarlo?*

*Mi corazón se me va de mí.
Oh Dios, ¿acaso se me tornará?
¡Tan fuerte mi dolor por el amado!^[Lxi]*

—...¿Cómo contener mi mal?...

Los muros del convento no tienen paredes lo suficientemente gruesas para impedir que sus pensamientos huyan a buscarlo. Salen y vuelan de *Carmona* a *Sevilla* y de allí al castillo de Valmayor y a *Cantillana* y al molino que ya no existe y al manantial que no deja de cantar penas y de llorarlas en gotas de agua que salpican de la fuente. Allí se mueren ahogadas sus cavilaciones; porque saben que si no, lo harán en el mar inmenso que se ha llevado a Martín.

—*Oh Dios, ¿acaso se me tornará?* —Vuelve a preguntarle al Cristo impertérrito que le niega la mirada—. *Tan fuerte mi dolor por el amado* que es la espina más hiriente que se me clava en la sien. Cada noche que pasa se aprieta más mi corona alrededor de mi cabeza.

*¡Y no tengo conmigo a nadie que me guarde,
salvo mis ojos, que lloran conmigo!
¡Y estoy enamorada!*

*¡Y no tengo conmigo a nadie que me guarde,
salvo mis ojos que ambos lloran!
¡Y estoy enamorada!^[lxii]*

Se apercibe de pronto que su soledad y sus tristezas son compartidas por Clara y por Aurora, cada una de las dos atrapada en sus propias penas. Y recuerda unos versos de su antigua sirvienta:

*¡Ay que non ay, mas ay que non era
quien de mi pena se duela!*

*Madre, la mi madre,
el mi lindo amigo,
moricos de allende
lo llevan cativo:
cadenas de oro,
candado morisco.*

*¡Ay que non ay, mas ay que non era
quien de mi pena se duela!^[lxiii]*

Y otros que Aurora le ha enseñado.

*Agora que soy niña
quiero alegría,
que no se sirve Dios
de min mongía.*

*Agora que soy niña,
niña de cabello,
me queréys meter monja
en el monesterio:
que no se sirve Dios
de min mongía.*

*Agora que soy niña
quiero alegría,
que no se sirve Dios
de min mongía.^[lxiv]*

En noche, siente los ecos de tres voces que con versos diferentes cantan la misma canción: la de la soledad encerrada allí dentro, la del invierno eterno, la de la primavera que no termina de

irrumper en el convento. Después de tanto trasiego de reflexiones baldías, Candela es vencida por el sueño del mismo modo que lo es su amiga Aurora. La mañana las resucita a las dos y las libra de las pesadillas que han tenido y que olvidan en los primeros minutos de vigilia; pero las angustias atrapadas en el subconsciente que se han asomado en sus sueños y han campado a sus anchas se quedan agazapadas esperando que la oscuridad vuelva a liberarlas.

Tocan a *prima* mientras Candela se viste el hábito blanco. Se apresura a arrodillarse apoyando sus antebrazos en el jergón y a cruzar las manos para rezar al alba agradeciendo el nuevo día que llega. Pero ese agradecimiento une ella la petición de que su amado contemple salir el mismo sol de la misma manera que a ambos los observaba la misma luna enredadora. Llamen a la puerta y abre. Es Clara que, con semblante preocupado, viene a decirle que la madre superiora la requiere en su despacho. Acude apresuradamente y a cada paso sobre el empedrado del claustro aumenta su inquietud. Ha pasado algo, ha pasado algo malo, le ha pasado algo malo a Martín... Cada paso es un vaticinio rasgado en la correspondiente losa gastada por el tiempo. ¿Por qué habría de ser algo malo? ¿Y si es él en persona el que ha venido a reclamarla? ¿Y si ha venido antes de que cumpla el tiempo? El pie derecho afirma una cosa y al momento el izquierdo la convierte en la contraria haciendo largo el camino. El sol ha salido ya y alumbra tímidamente en el patio. Por entre los arcos se cuele el día haciendo avanzar la sombra oblicua de Candela sobre la pared como un fantasma que la sigue, curioso por saber qué pasa.

La novicia llama a la puerta y espera la orden para entrar.

—Pasa, hija mía —escucha tras unos segundos la voz temperada de la vieja superiora.

Entra temerosa y se topa con un rostro tan arrugado que cualquier expresión se borra entre los profundos surcos. La sonrisa que bosqueja parece una mueca que oculta la simpatía o la bondad que pudiera tener para transformarla en un signo de interrogación.

—¿Qué deseáis de mí, madre? —Pregunta, intentando disimular su ansiedad.

—Espero que tu estancia entre nosotras esté siendo placentera —sor Prudencia comienza haciendo buen uso de su nombre—. Sé que trabajas duro en la huerta, que has aprendido a leer y a escribir con solvencia...

La muchacha intuye cierta ironía en las palabras y se siente aliviada porque concibe la idea de que ha sido llamada para ser reprendida por la lectura de algún libro prohibido que ha escabullido a sor Ángela o por los poemas que ha copiado en el legajo que guarda bajo el jergón. Inventa una disculpa que aparte de la responsabilidad a su maestra; pero es interrumpida rápidamente.

—A esta vieja no se le escapa nada de lo que pasa dentro de estos muros. Si no hubiera querido yo que leyeras lo que has leído o que escribieras lo que has escrito da por seguro que no lo hubieras hecho —y después de la sentencia que le ha servido para hacer callar a Candela, continúa donde lo había dejado—. Sé que rezas con fervor a Dios Nuestro Señor y también que tus rezos no van encaminados a que él te abra el camino del convento, sino que se dirigen allende los mares.

Sorprendida en su secreto, la novicia es incapaz de hablar; pero por su cabeza desfilan las dos únicas personas que conocen su pasado: Clara y Aurora.

La superiora le está leyendo el pensamiento.

—No, a esta vieja no se le escapa nada aquí; pero fuera hay otro mundo que no puedo controlar y que a veces llama a la puerta para inundar de problemas nuestra paz.

El semblante de Candela refleja una confusión total.

—Maese Santiago de Campos ha estado ayer aquí.

El nombre la asalta como una revelación ambigua que la vuelve a arrastrar a las preguntas que viven en sus miedos.

—¡Martín! ¿Ha venido? —El silencio es denso y conlleva otra pregunta—. ¿Ha muerto?

Sor Prudencia corta por lo sano cualquier esperanza de noticias de una forma seca:

—Nada se sabe de él; absolutamente nada.

—Entonces... no entiendo... no entiendo nada. ¡Hablad, por Dios! La angustia me está devorando.

— Los caminos del Señor son inescrutables —una anciana siempre halla tiempo para retorcer las palabras en el lugar en el que la juventud las alinea con presteza—. Sus palabras me han confundido tanto que no sé si ha venido con la intención de protegerte o de hacerte daño.

La monja desgrana los pormenores de la entrevista con el maestro de armas y lo hace con una estremecedora noticia:

—Tu padre ha muerto hace dos meses. Dieron con él en un pueblo de Portugal los cazadores de recompensas y le trajeron su cabeza al rey.

Esta información hace saltar por los aires la templanza simulada de Candela, que rompe a llorar y, entre sollozos, defiende la inocencia del molinero e implora para él misericordia, cayendo de rodillas en el duro suelo del despacho de la superiora, que se levanta para ayudarla a incorporarse. La conforta con un abrazo y ambas se sientan en un banco. Las palabras de la joven arrojan sobre ella misma todas las culpas de las consecuencias que ha tenido su inoportuno amor.

—Esa es la noticia que ha traído don Santiago de Campos, unida a la historia que nos has ocultado durante todo este tiempo —Candela la mira con la súplica de un perdón en la mirada—. Pero eso no importa ahora. Lo que importa, tal como el maestro ha dicho, es que si él te ha podido encontrar también lo harán los hombres que te andan buscando para cobrarse sus buenos dineros.

Candela se atreve a preguntar:

—¿Entonces, vos no vais a entregarme?

Sor Prudencia intenta tranquilizarla:

—Aunque sabes bien que este convento necesita cuantos ingresos le vengan, no seré yo quien encale estos muros con oro manchado de sangre. Maese Santiago me ha pedido que me guarde bien de que nada de fuera te alcance y que también nada de aquí dentro salga; pero si he de serte sincera no puedo afirmar si sus palabras le venían de la cabeza, del corazón o de la espada.

—Madre, ¿qué debo hacer? —Pregunta la novicia, desesperada por la impotencia.

La monja habla con total claridad:

—Como mujer tienes precio para los hombres; pero como monja no valdrás nada. Si quieres conservar la vida es indispensable que tomes los votos cuanto antes. Vete y llora en tu celda la muerte de tu padre. Reza por él para que el Altísimo lo acoja en su seno. A la *hora sexta* me uniré a tus plegarias en la iglesia; tal vez así, entre las dos, hagamos más fuerza con nuestras oraciones. Otra cosa no saldrá de mi boca; que nada salga de la tuya tampoco.

Candela es incapaz de pronunciar una sola palabra. Tampoco puede construir ningún pensamiento congruente, porque las imágenes de su padre y de Martín se entremezclan en su cerebro lanzando frases atropelladas que no tienen sentido alguno; y si algo alcanza a entender en ellas es culpa por todo lo que ha pasado. Vuelve corriendo a encerrarse en su celda.

Nada más quedarse sola, la madre superiora abre un pequeño cajón y de él saca una bolsa de monedas que le ha dado Santiago de Campos. Tasa en ellas el precio de su silencio.

Uno de los días más largos de la novicia se le va entre llantos, rezos, dudas que la carcomen y una abrumadora soledad que la invade en cada esquina del convento. En su celda, a la *hora tercia*,

suplica al Todopoderoso que ordene a sus ángeles que vayan a *Oriente* a proteger a su amado. Al mediodía, acude a la iglesia del convento y junto a la superiora ruega por el alma de su padre, para que sea admitida en el cielo. Después de la comida, a la *hora nona*, Aurora la acompaña a su celda. Clara está barriendo junto a la puerta y las observa.

—Recemos juntas —la invita su compañera, mientras se arrodilla junto al camastro.

Candela la imita, agradecida por el gesto de su amiga. Ambas murmuran oraciones al unísono. Después de una fervorosa *Salve Regina*, Aurora se queda mirándola fijamente como si los ojos que está viendo fueran los de la mismísima Virgen María...y le suplica.

—Cuando venga tu amado a buscarte, llévame contigo —la confianza que pone en sus palabras contrasta con la congoja en la que Candela se ha sumido.

—Él no vendrá... —las palabras se asoman a su boca temerosas de su propia pronunciación, porque suponen asumir la sospecha y transformarla en realidad—. Aparta la mirada, consciente de que no quiere ser depositaria de las esperanzas de otra mujer porque las suyas apenas son ya la tenue llama de un cirio que amenaza con convertirse en una columna de humo grisáceo.

Pero Aurora suplica:

—¡Prométeme que me llevarás!

La insistencia de la novicia hace que Candela perciba el sufrimiento de su compañera de encierro.

—Te llevaré; te lo prometo —se da cuenta de que Clara las ha estado escuchando porque han dejado la puerta entreabierta y se dirige a ella—. A ti y también a Clara. Te prometo que os uniré a mi destino si es que este es venturoso; pero si no lo es habréis de apartaros de mi desgracia.

—Aurora sonríe satisfecha por lo que acaba de oír. No en vano ha estirado los sueños de su amiga para que la toquen también a ella.

—Y ahora márchate; no vayan a reñirte por estar aquí. Marchaos las dos.

Las muchachas se van con una ilusión que no consigue contagiarse el semblante serio de la mujer que se queda encerrada en la celda. Candela ve tan lejos la posibilidad de cumplir su promesa que ni siquiera le ha dado valor.

Por la tarde, entretiene sus penas con los trabajos de la huerta, hasta que la campana anuncia las *vísperas* que ya se intuyen en la luz mortecina. Las monjas vuelven a la iglesia y las novicias con ellas. Mientras reza de manera automática, sus pensamientos van a posarse a las sesgadas informaciones que le ha dado la madre superiora. El maestro Santiago la ha encontrado. ¿Cómo habrá dado con ella? Le resulta muy fácil contestar. Unas buenas monedas en las manos adecuadas lo habrán puesto en el camino de *Carmona*. ¿Por qué no habrá querido verla? ¿Qué pensará hacer con ella? Tampoco le resulta difícil la respuesta. ¿Para qué ha de verla si ella no tiene nada que el pueda querer salvo su propia vida? La superiora le ha dicho claramente que debe tomar los votos de inmediato por su propia seguridad. Para la novicia se van entreabriendo puertas que enfocan caminos totalmente dispares: quizás la piadosa sor Prudencia se haya compadecido de ella y quiera protegerla procurando lo antes posible su consagración a la obra. Al momento desconfia, empujada por las palabras que ha escuchado de la anciana una y otra vez: la que se tiene por saberlo todo puede estar también de vuelta de todo y buscar el beneficio del convento. Tal vez los dineros que dice necesitar le vienen de la mano del maestro Santiago y no de la recompensa por la entrega de unos fugitivos. No es consciente de lo bien que ha hilado; pero sigue proyectando sus pensamientos hacia adelante. Quizás el piadoso sea el de Campos que arrepentido del trato que ha dado a su pupilo quiere resarcirlo de algún modo protegiendo lo que este más quiere. Si eso es así significa que Martín está vivo; y si lo está regresará a cumplir su palabra. Mas la piedad no es

compañera de los caballeros de armas. Puede que lo que le acaba de pasar dentro del despacho de la superiora sea más truculento y retorcido. ¿Y si Santiago sabe que su maltrecho señor vive y vuelve y lo que quiere es evitarle el destino que lo trae de regreso? Sea como fuere, sus reflexiones la llevan a una encrucijada: si toma los votos se desposará con el Altísimo y no habrá retractación posible; pero si no los toma, si no se aparta, quizás alguien va a encargarse de quitarla del medio como la monja ha insinuado.

A *completas* reza por enésima vez antes de meterse en la cama. Se encuentra sumida en un bucle repetitivo que le multiplica las angustias. Tras mucho tiempo, sopla la vela para intentar dormir; pero la oscuridad es el más experto verdugo en torturas y el viento su mejor aliado. Aquella medianoche su zumbido es para Candela el batir de las alas del ángel negro que está buscando a su amado y pasa cerca del convento para burlarse de ella. Tocan a *maitines*. Como muchas noches, el viento rezonga sinuoso y silbante entre los árboles portando viajeros presagios funestos; pero esa noche lo hace con más fuerza, provocando que los presentimientos se cuelen en sus sueños amargándole el poco tiempo en el que su cuerpo y su mente encuentran descanso. En sus pesadillas, Aurora y Clara vienen corriendo hacia ella cogidas de la mano, riendo. En sus rostros viaja una noticia. Candela, engañada por el semblante de sus amigas, cree que le traen buenas nuevas; pero cuando se acercan sus palabras son de burla y sus risas, muecas. Vienen a mofarse de su desgracia: “No va a venir a buscarte”. “No va a venir nunca”. “La muerte le cierra el paso y no lo dejará salir de *Oriente*”. La muchacha se retuerce en el camastro, que cruje dolorido. Escucha entre el sueño y la realidad la campana que avisa a *laudes* en la madrugada y piensa que es la llamada al entierro que las mujeres presagian. Se despierta sofocada, sudando: para toparse con la negra cuadratura de la celda que la tiene atrapada. Enciende la candela de la mesita y escudriña en las sombras de las paredes, por la ventana; por ver si el delegado del demonio tuviera la misericordia de venir a por ella; pero las sombras no paran. Son cambiantes, peregrinas; se inflaman de gris con la llama, crecen, se retuercen para deformarse y desaparecen escurridizas en la noche que las ampara. La novicia intenta calmarse, sentada en la cama. Respira profundamente y busca bajo el jergón el manuscrito que guarda para cambiar sus miedos por melancolía:

*¡O tiempo bueno!, ¡o tiempo pasado!
Que toda mi gloria contigo as llevado.
Pues todos mis bienes contigo llevaste,
la dulce memoria ¿por qué la dexaste?*^[lxvi]

Se recuesta de nuevo con los pliegos sobre el vientre, los brazos cruzados abrazándolo y los ojos cerrados viajando por el limbo de sueños más benevolentes. Se duerme al fin.

Capítulo 12

Mas su corazón vivía alumbrando la promesa

Llaman al portalón principal del convento y Clara, que es la encargada a esa hora temprana del último domingo de abril, se despereza con el sonido estridente de la campanilla. Como cada vez que la oye, a la sirvienta se le viene a la cabeza el ensueño que en ella dormita:

*Llaman a la puerta,
y espero yo a mi amor:
¡que todas las aldabas
me dan en el corazón!*^[lxvii]

Sabiendo que sus presentimientos no tienen fundamento alguno, se levanta perezosa. La cruda realidad le ha enseñado que detrás del tintineo y de la cancioncilla siempre viene desilusión de toparse de bruces con las circunstancias de una vida que discurre ignorándola ella y también a su antigua ama. Después de escudriñar por la mirilla para asegurarse de que no hay peligro, abre, porque lo que ha visto a través de ella es a un niño del pueblo que trae y lleva los recados.

—¿Tú te llamas Clara? —Pregunta con inocencia.

—Sí —responde la muchacha muy sorprendida.

—Esto me lo han dado para que lo entregues a quien tú sabes. —Tiende un pergamino doblado, encintado y lacrado en rojo; alargando por su mano la sonrisa de quien tiene una moneda de cobre asegurada por cumplir bien el mandado.

El semblante de Clara es un signo de interrogación. El perspicaz mozalbete responde antes de que ella proponga:

—Me lo ha dado un caballero que dijo que entenderías.

La portera escruta el lacre que viene sin sello y después lo guarda en el mandil, sacando de otro bolsillo un mendrugo de pan al que el niño echa mano en un suspiro antes de marcharse corriendo. Cierra el portón y se da la vuelta volviendo a canturrear, cada vez más y más entusiasmada. Corretea a saltitos por el claustro hasta que se cruzan con ella dos monjas y la obligan a disimular. Cuando les da la espalda vuelve a desplegar su sonrisa y a avivar su zancada. Llega a la celda de Candela y repiquetea en ella con nudillos musicales.

—¿Se puede?

—Pasa, está abierto.

Cruje la bisagra de hierro, como cada mañana; pero esta vez los bríos de Clara le dan al quejido, alegría.

—¡Ama!, ¡ama...!

—Que ya te he dicho que no me llames así. Que ya no soy tu ama ni nada de eso. —Se vuelve

Candela, que estaba haciendo la cama.

—Teneos, señora, que traigo pescado fresco —remarca Clara mientras bate con su palma sobre el bolsillo del mandil antes de coger la carta. La saca, la hace volar en su mano por la habitación grisácea, como si fuera un pájaro, una paloma que llega—. Han traído esto para vos.

Si la paloma pudiera hablar contaría que ha venido en una valija de madera; que ha hecho un largo y accidentado viaje de cinco meses para encontrar al fin su destino en el castillo de Valmayor y cuyo destinatario no fue otro que maese Santiago de Campos; pero como no puede, ha de limitarse a enseñar la reseña escrita en tinta negra sobre su amarillenta piel. “Para Candela Bermejo, donde quiera que esté”.

—¿Qué pone? —Pregunta Clara, curiosa.

El latido que la carta lleva escrito se contagia al cuerpo de la novicia, que tiembla al tiempo que sus ojos informan a su corazón que es Martín el remitente.

—Vete ahora. Permíteme que la abra y que lea. Ordena nerviosamente, de nuevo convertida en ama.

Pero la sirvienta no está dispuesta a morir de incertidumbre.

—Solo decidme una cosa y me iré: ¿es de ellos?

Candela entiende y responde:

—De ellos es —hubiera bastado con la luz que lleva en el semblante—, Ahora déjame, que voy a leerla y cuando acabe te llamaré.

—Sí, señora.

Sin haberlo previsto, la primavera ha irrumpido en la celda haciendo del mustio lugar, florido recinto para las ilusiones de las dos mujeres. La puerta vuelve a crujir jubilosa y justo cuando Clara está saliendo, Candela le ordena.

—¡Ni una palabra a nadie!

Clara repite:

—Ni una palabra.

Cruje la puerta por cuarta vez y se cierra. La falsa novicia de corazón alborotado se precipita sobre el catre y resquebraja el sello. Ávida de noticias, lee; ojos brillantes que iluminan las letras, manos temblorosas que desenfocan las palabras:

“Mi querida molinera, mi amor ausente, mi Candela que no sé si aún permaneces encendida para mí:

En una celda pequeña de un gran castillo me encuentro, perdidos mis pensamientos en ti, presintiendo que la lejanía romperá nuestros invisibles lazos...”

—¡Como yo! —murmura la muchacha—. Luna refleja nuestros pensamientos contra las duras piedras.

“...Muchas vueltas le he dado en estos meses que hacen la mitad de mi destierro y, no pudiendo resistir más el suplicio de tu ausencia escribo unas letras que no sé si llegarán algún día a su destino. No hallando ideas para avivar tu esperanza busqué en un trovador que me acompaña por estas tierras perdidas palabras que fueran flores para ti, mas...

*Compuso una cantiga de amor
mi amigo ahora por mí,*

*que nunca una mejor hecha vi.
Pero, como es muy trovador,
compuso unos versos para el son
que me sacan el corazón.*

...mas no fui capaz de escribirlas aquí; pues fue tanta la emoción que puso en describir tus ojos marchitos de puro llanto, tus labios blanquecinos huérfanos de los besos que te quisiera dar, tu belleza ausente de luz por no tener amado que la contemple. Fue tanta la emoción, te digo, que en lugar de alegrar mi pluma me arrancó el corazón para enviártelo en un pergamino.

*Muy bien se hizo buscar
por mí allí donde la compuso,
loándome mucho y por mi prez.
Pero ciertamente por matarme
compuso unos versos para el son
que me sacan el corazón.*

Y después de presentarte como flor blanca cerrada en una noche sin luna — pues he de decirte que le he contado que Luna fue nuestra alcahueta— quiso mi amigo, por nombre Gael y por filiación de la *Provenza*, ensalzar los hechos heroicos en los que nos vemos envueltos. Mas advirtiéndome yo que las hazañas descritas son mentiras de juglar, he de cambiar los versos rimbombantes por la cruda verdad. Que no es este lugar en el que el Dios de los cristianos campe a sus anchas, que lo hacen el miedo, el dolor, el horror, la barbarie, la injusticia y cuantas virtudes torcidas se puedan atribuir a Satanás. Los niños, las mujeres, los ancianos, los campesinos, artesanos, mercaderes, las buenas gentes sencillas, sufren en sus carnes las conspiraciones y venganzas de unos y de otros. La guerra, te digo, no es como cantan las trovas, ni como recitan los romances; sino cruel, indiscriminada y su hálito tiene la pestilencia de la muerte...”

—Pobrecito...—Las lágrimas han brotado de los ojos de Candela y, en dos hilitos, bajan por sus mejillas interrumpiendo la lectura. Mira suplicante al Cristo que pende de la pared, pero este sigue empecinado en su imperturbable indiferencia. Se limpia el rostro con un pañuelo y continúa, más temblorosa que antes; afligida por el sufrimiento del amado, considerando que el suyo ha sido un camino de invierno largo; pero el de Martín debe ser un mar de llamas.

*“A buena fe, bien trató
de hacerla bien por mí,
y bien se lo agradecí.
Mas ved cómo me mató:
compuso unos versos para el son
que me sacan el corazón.”*^[lxvii]

Los versos que mi amigo hiló —los que no te mando— he de cambiarlos yo. De su melancolía he de arrancar regocijo por verte; porque en mi promesa sigo vivo. Tus ojos tristes han de tornar en brillos de alegría; en tus labios pondré el beso que flota ahora en el viento, el rojo de la sangre tornará en pasión cuanto vuelva...; porque

volveré, Candela, volveré...Las flechas del sarraceno han de torcerse a mi paso, las espadas y las lanzas se quebrarán antes de alcanzarme. Estoy vivo y existo por ti.”

—“Espérame Candela.” —lee y relee la última línea. Aprieta la carta contra su pecho y absorbe con fruición las dos palabras de su esperanza. Vuelve a mirar... No, no son las últimas. Hay otras tres más abajo: una posdata que dice: “Benito está conmigo”.

La alegría de la molinera se multiplica por dos.

—¡Entra, Clara, entra pronto! —Intuye acertadamente que la sirvienta no se ha movido de la puerta y así es, porque irrumpen en la celda precipitadamente.

—¡Ay, que se me va el ánimo a caminar por los montes! —Exclama sobresaltada, para quedarse luego hincada en el medio del cuarto, con la boca abierta sin saber si le van a dar miel o hiel.

A Candela le hace gracia verla tan tensa y expectante, con las manos nerviosas arrebuñadas en un trapo que trae prendido del delantal. No quiere hacerla sufrir más:

—¡Están vivos! ¡Vivos los dos! —Es miel lo que le ha dado.

—¡Ay, que se me va, que se me va...! —Se marea con la noticia y se tambalea hasta estar a punto de caer. La novicia le echa mano y la ayuda a sentarse en el camastro—. ¿Cómo es? ¿Cómo es? —Las novedades le han llegado a la cabeza a borbotones, como la sangre que la riega para ayudarla a recuperar la lucidez y, a medida que lo hace, la información se le vuelve parca.

*¡Tardases, amor tardases,
y no me olvidases!*

*Vaste, amor:
¡quién te viese tornar!
Muero de temor
que m'as d'olvidar.
¡Dios no dé logar
que tú me dexases
ny me olvidases!*^[lxviii]

—No nos han olvidado, Clarita. Mira, aquí lo dice —señala una línea en el pergamino que para la asistenta es uno más de los renglones negros. Su mirada es una súplica—. “Estoy vivo y existo por ti... Espérame Candela”. “Benito está conmigo”.

La imaginación de la criada pone esas palabras en boca de su añorado escudero y se echa a llorar desconsolada.

—Pero mujer...; ¿ahora qué te pasa?

Ella, hipando, contesta:

—Es la felicidad que me ha entrado por los oídos y después de llegar al corazón ahora se me sale por los ojos.

Candela ríe; pero, al punto, a ella también le brotan las lágrimas. Las dos se abrazan. A Clara las alegrías se le tornan penas por la distancia:

Pajarillos que, saltando,

*bebéis perlas, picáis flores;
id bolando a mis amores
decid que bibo penando.* [Llxix](#)

—Que sean palomas como esta las que vayan —remarca optimista la novicia mientras agita la carta —y que no lleven penas sino ilusión.

—Esperanza... —repite Clara respirando entrecortada porque quiere beberse la palabra.

—Y ahora recupera la compostura y márchate, que no ha de notársenos nada a ninguna — conmina Candela a la criada. El silencio es quien mejor va a protegernos. Ya se verá lo que pasa.

—Ya se verá —Clara, alborozada, se marcha. La alegría que impregnara la celda se va con ella, pues nada más cerrarse la puerta, los pensamientos grises vuelven a inundar la habitación. Candela analiza con toda la frialdad de la que es capaz todo lo que le ha ocurrido en los últimos días y se topa de bruces contra una rotunda contradicción. Aún no ha pasado una semana desde la llamada de la madre superiora inquiriéndola a tomar precipitadamente los votos para garantizar su seguridad a fin de que no acabara como su padre. El promotor explícito de tal encomienda había sido el misterioso Santiago de Campos. Y ahora, “un caballero” que no puede ser otro que él, se ha encargado personalmente de que le llegue una carta que la hace volver a soñar. Se retuerce la imaginación de la novicia por laberintos de cábalas que no tienen más soporte que sus miedos y sus premoniciones. El maestro, después de la llamada de sor Prudencia, había tomado la forma de un hombre compasivo, cabal, honorable, al haberse preocupado por ella después de haber sido la desencadenante de todo un cúmulo de desgracias para la casa de Valmayor. Aún a pesar de eso; seguramente por el amor que el maestro de armas sentía por su pupilo, había hecho lo que a Martín le hubiera gustado que hiciera, que no era otra cosa que ponerla a salvo. Pero la carta, el chiquillo que la había traído, lo que había dicho, cambiaba de repente toda esa perspectiva. Presentaba a un Santiago contradictorio, urdidor y falso. ¿Cómo era posible imaginar que el hombre que instigaba para que tomara los votos fuera el mismo que le daba motivos para que retrasara el momento? Parece claro que las cuentas de la molinera no conducen a ninguna parte.

—Ya se verá... —vuelve a repetir las palabras que pusieran fin a su conversación con Clara. Se abraza a la carta antes de esconderla.

Suena la campana llamando a la oración en la iglesia.

Al terminar los rezos, saliendo del templo hacia el claustro, sor Prudencia le sale al paso y la desvía hacia su despacho porque quiere hablarle. La muchacha se teme lo peor: que sepa que tiene una carta de Martín. Nada más entrar, la veterana monja se sienta en tras su mesa y se pone a colocar sin mucho afán unos pliegos mientras comienza un circunloquio:

—¿Cuánto tiempo llevabas como postulante en el *Convento de Santa Clara*?

—Prácticamente medio año.

—Medio año escaso, así me lo comunicó en su día la madre superiora. Y falta poco para que se cumpla un año aquí. En ese tiempo me consta que has avanzado en tu formación para la vida espiritual. La madre Ángela me ha informado que tu latín ha mejorado mucho y que perseveras en el estudio de la liturgia y en la observancia de las reglas de nuestra orden. Has aprendido a trabajar con recogimiento y, a pesar de algunas lecturas poco recomendables que son tan dadas a la juventud, creo que estás preparada para la profesión de los votos.

—Pero madre... —intenta interrumpir y no puede porque se le atascan las palabras.

Sor Prudencia lo tiene muy claro:

—Sí, sí, ya sé que lo habitual son dos años de noviciado, pero las circunstancias apremian y tu seguridad ha de ser lo primero. Es mejor una consagración prematura que... El obispo ya está avisado y nos dará instrucciones en breve. Has de acatar la voluntad del Señor, como hacemos todas. Y ahora retírate y rézale a Dios para que te acoja con bien a su servicio —sentenciosa, da por zanjado el monólogo y la despide.

La novicia respira tranquila al confirmar que sor Prudencia no sabe nada y se ha limitado a dar comienzo al plan que ya tenía concebido. Vuelve a la celda y toma la carta en sus brazos, apretándola una vez más contra el pecho, está contradictoriamente feliz. A pesar de que acaban de dictar su condena todavía tiene unos días de plazo para empezar a cumplirla. Es consciente de que tiene que hacer algo, de que no puede quedarse quieta. Se las compone, por medio de Aurora, para que Clara vaya a la celda. Tiene cosas muy importantes que decirle y puede que no tenga más ocasión.

Clara, que solo tiene ojos para los movimientos de la que fuera su ama, se persona de inmediato, con mucha discreción; tal como le han recomendado.

—Pasa, pasa pronto y cierra —ordena Candela.

—¿Qué tenéis mi ama? —Se presiente cosas malas y resopla del sofocón que trae.

—Recupera el resuello, que no se ha muerto nadie.

—¡Uf! —Vuelve a resoplar, pero esta vez aliviada. ¿Qué pasa?

—Di mejor ¿qué va a pasar?

—Pues eso, ¿que qué va a pasar? —Repite ansiosa la criada.

—Que me quieren meter monja a toda prisa.

—¿Y sabéis cuándo?

—Todavía no, pero creo que es cosa hecha.

—¿Y qué vamos a hacer? —Pregunta inocente de Clara, que se siente tan condenada como su ama.

—¿Te acuerdas del chiquillo que te entregó la carta?; el que te dijo que se la dio un caballero.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Pues es indispensable que lo encuentres para que te diga de qué caballero se trata.

—¿Pero vos no pensabais que era el maestro Santiago?

—Sea quien sea, es muy importante que hable con él. Si es maese Santiago está jugando conmigo porque es él también el que está incitando a sor Prudencia para que precipite mi consagración. Es necesario que sepamos qué es lo que trama. Búscalos, encuéntralos. Ven a llamarme cuando sea hora de la misa y te daré una carta para él.

—Como mandéis.

—Ahora vete. Que nadie te vea.

Clara se marcha y Candela se entrega a la escritura del que puede que sea su salvoconducto hacia el amor.

“Mándame el corazón hablaros, pues sospecho quién sois y desde unos versos prestados os digo que presiento que vuestro sufrir no ha sido poco; mas...

*Ojos tristes, no lloréis,
y si llorades, pensad
que no os dixeron verdad*

y luego descansaréis. [\[lxx\]](#)

Que no os dijeron verdad en lo que vieron lo certifico y a estas alturas sabréis —y si no, no lo sabréis nunca— que la ruina nos sobrevino por efecto de la mala suerte y no de la mala fe.

Y os rubrico que a mí...

*Perdióme el amor,
perdióme, ¡ay de mí!,
perdióme y dexóme así.* [\[lxxi\]](#)

Caballero misterioso, os confieso que de repente, en mis sueños, os volvéis ángel que me regresa un amor imposible y en mis pesadillas os convertís en demonio que lo aparta de mí. Y haciendo caso a mis sueños bondadosos os diría que obráis bien si en alcahueta os ha convertido la pena de un sentimiento que nació porque la luna lo quiso, aún en contra de mi voluntad. Y escuchando mis pesadillas, si es verdad que sois diablo enredador, os diré que si la felicidad de Martín pasa porque me borre del mundo y tome los votos lo haré sin chistar.

*Soledades miran
mi muerte viva,
que padezco ausente
por quien me olvida.* [\[lxxii\]](#)

Mas antes de una cosa o de otra digo que quiero hablaros y ver en los ojos vuestros si demonio sois u os volvéis ángel misericordioso.

Decid el dónde y el cuándo y allí estaré.”

Relee la carta, la firma, la dobla y la sella con cera. Se recuesta en el camastro. Su mirada se pierde por entre las rejas. Sus pensamientos lo hacen más lejos. Cierra los ojos e imagina que su cuerpo se vuelve aire en movimiento, viento de poniente que la empuja al encuentro de su amado, sobre un mar infinito de aguas oscuras, entre las nubes; bajo la luna que los ha embrujado a los dos.

*Lexos se van, madre,
mis pensamientos;
¡ay, Jesús, quién pudiera
partir con ellos!* [\[lxxiii\]](#)

Pero la razón es traicionera con los sentimientos y enseguida arremete con preguntas para las que no tiene respuesta. ¿Sabrá Luna dónde se encuentra? ¿Vendrá su barco cortando el mar a toda prisa para que pueda cumplir su promesa? Esas son las dudas más suaves, porque detrás vienen otras más amargas. La carta que ha recibido ha sido escrita hace varios meses, en plena guerra, en tierras enemigas. ¿Quién sabe si está vivo todavía? Quizás esté herido y no pueda hacer el viaje, tal vez esté enfermo... Y aún las hay peores: ¿Y si la ha olvidado? ¿Y si ha conocido a otra? ¿Y si...?

—¡Maldita sea! —Sacude la cabeza, se incorpora y se sienta en la cama. Le duele la piel porque el frío de la celda ha erizado el bello de sus brazos. No, no es de viento y no puede viajar

a su antojo. Es de carne dolorida y en su mano tiene la única paloma que puede volar.

Clarita vuelve, llama y entreabre la puerta.

—Es hora de misa, ama —se encuentra con la mirada reprendedora de Candela —Perdón —rectifica—: es hora de la misa —la observa y ve que tiene un pliego en la mano. Entra y espera.

—Busca al chiquillo y dale esto —le tiende el documento. La criada lo palpa y cree percibir que las palabras escritas le suben por el brazo hasta el cerebro para impulsarla a pensar que allí dentro también va lacrado su futuro—. Que se lo haga llegar al caballero, sea quien sea —luego busca bajo el jergón—. Toma estas dos monedas. Dale una y enséñale la otra. Dile que se la darás cuando la misión esté cumplida.

—Haré a pies juntillas lo que me mandáis —se compromete con sinceridad la criada.

—Sé discreta y cuidadosa. Que nadie sospeche; que en ello nos va...

Clara la interrumpe y con ello de muestra que lo está entendiendo todo muy bien:

—...En ello nos va la felicidad —sonríe, guarda cuidadosamente la carta bajo el mandil y se va a toda prisa.

Transcurren dos días completos, marcada su monotonía por el tañido metódico de las campanas. Nada pasa. El chiquillo no ha vuelto por su moneda, Clarita no ha aparecido por la celda, Candela no ha salido de ella más que para cumplir con sus deberes; no ha hablado con nadie ni nadie se ha acercado tampoco a hablar con ella. El tiempo se alarga entre las cuatro paredes de piedra que han encerrado su vida entre paréntesis, que la aletargan, que la constriñen y la empujan a un destino que no tiene retorno posible. Nada pasa y aunque la ausencia de noticias es esperanza para el minuto siguiente también lo es para acumular ansiedad y desvelos. Está nerviosa, no duerme, no descansa. A veces lee en el libro que guarda algún poema de alegres amores cumplidos, otras toma la carta y busca entre sus frases las manos del amado trazando las líneas de tinta negra; otras veces se tumba mirando al techo y viaja con los ojos cerrados; también pasea los ocho pasos que hay de la puerta a la ventana. Se queda quieta, se arrodilla, reza, escucha los ecos del convento. Todas esas cosas hace, tantas... y ninguna sirve para nada.

Al tercer día, llaman a la puerta. Un golpe, dos... Falta el tercero... no es Clarita.

—¿Quién es? —Su voz suena entre nerviosa y angustiada.

La puerta se entreabre y el rostro limpio de sor Ángela se asoma:

—Soy yo. Sal pronto que la madre superiora quiere que vayas a verla enseguida.

La novicia va al encuentro de la superiora y, como cada vez que lo hace, lleva el alma en vilo.

—Pasa hija mía —ordena sor Prudencia con maternal acento nada más oír el sonido de la aldaba de la puerta.

—Me ha dicho la hermana Ángela que viniera.

—Así es —conviene la monja—. Siéntate —le señala una silla de madera convenientemente colocada junto a otra. Se nota que ha preparado el encuentro, que desea una cercanía que la vetusta mesa no hubiera permitido. Va al grano.

—Tenemos buenas noticias. El señor obispo ha dado permiso para que tanto tú como Aurora toméis los votos —la superiora escudriña en el rostro de Candela, pero no logra leer nada en él. Acerca sus manos a las de la novicia y las coge, intentando confortarla—. Cambiarás el velo blanco por el azul que te señalará como sierva de Dios. Y ya ha puesto fecha para la ceremonia —entonces el semblante de la muchacha palidece—. Será en la tarde del segundo domingo de mayo. Está todo atado y no hay vuelta atrás.

Candela trae las cuentas echadas, pues tal día hace un año Martín se alejó de su lado.

—Yo... —Intenta interrumpir pero no encuentra palabras y se limita a bajar la cabeza

esquivando los pequeños ojos negros de la superiora.

—En estos ocho días que faltan quiero que hagas voto de silencio, que dejes de trabajar en la huerta y te dediques al estudio y la meditación en la soledad de tu celda. No has de salir de ella más que lo indispensable para acudir a los servicios obligatorios. Reza, hija mía, para que Dios Nuestro Señor te tome para Él a su servicio hasta el día que te mueras y regocíjate de haber encontrado el mejor de los destinos para tu existencia.

Tajante, taxativa, inapelable. La madre superiora acaba de pronunciar la sentencia definitiva de la condena de Candela. La vieja monja se mueve con agilidad hasta la puerta y no da más opción a la muchacha que la de salir.

El viento cálido que sopla en el patio claustal atempera las mejillas blancas de la novicia mientras lo cruza buscando la celda que es a la vez cárcel y refugio; y lo hace ayudado por las lágrimas saladas que ha borbotones, como el agua de la fuente de los álamos, brotan de sus ojos sin control formando un grueso surco vertical que no consigue contener con su pañuelo. Entra y cierra la puerta de golpe. Apoya su espada contra ella. Gime de impotencia. Las fuerzas se le van del cuerpo, hacia abajo, absorbidas por las losas, hacia el infinito mundo que queda fuera de los muros del convento. No hay nada que pueda hacer. Nada. Resbala su espalda por la madera hasta que queda sentada en el suelo, con las manos flácidas y la mirada perdida. No hay nada que pueda hacer; absolutamente nada.

Parte quinta

Capítulo 13

De los álamos del río

el viento una voz traía

*Mal ferida va la garça
enamorada;
sola va y gritos dava.*

*A las orillas de un río
la garça tenía el nido;
balletero la ha herido
en el alma.
Sola va y gritos dava. [\[lxxiv\]](#)*

A las penas de Candela se unió la de la soledad, pues a raíz de la última charla con sor Prudencia, ésta la sometió a un régimen de aislamiento en su celda que más tenía que ver con el de un preso en las mazmorras de un castillo que con el de una monja. Durante una semana completa, con sus siete días y sus siete largas noches, bajo orden de encierro estricto para una reflexión y una penitencia dictadas a conveniencia por la madre superiora, la novicia estuvo confinada entre las cuatro paredes que habían sido su escondite y ahora eran una verdadera cárcel. Nadie; ni Clara ni ninguna de las hermanas, se había atrevido a acercarse a la puerta salvo para dejar una vez al día un cuenco con la comida, una jarra con agua y un cubo en el que la muchacha hacía sus necesidades.

Una semana entre cuatro paredes de piedra agrisada pesan más que cientos de días trabajando y orando en el convento, que miles de días en la libertad de los campos de la *Cantillana* que en otro tiempo fuera sinónimo de felicidad para una niña que soñaba con ser una buena molinera. Una semana encerrada entre cuatro paredes sirve para desplegar en la densa oscuridad la historia de toda una vida aunque esta no haya alcanzado los veinte años y sea aún una vida sin usar. En siete días, Candela recorrió los senderos del recuerdo y en sus evocaciones construía de la nada la sonrisa amplia de su madre, que se fue al cielo cuando ella nació, llevándose todo lo que una madre ha de dejarle a su hija en la memoria. La reconstruía con dificultad gracias a las cosas que su padre le había contado...su padre... que ahora estaba con ella... ¿Acaso la estarían viendo? ¿Acaso desde lo alto, entre las nubes, siguieran de lejos el penoso caminar de su hija por una existencia desgraciada? ¿Qué pensarían de ella? ¿Qué remordimientos tendrían? Candela se sentía culpable al plantearse esas cosas. Sus padres sentirían haber dejado cosas pendientes en este

mundo y no habrían podido entrar en el cielo. Se habrían quedado varados en el purgatorio en espera de que se completara el círculo de sus contriciones. Su padre estaría allí atrapado, errabundo, arrepentido de no haber hecho lo que tenía que hacer, de no haber hecho algo a tiempo, de haber obrado mal, de ... Su madre, que lo habría esperado allí tantos años para ir cogidos de la mano ante el Altísimo, se habría quedado con él. Estarían los dos juntos, padeciendo por su hija, con la impotencia de no poder hacer nada más que escucharla sin poder responder a nada.

A veces, Candela, en su delirio, no sabe si lo que está viviendo es real o si vive inmersa en una pesadilla que encontrará su fin cuando se despierte. Habla sola y plantea preguntas que se difuminan. Se levanta y pasea de pared a pared, escudriñando las voces imaginarias que esbozan incomprensibles respuestas. Mira por entre las rejas de la ventana hacia la luna muda que aparece en algún momento de la madrugada sobre la tapia del convento. La recrimina porque la intuye culpable de cuanto ha acontecido, de todo cuanto pasa en su presente, de lo que ocurrirá. Siete días en la celda son muchos, demasiados para una joven que fue risueña, jovial y confiada y ha mudado en llorosa, triste y recelosa. “Es un mal sueño... —piensa en descargo de su infortunio— ...es un mal sueño del que voy a despertar... en un momento.” Y se frota los ojos por enésima vez, tumbada en el camastro, para reencontrarse con el techo encalado que el tiempo ha vuelto gris; un techo en el que se escriben en líneas invisibles las palabras de la locura que amenazan con llover sobre ella, sobre todo su cuerpo enfundado en su blanco sudario de novicia.

Toda la maraña de enrarecidos pensamientos, todos los sentimientos contradictorios que son el humo de las ardidas ilusiones de la muchacha, todos los augurios que han marchitado sus quimeras, todas las sensaciones asfixiantes que la soledad ha enrarecido se multiplican por mil cuando suena la campana de la media noche que marca la entrada de la fecha señalada, la del domingo en el que va a perder lo que no ha tenido y a ganar lo que no quiere. Entonces, en un raptó de lucidez, encuentra en su libro algo que parece una oración al amor:

*Al alva venid, buen amigo,
al alva venid.*

*Amigo, el que yo más quería,
venid a la luz del día.*

*Al alva venid, buen amigo,
al alva venid.*

*Amigo, el que yo más amava,
venid a la luz del alva. [\[lxvi\]](#)*

Mas la noche transcurre, con su espesa madrugada. Amanece por fin el día señalado y el amigo no llega. Candela: la culpable de un amor inocente e inoportuno, la causante involuntaria de la desgracia de la casa de Valmayor, la responsable del infortunio de un caballero desterrado, la juzgada y condenada a servir a Dios de por vida; al escuchar la campana de la *hora prima*, claudica:

Tañen a la queda,

*mi amor no viene:
algo tienen en el campo
que le detiene.* [\[lxxvii\]](#)

Los versos parecen premonitorios de lo que va a desencadenarse inmediatamente sin que ella pueda hacer nada por evitarlo. Llamán a la puerta. Se sobresalta. Escucha, presiente... Es sor Ángela que viene con el encargo de la madre superiora de prepararla.

—¡Es día de fiesta! —Exclama la monja, ignorante del calvario que se encierra allí dentro. En un par de horas llegará el obispo para oficiar la santa misa y dirigir la ceremonia de vuestra consagración.

Al escucharla, Candela se da cuenta de que no viene sola sino que detrás de ella está Aurora, cariacontecida; asimilando todo lo que va a ocurrir aún en contra de su voluntad.

—Han venido jóvenes de otros conventos para unirse a vosotras —prosigue la hermana Ángela—. En total seréis ocho las muchachas que dejaréis atrás vuestro pasado para desposaros con Dios —lo dice cargada de afectación, totalmente convencida; como si ella estuviera a punto de celebrar la repetición de sus propios esponsales.

—Toda *Carmona* es una gran fiesta. Los villanos acudirán a la misa del mediodía portando luminarias; se abrirán las puertas del convento, habrá música y gente bailando, se desparramará la alegría por las arcadas del claustro —sale la monja y las novicias detrás, conducidas por ella a una estancia donde espera la madre superiora junto con las otras seis elegidas. Se sientan en el lugar que se les ha reservado. Cruzan miradas con las otras jóvenes. Hay rostros concentrados, otros nerviosos, algún semblante evadido. Sor Prudencia se levanta, las manos cruzadas sobre el vientre. Se mueve con aire solemne, colocándose delante de la mesa que la amparaba, como buscando una cercanía inusual en ella. Una monja le tiende un cirio encendido que le da la entrada para hablar:

—Hijas mías, hermanas mías en el servicio de Cristo. Hoy es un gran día para vosotras y también para nuestro convento. Vais a abandonar definitivamente vuestra vida anterior y a consagraros a Dios. Esta consagración exige una entrega y dedicación total. Ahora, después de mi pequeña charla, las que serán vuestras compañeras van a vestiros con el hábito que os convertirá en novias de Cristo; iréis juntas a su encuentro en el altar —aparta la vista de las novicias y la concentra en observar los destellos de la llama en la vela:

*Virgenes prudentes, preparad vuestras lámparas,
he aquí que viene el Esposo, salidle al encuentro.* [\[lxxviii\]](#)

Nada más escuchar estos versos, a Candela le vienen a la mente otros que ella guarda en su memoria:

*Quando de mi dueño
se escapa el alma,
como cierva herida
me arrojé al agua.* [\[lxxviii\]](#)

Siente que el rubor sube por su cuerpo para encender sus mejillas pálidas y se nota observada

por las demás, aunque ciertamente solo una novicia, Aurora, se percibe del incendio que el cirio ha provocado en el interior de su amiga. En efecto, Candela sabe que su dueño no es Cristo sino un joven caballero cuya visión se le escapa; se le escurre de la realidad, tan inalcanzable, tan inasequible como el Altísimo. El alma se le va en pos del sueño y al no alcanzarlo se regresa a un cuerpo herido de muerte obligándolo a arrojarse a las palabras decididas de la monja.

—Os situaréis en dos filas ante las puertas del templo y cuando estas se abran y escuchéis a uno de los sacerdotes oficiantes cantar, entraréis. Él os recibirá en la casa del Señor. Encontraréis sobre una peana este cirio que ahora sostengo. Allí encenderéis los que se os darán oportunamente y con ellos os presentaréis ante el altar. Sus tres componentes: la cera virgen, la mecha y la llama simbolizan, el nacimiento del Hijo de Dios en el vientre de la Virgen por obra y gracia del Espíritu Santo, el alma de Cristo revestida de carne y su divinidad ascendiendo a los cielos como el fuego vivificador de esta llama.

Candela se sobresalta observando el humo que se eleva. Siente que ella ya no es la cera joven de la niña molinera, ni la llama que encendiera un desafortunado hidalgo en la mecha de un desatinado amor; sino el propio humo que se expande con lentitud hasta extinguirse para convertirse en nada. Y por el humo se eleva hacia el cielo pétreo de la habitación; un cielo ausente de luna...; y aún así la busca:

“¿Dónde estás?
¿Adónde has ido?
¡Cobarde!
Aquí me has dejado a mi suerte
con la muerte llamando
disfrazada de un Cristo
que me quiere por esposa.”

Sus sentimientos la traicionan y la han hecho blasfemar. Se arrepiente. Cristo no tiene la culpa de nada... de nada. Aún más, está a punto de aceptar un amor falso para salvarla. Intenta esquivar los pensamientos que la laceran haciendo un esfuerzo por concentrarse en las palabras de la madre superiora.

—A este momento le sigue la consagración y la entrega del velo, el anillo y la corona. Se bendicen los tres, como emblemas nupciales. El primero en seros impuesto es el velo y representa el momento en el que confirmáis que habéis despreciado el mundo y aceptáis desposaros con Cristo, teniéndolo como único esposo, consagrándole vuestra virginidad y dedicándole vuestra existencia.

Es inútil. Los símbolos vuelven a transformarse en la mente de Candela. El velo que va a cubrir su cabeza debería ser levantado por Martín. El anillo que la desposa es de falso oropel que no la une sino que la ata, es cuerda, es punta de sogas que la amarra. La corona no la quiere si no es de flores entrelazadas por el amado.

Sor Prudencia termina su discurso y las conmina a arrodillarse.

—Recemos ahora, hijas mías, hermanas mías, a la Santísima Virgen Madre de Dios para que interceda por nosotras, por vosotras, en la vida a la que hoy nacéis. Ella borrará con nuestros ruegos vuestro pasado mundano y os abrirá el futuro en Jesús, vuestro esposo —inicia una *Salve* que es coreada por todas.

Minutos después, embutidas las aspirantes a esposas en sus hábitos blancos, salen detrás de la

madre superiora que esgrime orgullosa sobre su cabeza un gran crucifijo de plata. En dos filas, tal como ella ha ordenado; con las velas en la mano dispuestas a encenderlas cuando los portales del templo se abran. Cruzan el claustro. Hay mucha gente, los aldeanos montan algarabía. Han entrado con comida y bebida, con música de flautas y tamboriles. Los niños corretean, los hombres charlan, las mujeres murmuran fijándose en las muchachas que desfilan. Todas ellas, las ocho, son conscientes de que cuando salgan por la puerta que están a punto de cruzar renunciarán a lo que eran y ya no habrá vuelta atrás. Seis de ellas, seguramente, van rezando con devoción en la comitiva, satisfechas de ver cumplidos sus fervorosos deseos; pero dos: Candela y Aurora, llevan pensamientos impuros. La una por ver delante la cruz que marca el final de sus esperanzas, la otra porque las entierra justo al lado de las de su amiga.

La puerta cruje cuando dos monaguillos separan sus hojas de encina. La mirada de Candela se aparta del crucifijo y de la luz del cirio que aparece en el pasillo central de la iglesia. Mira a su izquierda, a un grupo de villanos que murmuran en voz muy baja comentarios sobre las novicias. La hilera de espectadores se rompe y asoma un chiquillo que viene de la mano de Clara, agitada, nerviosa, con los cabellos alborotados por la carrera que la trae desde fuera del convento. La criada no dice nada, no tiene tiempo de dar forma a sus pensamientos. Irrumpe justo detrás de Sor Prudencia, que se vuelve sobresaltada. Coge de la mano a Candela y jala de ella para que salga de la formación. La novicia, sorprendida, es incapaz de entender lo que pasa y se deja arrastrar por el movimiento de la criada, cada vez más acelerado, cada vez más decidido. Justo detrás de ellas, Aurora, que intuye que aquella es su última oportunidad, inicia también la carrera dando tumbos al tropezar con dos o tres compañeras. El zarandeo la llevan a chocar de frente con la madre superiora que cae a horcajadas en el suelo y, tras ella, el crucifijo de plata repica en la dura piedra rompiéndose por la base. No mira atrás, se abre paso entre la gente por el surco que han dejado Candela, Clara y el chico entre la gente, que aún no se ha cerrado.

—¡Sacrilégio! —Grita la monja fuera de sí, señalando a las muchachas que huyen. Seguramente está pensando en la bolsa de los dineros que todavía no le han pagado; o a lo mejor cree que el demonio se está paseando por el claustro. Vuelve a gritar. La ayudan a levantarse.

Sale a la puerta el obispo con varios sacerdotes, seguidos de la gente que ya estaba dentro del templo. Enseguida se da cuenta de lo que pasa y apoya los gritos de la monja.

—¡Que alguien las detenga! —Ordena, sudoroso el orondo prelado, levantando el peso del grueso anillo del dedo anular de su mano derecha. El báculo episcopal en la izquierda, agitándolo como una vara de azucar al ganado.

Las tres jovencitas salen del claustro precedidas del chiquillo. Las miradas de todos los presentes se pierden en la penumbra de un largo y estrecho corredor que conduce a la puerta de salida. Está abierta. Junto a ella aparece la hermana jardinera, que se ha encargado de que así fuera. Aurora tropieza en el hierro incrustado en el suelo que hace de tope a la tranca. Caer al suelo y grita dolorida. Candela frena su carrera e inmediatamente lo hace Clara. El niño desaparece a la izquierda aunque al poco vuelve a asomarse contrariado. El desafortunado traspie permite a la gente, a los sacerdotes y monjas, al obispo y a sor Prudencia alcanzarlas. La superiora, dejando a un lado la dignidad de su cargo, echa mano a Aurora a los bajos del hábito. Durante unos instantes pugna tirando hacia ella mientras Candela, asidas sus manos a las de su amiga, hace lo propio.

Tras un breve forcejeo, viéndose perdida, Aurora se suelta de ella:

—¡Escapa tú, ahora que puedes! ¡Vive las dos vidas: la tuya y la mía! —Se sacude y se enrosca en la monja para impedirle el avance.

Candela no tiene opción y, empujada por Clara, reacciona dándose la vuelta y echa a correr de nuevo en pos del chico. Un hombre encapuchado aparece subido en una caballería, trayendo de la brida otro caballo. Se inclina y, cogiendo a Clarita como si fuera un fardo, la coloca sobre sus piernas, atravesada en la montura.

—¡Rápido, muchacha, sube al caballo! —Ordena con viveza mientras se lo coloca delante.

Candela se remanga el hábito y de un salto ágil encabalga. Salen los dos jumentos a toda prisa, llenando los ojos de los curiosos de preguntas sin respuesta y sus oídos con el repiqueteo de los cascos sobre el empedrado.

—Dime, ¿Quién eres? ¿Quién te manda? —Grita Candela confundida, desesperada.

No hay respuesta. El cabalgar se intensifica durante unos minutos, hasta que llegan a una encrucijada en la que abandonan el camino para internarse en una dehesa. Entonces, al abrigo de los alcornoques y de las encinas, el encapuchado pone al trote a los animales y permite que la joven vuelva a formular las preguntas, aunque sigue sin decir nada. El jinete jala paulatinamente de las riendas de su caballo y lo pone a la par del de Candela. Parsimoniosamente retira el embozo y el hueco negro que este circunvalaba se convierte en un rostro nítido.

—¡Maese Santiago! —Exclama la muchacha mirando a Clara, en comprometida posición sobre la grupa; confundidas las dos, ofuscadas. Candela tiembla.

Las caballerías se detienen. Santiago de Campos deposita con suavidad a la criada en el suelo. Desmonta y luego ayuda a la molinera a hacerlo.

Amparadas del sol por el paraguas de una enorme encina, las dos mujeres se abrazan porque temen lo peor. No parece haber otra razón para aquella huida que el poner fin al molesto problema en el que se han convertido. El maestro de armas se acerca, la mano enguantada rodeando la empuñadura de su arma. Parece que va a blandirla en un instante; pero ese instante se alarga, se retrasa, no llega...; tampoco las palabras, porque aquel hombre las está buscando. Por fin las encuentra:

—¡O monja o muerta! —Sentencia un silogismo incomprensible.

—¿Qué? —Repone Clara llena de temor.

Él se explica, soltando la mano del hierro y extendiendo las palmas hacia las muchachas. Se ha dado cuenta de que están paralizadas por el miedo. Al cabo se aclara:

—Esa fue la sentencia del rey para vos —mira directamente a Candela— y yo el encargado de ejecutarla. Por eso, cuando os localicé por fin en el convento de *Carmona* pagué a la superiora para que precipitara la consagración; para salvaros la vida, en recuerdo de Martín, en respeto a él, en su memoria... pensando que seguramente habría muerto... que...

—¡Por Dios! ¡No nos haga daño! —Exclama Clara, que no es capaz de procesar lo que oye porque está aterrorizada.

El maestro la ignora:

—Creía estarlo haciendo bien. Había convencido al rey de vuestra profesión de fe —dándose cuenta de que está divagando reconstruye su relato desde más atrás en el tiempo—. Cuando Martín huyó creí que nunca más volvería a verlo. Luego el paso del tiempo me fue quitando razones hasta dejarme indefenso ante mi craso error. La justicia supo de vuestro padre, lo juzgó y lo condenó. Dios lo tenga en su gloria. Luego yo os encontré y viendo que en vos podría reparar parte del mal causado por la tragedia del castillo conseguí convencer al rey que el que vos hicierais los votos sería vuestro mayor castigo. Así lo quiso y lo dictó, ordenándome a mí ser su vehículo.

—Por eso tanto empeño en el convento, por eso tanta prisa... —concluye la muchacha, que está cayendo del guindo.

—Luego llegó la carta. La mitad que vos tenéis y esta otra mitad —se quita el guante de la mano derecha, la busca en la pechera y saca un pliego—. Aquí, Martín cuenta en pocas líneas lo que os ama... y lo dice de tal manera y con tales palabras que todas cuantas dudas albergara mi alma se borran cuando apela al amor que yo le tenía a mi dama para mostrarme que el suyo es igual de limpio, tan profundo... cuando apela al dolor que me provocó su pérdida y con ella la de mi hijo, que Dios me arrebató antes de tiempo... Su sinceridad me hizo ver que lo mantiene con vida a mi querido pupilo es la promesa de venir a buscaros si es que la providencia no lo impide.

Clarita no aguanta más y rompe el monólogo del maestro de armas:

—¿Y mi Benito? ¿Está vivo mi Benito?

Santiago posa sus ojos en la compungida joven.

—Vive Dios que no lo sé. Ni si tu Benito está vivo, ni si lo está Martín; ni si vienen o si van. Nada sé y nada puedo hacer por saberlo. En lo que sí estoy empeñado es en que os personéis en el estanque de los álamos en punto y hora para que podáis cumplir la parte que os toca. Es todo cuanto puedo decir y nada más puedo daros que no sea protección y compañía.

—Dios ha de compensaros —responde Candela agradecida mientras vuelve a subir al caballo.

—Me conformo con que perdone mis faltas, después de vos, por supuesto.

—Pase lo que pase de ahora en adelante mi perdón ya lo tenéis y el rencor que os guardaba, gratitud se ha vuelto... hasta que muera.

Al atardecer llegan a las ruinas del molino. Las malas hierbas han semienterrado las piedras y las maderas quemadas, las madre selvas se han hecho dueñas de los muros que se mantienen en pie. Luna y sol comparten cielo. La una, pálida, en cuarto creciente; el otro, amarillo mortecino atrapado entre las nubes y el quebrado horizonte de la sierra.

Candela suspira; suspira Clarita. Santiago entiende y frena los caballos. Se apean los tres: él de su montura, de la otra, las dos mujeres.

—Hasta aquí llega mi camino. Aquí os espero. Me ocultaré tras las ruinas con los animales —afirma sentencioso el maestro de armas, que refrena sus deseos por ver lo que ocurre por si su presencia lo trastocara todo.

La melancolía flota en un paisaje que se va borrando con la llegada de la noche. Clara enciende un candil que le ha cedido el maestro Santiago. Ambas se cogen del brazo e inician el camino hacia los álamos entre los que se esconde un futuro incierto que va a definirse para las dos en un instante. No cantan los pájaros, ni siquiera el viento murmura entre las ramas. Todo es quietud...; incierta quietud solo alborotada por el sonido del agua. Clara pone voz a sus quejas:

*¿Con qué la lavaré
la flor de mi cara?
¿Con qué la lavaré
que bivo mal penada?
Lávanse las casadas
con agua de limones,
lávome yo, cuitada,
con ansias y dolores.
¿Con qué la lavaré
que bivo mal penada?* [\[Lxxix\]](#)

Candela intenta consolarla. Llegan a la fuente. No hay nadie. Es la hora convenida y no hay nadie. Se ha cumplido el tiempo y nadie viene. Pasan los minutos, nada ocurre. Candela se sienta junto al estanque y alarga su dedo índice para tocar el agua. Una rana que estaba sumergida asoma su cabecita verde y salta sobre una de las plantas. Parece como si hubiera querido saludarla. Croa dos veces y se zambulle, como deseando llevar a los duendes líquidos del estanque el deseo que la muchacha ha posado en la superficie del agua. Moja la palma y con ella sus mejillas, porque por primera vez en un año largo han recuperado el color y le arden.

“Ven, amado mío,
mi memoria no te ha borrado.
Ven, mi amado,
destierra de mí este desvarío.
Amado mío, ven,
líbrame del desamparo.”

Esa es la petición que la joven ha lanzado a las aguas limpias del manantial. Unos estorninos llegan y llenan de alboroto los árboles. Se van... Con ellos parece que ha venido una brisa suave que poco a poco se transforma en viento impertinente arrastrando las nubes sobre el bosque de los álamos.

—¿Qué va a ser de nosotras? —Clara parece estar aceptando una cruda realidad.

—¡Shhh, Calla! —Candela escruta en lo que trae el viento adosado a su zumbido alborotado

—. ¿No oyes algo? ¡Escucha! —Las dos se levantan.

—Nada oigo, señora. Nada de nada.

—¡Shhh, no hables ahora!

Tensa, expectante; algo alcanza a oír en la lejanía. Retumba un trueno y tras él un murmullo: son palabras que el viento descuelga de las ramas de los árboles de la ribera.

—¡Aquí estoy, bien amada;
aquí vengo, bien querida!

Replica el trueno ahogándolas. Comienza a llover.

—¡Aquí estoy, bien querida,
aquí vengo, bien amada!

Los versos cabalgan sobre un nuevo relámpago.

—¡Dios mío! ¡Ven, Clara, mira!

Donde el camino se comba para iniciar la pendiente hacia el río, un nuevo relámpago ilumina la silueta del dueño de las voces que llega montado en un rocín y a su lado, a la grupa de un mulo, viene su acompañante. La lluvia cae pertinaz y convierte en fantasmales aquellas figuras. Candela se asoma al camino, Clara la sigue y logra alcanzarla asiéndose a ella, abrazándola. Tiene miedo. Las dos tienen miedo. Nuevos resplandores se esparcen en el cielo. Luna resplandece en un claro de nubes sobre los cerros, testigo mudo, alcahueta infalible. Se derraman chorros de luz, brillan las piedras del sendero, brillan las hojas de los álamos y el agua de la fuente es plata líquida.

—¡Candela! —Se oye un grito que es pregunta y respuesta. El caballero se apea, camina,

corre, se precipita chapoteando con sus botas sobre los charcos.

—¡Benito! —Clara contesta. Se cruzan las vidas. Cuatro latidos suman dos: rara cuenta.

Resplandecen los abrazos bajo la lluvia. Los truenos son exclamaciones de júbilo. La lluvia arrecia y envuelve los cuerpos en un paisaje difuso.

Capítulo 14

Pronto supieron las gentes que el rey los perseguía

Los amantes se resguardan donde más tupido es el follaje de los álamos, Bajo el paraguas de sendos árboles se esconden los abrazos, las caricias y los besos de las dos parejas. Apenas hay palabras, con las miradas se entienden. El viento se va llevando las nubes para irse con ellas. Todo es silencio. Los habitantes del bosque parecen haberse puesto de acuerdo para respetar el reencuentro. Las ranas, los pájaros, las plantas con sus flores nuevas, se proclaman notarios de la naturaleza para dar fe de que se ha cumplido la promesa. Los hombres encienden sendas antorchas e, igual que cada mochuelo se va a su olivo como reza el dicho, cada pareja se va a buscar la intimidad de su rincón secreto: caballero y molinera junto al estanque, escudero y criada tras el roquedo.

Sentados junto al manantial en cuyas aguas la luz del hachón centellea, Martín deja salir por su boca toda la tristeza que ha acumulado en un año en el destierro. Se ha prometido muchas veces que tal cosa no haría; pero llegado el momento no puede dejar que el pesar haga mella, que para eso también el saber popular tiene explicación: tristeza ha de salir primero para dejar sitio a alegría:

*Señora de cuerpo esbelto
¡bajo mal signo nací!
que nunca dejé de penar
ni de sentir afán, desde que os vi.
¡Bajo mal signo nací,
señora, para vos y para mí!*[\[lxxx\]](#)

Resumen los versos muy bien las tragedias vividas, las amargas vicisitudes, los truculentos enredos.

Candela percibe la siembra de aquella congoja e intenta segarla para convertirla en mies.

—Amado mío, todo tu mal por mi bien ha sido; porque ahora te tengo aquí, junto a mí, y eso me renueva la vida. Agonizaba ya entre las nubes de tu olvido o las de la incertidumbre de tu muerte; o por si estabas herido o si te hacían preso nada más poner el pie en *Sevilla*, o por si Luna no quería traerte... —suspira, se emociona. Las palabras le salen entrecortadas. Se esfuerza por continuar y lo consigue, porque siente los brazos de Martín alrededor de su cuerpo—. Todas esas cosas pesaban tanto en la balanza de mis desgracias que ya no hallaba en mi corazón más pesas para equilibrarla. Y aún ahora que has venido y que te tengo abrazado temo perderte; temo que me digas que te vas, que no me quieres...

*Soy triste pardal
después que naçi,
vos el gavián,
que hazéis presa en mí.*

*Y si me tenéis
allá me matáis,
y si me soltáis,
dos males hacéis.* [\[lxxxii\]](#)

—*Dos males me hacéis...* —suspira otra vez. Apoya su cabeza en el hombro del caballero.

—No soy gavilán aunque tú paloma seas —ella, con la oreja pegada a su camisola, siente que las palabras le surgen del pecho al caballero; más cálidas por pasar de carne a carne—. No soy gavilán te digo, ni ave de presa, que soy palomo enamorado que arrulla los cantos que ha guardado hasta llegar la primavera.

Ella intenta responder al halago; pero Martín le pone el dedo índice en los labios para luego posar en ellos su boca. Los arrumacos se hacen más intensos, las manos vuelan libres de ataduras necias. Aflora el amor carnal, se esconde el amor cortés.

Clara y Benito, en pedregoso nido, viven el rencuentro de amores más simples, pero igual de sentidos. El muchacho presume de sus aventuras y de los compañeros que ha dejado atrás. Presume de su nuevo oficio:

—Hicimos grandes amigos que se quedaron en *Chipre*, que es una isla en el medio del mar — se explica...—. Y aprendí a leer y sé de trovas... Siervo marché, escudero; y en juglar he vuelto convertido... Puedo rimar y cantar y tocar la vihuela y la flauta y bailar al son que el pasaje requiera y...

Es tanta la información y tan atropellada que en lugar de cantor, el muchacho se asemeja más a un gallo alborotado. Clara ríe, se divierte con las carantoñas del chico que va y viene, que no para; como si el baile de San Vito hubiera traído con él del *Oriente*. Por fin acierta a atraparlo entre sus brazos. Él, inspirado, retruca en requiebros, sabedor del poder de las palabras:

*Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor...* [\[lxxxiii\]](#)

Clarita se asombra de que el niño que se le fue haya regresado convertido en hombre y, a mayores, cultivado en letras, tan seguro de sí, más ancho que largo.

Benito, dándose cuenta del efecto que están causando sus versos; se lanza a buscar lo que ha añorado tanto tiempo, demostrando que también ha mudado de bisoño en pícaro:

*Morenita, mirarte deseo,
que si no te miro, me muero.* [\[lxxxiiii\]](#)

Y la muchacha, que es de piedra blanda, piensa para sus adentros palabras que le traen ardores a la cara:

*Herviendo tengo la olla
con cebolla.
¡Madre, herviendo está mi olla!*^[Lxxxiv]

Sin embargo se resiste, como las damas:

*¡Quedito! No me toquéis,
entrañas mías,
que tenéis las manos frías.
Yo os doy mi fe que venís
esta noche tan helado
que, si vos no lo sentís,
de sentido estáis privado.
No toquéis en lo vedado
entrañas mías,
que tenéis las manos frías.*^[Lxxxv]

Benito persevera en sus arrumacos cual palomo que ha dejado de ser pichón. Y como Clara dama no es y tampoco lo quiere ser, el muchacho al fin calienta sus manos bajo las enaguas.

A sofocar ardores por lo ligero se están entregando las dos parejas cuando alguien viene al trote por el camino de la que fuera posada y hoy es montículo pedregoso lleno de malas hierbas. Es maese Santiago.

—¡Presto, a los caballos! —Grita con precipitación.

Martín, sorprendido por la irrupción de su antiguo maestro, se levanta y desenvaina la espada pensando que las cosas se van a torcer. Todavía no sabe que el leonés ha cambiado sus ideas en el año que para él también ha pasado.

Candela reacciona:

—¡Detente! Él me ha guardado, él me ha salvado, él me ha traído... —obliga a Martín a envainar.

Se miran los dos hombres durante unos instantes, dudan, el abrazo se pierde. Clara y Benito vienen a la carrera. El maestro habla para todos:

—Habrà tiempo para explicaciones. Ya se ven cabalgar en la noche antorchas que vienen de *Cantillana*. Seguro que a estas alturas el rey ha descubierto mi doble juego y manda a los soldados para que te hagan preso. ¡A los caballos!, que el tiempo apremia.

El caballero entiende más por la expresión de Santiago que por lo que está diciendo.

—¡Vamos! ¡Hay que salir de aquí! —Siente el antebrazo de Martín alrededor del suyo. Nota que la presión de su mano trasvasa agradecimiento. Ahora las miradas brillan, ahora hablan los gestos.

Un búho ulula sobresaltado antes de batir sus alas atropelladamente para alejarse del manantial. Huye del presentido peligro hacia el roquedo, justo en la dirección contraria a la que ha escogido Santiago, que encabeza el grupo dirigiéndolo hacia el río para cruzarlo e internarse en la dehesa. Luna se asoma en el cielo para iluminar tenuemente la noche, cómplice de su huída, pues debe saber que los fugitivos no pueden encender teas que los señalen como luciérnagas. Cuando el maestro de armas considera que están fuera de peligro, después haber dejado atrás un

alcornocal, se detiene para encender dos hachones que lleva en una de las alforjas. Uno lo conserva él y el otro se lo da a Benito. Los cinco se ponen en marcha por un camino secundario que se dirige a *Sevilla* por el este. Martín y el que fuera su mentor cabalgan a la par, detrás Candela, pensativa; y cierran la comitiva la criada y el escudero.

Martín rompe por fin el silencio y lo hace con palabras agradecidas:

—Desconozco qué clase de milagro se ha obrado en vos para que os hayáis vuelto mi ángel protector.

—Como en los viejos tiempos... —añade el de León.

—Como en *Murcia*, como tantas veces...

Santiago se confiesa:

—Cuando os marchasteis a *Oriente*, desde que os marchasteis, he soñado muchas veces con vos... Y siempre se repite lo mismo. En mi sueño sois un niño y venís acompañado de vuestra madre, que os trae de la mano para presentaros a mí. Ella me pide que os proteja, que os guarde de todo mal porque sois inocente. Me lo dice una y otra vez. Cuando me despierto, escalofriado por el tacto de su mano fantasmal, comprendo que todo cuanto ocurrió el día aciago en el que los condes murieron fue fruto de la fatalidad. Siempre son las mismas sensaciones las que mi cuerpo reproduce. Es un viaje milagroso de la confusión a la certeza que hago casi cada noche desde entonces.

—Cuanto decís es cierto. La fatalidad devoró mis ilusiones y me condenó sin que intermediara juicio.

*Yo me vi algún día
alegre y goçoso,
en gusto sabroso,
como lo quería.*

*Y agora me veo
que está acompañado
de solo un deseo
del tiempo pasado.* [\[lxxxvii\]](#)

Santiago contesta de manera proverbial:

*No te fatigues por cosa perdida,
pues para cobralla es corta la vida.* [\[lxxxviii\]](#)

—Mas el pasado no vuelve ni puede rectificarse. Lo que si alcanza uno a enderezar por su fuerza misma es el presente y por ende el futuro que este traerá. Yo lo estoy haciendo ahora, aunque quizás sea tarde para suplicar vuestro perdón.

El final de la frase entra en los oídos de Martín como un bálsamo reparador, puesto que viene de boca del hombre al que más ha admirado, del que más ha aprendido, del que ha sido su referente desde la infancia.

—¿No he de perdonaros yo? Una y mil veces tenéis mi perdón, que con esto que estáis haciendo para reparar vuestros yerros, como decís, estáis arriesgando vuestra propia vida y

desbaratando ese futuro que afirmáis que se labra con las obras del presente. El entregarme al rey os daría prestigio y posición y aquí lo estáis perdiendo todo por ayudar a un proscrito.

—A un amigo bienquerido, a un hijo pródigo —corrige el leonés—. Siempre supe que volveríais. Me lo decía el corazón. Por eso lo tengo todo preparado; por si acaso ese día llegaba.

—¿Todo preparado?

—No entiendo.

—Ya entenderéis. Habréis de necesitar ayuda y yo sé en quién confiar.

Candela, detrás, oídos abiertos a las palabras que le trae el viento, se emociona al presenciar la reconciliación de dos hombres a los que la providencia está proporcionando una segunda oportunidad. Sonríe para sus adentros. Las frases que está oyendo se traducen en una paz interior que ni todo el amor que siente ha sido capaz de suministrarle. Benito y Clara no hablan; simplemente le sonrían a la suerte. Ella se siente dichosa de haber acompañado a su ama durante todo el tiempo y ve su amor florecido en el mismo tiesto. Él ya no se encoge de hombros al albur de lo que viene o va. Se siente dueño del devenir, partícipe de su construcción; como lo haría un señor, como lo hace su señor.

Faltan unas tres leguas para *Sevilla* cuando la comitiva gira hacia el sur para llegar, ya con el alba, a los arrabales de *Mairena del Alcor*, a una casona en medio de un inmenso olivar.

—Hemos llegado —afirma Santiago con alivio—. Aquí podremos descansar y preparar nuestros próximos pasos.

La mirada de Martín es pregunta sin palabras:

—Es casa de buenos amigos; de confianza. Estaremos a salvo de las huestes del rey. Ganaremos tiempo.

El dueño les sale al encuentro. Es un hombre orondo de rostro encendido al que el de Valmayor reconoce de inmediato. Se trata de Agustín, el que fuera herrero de la cuadra del castillo que ahora, por lo visto, ha cambiado su herrería por una almazara de las que abastecen de aceite a *Sevilla*. El hombretón carraspea nerviosamente y da órdenes a dos criados que vienen con él para que se apresten a sujetar las monturas de las damas.

—¡Amo Martín! —Exclama con voz aguardientosa—. ¡Maestro armero! —Deriva su mirada hacia Santiago y de reojo sopesa a sus acompañantes. —Bienvenidos todos a mi humilde casa—. Las dos últimas palabras reprimen sin conseguirlo un orgullo que al hombre le rezuma por la sonrisa.

—Aquí estamos, Agustín; tal como te dije —es el saludo de maese Santiago.

—Y a la hora prevista —responde el almazarero, entre resultón y diligente—. Todo está dispuesto. Tal como ordenasteis.

—¿Qué es lo que está dispuesto? —Pregunta el joven caballero, aún in albis.

—Primero atendemos a las damas —sugiere el dueño de la hacienda—. Están agotadas y seguro que también hambrientas —remarca—. Luego hablaremos con calma. Martín asiente; también lo hace Santiago y el estómago de Benito diríase que tiene orejas cuando contesta a las palabras de Agustín con un retortijón sonoro que a todos pone en aviso de que es hora de la cena. Clara le da un codazo, pero el pobre escudero no es dueño de los sonidos de su cuerpo. Candela entra en la casa, riendo. Los demás la siguen.

Con ropas secas y después de dar cuenta cada cual de una ración abundante de un estofado de carne, el olivaretero los informa de lo que ha planeado.

—En dos días parte del puerto de *Cádiz* un barco mercante que lleva un cargamento de aceite hacia la *Provenza*. Buena parte de la mercancía es de mi propiedad y por eso me ha sido fácil

comprar unos pasajes para mi “administrador de confianza y su esposa” —mira con satisfacción a los aludidos y añade—: acompañados de sus criados.

Clara y Benito, que comen en una mesa auxiliar junto a la chimenea, cruzan sus miradas y respiran aliviados. El maestro de armas se muestra preocupado.

—Dos días... —Le parece mucha espera... demasiada.

—Tranquilo, Maese Santiago, aquí estáis fuera de peligro —afirma el dueño mirando a su mujer, una mujer campechana de rostro limpio y hacendosas maneras que asiente con la cabeza.

Pero el leonés no se confía:

—No hay sitio en *Sevilla* que sea lo bastante seguro —añade reafirmando en sus temores.

—Sea como fuere, todos tenéis que descansar —recomienda Agustín—. Mañana, con el sol del nuevo día, tomaremos decisiones —con la mirada otorga el gobierno al ama que, diligente, se encarga de dar acomodo a los invitados; en especial de Candela, de la que se ocupa personalmente. Cuando ambas están a solas en la habitación la mujer se deja de remilgos.

—Sé por todo lo que has pasado, mi niña. Mi marido me lo ha contado y me hago cargo de las ansias que te hierven en el corazón —la muchacha se sonroja, pero eso no importuna a la dueña, sino que la convence más de que está obrando bien en lo que hace—. Ten querida mía —después de colocar un almohadón rebusca en el escote de su corpiño y saca una llave—; es la de esa puerta —señala— que da a la habitación contigua, donde hemos alojado al caballero Martín —no dice más; solo sonrío y se va satisfecha.

La dama se acuesta, se acuesta el caballero; cada uno en su cama, cada uno con sus cuitas. Los dos recorren vertiginosamente las imágenes de la truculenta historia que los ha llevado donde están, a ese lugar inverosímil que es la hacienda del olivar, a esos cuartos que los separan por un fino muro de adobe. Martín vuela lejos y en el limbo del sueño reconstruye el camino de vuelta hasta el reencuentro. Candela reza, los ojos clavados en la pared encalada. Reza; y en su rosario de mano hace un recorrido lento por las cuentas. La primera, con su Avemaría, es para el recuerdo de los que no están, la segunda para dar gracias por estar vivos e ilesos, la tercera para pedir ayuda y protección en los días que han de venir, la cuarta es grano de amor, la quinta, puerta del ansia... Mira a ese lugar que se ha transformado en pasadizo tentador. Medita, suspira, vuelve a suspirar, guarda el rosario en su caja y con él intenta esconder a la novicia que la ha habitado durante un año entero. En su interior está luchando por desprenderse sus votos, por liberar su cuerpo de ataduras y su mente de forzados compromisos que ya no va a cumplir. La mujer que lleva dentro comienza a mostrarse, se despereza la hembra que anhela unas manos que la toquen, un hombre que la posea. Ella, que ya ha sentido esas manos tímidamente posadas sobre los ropajes cuando estaban en la fuente, quiere ahora más y sabe que la tentación está tras la puerta; miel para una abeja. Se levanta; se lava la cara en una jofaina; se recompone los cabellos; recoloca el camisón prestado, blanco que parece de novia. Se pone la gargantilla con su pequeño diamante que agrada al amado, mira la llave sobre la mesita y luego la puerta. Se debate... El diablo la tienta... Si quisiera, él mismo abriría; pero le gusta jugar y eso hace: jugar con la confusión de mojitigas doncellas. Se decide al fin. Toma la llave de la mesita. Abre. Entra...

A Clara y a Benito esas cuentas bisoñas de caballeros y damas les vienen muy largas y por eso hace tiempo que retozan dándose los amores todos en un pajar aledaño a la vivienda principal.

—¿Mis manos ya no están frías? —Bromea el pícaro juglar, recordado los alegatos que la moza usara echando mano de una coplilla.

Ahora Clara, en cambio, responde resultona y atrevida:

—Templadas las tienes, como yo las quiero —y las toma y las va a poner en lugares

prohibidos que el muchacho palpa con fruición, porque ha tiempo que sueña con aquellas carnes, con su redondez y su tersura. Son pequeñas y prietas, son blandas y duras, son mucho mejores que las dos tetas que ha llevado él clavadas en el magín durante todo un año, aunque igual de bailarinas. Bromea para atrasar sus ardores:

“Téticas de novicia
probarlas quiero,
que no me es bastante
con estos dedos.”

Clara ríe la chanza y se da toda. A eso ha ido al pajar, pues eso es lo que ha estado esperando durante tanto tiempo; que ella también ha tenido que imaginar sus amores para aliviarse a solas en las noches largas y frías del convento. En seguida, las cosas se ponen tiernas, los corazones crepitan y las carnes se doblegan. Solo la luna ríe, en el cielo de la vega. Por un ventanuco los mira, desenvueltos en la faena y allí se queda, fisgona, hasta que de puro cansancio, los dos muchachos se duermen. Luego las nubes la ciegan.

La noche pasa. Canta el gallo con la primera rayuela del sol primaveral. La vida se despereza, la hacienda despierta: primero los criados, luego los amos y los invitados. Las sonrisas en la mesa del almuerzo habitan en los semblantes, perennes, como si en ellos siempre estuvieran. Maese Santiago explica por lo menudo el doble juego al que ha apostado. Y lo hace relajadamente, ante un tazón de leche y una rebanada de pan untada en aceite:

—El rey creyó, os lo juro, que el que Candela se hiciera novicia en el convento de *Carmona* le traería a él buen augurio porque estaba convirtiendo el mal en bien. Me fue fácil convencerlo. Y la madre superiora también; esa, además llenaba la saca de buenos dineros a mi cuenta, que las bondades del cielo no llegan solas si no hay quien suelte monedas —ríe con desparpajo; los demás lo acompañan.

Martín se para en cosas más serias:

—Pero ahora nuestra suerte se tornará en vuestra desgracia —sentencia—. A estas alturas don *Alfonso* estará al corriente de todo y os pondrá a vos en el mismo saco que a nosotros—. ¿Qué pensáis hacer? —Pregunta preocupado y en seguida adjunta una solución—. ¡Venid con nosotros!

—Ya lo veremos, contesta el maestro de armas con cierto orgullo de ver que su recuperado pupilo se está preocupando de él —y filosóficamente añade—: ¿no creéis que habrá que dejar alguna oportunidad al destino, que en esto también juega? —Vuelven a reír y continúan dando cuenta del copioso almuerzo.

Súbitamente, la puerta del salón principal de la villa se abre y entra precipitadamente un criado vociferando.

—¡Señor Agustín! ¡Señor Agustín! —Reclama la atención del amo. Se detiene delante de él, recupera el resuello y lo informa—. Vuestro hijo Carlos ha llegado al galope.

El dueño de la casa se sobresalta y ante la preocupación de todos aclara:

—Lo envié anoche a *Sevilla* para saber lo que se cuece.

El tal Carlos hace su entrada en ese momento. Se quita el sombrero y remeda un saludo rápido al tiempo que toma la palabra.

—Los hombres del rey vienen hacia aquí. Ya están en el collado.

—Pero... ¿cómo? —Interpela incrédulo el dueño de la casa al tiempo que se levanta aún con el pan en la mano y medio bocado por tragar.

—Muy fácil, padre —explica el recién llegado—. Los dineros, que son muy golosos y siempre hay algún necesitado con la faltriquera vacía y la lengua larga —mira con determinación a los presentes, seguro de que tiene razón.

—Rápido. No hay tiempo que perder —ordena el señor Agustín aportando la solución al nerviosismo general—. Bajaréis al embarcadero, allí tengo una barca que os llevará río abajo hasta *Mairena*. Carlos os conducirá a casa de mi hermana Juana. Allí estaréis seguros.

Así lo hacen y en menos de media hora la barca, con el hijo del olivarero a los remos se pierde con sus cinco pasajeros en la bruma del río.

—¡Gratitud para siempre! —Grita maese Santiago girándose hacia atrás antes de perder de vista a Agustín y a su esposa.

—No os preocupéis por nosotros. Estaremos bien —responde el dueño; una voz ya sin imagen por la niebla.

—¡Que Dios os bendiga! —Gritan Candela y Clarita casi al unísono; cada una de ellas abrazada a su amado mientras Santiago se aferra al timón para centrar la barca en la corriente.

A casa de Juana llegan en menos de una hora. La hermana de Agustín es tal como él ha dicho, una buena mujer, panadera del pueblo para más señas, entrada en carnes por ser su hogar sitio en el que no falta comida. Atiende a las explicaciones de su sobrino y les da cobijo. Más la segunda parte de lo pronosticado por el olivarero no se cumple, ya que no llevan ni medio día en la trastienda de la panadería cuando entra uno de los niños de Juana con la noticia de que los soldados han entrado en el pueblo y están registrando las casas. Hay nervios y desconcierto hasta que, al poco, llega un mensajero de Agustín con noticias: les ha preparado unas caballerías a las afueras, detrás del collado. Carlos los guía y salen por la parte trasera de la casa, por la huerta, hacia un bosquecillo. Mientras tanto, Juana entretiene al destacamento dando falsas y prolongadas explicaciones. En embaucadora se parece a su hermano: que si la han retenido por la fuerza, que si la tenían secuestrada, que qué desgracia la suya que le robaran los ahorros que guardaba... en fin, una y mil chanzas que sacan de sus casillas al capitán de la guardia. En lo que va y lo que viene, los perseguidos han puesto tierra por medio y consiguen llegar a *Coria del Río*. Allí tiene el olivarero otra embarcación más grande y mejor: una barcaza con la que lleva hasta el mar sus cargamentos de aceite. En ella navegan *Guadalquivir* abajo, toda la noche sin pausa, para alcanzar la bahía con la luz de la mañana.

Ya la nave suelta amarras cuando Santiago recorre con Carlos la pasarela antes de que la retiren. Retornan a tierra.

Martín lo quiere retener y, con palabras sentidas, se lo pide. También lo hace Candela; y hasta Benito se atreve a dar consejos para que vuelva al barco.

—Me quedan cosas que hacer aquí —se justifica el maestro de armas—. Ya os lo dije: permitamos obrar a la providencia.

—¡En *Chipre* tendréis vuestra casa, que es tierra de maravilla! —Se desgañita Martín en la amura de babor.

La costa se borra. Todo es azul: el mar y el cielo. Y en lo alto, Luna y sol comparten tiempo. El caballero y su amada, abrazados, notan en sus rostros la brisa de la libertad. Ocasión habrá en los días de navegación para describir la hermosa isla que será su hogar; aunque Benito, que a estas alturas tiene ya versos para casi todo, así lo explica:

“*Chipre* es isla preciosa,

por caballeros guardada.
Nada en la mar, silenciosa;
espera nuestra llegada.
Hogar será de nosotros;
de paz será nuestra casa.”

En simpático ademán, el juglar hace una reverencia a Clara, que aplaude. Candela ríe y su risa se contagia al caballero Martín. La alegría revolotea entre los cuatro jóvenes, que ven resucitados sus sueños.

Luna, diluida en el cielo soleado, ríe también antes de irse a otra parte con sus enredadores juegos.

Epílogo

Y en noche de luna llena Comprendí las circunstancias

Han pasado casi treinta años el día de primavera en que un barco entra en la bahía de *Cádiz* traído por el viento levantino. Treinta años desde que otro bajel similar hubiera soltado cabos en los mismos amarres en los que ahora este los ata. Viene, como otras muchas naves, con cargamentos de especias, tejidos preciosos y perfumes exquisitos. Viene con esos productos y también con la intención de llevarse a los lugares de los que los han traído, aceite, vino, trigo y artesanías de cuero. Han pasado casi treinta años cuando dos hombres que no son de la marinería, ni comerciantes, ni siervos, sino pasajeros, han puesto pie en tierras del reino sevillano y sin dilación alquilan en una venta dos cabalgaduras para que los lleven a su destino antes de que la noche caiga. El uno es un joven garrido de buenas hechuras, de talle alto, rostro moreno y cabellos ensortijados que caracolean bajo un sombrero. Don Álvaro de Valmayor y Bermejo dice llamarse cuando le pregunta el dueño de la posada en la que almuerzan. El otro es un viejo de estrenada cincuentena: plateadas las barbas, casi calvo salvo por algunos pelos en el cogote y sobre las orejas, también delgado aunque más bajo y de andar menos garboso, un poco cojitranco por las señales que el tiempo deja tras una larga vida llena de avatares: Benito Muñoz son sus señas.

Han llegado de *Chipre*, pasando por *Malta y Sicilia*, por *Barcelona y Valencia*. En el largo viaje han tenido tiempo de ponerse al día de las vicisitudes por las que la *Corona Castellana* ha pasado a lo largo de tanto tiempo, ya que a *Oriente* no solo no llegaban frescas las noticias, sino que lo hacían tardías y desfiguradas. Supieron en su día de la muerte del *Rey Sabio*, el 4 de abril del año del Señor de 1284, a los setenta y tres años; y que fue enterrado en la *Catedral de Sevilla*, junto a sus padres. Supieron que su hijo *Sancho* subió al trono con el nombre de *Sancho IV* y conocieron también las truculentas maquinaciones y los aciagos avatares por los que pasó don *Alfonso* en sus últimos años. De eso hablan el joven Álvaro y su acompañante mientras cabalgan a la par por el *Camino Real* que conduce a *Sevilla*.

—Os digo —insiste Benito— que cada uno tiene su estrella y hasta la de los reyes a veces les es esquivia.

—Y llevas razón; que los brillos que destella pueden ser muchos y muy distintos.

—El para bien y el para mal. El viejo rey *se perdió por los Cerros de Úbeda*, en sus sueños de ser nombrado emperador del *Sacro Imperio* por el *Papa* y descuidó barrer su casa: se le multiplicaron las revueltas; se le sublevaron los nobles castellanos; le murió de malas fiebres su primogénito y heredero don *Fernando de la Cerda* mientras él estaba enredado en *Francia*, persiguiendo quimeras... “*Señor, no me fecistes vos, más fizome Dios*”; me han contado que fue el argumento que empleó un mal hijo para negar que dependiese de su padre el que heredara el reino.

—Se te han quedado fijados esos “para males” de los que hablas, que los citas a la carrera, con memoria de juglar avezado.

—Y eso que todavía no me habéis dejado llegar al triste final en el que fue traicionado por su hijo *Sancho*, que se le reveló confabulado con muchos nobles y lo depuso en *Valladolid*. ¡Adónde

llegan las cosas! Don Alfonso maldice a su hijo y lo deshereda y se va contra él pidiendo ayuda al *Emir de Marruecos*, después de haber guerreado con él media vida.

—Hasta las contingencias de mis padres y las mías y las tuyas propias se han quedado cortas ante tanta desgracia.

—Cortas fueron y no acabaron ahí, pues el mismísimo *Papa* excomulgó a don *Sancho* ¡Qué mayor tristeza para un padre que ver a su hijo muerto en vida!

—...Y desearlo.

—Eso, eso...; y desearlo.

Sin embargo, un hijo es un hijo, desde la piel hasta el tuétano. Cuentan las crónicas que don *Sancho* se arrepintió de su mal camino y volvió al sendero de la devoción paterna; y que el rey, como lo hiciera el padre del *hijo pródigo* de la parábola bíblica, lo perdonó retornándole lo que era suyo poco antes de morir; que hasta al *Papa* le suplicó que lo aceptase en su gracia.

—Las aguas volvieron a su cauce.

—De una manera o de otra las aguas siempre hacen cauce...; sino, no habría río.

—Muy agudo, Benito, muy agudo.

—Hasta las nuestras volvieron...; y fueron torrente salvaje.

—Lo fueron; sí que lo fueron. Tantas cosas han pasado en estos años que una historia completa en varios tomos habría que escribir al respecto, pero este no es el caso; que nosotros hemos vuelto a las tierras de mis padres y a las tuyas a cumplir una promesa. Eso haremos y no otra cosa, para marcharnos luego por donde hemos venido.

—Dios os oiga, joven trovador.

Llegan a las inmediaciones de *Cantillana* pasada la media tarde, después de atravesar *Sevilla* sin hacer parada en ella nada más que para comer en una posada de los arrabales, ya que nada había aguardando en aquella ciudad.

—¡Mirad, mi señor! —Señala Benito con excitación al llegar a una encrucijada. —El sendero de la venta del molino.

—El lugar de los sueños de mis padres...

—En efecto, al cabo de este sendero está el manantial de aguas claras donde nació el amor de quien os puso en este mundo.

— Pues vamos —azuza Álvaro al caballo, que se pone al trote.

Llegan a las ruinas de la posada que ya ni ruinas son sino un montículo de piedras semienterradas entre arbustos.

—Por allí es, entre los álamos.

Al estanque llegan por fin:

—¡Por la Santísima Virgen! —Exclama el viejo juglar.

—¿Qué demonios pasa?—Pregunta el trovador sobresaltado.

Benito tartamudea invadido por la emoción:

—Es...es co...como si el tiempo se hubiera detenido aquí.

Álvaro entiende al momento lo que su acompañante quiere decir, porque por boca de su madre ha imaginado muchas veces aquel lugar: el agua cantarina naciendo entre los peñascos y campanilleando entre ellos hasta remanar en el estanque en el que flotan los nenúfares y las lentejas de agua. Las ranas saltan y croan acompañando la música líquida y en una rama una lechuza ocupa el sitio del viejo búho.

—¡Hasta ella ha venido! —Se regocija Benito.

¿Ella? ¿Quién? —Pregunta el joven, confundido.

El juglar no dice nada. Se limita a mirar hacia arriba y a señalar con el dedo.

—La mirada de Álvaro asciende por los troncos de los álamos y sube al cielo por sus ramas. Ella es Luna, que los mira y les sonríe porque todo lo sabe y se congratula de que se vaya a cerrar el círculo que ella un día encetara.

—¡La luna! ¡La luna llena!

—Esa misma. La luna lunera que contempló los amores de vuestros padres y también los míos. La que nos hizo de alcahueta.

Rezuma la imaginación de aquellos hombres. Para el uno, historias puestas en los oídos de un niño; para el otro, recuerdos vividos. Cada uno enriquece su memoria inundándola con los colores de las flores, con los murmullos del bosque, con los olores del lugar. Es tan sublime el momento que no hay palabras que lo puedan expresar; por eso permanecen callados, miran, escuchan y huelen. Cumplen el ritual de pedir sus deseos a los duendes del agua.

Pasa una hora entera. Álvaro de Valmayor se levanta y trae a este mundo al ensimismado Benito con una orden clara:

—Es hora de ir al castillo de mis abuelos. Cumplamos lo que hemos venido a hacer.

Retornan al camino. Al pasar de nuevo delante de las ruinas del molino, Álvaro esboza un anhelo que posara en el agua.

—Algún día...—murmura; casi se le escapa.

El juglar detiene su montura y se vuelve:

—¿Decís algo, mi señor?

—No, nada—contesta pensativo el trovador, que sueña con reponer el honor de su estirpe. —
¡Vamos!

Vuelve el repiqueteo de los cascos de los caballos a perturbar la naturaleza callada por la que avanzan. Es tarde y los caminos están desiertos. Es noche cerrada cuando divisan el collado sobre el que se asienta el castillo, sombría forma pétreo recortada en el cielo grisáceo con su enhiesta torre desprovista de estandarte.

Escudriñan los dos hombres en la penumbra y Benito alcanza a ver algo:

—¡Mirad! ¡Mirad allí! —Señala.

—¿Dónde? —Álvaro recorre los dentados muros de la fortaleza y no consigue reparar en nada.

—En la torre del homenaje. Observad el ventanuco, mirad la chimenea. ¡Hay lumbre! —
Ambos se ponen en alerta. —Hay gente en el castillo, mi señor don Álvaro.

—Eso parece, Benito. Habrá que ir con tiento. Puede que sean bandidos o mendigos que se refugian del frío. Ata los caballos, continuaremos a pie.

Así lo hacen hasta llegar a la puerta principal que está desencajada porque la madera se ha retorcido de vieja y las bisagras de hierro están desvencijadas por la corrosión. Consiguen entrar. Se aseguran de que no hay nadie escondido entre las sombras, cruzan el patio con precaución, suben los peldaños de piedra y llegan a la puerta de la torre. La empujan. Esta sí está cerrada y bien cerrada.

Álvaro se cansa de tanta prudencia y aporrea la aldaba de bronce, que retumba en la noche ante el estremecimiento de Benito, al que le ordena encender una antorcha.

— ¿Quién hay en la casa? — Como nadie contesta repite la llamada hasta tres veces. Por fin recibe respuesta a través de una voz que atraviesa tímidamente el roble.

—¿Quién vive? —Suena asustada.

—Álvaro de Valmayor, hijo de Martín de Valmayor.

Benito añade información cuando vocifera con las manos entornadas alrededor de los labios:

—¡El nieto del conde don Álvaro!

No hay respuesta; pero se perciben sonidos de pasos y, al poco, alguien desatranca la puerta. Los goznes crujen al abrirla y de la negrura del hueco aparece la figura de un anciano encorvado que se frota los ojos con los puños cerrados para ayudar a su disminuida vista. Es un viejo de cabellos totalmente blancos, largos y ajados por la falta de cuidados. Está demacrado y una de sus huesudas manos sostiene un bastón. Cuando el hombre consigue formar en la retina las imágenes de sus visitantes lanza un grito de sorpresa como si estuviera ante una aparición fantasmal y retrocede dos pasos que muestran que la artrosis ha hecho mella en su cuerpo.

—¡Santísima Trinidad! —Su voz suena quebrada, pero todavía conserva el tono profundo de tiempos mejores. Eso ayuda a Benito a poner nombre al habitante de la torre.

—¡Maese Santiago! ¡Santiago de Campos! ¡Maestro!

El anciano vuelve a adelantarse y reconoce al que lo está llamando por su nombre.

—¡Por Dios Santo! Eres... eres Benito...el escudero... —lo dice mirando con estupor a su joven acompañante. Se tambalea por la conmoción y está a punto de sufrir un desvanecimiento. El cayado cae al suelo y los dos recién llegados le echan mano al viejo para que no caiga también. Lo ayudan a entrar en el salón de la torre, cerca de la chimenea donde crepita la lumbre. Lo sientan en una bancada y ellos al lado. El hombre intenta rehacerse y balbucea algo parecido a un agradecimiento al Altísimo por haberle permitido llegar a ver lo que está viendo; aunque sus palabras entrecortadas solo permiten deducirlo sin entenderlo del todo. Vuelve a mirar a Álvaro y sus ojos viajan rápido hacia el rostro de Benito transportando una pregunta que es sospecha.

El que fuera escudero y ahora es versado juglar responde sin dilación:

— Sí, mi señor Santiago. Es el hijo de Martín. Se llama Álvaro.

—Igual que su abuelo —susurra el viejo maestro de armas mientras estira su mano para tocar suavemente las facciones de la cara del muchacho.

—Igual que mi abuelo —conviene el joven, aceptando de buen grado la caricia de aquella mano escuálida y callosa.

Entonces, el anciano despliega los miedos con los que ha vivido durante tanto tiempo entre aquellos muros; hasta el punto de que sus palabras se vuelven delirantes:

—El Señor en su misericordia ha querido que mi misión en la vida haya encontrado sentido.

Y ante la mirada atenta de sus dos acompañantes les cuenta que después de la partida de aquel barco fue apartado por el rey de todos los honores dados y despreciado por sus compañeros y amigos.

—La noche antes de que tus padres se fueran tuve un sueño. Una voz a la que puse el semblante de vuestra abuela, doña Úrsula, me conminaba a cuidar del castillo y las tierras de Valmayor para que no terminaran en ruinas —las palabras quebradas por la emoción desembocan en una conclusión evidente—. Por eso nunca me fui. Me quedé aquí, guardando lo que he podido con estas manos, con estos ojos de viejo —comienza a llorar con lágrimas de amarga felicidad cuando evoca tiempos aciagos—. Soy un ermitaño en mi propia casa —dice mientras mira a su alrededor—. El rey don *Alfonso* me confinó aquí sin saber que con ello me conducía a mi destino. Luego, con los años, se olvidaron de mí y ahora ya nadie me recuerda. Solo soy un viejo... un viejo loco —vuelve a llorar con amargura y se abraza a Benito con el afecto de quien abraza a su propio hijo. —¡Bendito seas! —Lo besa en la frente, en las manos.

Benito, incómodo, azorado, las retira.

—Mi señor, calmaos.

—Aquí me quedé, esperando sin saber a quién ni el cuando...; esperando sin saber... Ahora ya entiendo lo que la condesa quería de mí, entiendo mi sueño, entiendo... Puedo morir dichoso porque ha venido quien tenía que venir... —las preguntas que lleva retrasando por miedo a formular, afloran por fin a sus labios—. ¿Qué ha sido de ellos, de tus padres? ¿Viven todavía? ¿Han hecho realidad sus sueños? ¿Han podido...?

Álvaro se enternece al advertir el afecto que destilan las palabras de Santiago.

—¡Tranquilizaos, señor, tranquilizaos! —Lo conforta cariñosamente—. Ellos están vivos. Lo están; podéis creerme. Están tan vivos como vos y como yo. Y si me lo permitís he de contaros que están juntos y que han sido felices; que aún lo son.

—¡Vaya que sí! —Interviene el juglar, que en esas palabras tiene arte y parte; pues la dicha de sus señores también ha sido la suya y la de Clara y la de los pajarillos que ha dejado en *Chipre*: dos muchachos y tres chicas.

El joven prosigue:

—En sus buenos amigos, dentro y fuera de la *Orden de San Juan*, encontró mi padre el apoyo para construir su nueva vida. Se hizo comerciante, armador de barcos, primero trabajando para los *Hermanos Hospitalarios* y ahora también para los venecianos. Tenemos más de diez navíos en la flota llevando y trayendo mercancías por todo el *Mediterráneo*; y dos más en astillero.

—¿Y ella, la molinera, Candela?

—No es molinera —ríe Álvaro pensando en su madre— que es dama de bien, aunque conserva los donaires de la juventud y la dulzura y también la bondad, que invierte en ayudar a los necesitados y a los desvalidos.

El pecho del anciano se hincha, insuflado por el aire de la vida. Da por bueno todo cuanto ha pasado, toda la soledad..., todos los sinsabores. Lloro emocionado y, como los ojos del joven parecen preguntarle por su estado, se limita a decir:

—Todos en la vida tenemos una misión señalada... —deja en suspenso su reflexión porque está sobrepasado por tantas noticias nuevas—. Demasiadas emociones para mi corazón viejo... —la estancia vuelve a llenarse de palabras después de un breve silencio en el que cada uno parece ensimismado en sus pensamientos.

—Maese Santiago yo... —el muchacho explica que ha venido de tierras lejanas a honrar a sus abuelos por deseo de su padre; que ha venido a poner sobre sus tumbas unas flores, a rezarles con oraciones de las que encargo trae. Cuando va a manifestar que su intención es la de volver a *Oriente* nada más cumplir esas promesas, puesto que en el *Reino de Sevilla* no hay nada que lo retenga, Benito le hace un gesto para que se lo calle—. ¿Dónde están enterrados mis abuelos? —Pregunta entonces Álvaro con voz serena para favorecer que el anciano se calme.

—En la iglesia de Valmayor; en la cripta de la iglesia. He cuidado de sus tumbas cada día. Nunca ha faltado una oración para ellos. Han sido mi compañía todos estos años... mi única compañía. A veces incluso creo oírlos hablar entre estas piedras. Pero no me dan miedo. No son fantasmas, solo son almas que esperan...

—¿Qué esperan? ¿Qué esperan a qué? —Interrumpe Benito extrañado.

—A que se cierre el círculo de sus existencias...; como hoy se cierra el mío... —y vuelve al pensamiento que dejara a medias—: todo tiene un por qué y un para qué en esta vida; pero solo se alcanza a entender cuando uno es viejo..., cuando es tarde...cuando el tiempo ha pasado... Ellos, tus abuelos, te esperan, llevan años pululando entre estas paredes, haciendo el camino desde la iglesia al castillo... llevan años esperando...

—Todo llega... cuando llega —sentencia Benito con aire juglaresco, como si con el silogismo

quisiera comenzar un poema.

—Esa frase que mi padre repite muchas veces —explica el caballero— me trae a la cabeza otro asunto que traigo encomendado. Se trata de la historia de un hombre que le salvó la vida... un ermitaño.

—De nombre, Tomás —completa Santiago

—Me pidió que diera cristiana sepultura a los restos que hubiera de ese hombre si es que alguno hallaba en la gruta.

Santiago sonrío y sentencia:

—Dad por cumplido vuestro encargo.

—Aclaraos, no os entiendo —solicita Álvaro muy sorprendido.

—Una encomienda me hizo Martín antes de que el barco zarpara. La de buscar en el monte de la sierra del norte a un viejo que vivía en una cueva. Tardé más de una semana en localizar el lugar, por las señas imprecisas que me diera tu padre. Entré en la gruta y lo encontré muerto junto a las cenizas de una lumbre que se había apagado hacía días, como su vida. Lo enterré bajo un alcornoque y puse una cruz de madera con su nombre.

—Dios lo tenga en su gloria —contesta el joven, satisfecho de que el deseo de Martín se hubiera hecho realidad tanto tiempo atrás—. Mis padres se pondrán muy contentos cuando se enteren.

El viejo maestro, de pronto, da un giro a su conversación. Se da cuenta de que los viajeros están agotados y tendrán hambre.

—Poco tiene que ofreceros esta casa, que es la vuestra; pero una hogaza de pan no falta, ni tampoco un trozo de tocino para asar en la lumbre. Ve tú, Benito, que aún sabrás dónde se guardan esas cosas.

El juglar se marcha a la alacena mientras Santiago queda evocando viejos tiempos ante los oídos atentos de Álvaro.

—Te pareces a tu madre. Tienes algo de tu abuelo... —está diciendo cuando Benito regresa con el pan, la carne y una jarra.

—Pero los ojos son de su padre; y la maña con la que maneja la espada, a vos os la debe. Además es diestro en componer romances.

El maestro de armas se apercibe de la presencia del antiguo escudero y repara en lo que trae.

—Veo que estás en todo; como siempre. Está aguado y es malo; pero es vino.

Mientras Benito lo sirve en unas tazas, el anciano procesa lo que ha oído. En lo de los ojos lo conviene, entiende lo de la espada; pero lo de las trovas se le atasca y pregunta al juglar que está espetando unos torreznos en un hierro para acercarlos al fuego.

Es Álvaro quien explica, mientras lasca tres gruesas rebanadas a la hogaza de pan de trigo.

—Uno de los grandes amigos de mi padre, de los que conoció en sus viajes, fue el ilustre trovador Gael de la *Provenza*, que instruyó en las artes juglarescas a Benito y fue mi mentor y maestro. Murió el año pasado; pero sus enseñanzas no y sus composiciones tampoco. Esas pasaron a mí y vienen conmigo donde yo voy.

—Así que caballero y trovador... Curiosa mezcla. —se admira Santiago.

—Autor y transcriptor de trovas, romances y otras músicas que casi siempre se ocupa de cantar mi fiel compañero —aclara Álvaro mirando a Benito.

—Vihuela traigo —señala el juglar con complacencia—. Pero se ha quedado en las alforjas de... —de pronto recuerda—. ¡Los caballos! Iré por ellos ahora mismo, no vaya a ser que los perdamos o alguien les eche mano.

—Yo te acompaño —completa el joven poniéndose en movimiento—. No quiero que vayas solo de noche al bosque.

Cuando regresan encuentran al viejo Santiago durmiendo recostado en la bancada. Tantas emociones lo han fatigado y no ha podido aguantar por más tiempo. Benito lo tapa con una manta y ellos también se van a la cama. Enseguida se duermen todos porque ha sido un día largo que les han llenado el corazón de inquietudes.

Con el alba canta el gallo y alborota el gallinero que maese Santiago tiene en las antiguas caballerizas. Los tres hombres se despiertan y se desperezan en la jofaina que Benito ha llenado con el agua de lluvia recogida en un barril del patio. Después de un exiguo almuerzo a base de leche de cabra, los tres se encaminan hacia la iglesia, que se encuentra a tiro de piedra del castillo, justo al pie de la colina, en la cabecera del pueblo. Vetusto templo de piedra, achaparrado, de ralas ventanas minúsculas y una enhiesta torre de planta cuadrada y alzada alta soportando un desproporcionado campanario. La puerta que ciega el arco de medio punto de la puerta está atrancada; pero Santiago tiene la llave de una pequeña puerta auxiliar. Entran. Sus pisadas sobre el suelo pétreo de la nave única del templo reverberan contra los gruesos muros. Rayuelas de sol se cuelan por los ventanucos alargados. Huele a humedad, a cirio, a flores marchitas. Sobre el altar incrustado en el muro, un Cristo crucificado los mira con aire perplejo. No esperaba, por lo visto, tales visitantes y menos a esas horas. Imitando al anciano, encienden sendas bujías y bajan a la cripta por unas angostas escaleras excavadas en la piedra. Es un recinto pequeño, de unos cuarenta pies de largo por la mitad de ancho, con el techo tan bajo que se puede tocar con la mano. Álvaro se da cuenta enseguida que en los robustos muros han sido encastrados los sepulcros de sus abuelos; uno, el del conde a la derecha y otro, el de la condesa, a la izquierda. Están incrustados en una pared desnuda de ornamentos con el hueco justo sobre ellos para poder abrir las losas. Estas si que llevan adorno: una espada sobre el escudo de la casa en un caso y en el otro la figura de una dama, brazos cruzados sobre el pecho y dos ángeles a ambos lados de su cara.

—Dejadme, os lo ruego —suplica el caballero.

Benito le tiende algo que lleva en la mano y se vuelve.

—Mí amo quiere estar solo —informa a Santiago, que, con dificultad, aún está bajando la escalera.

—Por fin, ya estoy aquí, ya he venido —les habla a sus ancestros como si sus almas estuvieran bajo las losas, como si pudieran oírlo—. Cumplo en este instante la promesa que le hice a mi padre, cuya mayor pesadumbre en el destierro siempre fue que las cuentas pendientes no os hayan dejado marchar con Dios Nuestro Señor. Por eso vengo: a implorar vuestro perdón y a perdonar —mientras habla susurrando busca dentro un legajo de pergaminos que le ha entregado su ayudante y encuentra dos rosas blancas, prensadas y secas. Pone la primera junto a la espada y después acaricia su filo de piedra. Pone en la segunda un beso antes de colocarla sobre las manos de la efigie de doña Úrsula. Se arrodilla y reza. Entre aquellas cuatro paredes se quedan los ruegos que han venido de *Oriente* y al juicio del Todopoderoso esperan para que admita en su reino el alma de don *Álvaro* y de doña *Úrsula*. El joven trovador se siente orgulloso de haber cumplido su palabra y de haber puesto de su parte lo que se le ha pedido para que se cierre una página ingrata de la historia de su familia.

Tras media hora, sale de la cripta y se encuentra con los dos hombres, que también están inmersos en sus rezos. Dejan los tres el templo y regresan al castillo. Son las once de la mañana cuando Álvaro decide que él y Benito bajarán a *Cantillana* a comprar víveres que llenen la

miserable alacena del anciano. Así lo hacen y, a medida que se acercan a la villa, advierten que el camino se va llenado de gente. Preguntan a una mujer que lleva un cesto lleno de hortalizas sobre la cabeza. Esta les informa de que es día feriado; y no solo se enteran de eso, sino de que el mismísimo rey *Sancho* lleva varios días en la ciudad intentando solucionar los problemas de *Tarifa*,

—Los *benimeríes*^{/lxxxviii/} vuelven a estar dando guerra —añade con sarcasmo la campesina antes de despedirse.

Entran por la puerta principal y dejan las caballerías al cuidado de un mozo de establos. Para cuando llegan a la *Plaza del Llano* ya los tenderetes están montados y el lugar bulle de vida. Los comerciantes vociferan las bondades de sus mercancías; los posibles compradores van y vienen, regateando esto o aquello; los chiquillos corretean en busca de algún hurto que les llene las barrigas; hay algún mendigo pidiendo y también algún que otro joven hidalgo malandrín echando el ojo a las jovencitas. En aquella algarabía, Álvaro y Benito pasan desapercibidos. Compran una cesta de mimbre y en ella van poniendo un queso curado, hogazas de pan, longanizas... En el puesto de frutas están, cuando una voz llama su atención.

“Caminantes,
lugareños que hasta aquí os acercaseis,
tened a bien deteneros
y oíd, si así os place,
con vuestra atenta audición,
lo que aqueste humilde ciego
y su imberbe lazarillo
os cuentan en su canción.”

Descubren que en la escalinata del concejo han improvisado su escenario un ciego juglar y el jovencito que lo guía. Este se afana en colocar en un trípode de madera un pliego de gran tamaño plagado de dibujos secuenciados. Cuando lo ha estirado bien, se da la vuelta para tocar una campanilla y, con voz de letanía, ayuda al maestro a llamar la atención de la gente, que se acerca y se arremolina.

“Señoras y señorías
pónganme mucha atención
y escuchen la triste historia
que viene a continuación.”

El muchacho se tropica y cae aparatadamente a los pies del ciego que se precipita a darle un bofetón. El pícaro se agacha y al levantarse se mofa del viejo; pero la mano que se fue por el aire vuelve por el viento para encajarle del revés una colleja que lanza su gorro hacia adelante. La gente ríe, se regocija y se burla de la torpeza del muchacho. Para los cómicos es parte de un espectáculo estudiado y bien estudiado que les ha dado siempre buenos resultados y les llena cada día las barrigas. El lazarillo se levanta, quejándose con la mano en la nuca; recoge el gorro del suelo, con su cascabel en la punta; hace una reverencia ceremoniosa al público del que ya ha obtenido atención; proporciona al ciego una vihuela y, tras acomodarlo en la escalinata, se

prepara con una varilla de mimbre para señalar en el pliego el devenir de la historia que su maestro va a declamar en monótonos compases.

La trova despliega una retorcida historia que desde los primeros versos es descarnada. Habla a las claras del caballero Martín, hijo del conde don Álvaro: hombre cabal, de intachable conducta; y de la condesa doña Úrsula: dama donde las hubiera. Hijo malvado, asesino, alimaña de los montes que acaba vilmente con la vida de sus padres por un amor parido por el diablo.

Benito bufa con lo que está oyendo. Se va poniendo colorado, encendido a cada verso que le entra por las orejas. Se sulfura que parece que sus ojos son centellas, que semeja que en cualquier momento va a saltar sobre la chepa del ciego para taponarle la boca, o a robarle su cayado y curtirlo a bastonazos. Pero aguanta. Aguanta rígido, inmóvil; porque a su lado, Álvaro, permanece atónito, sin tragar siquiera la saliva que se acumula en la boca como la bilis en el estómago del escudero.

Describe el ciego con pelos y señales la premeditación, el ensañamiento y la crueldad del vil acto. Vitupera al criminal con insultos de mala estofa para regocijo de los oyentes que parecen haber oído aquella historia otras veces, puesto que están atentos a los momentos álgidos en los que el juglar pone énfasis.

El caballero respira entrecortadamente, como si las palabras que oye fueran puñales que le rasgan la piel a jirones. El vidrio de sus ojos convertido en agua que al rebosar baja por sus mejillas en dos hilos.

El chico, a una señal del ciego, deja la varilla en el suelo y se apresta a pasar la gorra entre el público mientras el juglar carga las últimas rimas, encendidas, encarnizadas, sobre el hijo prófugo, desterrado, maldito, condenado al infierno.

Ya está. Álvaro ya no puede más, ya ha tenido bastante. Toma una decisión trascendental que puede a cambiar su existencia de un plumazo. Con un golpe rotundo de su brazo hace volar su capa y da un giro en redondo para salir de aquella plaza de escarnio y de maldecir. A zancadas amplias va acelerando por la calle, hacia los establos, con tanta prisa que a Benito le cuesta seguirlo y mucho más preguntar nada, resoplando como va. Por fin lo alcanza.

—¿Qué vais a hacer, mi señor? ¿Qué os ha entrado en la cabeza?

Benito, una vez que sabe de las intenciones de su señor, se deshace en argumentaciones durante todo el camino de vuelta para intentar apartarlo de lo que ya es una fijación.

—Esa idea de presentaros en la corte como trovador es una locura.

—¿Una locura dices? ¿Es que no lo has visto? ¿Es que no lo has oído? —Recalca Álvaro, indignado—. Lo que hemos presenciado en la plaza de *Cantillana* sí que es una locura. Es una infamia, una aberración, una mentira que se incrustará en la memoria de las gentes por generaciones. ¡No lo consentiré!

En el castillo, cuando maese Santiago se entera de las intenciones del joven, argumenta cuanto puede para que revoque su decisión; pero nada consigue sino enervar más al muchacho que, determinado en sus propósitos, ordena a Benito que tome papel y pluma.

—Irás a palacio y entregarás al secretario del rey *Sancho* la carta que voy a dictar. Habré de afinar en mi retórica para estimular su curiosidad; por eso quiero que sea versada y que en sus líneas encierre incógnitas que solo se verán despejadas con mi presencia. Afánate en redondear bien tus letras, que voy...

De *Oriente* llego a estas tierras,
de *Hospitalarios* lugares,

traigo novedades frescas;
cosas de allende los mares.
Alvar de *Chipre* yo soy;
el de los tristes cantares.
De Gael de la *Provenza*
aprendí lindos trovares.
Otros los hizo mi pluma
para los oídos reales.
En sabiendo, rey don *Sancho*,
que campáis por estos lares
y que esta noche habéis cena
con los nobles y notables.
Con gran diligencia os digo:
no dudéis en invitarme.
Os prometo que mis trovas
enormes sorpresas traen
que os incumben a todos
por ser muy grandes verdades.
Verdades que dan razón,
si bien queréis escucharme.
Razón que, después de oída,
no deja impasible a nadie.

Añade las fórmulas de cortesía que consideres oportunas. En eso Santiago puede ayudarte y marchemos todos a *Sevilla* cuanto antes.

—Pero...

—No hay “peros” que valgan. Se hará como he dicho y basta.

Durante todo el camino, sobre las monturas, ensayan el recitado de aquello que han de escenificar ante el rey y su corte. Versos del más sublime romance que fuera el sueño cumplido de Gael. Santiago, que cabalga detrás y los va escuchando decir grandes verdades que lo desperezan de la pesadumbre en la que ha dormido tantos años y le resucitan recuerdos que casi tenía enterrados.

Llegados a la ciudad, a media tarde, después de haber parado a comer a medio camino, Álvaro decide que él y Santiago esperarán noticias en una posada cercana al palacio.

El encomendado está de vuelta en dos horas, con invitación lacrada con sello real. El trovador la lee y se congratula de lo que en ella pone.

—Parece que al rey don *Sancho* le pica la curiosidad. —Tiende el manuscrito al que fuera su maestro.

—En efecto que sois persuasivo —sentencia al ver que el monarca invita al trovador a que amenice el comienzo de la velada, justo antes de la cena.

Llega la hora. Los nervios del artista asoman en las rutinas a las que se ha acostumbrado cada vez que actúa en público. A su lado, Benito afina la vihuela con la que va a acompañarlo. El viejo maestro de armas los mira con incredulidad, ya que todavía le está costando aceptar que es verdad cuanto está ocurriendo. Están en la habitación contigua al salón del trono. Un gran cortinón púrpura con el escudo de la corona bordado en oro los separa de la gente y les permite cotillear

de vez en cuando quien entra, cada vez que el mayordomo real anuncia la llegada de un noble o de un gentilhomme. A cada nombre pone maese Santiago una alcurnia y un abolengo. Se encuentra allí lo más granado de la sociedad sevillana. Acomodado todo el mundo; el rey *Sancho* se levanta del trono, avanza un paso y con el movimiento atrae la atención de todos. Se produce un silencio expectante. El monarca observa a su derecha, donde está la reina y recibe una mirada de aquiescencia. Se dispone a anunciar la novedad que ya ha compartido con ella: que hay gran trovador llegado a la corte de muy lejanas tierras con gran misterio en sus cantares para regocijo de los presentes. Después hace una seña para que dé comienzo el espectáculo. El mayordomo, que se encuentra junto al cortinón, da el aviso. Entra Benito, rasgando la vihuela al tiempo que anuncia con grandilocuencia musical las virtudes del trovador.

Grandes reyes de *Castilla*,
nobles, hidalgos y damas:
aqueste humilde juglar
venido de tierras lejanas
ha gran honor en sus verbas
por el poder pronunciarlas
con grandísima emoción
ante audiencia tan preclara.

Ya los tiene. Más de cien ojos lo miran llenos de curiosidad. Lo sabe. Lo nota porque ha hecho esto muchas veces. Avanza unos pasos acercándose a los reyes. Hace una reverencia elegante:

—Con la venia...
Os presento a mi señor,
autor de trovas granadas
¿Queréis conocer su nombre?
Alvar de *Chipre* se llama.

El juglar se retira a un lado y hace su aparición de entre los cortinajes el joven Álvaro, elegantemente vestido, con aire de haber pisado las mejores cortes de *Europa*. Las damas murmuran y se miran congratuladas por la agraciada figura del artista. Los hombres cambian impresiones diversas que envuelven envidiosos deseos de tener ese porte gallardo, esa teatral determinación en la pose. El trovador se sitúa en lugar preferente, el tañedor de vihuela justo detrás y a un lado. Tres rasgados da Benito. El uno para el silencio, el dos para el saludo en balanceo estudiado hacia los monarcas, el tercero para marcar el comienzo de la recitación. Dos compases y esto sale:

I
Luna asoma en el estanque,
blanca, redonda y eterna;
contemplando unos amores
que a llorar me la condenan.
Él, apuesto caballero,
su fama noble y entera;

blasonado su linaje,
es hidalgo a manos llenas.
Valientes son sus pendones,
doquiera que los pusiera;
si en la guerra contra el moro,
si en las tierras extranjeras.
Su valor cuentan por cientos,
sus riquezas, no pudieran,
pues son tantas y tan altas
que el contarlas confundiera.
Y hete aquí que tanta honra,
tanto valor y pureza;
tanto oro, tanta fama,
tanto cuento y tanta cuenta,
derrotados ya los tiene
a los pies del agua fresca.
Luna duerme en el estanque
y en sus ojos se despierta;
despierta para acordarle
que quererla no debiera.
Ella no tiene linaje,
ni fama, ni conveniencia.
Solo es hija de los campos,
de los prados y las eras.
Y sin embargo, es hermosa,
dulce, salada, serena,
blanca, pero no de nieve,
pues su corazón le quema
por valiente caballero
que pasar vio de la guerra,
de regreso a su castillo,
con victoria en las banderas.
Sus miradas se cruzaron,
ya nunca más se perdieran
los brillos de las pupilas
que en las otras se reflejan.
Enterado está el su padre
de que a escondidas se vieran,
y entre los álamos altos
sus amores se escondieran.
Y ordena que sus lacayos
hagan en ruinas la hacienda,
la casa, la honra y la vida
de la mirada morena.
Mas a avisarla fue el viento,

por palabras muy secretas,
que salieron de la boca
de un alma muy pura y bella;
el alma de aquella madre,
que por madre ella quisiera.
Luna, que sabe la historia,
en volandas fue a esconderla
entre los cañaverales
que de palabras se acuerdan:
—aquí te doy mis amores,
testigo es la luna llena,
que en las aguas del estanque
por las noches se refresca—
Él, que ya está enterado,
a su padre pide cuentas,
pero éste no sabe darlas,
al que piensa que está muerta.
Y como no tiene palabras
se las pide por la fuerza.
Por caprichos del destino,
en medio de la pelea,
sin haberlo deseado
padre cierra la reyerta.
Por desgraciado tropiezo
se golpea la cabeza
con la piedra que sostiene
la lumbre en la chimenea.
Cuando Martín va a cogerlo
descubre con gran sorpresa,
que el cuenco de sus manos
se llena de sangre negra.
Sangre que vuelven roja
los rayos de la tormenta.
Sangre de su propia sangre
que a un alma noble envenena.

Pausa, tempo y medida en el poeta, que respira con la misma cadencia con la que lo ha hecho mientras recitaba; manteniendo el ritmo, aún ensimismado en su trova, antes de reparar en la actitud de su escogido público. La gente murmura, cuchichea. Algunos, los más viejos, han sido capaces de percibir entre líneas los visos de realidad que esconde el romance y abren los ojos de los que están en la inopia. El rey *Sancho* percibe que algo raro pasa. Hace una seña a uno de sus asistentes y este le susurra al oído sus sospechas. No ha acabado todavía cuando *Álvaro* retoma los versos con trágico acento:

Gritos, lloros, flemas, llantos,
culpas, quejas y lamentos.
Nada ya que pueda hacerse
por el alma de los muertos.
Persiguiendo a su destino,
huyó al monte el caballero.
Los que fueran sus amigos
sentenciaron su destierro.
Lo sabe el rey y ha ordenado
darle caza a puro hierro.
Detrás le van los soldados,
los lacayos y los perros;
a darle muerte segura:
¡Venganza tendrá el muerto!
Vagando va por tres días,
la luna le vio gimiendo.
A los pies de aquel estanque
el amor se ha vuelto yermo.
Ya no tiene la esperanza
de ser querido queriendo.
Y quiso volver, entonces,
a morir en aquel lecho
el de las azules aguas
que sus promesas mecieron.
Y teniendo ya en la mano
el rápido y útil veneno,
algo retiró la muerte
en el último momento.
Una voz blanca y suave
fue traída por el viento.
Una cancioncilla errante
se clavó en su pensamiento.
La misma que le cantaba
la dama de sus ensueños.
Y así la trajo la luna,
vestida de blancos velos;
bordada de lino y oro,
así la entregó diciendo:
— ¡Ten más fe buen caballero,
que tu damita no ha muerto!
Cuidarla has por tu vida
hasta tu último aliento.—
El instante fue sagrado,
fue supremo aquel momento,
En el que se encontraron

junto al estanque secreto.
Y tras escuchar la historia
de aquel error tan tremendo,
no puede cargar la culpa
de que amor torne a desprecio.
Entre lágrimas, por eso
le pide que se den tiempo.
Y que en el plazo de un año
se juren en casamiento
o se olviden para siempre
del amor que se tuvieron.
Él se marchará al destierro.
Ella ingresa en un convento.

Segunda pausa. Miradas escrutadoras que se inundan con el semblante del trovador para por sus rasgos discernir si es quien parece que es.

—¡Es el nieto del conde don Álvaro! —Alcanza a decir un hidalgo entrado en años, sin darse cuenta, en su pasmo, que ha puesto sus pensamientos en voz alta. La afirmación se convierte en murmullo que se difunde por el salón del trono.

—¿El hijo del prófugo de Valmayor? —Pregunta alguien con incredulidad.

El rey *Sancho* lo está oyendo todo y lanza una mirada inquisitiva a su esposa que, desconcertada, frunce el ceño.

Un rasgado intenso de Benito en la vihuela vuelve a meter las lenguas dentro de las bocas. La expectación crece. Ya nadie pica en los entrantes que se han puesto en las mesas mientras llega la cena; ya nadie aparta su vista de la escena.

III

Marchose pues, a la guerra,
para cumplir su destino.
Perdióse en el horizonte
de un día mortecino.
Bajo su cota de malla,
bordado de oro en lino,
el pañuelo de su amada
recordábale el camino
de regreso a aquella fuente,
cuando el año hubier vencido.
Y fue allá, en el Oriente,
a purgar sus desatinos;
cubierto en sangre de infiel,
con su corazón herido,
no por fuerza de las armas,
que por los amores idos.
Olvidose aquel invierno
de todo lo acontecido.

Rodó cabezas y cuerpos,
cortó rosales y lirios;
murallas fueron cayendo,
torres, palacios, castillos.
Se quebraron estandartes
y sus soldados vencidos,
y valientes y cobardes,
con sus mujeres y niños.
La muerte por todas partes,
haciendo la vida añicos
Tiñó de negro su alma,
la llenó de desvaríos;
y su fama fue creciendo
a costa del enemigo.
Sus gestas de guerra y sangre
cruzaron la mar en grito.
Luna que siempre es la misma,
aquí que en cualquier camino,
un buen día en un estanque
de rojo sangre teñido,
lo avisó, en un instante,
que el tiempo había cumplido.
Soltó allí el arma infame,
que fue al fondo del abismo;
con ella se ahogó el monstruo,
y se devolvió a sí mismo.
Dejó su escudo en el suelo,
el yelmo en el cabestrillo,
y desanduvo lo andado,
dando aquel año al olvido.

—¡Eso es verdad! —Comenta alguien llamando la atención de un nutrido grupo y también la de los reyes—. Sé de buena tinta que el caballero Martín —lo dice con respeto —luchó contra el infiel en *Antioquia*. Estuvo al servicio del gran maestro de los *Hermanos de San Juan* —viendo incredulidad en los ojos que lo miran, busca argumentos mayores—. Quien me lo contó estuvo también allí. Me aseguró que el hombre de los versos midió su espada contra el mismísimo *Baibars*.

La desconfianza se torna en admiración. La metamorfosis viaja de boca en boca: el prófugo muta en héroe; pues haberse enfrentado con el representante del diablo en la tierra no puede tener otra categoría.

La historia sigue.

IV

Paró su alma aquel día
que la atrapó la tristeza.

Entre tapias de un convento
guardó paciente la espera,
y entre aquellos muros fríos
se conservó su pureza.
Se marchitaron sus ojos,
en pálida y fría niebla;
emblanquecieron sus labios;
se enmascaró su belleza.
Entre sobrios sayos blancos,
de novicia por la fuerza;
tras los finos ventanales
que decoraban la iglesia,
rezábale al alto Dios,
haciéndole la promesa
de adorarle para siempre
si el amado se regresa.
Pasado fue el verano
sin alegrar su alma en pena,
ni encender el brillo helado
de la mirada morena.
El otoño fue cayendo,
mecido por hojas muertas,
que la damita contaba,
mirando desde su celda.
Se fue también el invierno,
entre las nubes espesas,
que de dolidas vertieron
sus lágrimas de tristeza.
Luego las flores un día,
las trajo la primavera,
pero no entró en el convento;
no cabía por las rejas.
Mas su corazón vivía
alumbrando la promesa.
Sabía que volvería,
cumplida era ya la fecha.
Y Luna, siempre la luna,
siempre la luna entera
redonda, reina del cielo,
allí estaba la primera,
a presenciar el reencuentro,
haciéndoles de alcahueta.

Una dama, emocionada, se dirige a la reina para corroborarle en voz baja que tiene constancia de tales hechos porque ella es natural de *Carmona* y en la villa circula la historia de la novicia y

el caballero que, aunque deformada por los años sigue manteniendo la moralina de que el amor todo lo puede. En la reina *María* medra la curiosidad por el caso y la cortesana desmenuza los detalles hasta que un tañido vuelve a llamar a la audiencia.

V

Allí se estaba la dama,
a la hora convenida.
Deseosa de encontrarse
con quien le robó la vida.
Con sus manos tocó el agua,
ella mojó sus mejillas,
recobrando de repente
una belleza perdida.
Sus ilusiones volvieron,
para cerrar sus heridas
y recibir a su amado
con toda su lozanía.
De los álamos del río,
el viento una voz traía:
—¡Aquí estoy, bien amada,
aquí vengo, bien querida!—
Cuentan que el cielo tembló
cuando sus almas se unían,
de nuevo junto al estanque,
que sus vidas retenía.
De lo alto de los cerros,
resplandores se esparcían,
llenando el firmamento
de una luz casi divina.
Y un silencio ganó el bosque,
por respeto al que venía.
Casi no hubo palabras,
sus miradas se entendían.
No recuerdan los romances
otra historia tan sentida.
Luna que lo sabe todo,
luna que todo lo mira,
no pudo ver sin sentir
profunda melancolía
de hallar tanto amor colmado
a los pies del agua fría.
Pero los momentos gratos
pronto tuvieron partida,
pues el rey ya era enterado
y sus soldados venían

a buscarles a la fuente
para robarles la dicha.
Pronto supieron las gentes
que el rey los perseguía
y en las casas más humildes
de las aldeas y villas,
aún arriesgándolo todo,
con celo los protegían
de las garras del tirano
que perdonar no podía.
Una mañana temprano
se les vio en la lejanía,
Huyeron en un gran barco
por aguas de la bahía.
La luna se fue con ellos,
nadando en aguas marinas,
detrás de los horizontes
de las tierras conocidas.
Nunca más se supo de ambos
en el *Reino de Sevilla*.

—Sí, mi señor —responde un viejo noble a una pregunta del rey—. Yo serví con el caballero Martín en la campaña de *Murcia*. Hace de eso treinta años —inmediatamente señala hacia el cortinón púrpura—. Y, mirad allí, también lo hice con aquel hombre; aquel anciano que se oculta. Es Santiago de Campos, maestro de armas de la casa de Valmayor; maestro y mentor del protagonista de lo que estamos oyendo.

El rey manda a un sirviente en busca de maese Santiago, que se ve sorprendido por la petición de que se acerque al trono. Mientras todo esto ocurre los ojos de la gente viajan a uno y otro lado. También los de Álvaro lo hacen; y los de Benito. Parece que la atinada composición está derribando infamias.

Esta vez las murmuraciones se prolongan por más tiempo; el que el rey necesita para hablar con el maestro de armas. El uno pregunta intrigado, el otro responde con diáfana claridad y afectada emoción. Al terminar, don *Sancho* le solicita que permanezca a su lado.

Benito, de pronto, se adelanta:
Pongan toda su atención.
Llega el momento esperado.
No pierdan solución
de este romance sonado.

Retorna a su lugar. Espera la señal de Álvaro. Dos acordes rasgados y...

VI
Pasados son treinta años
y a mis penas heredadas
me vengo por los caminos
desde las tierras lejanas.

Como soy un extranjero,
me persiguen las miradas
de los ancianos del pueblo,
pues a alguien recordaban
mi pelo negro y mis ojos.
Algo me han visto en la cara,
que les traía recuerdos
de las épocas pasadas.
Primero me fui al castillo,
con su estampa desolada.
Ahora estaba triste y solo;
vacía era la morada.
Luego me fui al camposanto;
dos tumbas allí esperaban,
y las honré en buena hora
cumpliendo ordenes dadas.
Les limpié las hojas secas,
les puse dos rosas blancas.
También pasé por los álamos,
fui al estanque de aguas claras,
y en noche de luna llena,
comprendí las circunstancias.
Yo era hijo de estas tierras;
supe que estaba en mi casa.
En mis venas hay nobleza,
pero también gente llana.
No soy conde, no soy duque,
ni campesina es mi estampa.
Estos versos os dirán
que trovadora es mi alma.

Media genuflexión con su reverencia pone fin a aquella entrega honesta, sincera, sublime, que los presentes agradecen con calurosos aplausos embebecidos de emoción. Se oyen vítores jubilosos. Las damas lloran y también algún caballero. El rey *Sancho* se levanta; mira a sus súbditos dando sentencia al arte que han recibido y él también quiere erigirse en juez.

—¡Que se acerque el magistrado! —Mira a su derecha y un hombre corpulento se adelanta—. ¡Y también el cronista del reino! —Un hombre menudo toma asiento en un pequeño escritorio. El rey fija sus ojos en los del juglar y por ellos, y con ellos, viaja a los del joven trovador. Se pronuncia con voz decidida—: ¡habemos desfacer un entuerto!

MAPAS

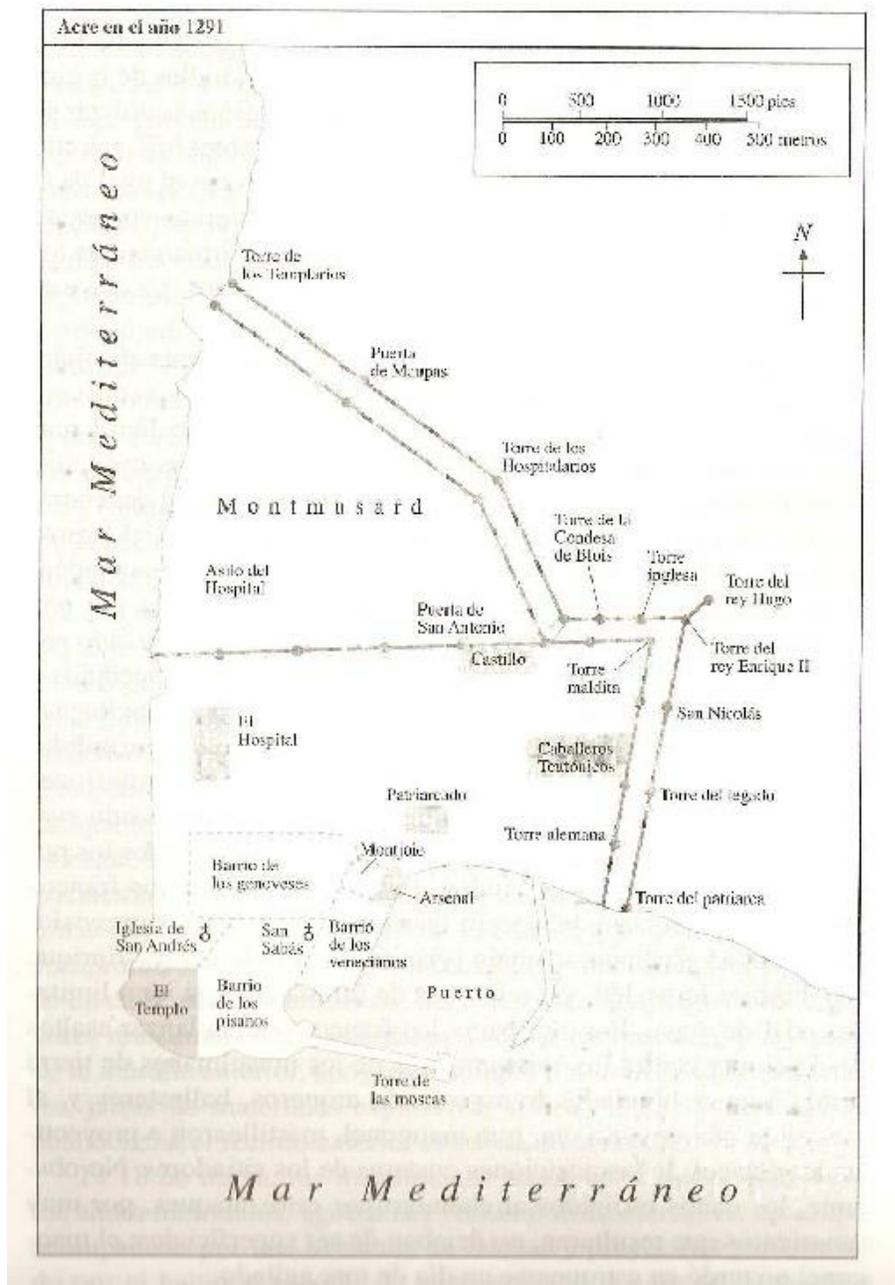


Distribución territorial de la *Península Ibérica* a finales del siglo XIII

Alfonso X, el Sabio: una Biografía. H. Salvador Martínez
Ediciones Polifemo. Madrid, 2003.



El Próximo Oriente en los siglos XII-XIII
Las Cruzadas. Nikolas Jaspert
 Crítica. Barcelona, 2007



San Juan de Acre

Las Guerras de Dios. Christopher Tyerman
Universitat de València, 2010

-
- [i] *Las Siete Partidas, Estoria de España, Grande e general Estoria, Tablas Alfonsíes, Cantigas de Santa María...* son algunas contribuciones del *Rey Sabio* al Derecho, a la Historia, a la Astrología o a la Literatura.
- [ii] Piénsese, por ejemplo, en su patrocinio de la famosa *Escuela de Traductores de Toledo*.
- [iii] Del latín, “lugar idílico” o “lugar ameno”, es un término literario que se usa recurrentemente en la historia de la literatura para referirse a un lugar idealizado, o más bíblicamente al paraíso. En el medievo es de mención frecuente. Por ejemplo, en la obra de Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra señora* se describe como un prado maravilloso lleno de fuentes y verdor.
- [iv] El rey *Alfonso X, el Sabio* y su corte residirán ininterrumpidamente en *Sevilla* desde el 22 de septiembre de 1260 hasta el 15 de mayo de 1265; y en *Andalucía* hasta 1269.
- [v] Originalmente una legua castellana equivalía a 4,19 km.
- [vi] En la actualidad la *Puerta del Perdón* de la por entonces recién convertida mezquita a catedral.
- [vii] Hoy es el *Patio de los Naranjos*.
- [viii] Santa María, // estrella del día, // muéstranos la vía // hacia Dios, y guíanos.
Cantiga nº 100 perteneciente a la obra *Cantigas de Santa María*, que *Alfonso X el Sabio* escribió en gallego-portugués.
- [ix] Descendiente de musulmán que permaneció en la península tras la *Reconquista* y al renunciar, abrazó la fe cristiana. También se aplicaba a los judíos bautizados.
- [x] *Muhammad Ibd Ubada Al-Qazzaz* (Málaga, 1051-1091) [LA 226]
- [xi] *Laudes alterius amice* [Loores de la otra amiga] poema en latín del *Cancionero de Ripoll* [LA 81].
- [xii] Los *goliardos* eran clérigos de costumbres disolutas, aficionados a las tabernas, al juego y a las mujeres. *Clereci vagantes*, clérigos errantes autores de numerosos poemas latinos profanos compuestos durante los siglos XII y XIII.
- [xiii] Esta aspiración finalmente fracasada es conocida por los historiadores como *el Fecho del Imperio*.
- [xiv] *Razón de amor*. Anónimo (hacia 1205) [LA 607]
- [xv] [NC 1985]
- [xvi] [NC 348]
- [xvii] [NC 352]
- [xviii] [NC 352 bis]
- [xix] *Al-Abyad* [LA 109]
- [xx] [NC 2590]
- [xxi] [NC 2004 bis]
- [xxii] [NC 41]
- [xxiii] *Ibn Šuhayd* (992-1035) [LA 105]
- [xxiv] *Yosef el Escriba* (segundo tercio del s. XI) [LA 229].
- [xxv] [NC 857].
- [xxvi] [NC 2576].
- [xxvii] [NC 2577].
- [xxviii] [NC 349].
- [xxix] [NC 555].
- [xxx] [NC 732].
- [xxxi] [NC 209B].
- [xxxii] *Séptima Cruzada*.
- [xxxiii] Invierno de 1248-1249.
- [xxxiv] [CT 14].

[/xxxv/](#) Proverbio árabe.

[/xxxvi/](#) [NC 921].

[/xxxvii/](#) *Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.*

[/xxxviii/](#) *Al-Malik al-Zahir Rukn al-Din Baibars al-Bunduqdari* (1223-1277) sultán mameluco de *Egipto* y de *Siria*.

[/xxxix/](#) Hacia 1009 el califa *Al-Hakim* segregó a cristianos y judíos e hizo destruir la *Iglesia del Santo Sepulcro*.

[/xl/](#) Rectorados.

[/xli/](#) *Guillem de Cabestany* (finales del s. XII-1212) [LA]

[/xlii/](#) [NC 811B].

[/xliii/](#) [NC 1947bis].

[/xliv/](#) Noble inglés que fue el 20º *Gran Maestre de la Orden* entre 1258 y 1277.

[/xlv/](#) *Bohemundo VI, el Hermoso* (1235-1275) *Príncipe de Antioquía* (1251-1268) y *Conde de Trípoli* (1251-1275). Hijo de *Bohemundo V*. En 1257 se proclamó *Rey de Jerusalén*, pero se encontró con la oposición de genoveses y catalanes.

[/xlvi/](#) 20º *Maestre de la Orden del Temple*.

[/xlvii/](#) *Bertran de Born* (1159-1215) *Me agrada el alegre tiempo de pascua* (IV-V) [PT 187].

[/xlviii/](#) *Albrecht von Johansdorf* (1180-1209) [PT 311].

[/xlix/](#) Jarcha mozárabe.

[/l/](#) [NC 426 B].

[/li/](#) [LA 287] *El rey de Aragón* (1154-1196).

[/lii/](#) [NC 1446 bis]

[/liii/](#) [NC 1439]

[/liiv/](#) [NC 1449]

[/liv/](#) [NC 2580]

[/lv/](#) [NC 1072C]

[/lvii/](#) [LA 377] *Pero Gómez Barroso* (1248-1273)

[/lviii/](#) *Cancionero de Évora* [CT 113]

[/lix/](#) *Milagros de Nuestra Señora. Gonzalo de Berceo* (1195?-1268?)

[/lx/](#) *Martín Codax* (1250-1270) [LA 565]

[/lxi/](#) Jarcha mozárabe.

[/lxii/](#) *Martín Codax* (1250-1270) [LA 561]

[/lxiii/](#) [LA 496]

[/lxiv/](#) [LA 207]

[/lxv/](#) [LA 829]

[/lxvi/](#) [NC 292]

[/lxvii/](#) *Juião Bolseiro* (mediados del s XIII) [LA 549]

[/lxviii/](#) [NC 550 bis]

[/lxix/](#) [NC 2585]

[/lxx/](#) [NC 2597]

[/lxxi/](#) [NC 603]

[/lxxii/](#) [NC 2581]

[/lxxiii/](#) [NC 2579]

[/lxxiv/](#) [NC 512C]

[/lxxv/](#) [NC 452]

- [\[lxxvi\]](#) [NC 568B]
- [\[lxxvii\]](#) *Antifona del ceremonial de profesión de Vírgenes* (Mt 25, 6).
- [\[lxxviii\]](#) [NC 2578]
- [\[lxxix\]](#) [NC 589B]
- [\[lxxx\]](#) *Pero da Ponte (1235-1275)* [LA 407]
- [\[lxxxii\]](#) [NC 837]
- [\[lxxxiii\]](#) *Romance del prisionero. Anónimo.*
- [\[lxxxiv\]](#) [NC 349bis]
- [\[lxxxv\]](#) [NC 1645bis]
- [\[lxxxvi\]](#) [CT 112]
- [\[lxxxvii\]](#) [NC 827]
- [\[lxxxviii\]](#) [NC 832]
- [\[lxxxviiii\]](#) *Musulmanes del Norte de África.*